



# Kingsley Amis

*La suerte de Jim*

de

Lectulandia

*La suerte de Jim* es un clásico de la literatura inglesa y de la narrativa satírica de todos los tiempos que, sorprendentemente, nunca se había traducido al castellano. Esta novela irónica y mordaz, publicada por vez primera en 1954, relata las andanzas de Jim Dixon, un anodino profesor de historia medieval de una provinciana universidad inglesa que se desenvuelve con torpeza entre sus colegas al intentar mantener su flamante puesto de profesor de segunda y complacer a sus superiores.

*A través de sus enredos y desventuras, Kingsley Amis traza una sátira brillante de la vida inglesa con una ironía finísima e hilarante.*

Éste es uno de los clásicos más divertidos de la historia de la literatura, una novela que se convirtió en un mito popular de la literatura anglosajona de posguerra y que no ha perdido un ápice de su encanto.

**Lectulandia**

Kingsley Amis

# **La suerte de Jim**

ePub r1.0

armaurumque 30.01.2018

Título original: *Lucky Jim*  
Kingsley Amis, 1954  
Traducción: José Manuel Benítez Ariza  
Ilustración de la cubierta: Miguel Gallardo  
Fotografía de la cubierta: Evening Standard / Getty Images  
Fotografía del autor: Hulton Archive / Getty Images

Editor digital: armaurumque  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Philip Larkin*

*Qué suerte tienes, Jim,  
cómo te envidio.  
Qué suertes tienes, Jim,  
cómo te envidio.*

(UNA VIEJA CANCIÓN)

## UNO

—Tuvieron un fallo tonto, sin embargo —dijo el profesor de Historia, y su sonrisa, ante la mirada de Dixon, se hundió gradualmente bajo la superficie de sus rasgos, al recordar aquello—. Tras el descanso hicimos una pieza breve de Dowland —siguió —; para flauta de pico y teclado, ya sabe. Yo tocaba la flauta de pico, por supuesto, y el joven Johns...

Hizo una pausa y su tronco se puso rígido mientras caminaba: era como si un hombre completamente distinto, un impostor que no supiera imitar su voz, hubiese ocupado momentáneamente su lugar. Luego prosiguió.

—... El joven Johns tocaba el piano. Chico versátil: en realidad, su instrumento preferido es el oboe. Bueno, en cualquier caso, el reportero debió de entenderlo mal, o quizá no prestó atención, o lo que sea... En cualquier caso, ahí estaba, en el *Post*, inconfundible: Dowland, sí, eso lo cogieron bien; los señores Welch y Johns, sí; pero ¿qué cree que decían a continuación?

Dixon meneó la cabeza.

—No sé, profesor —dijo, sin faltar a la verdad. Ningún otro profesor de Gran Bretaña, pensó, daba tanta importancia a que lo llamaran «profesor».

—Flauta y piano.

—¿Cómo?

—Flauta y piano; no «flauta de pico y piano». —Welch rió brevemente—. Ahora, una flauta de pico no es como una flauta normal, por mucho que sea su antecedente inmediato. Para empezar, se toca (hablo de la flauta de pico) del modo que llaman *à bec*, es decir, se sopla por una boquilla modelada, como la del oboe o el clarinete. La flauta actual se toca del modo que dicen *traverso*; en otras palabras, se sopla por un agujero, en vez de...

Como Welch pareció calmarse de nuevo, e incluso aminoró aún más su paso, Dixon se relajó a su lado. Había encontrado a su profesor parado, cosa bastante sorprendente, ante el estante de novedades de la biblioteca de la facultad, y ahora avanzaban en diagonal sobre el césped en dirección a la fachada principal de la propia facultad. A la vista, y no sólo a la vista, parecían una especie de pareja cómica: Welch, alto y esmirriado, con pelo ralo y canoso; y Dixon, más bajo que alto, rubio y carirredondo y con una anchura de hombros fuera de lo común que jamás se había correspondido con ninguna fuerza o destreza física especial. A pesar de este contraste más que evidente, Dixon se daba cuenta de que el avance de ambos, deliberado y aparentemente pensativo, debía de resultar bastante profesoral a los estudiantes que se cruzaban. Welch y él podrían estar hablando de Historia, al modo en que se habla

de Historia en los claustros de Oxford y Cambridge. En momentos como éste Dixon casi llegaba a desear que así fuera. Se aferró a este pensamiento, hasta que el hombre mayor experimentó un nuevo estallido repentino de animación y empezó a hablar casi a gritos, mientras una risa sin respuesta le hacía tremolar la voz.

—Hubo un lío tremendo con la pieza que hicieron justo antes del descanso. El chico que tocaba la viola tuvo la mala suerte de pasar dos páginas a la vez, y siguió tal confusión que... Palabra que...

A Dixon no le costó decidir qué palabra era ésa: la dijo para sí y se obligó luego a componer el gesto para aparentar que había captado la gracia. Mentalmente, sin embargo, era otra la cara que ponía, prometiéndose a sí mismo que la pondría de verdad en cuanto se quedase solo. Arrastraría el labio inferior bajo los dientes de arriba y poco a poco llevaría la barbilla lo más atrás posible, mientras mantenía dilatados los ojos y las fosas nasales. Por este procedimiento, estaba seguro, lograría que un rubor intenso y peligroso le bañase la cara.

Welch volvía a hablar de su concierto. ¿Cómo había llegado a ser profesor de Historia, incluso en un lugar como éste? ¿Por sus publicaciones? No. ¿Por su modo sobresaliente de enseñar? No, subrayado. ¿Cómo entonces? Dixon archivó la pregunta, según su costumbre, diciéndose que lo que importaba era que este hombre tenía poder de decisión sobre su futuro, al menos hasta que pasaran las próximas cuatro o cinco semanas. Hasta entonces debía intentar caerle bien, y un modo de hacerlo era, suponía, seguir allí, consciente, mientras Welch peroraba de conciertos. Pero ¿se daba cuenta Welch de qué otras personas estaban presentes mientras hablaba? Y, en caso de que así fuera, ¿afectaría eso a las intenciones que ya tuviera? Fue entonces cuando, de repente, la segunda de las dos preocupaciones de Dixon se hizo consciente. Estremeciéndose por sus esfuerzos para reprimir un bostezo de nerviosismo, preguntó con su indisimulado acento norteamericano:

—¿Cómo le va a Margaret últimamente?

Los rasgos de arcilla del otro fueron transformándose de un modo indefinible conforme su atención, como un escuadrón de viejos acorazados, empezaba a virar para hacer frente a este nuevo fenómeno. Tardó unos instantes en poder decir:

—Margaret.

—Sí. Hace una o dos semanas que no la veo. —«O puede que tres», añadió Dixon para sí, con preocupación.

—Ya. Se está recuperando con mucha rapidez, creo, teniendo en cuenta las circunstancias. Se llevó un disgusto muy desagradable, claro, con el tal Catchpole y la desgraciada historia que siguió. A mi entender... Ahora es su mente la que sufre, no su cuerpo, ya ve. Yo diría que físicamente vuelve a estar en plena forma. De hecho, cuanto antes vuelva a trabajar, mejor; aunque la verdad es que ya es tarde para que vuelva a dar clases este curso. Sé que a ella le gustaría volver a sus obligaciones, y debo decir que estoy de acuerdo. Eso la ayudaría a apartar la mente de... de...

Dixon ya sabía todo eso, y mucho mejor de lo que Welch podía aspirar a saberlo,



pero se sintió obligado a decir:

—Sí, ya veo. Creo que vivir con usted y con la señora Welch la habrá ayudado mucho a reponerse.

—Sí, creo que debe de haber algo en la atmósfera de la casa, ¿sabe?, que tenga efectos curativos. Una vez se quedó con nosotros un amigo de Peter Warlock, por navidades, hace ya unos cuantos años. Y eso es lo que vino a decir. Me acuerdo del verano pasado, cuando volvía de ese encuentro de examinadores en Durham. Era uno de esos días abrasadores, y el tren... bueno...

Bastaba un mínimo desvío para que el vehículo sin rumbo de la conversación de Welch volviese de nuevo por sus fueros. Dixon se rindió, y tensó las piernas cuando llegaron, por fin, a la escalinata del edificio principal. Imaginó que agarraba al profesor por la cintura, que apretaba su chaleco de piel contra su cuerpo hasta hacerle expulsar el aire, que lo llevaba escaleras arriba y luego por el pasillo hasta los aseos de profesores, y sumergía aquellos pies diminutos, con sus zapatos sin puntera, en una taza de váter, y luego tiraba de la cadena una, dos, tres veces, después de taponar la boca con papel higiénico.

Mientras lo pensaba, sólo acertó a sonreír como en sueños cuando Welch, tras una parada meditabunda sobre las losas de piedra del vestíbulo, dijo que tenía que subir a recoger «su petate» a su despacho, en la segunda planta. Mientras esperaba, Dixon sopesó cómo recordarle a Welch, sin que éste frunciese el ceño en una prolongada expresión de asombro, que lo había invitado a tomar el té en su casa de las afueras. Habían planeado salir a las cuatro en punto en el coche de Welch, y eran ya las cuatro y diez. Dixon sintió que la aprensión le revolvía el estómago ante la sola idea de ver a Margaret, con quien iba a salir esa noche por vez primera desde la crisis. Para distraerse, evocó el modo de conducir de Welch, hasta que la indignación resultante le sirvió para situar la aprensión en un segundo plano, mientras silbaba y taconeaba en el pavimento con su zapato marrón. Aquello funcionó unos cinco segundos, o menos.

¿Cómo se comportaría ella cuando estuvieran solos? ¿Se mostraría alegre, fingiría haberse olvidado, o no haberse dado cuenta, del tiempo transcurrido desde que se vieron por última vez, mientras ganaba altura para lanzarse a un ataque en picado? ¿O se mostraría callada e indiferente, aparentemente ida, para obligarlo a arrastrarse penosamente de la cháchara a las muestras de interés y, finalmente, a las promesas y a las excusas cobardes? Empezara como empezara, estaba claro lo que vendría después: una de esas preguntas que no pueden ni responderse ni esquivarse; o alguna confesión horripilante, una de esas confidencias que, independientemente de que se hagan «con intención» o no, dan siempre en el blanco.

Para llegar a esta situación con Margaret había sido necesaria la combinación de una serie de virtudes que ignoraba poseer: la cortesía, la amable solicitud, los normales sentimientos de simpatía, una bienintencionada predisposición a permitir que abusaran de él y un deseo de amistad sin equívocos. Parecía de lo más normal

que una profesora adjunta invitase a su casa a un colega de posición inferior, aunque mayor que ella, a tomar el té, y lo educado era aceptar. Hasta que, de pronto, se vio convertido en «el hombre que salía» con Margaret y, en cierto modo, en rival del tal Catchpole, un personaje secundario de importancia variable. Un par de meses antes había llegado a pensar que el tal Catchpole estaba haciendo progresos, lo que le quitaba un peso de encima y lo reducía al papel más llevadero de consejero táctico. Incluso disfrutaba con la idea de que sabía cómo dirigir una campaña de esta clase. Y fue entonces cuando Catchpole la dejó, arrojándola a sus brazos. En esa posición, no había modo de eludir su destino como único receptor actual de esas desarmantes preguntas y confesiones.

Esas preguntas... Aunque no le correspondía otro cigarrillo hasta las cinco en punto, Dixon encendió uno mientras recordaba la primera serie, planteada hacía seis meses o más, a comienzos del pasado diciembre, siete u ocho semanas después de su toma de posesión.

—¿Te gusta venir a verme? —era la primera que recordaba, y le fue fácil responder, sin faltar a la verdad:

—Sí.

Luego vinieron otras como:

—¿Crees que nos llevamos bien?

O:

—¿Soy la única chica que conoces aquí?

Y una vez, después de que la invitara a salir por tercera noche consecutiva:

—¿Vamos a seguir viéndonos con esta frecuencia?

De entonces databan sus primeras dudas. Pero ya antes, y durante un tiempo después, había pensado en lo mucho que esta clase de sinceridad y falta de tapujos simplificaban el arduo asunto de tener relaciones con mujeres. Y lo mismo podía aplicarse a las confidencias: «Me encanta estar contigo», «Por lo general no me llevo bien con los hombres», «No te rías de mí si te digo que creo que la junta de personal hizo un trabajo mejor de lo que creían cuando te contrataron». Él no quiso reírse entonces, ni quería hacerlo ahora. ¿Cómo iría vestida esa noche? Podía resignarse a alabar cualquier cosa que no fuera aquel vestido verde de cachemira y aquellos zapatos planos de cuasiterciopelo.

¿Dónde estaba Welch? El viejo era un conocido experto en evasiones. Dixon se lanzó escaleras arriba, dejando atrás las placas conmemorativas, y recorrió los pasillos desiertos, pero el conocido cuartito de techos bajos estaba vacío. Chacoloteó por las escaleras traseras, una ruta de huida que él mismo usaba con frecuencia, y entró en los aseos de profesores. Welch estaba allí, inclinado furtivamente sobre un lavabo.

—Vaya, le pillé —dijo Dixon en tono confianzudo—. Ya pensaba que se había ido sin mí. Profesor —añadió, casi demasiado tarde.

El otro alzó su rostro enjuto, distorsionado por el asombro.

—¿Que me había ido? —preguntó—. Que usted...

—Usted iba a llevarme a su casa a tomar el té —enunció Dixon—. Quedamos en eso el lunes, a la hora del café, en la sala de profesores. —Atisbó su propia cara en el espejo de pared y se sorprendió al ver que conservaba una expresión de sincera amistad.

Welch, que estaba sacudiéndose el agua de las manos, dejó de hacerlo. Parecía un salvaje africano al que enseñan un sencillo conjuro. Dijo:

—¿A la hora del café?

—Sí, el lunes —respondió Dixon, metiendo las manos en los bolsillos y apretando los puños.

—Ya —dijo Welch, mirando a Dixon por primera vez—. Ya. ¿Y dijimos que era esta tarde? —Se volvió en dirección a una toalla de rodillo a rayas y empezó a secarse las manos lentamente, sin quitarle el ojo de encima a Dixon.

—Así es, profesor. Espero que no le venga mal.

—Nada de eso —dijo Welch en un tono anormalmente bajo.

—Muy bien —dijo Dixon—. Me apetece. —Y descolgó su vieja y sucia gabardina de un gancho de la pared.

Welch tenía aún una expresión un tanto sombría, pero era evidente que se reponía con rapidez: en un santiamén recogió su «petate» y se encasquetó su sombrero de pescador color café con leche.

—Iremos en mi coche —ofreció.

—Estupendo.

Rodearon el edificio por un sendero de grava y llegaron a donde el coche estaba aparcado en medio de otros. Dixon escrutó los alrededores mientras Welch buscaba concienzudamente las llaves. Un césped mal cuidado se extendía ante ellos, hasta una barandilla mutilada tras la que se veían la avenida de la Universidad y el cementerio del pueblo, conjunción de la que derivaban algunos chistes muy extendidos en la localidad. Los profesores eran dados a elogiar ante sus pupilos la mayor receptividad «de los estudiantes del otro lado de la carretera», mientras el paralelismo entre el oficio de enterrador y el de custodio del saber saltaba a la vista, y no sólo entre los estudiantes.

Ante la mirada de Dixon, un autobús ascendió lentamente la cuesta bajo el suave sol de mayo, en dirección al pueblecito donde vivían los Welch. Dixon apostó a que llegaría antes que ellos. Una voz atronadora empezó a cantar tras una ventana, por encima de su cabeza: parecía, y era posible que fuera, la de Barclay, el profesor de música.

Un minuto después, Dixon ya se había sentado y escuchaba un sonido parecido al de un timbre roto, mientras Welch accionaba el encendido. Éste se extinguió en un zumbido atiplado que parecía implicar a todas las piezas del coche. Welch lo intentó otra vez, y aquello sonó a botellas de cerveza llevadas a empellones. Pero, antes de que le diera tiempo a cerrar los ojos, Dixon quedó hundido firmemente en su asiento,

y su cigarrillo, todavía encendido, le fue arrebatado de la mano para perderse en algún intersticio del suelo. Con un sonido de grava desgarrada bajo las ruedas, el coche abandonó de un salto su posición al borde del césped, que Welch pisó justo antes de enfiar el carril. Avanzaron hacia la carretera a paso de persona, con el motor emitiendo una especie de mugido que hizo que un grupo de estudiantes, la mayoría con la bufanda amarilla y verde de la facultad, se les quedase mirando desde el exiguo pórtico que había junto al atrio donde se colgaban los anuncios deportivos.

Ascendieron por la avenida de la Universidad, sin apartarse del centro de la calzada. Los infructuosos bocinazos de un camión que llevaban detrás hicieron que Dixon mirase furtivamente a Welch, cuya cara —observó con cólera— mantenía una serena expresión de aplomo, como la de un viejo contraamaestre en medio de una tormenta. Dixon volvió a cerrar los ojos. Esperaba que, cuando Welch hiciese el segundo de los dos torpes cambios de marcha que le quedaban, la conversación derivaría a cuestiones no académicas. Incluso le pareció preferible que le siguieran hablando de música, o de las hazañas de los hijos de aquél: el afeminado Michel, escritor, o el barbudo Bertrand, pintor y pacifista, al que conocía de oídas por Margaret. Pero, fuese cual fuese el asunto de la discusión, Dixon sabía que, antes de que acabase el trayecto, tendría la cara arrugada y fofa, como un bolso viejo, del esfuerzo de obligarla a sonreír y a mostrar interés y a decir las pocas palabras que le permitirían; de rehuir la caída en el agotamiento irremediable y la crispación furiosa.

—Ummm, eeh, Dixon.

Dixon abrió los ojos, mientras hacía, con el lado de su cara que Welch no veía, todos los gestos posibles, cuanto pudiera contribuir a desahogar sus sentimientos por adelantado.

—¿Sí, profesor?

—Estaba pensando en ese artículo suyo.

—Ah, sí, no...

—¿Ha tenido noticias de Partington?

—Bueno, sí, la verdad es que fue el primero a quien lo mandé, si usted recuerda, y me dijo que había otros trabajos más urgentes que...

—¿Cómo?

Dixon, en un intento de ocultarle a medias a Welch su propio olvido, y protegerse a sí mismo, había dejado de hablar a voces, como lo exigía el estruendo del coche. Ahora tuvo que desgañitarse:

—Ya le dije lo que me dijo él: que no tenía sitio.

—¿Que no? ¿Que no? Bueno, la verdad es que reciben mucho de lo más... que les envían una impresionante cantidad de material, ya sabe. Con todo, supongo que si algo les entra por el ojo, entonces... entonces... ¿Lo ha mandado a alguien más?

—Sí, a ese tal Caton que se anunció en el suplemento literario del *Times* hace un par de meses. Que iba a sacar una nueva revista de Historia de carácter internacional, o algo así. Pensé que aceptarían lo mío. Después de todo, una revista nueva no puede

tener tanto trabajo pendiente como las otras a las que...

—Sí, claro, puede merecer la pena probar con una revista nueva. Anunciaban una hace poco en el suplemento literario del *Times*. El director era un tal Paton, o algo así. Déle un toque, ya que las revistas más consolidadas no parece que tengan sitio para su... trabajo. Veamos, ¿qué título le ha puesto?

Dixon miraba por la ventanilla los campos que iban quedando atrás, de un verde encendido tras un abril lluvioso. Lo que lo había dejado sin habla no era el efecto de reduplicación del último medio minuto de charla: esa clase de incidentes eran el pan de cada día en los coloquios de Welch. Era la perspectiva de recitar el título del artículo que había escrito. Un título perfecto, ya que plasmaba la fútil insignificancia del artículo, su fúnebre procesión de datos soporíferos, la falsa luz que arrojaba sobre problemas que no eran tales... Dixon había leído, o empezado a leer, docenas del mismo tipo, pero el suyo parecía peor que la mayoría, por su aire de estar convencido de su propia utilidad y relevancia. «Al considerar esta cuestión extrañamente poco estudiada...», comenzaba. ¿Qué cuestión poco estudiada? ¿Esta cuestión poco qué? ¿Qué cosa extrañamente poco estudiada? Haber pensado todo esto y no haber emborronado y prendido fuego a la copia mecanografiada hacía que se sintiera todavía más tonto e hipócrita.

—A ver... —imitó los esfuerzos por recordar de Welch—. Ah, ya: *La influencia económica del desarrollo de las técnicas de construcción naval, 1450-1485*. Al fin y al cabo, eso es lo que...

Incapaz de acabar la frase, volvió a mirar a su izquierda y encontró la cara de un hombre que tenía los ojos clavados en la suya, a unos veinte centímetros de distancia. La cara, cuya expresión de alarma se acentuó mientras Dixon la miraba, pertenecía al conductor de una furgoneta que Welch había decidido adelantar en una curva cerrada entre dos cercados de piedra. Un autobús enorme apareció entonces un poco más allá de la curva. Welch aminoró un tanto, como para seguir pegado al costado de la furgoneta cuando el autobús los alcanzara, y dijo con decisión:

—Bueno, supongo que eso servirá.

Antes de que Dixon pudiera recogerse en un ovillo, o incluso quitarse las gafas, la furgoneta frenó y desapareció, el conductor del autobús, abriendo y cerrando la boca vigorosamente, se las arregló para aplastar su vehículo contra la pared opuesta, mientras el coche, haciéndose eco del traqueteo del otro, se disparaba hacia adelante. Y aunque Dixon, en líneas generales, se congratuló de esta salida, no dejó de pensar que la muerte de Welch hubiera sido un buen remate para la conversación. Pensamiento que se agudizó cuando Welch añadió:

—Yo en su lugar, Dixon, haría todo lo posible para que me aceptasen el artículo el mes que viene o así. La verdad es que no tengo conocimientos en esa especialidad como para juzgar... —Su voz se animó—: Ignoro lo que vale... De nada sirve que alguien venga y me pregunte: «¿Qué tal el trabajo de Dixon?», si no puedo darle la opinión de un experto, ¿no cree? Pero la aceptación por parte de una revista erudita sí

que... sí que... Usted, usted tampoco puede evaluar su propio trabajo, cómo va a poder.

Dixon pensó que, por el contrario, sí que tenía una idea de lo que su artículo valía, desde más de un punto de vista. Desde uno de ellos, el valor de la cosa podría expresarse con un breve exabrupto; desde otro, valía lo que el frenético acopio de datos y el fanático aburrimento que había vertido en él; desde un tercero, estaba a la altura de su finalidad: borrar la «mala impresión» que hasta entonces había causado en la facultad y en su departamento. Pero dijo:

—Por supuesto que no, profesor.

—Ya ve, Faulkner, es muy importante que sea algo que merezca la pena, no sé si me entiende.

A pesar del nombre equivocado (Faulkner lo había precedido en su puesto), Dixon entendía muy bien lo que Welch quería decir, y contestó afirmativamente. ¿Cómo había llegado a causar esa mala impresión? Seguramente, pensaba, era por haberle infligido una herida superficial al profesor de Lengua Inglesa en su primera semana. Aquel hombre, un joven ex becario de una facultad de Cambridge, estaba parado en la escalinata delantera cuando Dixon, que volvía de la biblioteca y doblaba la esquina, le dio un violento puntapié a un guijarro que había sobre el macadán. Éste, antes de alcanzar el punto álgido de su trayectoria, golpeó al otro, que estaba a unos quince metros de distancia, justo debajo de la rótula izquierda. Dixon, al verlo, volvió la cabeza, sorprendido y aterrorizado. Correr era inútil, ya que el refugio más cercano estaba lejos, fuera de su alcance. En el momento del impacto se volvió y empezó a caminar por la vereda, pero era perfectamente consciente de que él era la única entidad visible capaz de lanzar piedras. Volvió la cabeza una vez y vio al profesor de Lengua Inglesa sosteniéndose a la pata coja y mirándole. Como siempre en estos casos, hubiera querido disculparse; pero, llegada la ocasión, se sintió demasiado asustado para hacerlo. Y lo mismo sintió cuando, dos días después, al pasar por detrás de la silla del secretario, en su primera reunión de claustro, tropezó y volcó la silla justo cuando el otro iba a sentarse. Un grito de advertencia del ayudante del secretario evitó la catástrofe, pero todavía recordaba la expresión de aquella cara, petrificada en un gesto en forma de T... Luego vino lo del trabajo que presentó a Welch uno de los alumnos de licenciatura, y que consistía, de hecho, en un ataque a un libro sobre cercados escrito, al parecer, por un ex alumno de Welch.

—Le pregunté quién había podido meterle esas ideas en la cabeza, ya ve, y me dijo que todo estaba sacado de una clase de usted, Dixon. En fin, le dije con todo el tacto que pude que...

Mucho después Dixon averiguó que el libro en cuestión había sido escrito por sugerencia de Welch y, en parte, siguiendo sus consejos. Estos datos podía leerlos cualquiera en los agradecimientos; pero Dixon, que tenía por norma leer lo menos posible de cualquier libro, nunca prestaba atención a esos detalles: fue Margaret quien le informó de ello. Eso fue, si no recordaba mal, la mañana anterior a la noche

en la que Margaret había intentado matarse con las píldoras para dormir.

Cuando Welch dijo, en un medio grito distante: «Por cierto, Dixon...», Dixon volvió la cara hacia él con verdadera avidez.

—¿Sí, profesor? —Cuanto mejor recibir más de lo que Welch podía darle que pensar en lo que podía recibir de Margaret (género del que, en cualquier caso, pronto tendría muestras palpables).

—Me preguntaba si le apetecería venir a casa el próximo fin de semana para... para pasar el fin de semana. Creo que nos divertiremos mucho. Tenemos unos cuantos invitados de Londres, ya sabe, amigos nuestros y de mi hijo Bertrand. Bertrand intentará venir, pero no sabe todavía si podrá escaparse. Espero que podamos montar uno o dos números, piezas musicales y cosas así. Seguramente lo llamaremos para que nos eche una mano en algunas cosas.

El coche zumbaba por una carretera despejada.

—Se lo agradezco mucho, me encantará ir —dijo Dixon, mientras pensaba que tenía que poner a Margaret a hacer alguna labor de espionaje sobre esas «cosas» para las que seguramente lo llamarían para echar una mano.

Welch pareció muy animado con esta aceptación inmediata.

—Estupendo —dijo, con aparente entusiasmo—. Y ahora hay un asunto académico que quisiera discutir con usted. He estado hablando con el rector sobre la Semana de Puertas Abiertas de la facultad, a final de curso. Quiere que el departamento de Historia se moje, por así decirlo, y he pensado en usted.

—¿En serio? Seguro que hay otros mejor cualificados que yo para mojarse...

—Sí, he pensado que usted podría ocuparse de la conferencia vespertina que va a ofrecer el departamento. Si le viene bien.

—Bueno, la verdad es que me gustaría probar a dar una conferencia, si me cree capacitado para ello —acertó a decir Dixon.

—He pensado que algo así como «La vieja Inglaterra» serviría. Ni demasiado académico ni demasiado... ni demasiado... ¿Cree que podría preparar algo de estas características?

## DOS

—Y entonces, justo antes de hundirme, de pronto dejé de preocuparme. Recuerdo que tenía agarrado aquel bote, que era la propia muerte, como si, de alguna forma, me asiera a la vida. Pero enseguida dejó de importarme el hecho de irme... Era como si me sintiera demasiado cansada. Y, sin embargo, si alguien me hubiese sacudido y me hubiese dicho: «Vamos, no vas a irte, vas a volver», de verdad creo que hubiese empezado a intentar hacer el esfuerzo, a intentar volver. Pero nadie lo hizo, así que me limité a pensar: «Bueno, vámonos, tampoco importa tanto». Curiosa sensación.

Margaret Peel, pequeña, delgada, con gafas, con maquillaje brillante, miraba a Dixon con media sonrisa. Alrededor de ellos se oía el rumor sordo de media docena de conversaciones.

—Que puedas hablar de ello de este modo es buena señal —dijo él. Al no obtener de ella réplica, continuó—: ¿Qué pasó luego? ¿O no te acuerdas? Claro que no tienes por qué contármelo, si no te apetece.

—No, no me importa hacerlo, si no te aburro. —Su sonrisa se amplió un tanto—. Pero ¿no te contó Wilson cómo me encontró?

—¿Wilson? Ah, el tipo de la habitación de abajo. Sí, me dijo que se oía retumbar tu radio y que subió a quejarse. ¿Qué te indujo a dejarla encendida? —Los sentimientos que había despertado en él la primera parte del relato de Margaret casi se habían apagado, y ahora era capaz de pensar con más claridad.

Ella extravió la mirada por el bar medio vacío.

—La verdad es que no lo sé, James —dijo—. Creo que tuve la ocurrencia de dejar que sonase alguna clase de ruido mientras... me iba. Aquella habitación estaba tan horriblemente silenciosa... —Se estremeció ligeramente antes de decir—: Hace un poco de frío aquí, ¿verdad?

—Si quieres nos vamos a otro sitio.

—No, está bien; sólo ha sido un poco de corriente al entrar ese tipo... Ah, sí, luego. Creo que enseguida me di cuenta de lo que estaba pasando y de dónde estaba y todo eso. Y de lo que me estaban haciendo. Pensé: «Oh, Dios mío, horas y horas de sentirme mal y desgraciada, ¿podré aguantarlo?». Claro que pasé todo ese tiempo desvaneciéndome, yendo y viniendo. Y, cuando me sentí completamente en mis cabales, lo peor ya había pasado, al menos lo de sentirme fatal. Estaba horriblemente débil, naturalmente; bueno, te acordarás... Pero todo el mundo fue muy cariñoso conmigo. Debería haber pensado que ya tenían bastante que hacer con la gente que se ponía enferma sin pretenderlo. Recuerdo haber tenido mucho miedo de que se lo dijeran a la policía y me enjaularan en un hospital policial (¿existen, James?)... Pero



se portaron divinamente, no podían haber sido más simpáticos. Y luego viniste a verme y la parte horrible empezó a parecer irreal. Pero tenías tan mal aspecto... —La risa le hizo inclinarse a un lado sobre su taburete, con las manos trabadas sobre una rodilla y el zapato aterciopelado saliéndosele del talón—. Tenías cara de haber visto alguna operación morbosa y horrible, blanco como una sábana, todo... ojeroso. —Meneó la cabeza, todavía riéndose calladamente, y se subió las solapas de la chaqueta de lana sobre los hombros del vestido de cachemira verde.

—¿Ese aspecto tenía? —le preguntó Dixon. Le alivió la noticia, saber que había tenido aspecto de sentirse tan mal como se había sentido esa mañana; y ahora volvía a sentirse mal, mientras se animaba a hacer la última pregunta de rigor. Escuchó sin prestar atención durante un minuto o dos, mientras Margaret contaba lo buena que había sido la señora Welch con ella al traérsela del hospital e instalarla en su casa mientras convalecía. Sin duda había sido muy amable con Margaret, por más que, en otras ocasiones, cuando le llevaba la contraria en público a su marido, por ejemplo, era el único ser en la Tierra capaz de hacer que Dixon se pusiera de parte de éste. Resultaba más bien molesto oír lo amable que había sido; implicaba poner enojosos calificativos a la aversión que él le tenía... Finalmente, después de haber bebido un buen trago de su vaso, dijo Dixon en voz baja:

—No hace falta que digas nada si no quieres, pero... esto se acabó, ¿verdad? Quiero decir que no tienes intención de volver a intentarlo...

Ella levantó la mirada rápidamente, como si hubiese estado esperando la pregunta, pero él no supo decir si estaba contenta o no de que se la hubiesen hecho. Entonces ella volvió la cabeza y él pudo ver la poca carne que tenía sobre la mandíbula inferior.

—No, no habrá otro intento —dijo—. Ya no lo quiero. No siento nada por él, en uno u otro sentido. Tanto es así que ahora pienso que fue una estupidez haberlo intentado.

Eso hizo que Dixon decidiera que sus temores respecto a la velada habían sido absurdamente infundados.

—Bueno —dijo, animado—. ¿Ha intentado ponerse en contacto contigo o algo así?

—Nada, ni una llamada de teléfono. Desaparecido sin dejar rastro. Como si no hubiese existido, en lo que a nosotros respecta... Supongo que estará demasiado ocupado con su pimpollo, como me dijo.

—Vaya, ¿eso dijo?

—Pues sí, nuestro Catchpole no es de los que marean la perdiz. ¿Cómo fue...? «Me la llevo al norte de Gales un par de semanas. Pensé que debía decírtelo antes de marcharme». Bueno, fue encantadoramente sincero, James; en todas sus cosas es un encanto.

De nuevo ella rehuyó su mirada, y esta vez se le destacaron los tendones del cuello, junto con los huesos de la base. Él sintió una punzada de alarma, que se

acentuó cuando comprobó que no se le ocurría nada que decir. Como buscando el texto, examinó la cara de ella, fijándose en los mechones de pelo castaño que le colgaban por encima de las patillas de sus gafas, en la arruga que le subía por la mejilla visible y estaba ya más cerca que antes de la cuenca del ojo (¿o eran suposiciones tuyas?), y en la débil pero, desde este ángulo, inconfundible curvatura invertida de la boca. Allí no había nada que alimentase la conversación. Se palpó en busca de sus cigarrillos, pero antes de que pudiese recurrir al ofrecimiento de éstos para quebrantar aquella pose, ella se volvió hacia él con una sonrisilla en la que reconoció, con disgusto de sí mismo, un alarde consciente de valor.

Ella vació su vaso con un movimiento rápido y alegre.

—Cerveza —dijo—. Invítame a cerveza. La noche es joven.

Mientras atraía la atención de la camarera y pedía las bebidas, Dixon se preguntó primero cuántas rondas de cerveza de etiqueta negra se suponía que iba a pagar, y luego por qué Margaret, con su salario completo de profesora asociada intacto, pese a la baja laboral, casi nunca se ofrecía a invitarle a una copa. Finalmente, aunque había estado evitándolo, acabó pensando en la mañana anterior a cuando ella tomó su sobredosis de píldoras para dormir. Ese día él no tenía nada que hacer en la facultad antes de su seminario de dos horas por la tarde, y ella estaba libre después de una tutoría a las diez. Después del café a siete peniques la taza en un restaurante recién abierto y ya en su apogeo, fueron a una farmacia en la que ella quería comprar algunas cosas. Una de ellas era un bote nuevo de pastillas para dormir. Recordaba perfectamente la cara de ella al dejar caer el bote, con su caja blanca y precintada, en su bolso, mientras levantaba la mirada para decir:

—Si no tienes nada mejor que hacer esta noche, prepararé el té a las diez. ¿Por qué no te pasas un rato?

Él aceptó, y tenía intención de acudir, pero el caso fue que no le dio tiempo de escribir su clase del día siguiente, ni tampoco, ahora se daba cuenta, le pareció muy prometedora, cuando dieron las diez, la perspectiva de oír otra conferencia sobre Catchpole. Esa misma noche, más temprano, Catchpole llamó a Margaret para decirle que había terminado con ella, y a eso de las diez ella se tomó el bote entero de pastillas. Si él hubiese estado allí, pensó Dixon por milésima vez, hubiese podido impedirselo; o, aunque no hubiese llegado a tiempo, hubiera podido llevarla al hospital hora y media antes de lo que lo hizo ese tal Wilson. Esquivó la imagen de lo que habría sucedido si Wilson no se hubiese molestado en subir a la habitación de Margaret. Lo ocurrido fue mucho más desagradable que cualquier cosa que hubiese podido anticipar esa mañana. La siguiente vez que la vio fue en el hospital, una semana después.

Tras echarse al bolsillo los ocho peniques de vuelta de su moneda de dos chelines, Dixon empujó hacia Margaret una de las copas. Estaban sentados en la barra del Oak Lounge, en un gran hotel de carretera no lejos de la casa de Welch. Desde este asiento Dixon pensó que, para resarcirse un tanto de lo caro de las bebidas, podía devorar a

discreción las patatas fritas, pepinillos y cebollas de cóctel rojas, verdes y ambarinas que ofrecía aquel local con pretensiones. Para empezar, se comió el mayor de los pepinillos que quedaban y pensó que había tenido suerte de que todo el asunto emocional de la noche hubiese quedado despachado sin implicarle a él directamente. Ella no había hecho la menor alusión, a sus recientes ausencias de casa de los Welch, ni había dejado caer ninguna pregunta o confidencia demoledora.

—Por cierto, James —dijo Margaret, tomando la copa por el pie—, quiero decirte que te estoy enormemente agradecida por tu tacto durante las dos últimas semanas. Ha sido un rasgo de bondad por tu parte.

Dixon puso todas sus facultades en guardia. Los acertijos de apariencia inocua, e incluso agradable, eran señales seguras de un ataque inminente, el jinete misterioso que se dejaba ver mientras cabalgaba hacia el furgón del oro.

—No era consciente de haber tenido tanto tacto —dijo, en tono neutro.

—Sí, sólo por tu modo de mantenerte en segundo plano. Has sido el único que se ha molestado en entender que yo prefería que no me bombardeasen con preguntas amables, «cómo te sientes, querida, después de tu desagradable experiencia», etcétera. ¿Sabes que mamá Welch ha recibido visitas de gente del pueblo que jamás había oído hablar de mí, para preguntar cómo me encontraba? Ha sido realmente increíble. Como sabes, no podían haber sido más amables, pero me alegraré horrores de marcharme de esa casa.

Aquello parecía sincero. No era la primera vez que ella veía alguna de sus más ofensivas o perezosas acciones u omisiones bajo esta luz, aunque lo más frecuente era que sus gestos de apoyo fuesen interpretados como perezosos u ofensivos. Quizá ya podía empezar a llevar la conversación por otros derroteros.

—Neddy comentó que ya te sentías dispuesta a volver al trabajo —dijo—. Claro que ya tenemos encima los exámenes... ¿Piensas hacer algo en la facultad antes de que empiecen?

—Pues... Veré una vez a cada una de mis clases para aclarar las dudas que tengan a bien plantearme. Es decir, si plantear dudas no supone un gran esfuerzo para sus pobres cerebritos... Pero eso es todo lo que haré este año, aparte de corregir los exámenes. Lo que de verdad me devolverá a la normalidad será escapar de los Neddies, por ingrato que esto pueda parecer. —Cruzó las piernas espasmódicamente.

—¿Cuánto tiempo más piensas quedarte?

—Pues... no más de dos semanas, espero. Quiero marcharme antes de las vacaciones de verano, como mucho. Depende de lo que tarde en encontrar un sitio para vivir.

—Estupendo —dijo Dixon, animándose conforme parecía acercarse la ocasión para una mayor sinceridad—. Estarás allí el próximo fin de semana, entonces.

—¿Para la velada artística de Neddy? Sí, por supuesto. ¿Por qué? No me digas que piensas venir, ¿o sí?

—Sí, eso es justo lo que pienso hacer. La cuestión surgió cuando veníamos en el

coche. ¿Por qué, qué tiene de gracioso?

Margaret se reía de ese modo que Dixon provisionalmente había denominado «tintineo de campanillas cantarinas». Algunas veces pensaba que el repertorio de comportamientos de aquella mujer se reducía a la traducción en hechos de frases como ésa. Pero antes de llegar a sentirse realmente irritado consigo mismo o con ella, la oyó decir:

—Sabes en lo que te metes, ¿verdad?

—Bueno, conversación fina, más que nada, espero. Puedo parlotear como el que más. ¿Qué han preparado?

Ella usó los dedos para enumerar los puntos del programa.

—Canciones a varias voces. Lectura dramatizada. Exhibición de algunos pasos de danza de espadas. Recitados. Un concierto de cámara. Hay algo más, pero lo he olvidado. Ya me acordaré. —Seguía riéndose.

—No te molestes, con eso ya tenemos de sobra. Dios mío, la cosa es seria; Neddy debe de haber perdido por fin la cabeza. Es absolutamente increíble. No vendrá nadie.

—Ahí me temo que te equivocas: un tipo del Tercer Programa<sup>[1]</sup> ha prometido presentarse. Y un equipo de fotógrafos del *Picture Post*. Aparecerán algunos de los músicos locales más prestigiosos, incluido tu amigo Johns y su...

Dixon emitió un aullido entrecortado.

—No puede ser —dijo, apurando su copa hasta atragantarse—. No más fantasías, por favor. No tienen sitio para meter a toda esa pandilla en la casa. ¿O piensan dormir en el césped? ¿Y qué...?

—La mayoría, según la señora Neddy, viene el domingo, sólo para pasar el día. Por supuesto, algunos se quedan a dormir, como tú. Johns llega el viernes por la noche, probablemente en el mismo coche que tú...

—Antes de montarme en el mismo coche que ese cretino, lo estrangulo.

—Ya, ya. No grites. También viene uno de los hijos, con su novia. La novia puede que merezca la pena. Estudiante de danza, creo.

—¿Estudiante de danza? No sabía que eso existiera.

—Existe, al parecer. Ésta se llama Sonia Loosmore.

—No me digas. ¿Cómo sabes todo esto?

—No se ha oído otra cosa de labios de los Neddies durante todo el fin de semana.

—Ya lo imagino. —Dixon empezó a mirar en dirección a la camarera—. Entonces quizá puedas explicarme por qué me han invitado.

—No lo tenían muy claro. Para hacer bulto, supongo. Tendrás mucho que hacer, de eso no me cabe la menor duda.

—Mira, Margaret, sabes tan bien como yo que no sé cantar, no sé actuar, apenas sé leer y, gracias a Dios, no leo música. No, ya sé el motivo. Buena señal, en cierto modo. Quiere ver cómo reacciono a la cultura, ver si soy la persona apropiada para dar clase en una universidad, ¿entiendes? Quien no sepa distinguir una flauta travesera de una flauta de pico no merece ser escuchado cuando habla del precio de

las puñeteras vacas durante el reinado de Eduardo III.

Se metió siete u ocho cebollitas en la boca y empezó a masticarlas.

—Supongo que ya antes te había expuesto a la cultura.

—Pero no a tan elevada concentración como esta vez. Dios mío, ¿a qué demonios cree que está jugando? ¿A qué viene todo esto? Quiero decir que no creo que sea todo en mi honor.

—Tiene en mente un artículo o una charla radiofónica sobre la vida cultural en provincias. Ya sabes, todo aquello de lo que se atiborró en Manchester la Pascua pasada.

—No pensará que van a ofrecerle algo. ¿O sí?

—Quién sabe lo que piensa. No, supongo que eso no es más que la excusa. Ya sabes cuánto le gustan estas cosas.

—Tanto peor —dijo Dixon, mientras intentaba de nuevo captar la atención de la camarera—. Tienes que empezar a averiguar qué me tiene reservado. Para que yo pueda empezar a pensar razones para no hacerlo.

Ella posó su mano en la de él.

—Cuenta conmigo —dijo, suavizando el tono.

Dixon añadió rápidamente:

—Pero ¿cómo le ha echado el guante al de la BBC y a los del *Picture Post*? Debe de conocer a alguien interesado.

—Deduzco que uno y otros son contactos de Bertrand, o puede que de su novia. Pero no hablemos más de eso. ¿Hablamos de nosotros? Tenemos tanto que decirnos, ¿verdad?

—Sí, por supuesto —dijo, intentado infundir camaradería en su tono. Sacó sus cigarrillos y, mientras encendía dos y pedía otra ronda, meditó en la capacidad de Margaret para decir cosas así como si nada. Sintió ganas de soltar un grito inarticulado y salir corriendo del bar, y no parar hasta haber subido al autobús de la ciudad.

Aunque la proximidad de la camarera —notó Dixon con gratitud— había hecho callar a Margaret, ésta se las apañó para mantener la presión mediante miradas íntimas e incluso rozándole la rodilla. Y él convirtió su sobresalto al sentirla en una mirada hacia arriba, al reloj que dominaba el mostrador. El delgado segundero giraba fluidamente en la esfera, creando la ilusión de que el tiempo pasaba con rapidez. Las otras manecillas señalaban las nueve y cinco.

Mientras le daban el cambio, Dixon examinó a la camarera, que era corpulenta y muy morena y tenía el labio superior muy fino y los ojos más bien juntos. Pensó en cuánto le gustaba y cuánto tenía en común con ella, y en lo bien que le caería y en cuántas cosas tendría ella en común con él si lo conociera. Con la máxima deliberación se embolsó el cambio en los pantalones, luego cogió una cajetilla de cigarrillos que alguien se había dejado sobre el mostrador y la sacudió. Estaba vacía. A su lado, Margaret emitía el hondo suspiro que, invariablemente, preludiaba sus

peores confidencias. Esperó a que él la mirase y dijo:

—Qué próximos estamos esta noche, James. —El hombre de cara gorda que tenía al otro lado se volvió y la miró—. Todas las barreras han caído por fin, ¿no crees? —preguntó.

Como esto no tenía respuesta, Dixon se quedó mirándola, asintiendo lentamente con la cabeza, medio esperando una salva de aplausos procedente de un auditorio invisible. ¿Qué no daría por un estallido de furia o desprecio realmente feroz y depurador, un eficaz revulsivo contra aquella sensación de responsabilidad?

Al fin ella bajó los ojos y pareció que examinaba su cerveza en busca de materia extranjera.

—O quizá sea esperar demasiado. —Después de otra pausa, continuó en un tono más vivo—: ¿Y si nos sentamos en algún sitio menos... expuesto a miradas ajenas?

Dixon dijo que le parecía una buena idea, y cruzaron la sala, que empezaba a llenarse, en dirección a un rincón libre. Antes de sentarse, se excusó y se dirigió al lavabo.

Allí fuera, pensó en lo agradable que sería poder renunciar a su doble papel de apaciguador y largarse por las buenas. Cinco minutos bastarían para poner a caldo a Welch por teléfono y decirle cuatro verdades a Margaret. Luego iría a empaquetar unas cuantas prendas de vestir y tomaría el tren de las diez cuarenta a Londres. Mientras permanecía en aquella letrina mal iluminada, se le apareció de nuevo, insoportable, la imagen que le había obsesionado desde que aceptó este empleo. Le pareció hallarse en un cuarto a oscuras, asomado a un callejón desierto y viendo, al otro lado, recortada contra el tenue resplandor de un cielo vespertino, una hilera de cañones de chimenea que destacaban como si hubieran sido modeladas en hojalata. Una nubecilla doble se movía lentamente de derecha a izquierda. La imagen no era puramente visual, porque tenía la sensación de que un ruidillo inidentificable le rondaba los oídos, y sentía, con la convicción sin fundamento de los que sueñan, que alguien iba a entrar en el cuarto donde creía hallarse, alguien que conocía en aquella visión, pero no en la realidad. Estaba seguro de que era una imagen de Londres, e igual de seguro de que no era de ninguna parte de Londres en la que él hubiese estado. No había pasado en Londres más de una docena de noches en toda su vida. ¿Por qué entonces, se preguntaba, su deseo normal de dejar las provincias y marchar a Londres se agudizaba y particularizaba por obra y gracia de esta escena entrevista?

Salió pensativo del retrete, sin molestarse en cerrar la puerta, dotada de un mecanismo de aire comprimido para frenarla. Y como el cilindro de éste había sido desatornillado por algún gamberro, la puerta se cerró de golpe apenas salió, y casi le pilló el talón. Lo que, en aquel pasillo corto y estrecho, tuvo el efecto de un disparo de artillería. Creyó oír un grito ronco de alarma procedente del bar. Más que nunca, era el momento de salir disparado y no volver. Pero la necesidad económica y la obligada lástima eran una fuerte combinación; y si, como era el caso, las remataba el miedo, eran invencibles. Volvió a cruzar la puerta reluciente y entró en el Oak

Lounge.

## TRES

—Disculpe, señor Dixon, ¿me concede un minuto?

Después de poner su cara de haber-recibido-un-disparo-por-la-espalda, Dixon se detuvo y se volvió. Salía de la facultad después de una clase y por eso iba con prisas.

—¿Sí, señor Michie?

El estudiante Michie era un ex soldado bigotudo que había estado al mando de un pelotón de tanquistas en Anzio, mientras Dixon era cabo de la RAF en el oeste de Escocia. Estaba parado ahora frente a Dixon, cerca de la garita del portero. Como siempre, tenía aire de estar ocultando algo, aunque Dixon nunca sabía a ciencia cierta qué era. Aguardó un momento y dijo:

—¿Tiene ya listo ese programa, señor? —Era el único estudiante al que Dixon había oído llamar «señor» a algún miembro del claustro, y al parecer reservaba ese título exclusivamente para Dixon.

—Ah, sí, ese programa —dijo Dixon para ganar tiempo. Aún no lo tenía listo.

Michie fingió creer que su pregunta requería una amplificación.

—Ya sabe, señor, los contenidos de su optativa del año que viene. Dijo que la repartiría entre los alumnos de licenciatura, ¿no se acuerda?

—Sí, por extraño que parezca, recuerdo haberlo dicho —dijo Dixon, antes de rehacerse del todo; no quería ganarse la enemistad de Michie—. El contenido lo tengo preparado en la pensión, pero no lo he llevado aún a mecanografiar. Intentaré tenerlo listo a principios de la semana que viene, si le parece bien.

—Me parece estupendo, señor —agradeció formalmente Michie, retorciendo un poco el bigote al sonreír. Empezó a alejarse por la vereda, sin quitar los ojos de Dixon, con intención, al parecer, de arbitrar el modo de acompañarlo en su salida de la facultad. Su mano sujetaba sin fuerza un maletín hinchado de lecturas para el fin de semana—. ¿Y si me paso por su habitación en algún momento, para recogerlo?

Dixon renunció a llevar la iniciativa y dejó que Michie lo guiara hasta la carretera.

—Si quiere —dijo. El furor prendía en su mente como una tostada olvidada en una parrilla. La compilación de aquel programa había sido, por supuesto, idea de Welch; en el momento de recibirlo, los alumnos de licenciatura habían de «decidir si les interesaba» estudiar esa nueva optativa en vez de las antiguas que enseñaban otros miembros del departamento, y para las que habían de elaborar una de las ocho disertaciones que se exigían para la licenciatura en Letras. Estaba claro que, cuantos más estudiantes —dentro de lo razonable— pudiera lograr Dixon que se «interesaran» por su asignatura, mejor para él; como también lo estaba que



demasiados estudiantes «interesados» implicaría que la cifra de los que cursaban la optativa de Welch descendería hasta tal punto que el propio Welch podría molestarse. Con diecinueve alumnos de licenciatura y seis profesores en el departamento, tres parecía un número seguro al que aspirar. Hasta entonces, los desvelos de Dixon por su optativa, aparte de pensar en lo mucho que la detestaba, se habían limitado a procurar ganarse a las tres chicas más guapas de la clase, una de las cuales era la novia de Michie. Aparte de su total aversión a pensar en el trabajo, la necesidad de guardar las distancias con Michie contribuía no poco a la incomodidad que sentía.

—¿Cuáles son sus ideas principales hasta ahora, señor, si me permite la pregunta?  
—dijo Michie mientras bajaban la cuesta en dirección a la carretera.

Dixon no estaba por permitir nada, pero se limitó a decir:

—Bueno, creo que pondremos sobre todo énfasis en lo social, ya sabe. —Trató de contenerse para no pensar directamente en el nombre oficial de su asignatura, que era «Vida y cultura medievales»—. Creo que podría empezar con una consideración de la universidad, por ejemplo, y su función social. —Le consoló de haber dicho esto la idea de que, por lo menos, sabía que aquello no quería decir nada.

—¿Entiendo que no se propone ofrecer un análisis de la escolástica, entonces?

Esta pregunta ilustraba a la perfección por qué Dixon pensaba que había que apartar a Michie de su asignatura. Michie sabía mucho, o lo aparentaba, lo que para el caso es lo mismo. Y una de las cosas que sabía, o aparentaba saber, era qué es la escolástica. Dixon leía, oía e incluso usaba la palabra una docena de veces al día sin saberlo, aunque aparentaba lo contrario. Pero veía claramente que no podría seguir aparentando que sabía el significado de ésta y de otras cien palabras por el estilo mientras Michie estuviese allí preguntando, discutiendo y disertando sobre ellas. Michie era, o parecía ser, capaz de ponerlo en ridículo una y otra vez sin previo aviso. Y aunque hubiese sido fácil ponerlo en evidencia por cuestiones técnicas (por algún trabajo no entregado, por ejemplo), Dixon se resistía a hacerlo porque creía supersticiosamente que Michie era capaz de insistir en estudiar «Vida y cultura medievales» por puro desprecio y ganas de hundirlo. Había, pues, que espantar a Michie, pero con sonrisas y excusas, en vez de los puñetazos y patadas que merecía. Por eso dijo entonces Dixon:

—No, no, me temo que no tendrá mucha envidia desde ese punto de vista. Me temo que no estoy cualificado para pronunciarme sobre sabios como Escoto o Aquino... —¿o era San Agustín?

—Sería fascinante estudiar el efecto de las diversas simplificaciones y vulgarizaciones populares de las doctrinas escolásticas en la vida de la gente.

—Por supuesto, por supuesto —dijo Dixon, con los labios empezándole a temblar—, pero eso es materia de una tesis doctoral de Filosofía, ¿no le parece?, antes que de un curso más bien elemental.

Michie expuso con cierto detenimiento —pero, afortunadamente, sin hacer preguntas— su parecer respecto a los pros y contras de esa opinión. Después de que

Dixon lamentara que una discusión tan interesante hubiera de interrumpirse, se separaron al llegar a la avenida, Michie en dirección a su colegio mayor, Dixon a su pensión.

Mientras corría por calles secundarias, desiertas a esa hora anterior al cierre de los centros de trabajo y oficinas, Dixon pensó en Welch. ¿Acaso Welch le hubiese encargado que preparara una optativa si no tuviese intención de renovarle el contrato de profesor ayudante? Póngase cualquier otro nombre en lugar de «Welch» y la respuesta sería «No». Pero manténgase el enunciado original y nada podría asegurarse. No hacía aún una semana, un mes después de que se hubiese mencionado la optativa por primera vez, había oído a Welch hablándole al titular de Educación de «la clase de hombre» que buscaba. Dixon se sintió fatal durante cinco minutos; luego Welch se le acercó y empezó a plantear, sin la menor doblez en el tono, lo que quería que Dixon hiciera con los alumnos de diplomatura del año siguiente. Al recordarlo, Dixon puso ambos ojos en blanco como canicas, y escurrió sus mejillas hasta que su cara pareció la de un tísico o desnutrido, mientras gemía en alto y cruzaba la calle soleada hasta llegar a su portal.

En el abigarrado perchero había un par de revistas y algunas cartas llegadas en el segundo correo. Había un sobre mecanografiado para Alfred Beesley, que era miembro del departamento de Lengua Inglesa de la facultad; un sobre sepia que contenía impresos de quinielas dirigido a W. Atkinson, un agente de seguros algunos años mayor que Dixon; y otro sobre mecanografiado dirigido a «J. Dickinson», con matasellos de Londres. Dudó antes de abrirlo. Dentro había una hoja arrancada apresuradamente de una libreta y con unos pocos renglones mal escritos en tinta verde. Sin formalidades, el autor de la carta anunciaba que le había gustado el artículo sobre construcción naval y que tenía intención de publicarlo «cuando fuera posible». Que «seguiríamos en contacto», y firmaba «L. S. Caton».

Dixon cogió del perchero un sombrero de fieltro de Atkinson, se lo puso en la cabeza y dio unos pasos de baile en el estrecho recibidor. A Welch le sería más difícil darle la patada ahora. Eran buenas noticias, además, por otros motivos; en líneas generales era estimulante: quizá el artículo tuviera algún mérito, después de todo. No, eso era pasarse; pero aquello quería decir que era material adecuado, y quien había escrito una muestra del material que se consideraba adecuado podría seguramente escribir otras. Le agradaría contárselo a Margaret. Devolvió el sombrero a su sitio, mientras miraba distraídamente las revistas, que venían dirigidas a Evan Johns, escribiente en la facultad e intérprete de oboe aficionado. La portada de una de ellas mostraba una fotografía grande y bien hecha de un compositor contemporáneo hacia el que Johns era posible que sintiera admiración. A Dixon se le pasó una idea por la cabeza, que estaba ahora plenamente receptiva en su estado de euforia. Se paró a escuchar por un instante; luego se deslizó al comedor, donde estaba puesta la mesa para la merienda. Con rapidez y cuidado al mismo tiempo empezó a modificar el rostro del compositor con un lápiz blando negro. Convirtió el labio inferior en una

hilera de dientes desparejos y descoloridos, añadiendo debajo otro labio inferior más grueso y caído que el original. En la mejilla aparecieron cicatrices de duelo, pelos tiesos como palillos surgieron de las expandidas fosas nasales; los ojos, agrandados y convergentes, se desparramaron hasta la nariz. Después de desflecarle la mandíbula y taparle la frente con un frondoso flequillo, añadió un bigote chino y argollas de pirata en las orejas, y todavía no había terminado de devolver las revistas al perchero cuando alguien hizo su entrada por la puerta principal. Saltó al comedor y aguzó de nuevo los oídos. Segundos después sonrió mientras una voz pregonaba: «Señorita Cutler», con un acento norteno similar al suyo, pero del este, mientras que el suyo era del oeste. Salió y dijo:

—Hola, Alfred.

—Ah, hola, Jim.

Beesley abrió su carta con cierta prisa. La puerta de la cocina se abrió detrás de Dixon y la cabeza de la señorita Cutler, la patrona, emergió para ver quiénes y cuántos eran. Satisfecha al respecto, sonrió y se retiró. Dixon se volvió a Beesley, que leía ahora su carta con el ceño fruncido.

—¿Entras a tomar el té?

Beesley asintió y le pasó a Dixon la hoja ciclostilada.

—Una buena noticia que llevar a casa el fin de semana.

Dixon leyó que agradecían la solicitud de Beesley, pero que habían concedido la plaza al señor P. Oldham.

—Vaya, mala suerte, Alfred. Pero seguro que hay otras a las que presentarse.

—No creo que para octubre. Queda muy poco tiempo ya.

Tomaron asiento junto a la mesa del té.

—¿Lo tenías decidido entonces? —preguntó Dixon.

—Sólo en la medida en que era una manera de escapar de Fred Karno.<sup>[2]</sup> —Así solía referirse Beesley al titular de su departamento.

—Supongo que sí que estabas decidido, entonces.

—Eso es. ¿Te ha dicho algo Neddy de tus posibilidades?

—No, nada directo, pero acabo de recibir una buena noticia. Ese Caton ha aceptado mi artículo, el de construcción naval.

—Es un consuelo, ¿no? ¿Cuándo sale?

—No lo ha dicho.

—¿Cómo? ¿Tienes la carta aquí? —Dixon se la pasó—. Um, no parece muy exigente en cuestiones de papelería, ¿verdad? A ver... Bueno, querrás datos más concretos, ¿o no?

Dixon hizo respingar la nariz para recolocarse las gafas, según su costumbre.

—¿Tú crees?

—Hombre, Jim, claro que sí. Una aceptación tan vaga como ésa no le sirve de mucho a nadie. Podría pasar un par de años antes de que salga, o más. No, haz que se comprometa con una fecha, entonces tendrás alguna prueba real que presentar a

Neddy. Hazme caso.

Sin tener del todo claro si el consejo era fiable, o si nacía del desengaño de Beesley, Dixon se disponía a contemporizar cuando la señorita Cutler entró en la sala con una bandeja con té y comida. Uno de los más viejos de sus muchos vestidos negros brillaba tenuemente en varios puntos de la sólida estructura de su persona. La enfática inaudibilidad de sus pasos, los movimientos rápidos, bien aprendidos, de sus manazas moradas, el mohín y el pequeño resoplido con el que imponía silencio sobre cada artículo que depositaba en la mesa, la modestia de sus ojos bajos, se combinaban para imposibilitar que nadie hablase en su presencia, salvo para dirigirse a ella. Muchos años habían pasado ya desde que dejó el servicio doméstico para poner pensión; pero, aunque algunas veces exhibía un impresionante despliegue de rasgos de patrona, su modo de desenvolverse al servir las comidas hubiera satisfecho al ama más exigente. Dixon y Beesley le dijeron algo, sin otra respuesta, como era habitual, que un gesto de asentimiento, hasta que terminó de descargar la bandeja; vino luego una conversación, que duró lo que tardó en hacer su irrupción el vendedor de seguros y ex comandante Bill Atkinson.

Este hombre, que era alto y muy moreno, se dejó caer pesadamente en su silla al extremo de la mesa, mientras la señorita Cutler, a la que tenía aterrorizada por sus exigencias de lo que él llamaba «lo bueno», salía corriendo de la habitación. Examinó a Dixon con atención cuando éste le dijo: «Llega temprano hoy, Bill», como si el comentario implicase alguna clase de desafío a su fuerza o resistencia física. Luego, tranquilizado al respecto, asintió veinte o treinta veces. Su pelo peinado con la raya en medio y su bigote rectangular le daban un aire de arcaica fiereza.

La comida continuó y Atkinson pronto se incorporó a la misma, aunque manteniéndose al margen de la conversación, que durante unos minutos siguió versando sobre el artículo de Dixon y su posible fecha de publicación.

—¿Es bueno? —preguntó Beesley finalmente. Dixon levantó la mirada, sorprendido.

—¿Bueno? ¿Qué quieres decir con «bueno»? ¿Bueno?

—Me refiero a si es algo más que riguroso, o es de la clase de cosas que se rechazan. ¿Va más allá de ser algo que te ayude a conservar el empleo?

—No, hombre, no. No creerás que me tomo estas cosas en serio. —Dixon notó que los ojos de pestañas tiesas de Atkinson estaban fijos en él.

—Sólo era una pregunta —dijo Beesley, mientras sacaba la pipa curva con cenefa de níquel a la que trataba de ajustar su personalidad, como una enredadera a una reja—. Y creo que no iba descaminada.

—A ver, Alfred, ¿quieres decir que debería tomármelo en serio? ¿Adónde quieres ir a parar?

—A ninguna parte. Sólo me preguntaba qué te hizo meterte en esta historia antes que en otras.

Dixon dudó:

—Ya te lo expliqué hace meses, cuando te dije que pensaba que no servía para un colegio y todo eso.

—No, me refiero a por qué te has hecho medievalista. —Beesley encendió una cerilla, con su carita de ratón reducida a un ceño fruncido—. No le molesto, ¿verdad, Bill? —Sin recibir respuesta, prosiguió, entre calada y calada—: No parece que tengas ningún interés especial en ello, ¿verdad?

Dixon intentó reírse.

—No, por supuesto que no. No, la razón por la que soy medievalista, como dices tú, fue que los estudios medievales eran una especialidad suave en la universidad de Leicester, por eso los elegí. Luego, cuando solicité este empleo, por supuesto le di a eso mucha importancia, porque causaba mejor impresión parecer interesado en algo específico. Por eso me dieron el puesto, en vez de a ese listillo de Oxford, que la fastidió en la entrevista mareando la perdiz sobre las teorías modernas de interpretación. Pero nunca imaginé que me endilgarían todo la Edad Media y nada más que la Edad Media. —Reprimió las ganas de fumar, después de haberse fumado el cigarrillo de las cinco a las tres y cuarto.

—Ya veo —dijo Beesley, arrugando la nariz—. No lo sabía.

—¿Te has fijado en que nos especializamos en lo que más odiamos? —preguntó Dixon; pero Beesley, echando humo de su pipa, ya se había levantado. Las opiniones de Dixon sobre la propia Edad Media habrían de esperar a otra ocasión.

—Bueno, me largo —dijo Beesley—. Que lo pases bien con los artistas, Jim. No te emborraches y te pongas a decirle a Neddy lo que acabas de decirme, ¿eh? Hasta luego, Bill —añadió, sin que Atkinson le contestara, y se marchó, dejando la puerta abierta.

Dixon dijo adiós; luego aguardó un poco antes de añadir:

—Ah, Bill, me pregunto si podría hacerme un favor.

La respuesta fue inesperadamente inmediata.

—Depende de lo que sea —dijo Atkinson, en tono despectivo.

—¿Podría llamarme a este número a eso de las once el domingo por la mañana? Estaré allí y nos limitaremos a tener una pequeña charla sobre el tiempo; pero si, por casualidad no puedo ser localizado... —se detuvo al oír un ruidillo inidentificable procedente de fuera, pero no oyó nada más y continuó—: Si no me encuentra, dígame a quien conteste que mis padres se han presentado aquí por las buenas y dicen que por favor vuelva lo antes posible. Aquí se lo he apuntado todo.

Atkinson alzó sus pobladas cejas y examinó el reverso del sobre como si contuviera la respuesta incorrecta a un problema de ajedrez. Soltó una risotada bárbara y se quedó mirando a Dixon a la cara.

—¿Tiene miedo de no sobrevivir, o qué?

—Es uno de esos fines de semana artísticos del titular de mi departamento. Tengo que hacer acto de presencia, pero me siento incapaz de afrontar un domingo entero allí.

Hubo una larga pausa mientras Atkinson paseaba su mirada censoria por toda la habitación, un ejercicio familiar. Dixon lo apreciaba y respetaba por su aire de aborrecer cuanto se le ponía por delante, y por no permitir que el aborrecimiento se le ablandara por la costumbre. Finalmente dijo:

—Ya veo. Me agradecerá hacerlo.

Mientras lo decía, otro hombre entró en la sala. Era Johns, con sus revistas, y en su presencia Dixon sintió una punzada de incomodidad: Johns era de los que se mueven despacio, un fisgón en potencia y un amigo de los Welch, sobre todo de la señora Welch. Preguntándose si Johns habría oído lo suficiente de la tarea encomendada a Atkinson, Dixon le dirigió un saludo nervioso con la cabeza, sin que la cara de sebo del otro se alterase lo más mínimo. Esta inmovilidad se prolongó cuando Atkinson pronunció su saludo:

—¿Qué tal, muchachito?

Dixon había decidido hacer el trayecto a casa de los Welch en autobús, para esquivar la compañía de Johns, de modo que se levantó, sin dejar de pensar que debería hacerle alguna advertencia específica a Atkinson. Incapaz de hacer nada a derechas, no obstante, salió de la sala. Detrás de él oyó a Atkinson dirigiéndose de nuevo a Johns:

—Siéntese y hábleme de su oboe.

Minutos después, Dixon, cargado con una maleta pequeña, corría por las calles hacia la parada de autobús. Desde la esquina de la carretera principal abarcó el panorama de la zona donde las últimas casas adosadas y las tiendecitas de alimentación daban paso a los bloques de oficinas, las sastrerías y tiendas de moda, la centralita de teléfonos y un cine moderno. Más allá todavía se alzaban los edificios más altos del centro de la ciudad, incluida la aguja puntiaguda de la catedral. Trolebuses y autobuses zumbaban o traqueteaban yendo y viniendo en esa dirección, entre filas de coches que lo mismo se ondulaban que se enderezaban, se contraían o adelgazaban hasta romperse. Las aceras estaban atestadas. Mientras Dixon cruzaba la carretera, la visión de toda esta energía le levantó los ánimos, y en alguna parte de sus pensamientos se despertó un inexplicable entusiasmo. No había motivo para suponer que el fin de semana incluyese otra cosa que no fuera la conocida mezcla de aburrimiento previsto y aburrimiento imprevisto, pero de momento se resistió a verlo así. La aceptación de su artículo podría ser el preludio de una más que necesaria racha de buena suerte. Iba a conocer a gente que lo mismo resultaba interesante y divertida. En caso contrario, al menos él y Margaret podrían deleitarse criticándolos. Debía asegurarse de que ella se lo pasase lo mejor posible, y esto sería más fácil de hacer en presencia de otros. En la maleta llevaba un librito de poesía, de un poeta contemporáneo que a él le desagradaba particularmente, y que había comprado esa mañana para regalárselo sin ningún motivo a Margaret. La sorpresa combinaría bien con la demostración de afecto y la adulación implícitas en su elección. Le turbó un escrúpulo rutinario al recordar lo que había escrito en la página de respeto, pero su

buen humor le ayudó a suprimirlo.

## CUATRO

—Claro que esta clase de música no va dirigida a un público, ya ven —dijo Welch mientras repartía las copias—. Lo divertido es cantarla. Todo el mundo tiene una auténtica melodía que cantar..., una auténtica melodía —repitió con vehemencia—. Podría decirse, en verdad, que la polifonía alcanzó su punto culminante, su cima, en ese periodo, y desde entonces no ha hecho más que decaer. No tienen más que mirar el texto de las distintas voces en cosas como, bueno, *Adelante, soldados cristianos*, el himno, que es un típico..., un típico...

—Te estamos esperando, Ned —dijo la señora Welch desde el piano. Tocó un arpeggio lento, alargándolo con el pedal—. ¿Todos listos?

Un zumbido soporífero impregnó la atmósfera alrededor de Dixon mientras los cantantes se tarareaban sus notas entre sí. La señora Welch se incorporó al grupo sobre la pequeña tarima que habían construido a un extremo de la sala de música, y ocupó su puesto junto a Margaret, la otra soprano. Una pequeña mujer de aspecto intimidado, de pelo castaño y escaso, era la única contralto. Junto a Dixon estaba Cecil Goldsmith, colega suyo en el departamento de Historia de la facultad, cuya voz de tenor poseía la suficiente fuerza salvaje, sobre todo al superar el do medio, para borrar cualquier ruido que Dixon pudiera sentirse impulsado a hacer. Tras él y a un lado había tres bajos, uno de ellos un compositor local, el otro un violinista aficionado al que en ocasiones, según las necesidades, llamaban de la orquesta de la ciudad, y el tercero Evan Johns.

Dixon ojeó los renglones de puntos negros que no paraban de subir y bajar, y logró cerciorarse de que todo el mundo iba a tener que cantar sin interrupción. Había sufrido un contratiempo veinte minutos antes, durante una tontería de Brahms que empezaba con unos diez segundos de tenor, sin acompañamiento... O, más exactamente, el que se quedó sin acompañamiento fue Goldsmith, que por dos veces se quedó seco al afrontar un tramo difícil y dejó a Dixon abriendo y cerrando la boca en silencio. Con cautela reprodujo ahora la nota que Goldsmith canturreaba y, contra lo que cabía esperar, se sintió complacido por el efecto. ¿Por qué no habían tenido la delicadeza de preguntarle si deseaba unírseles, en vez de arrastrarlo a esa tarima improvisada y ponerle por delante unas hojas de papel?

El madrigal comenzó a una seña del artrítico dedo índice de Welch. Dixon mantenía la cabeza baja, movía la boca justo lo necesario para que se le viera moverla sin lugar a dudas, y miraba por encima las letras que los demás cantaban. *Si por mi amor busco amor y los afectos debidos*, leía, *compruebo que sus promesas eran votos incumplidos. Y si pregunto por qué...* Observó a Margaret, que no cantaba mal del



todo (ese invierno había actuado regularmente con el coro de la Agrupación Conservadora local) y se preguntó qué cambios harían falta en las circunstancias y caracteres de ambos para poderseles aplicar la letra del madrigal. Ella le había hecho promesas, o confesiones al menos, que era quizá lo que quería decir el autor. Pero si se quería decir lo que parecía querer decir con «los afectos debidos», eso Dixon jamás lo había buscado en Margaret. Quizá debería: después de todo, la gente se pasaba la vida haciéndolo. Lástima que no fuese un poco más guapa. De todos modos, un día de éstos lo intentaría, a ver qué pasaba.

*Y luego soon desmentidoos, con ligereeeza negaaados*, cantaba Goldsmith con voz trémula y a pleno pulmón. Era la última frase; Dixon mantuvo la boca abierta mientras el dedo de Welch permanecía en alto, y la cerró, acompañando el gesto con la sacudida de cabeza que había visto hacer a los cantantes, cuando el dedo cayó a un lado. Todos parecían contentos de la actuación y con ganas de otra semejante.

—Sí, bueno, lo que sigue es lo que llaman un «ballet». Por supuesto, no es lo que nosotros designamos con la misma... Una pieza bastante conocida. Se titula *Ya llegó el mes de mayo*. Ahora, si todos ustedes...

Un estallido apagado de risa le llegó a Dixon desde atrás, por la izquierda. Al volver la mirada vio la palidez de Johns partida por una sonrisita. Los grandes ojos sin pestañas estaban fijos en él.

—¿Cuál es el chiste? —preguntó. Si Johns se estaba riendo de Welch, Dixon estaba dispuesto a ponerse del lado de este último.

—Ya verás —dijo Johns. Siguió mirando a Dixon—. Ya verás —añadió, con su sonrisita.

En menos de un minuto lo vio, y claramente. En vez de las cuatro partes habituales, esta pieza constaba de cinco. La tercera y cuarta líneas de música contadas desde arriba tenían escrito a un lado «Tenor 1.º» y «Tenor 2.º». Además, había una especie de lalalá en la segunda página, con numerosas interrupciones en las distintas voces. Incluso de un oído como el de Welch podía esperarse que notara, en tales circunstancias, la completa ausencia de una de las voces. Era demasiado tarde para que Dixon explicara que no hablaba en serio cuando dijo, media hora antes, que sabía leer «algo» de música; demasiado tarde para pasarse al bando de los bajos. Sólo un ataque de epilepsia podría librarle de esto.

—Más vale que hagas el primer tenor, Jim —dijo Goldsmith—; el segundo es un poco peliagudo.

Dixon asintió, confundido, casi sin oír las nuevas risas de Johns. Antes de que pudiera echarse a gritar, ya había pasado la introducción ritual al piano y el bordoneo y estaban de lleno en la pieza. Movi6 los labios al compás de *Sentados en la hierba, cada cual con su oveja, lalalá, lalá, lalalalá...*, pero Welch había dejado de menear el dedo y lo mantenía inmóvil en el aire. El canto se extinguió.

—A ver, los tenores —espetó Welch—; no me ha parecido oír...

Se oyeron unos golpes desiguales en la puerta, al otro extremo de la sala, a los

que siguieron la brusca apertura de esa puerta y la irrupción de un hombre alto que llevaba una cazadora amarillo-limón con los tres botones abrochados y exhibía una gran barba que era más larga de un lado que del otro y medio ocultaba una corbata estampada con hojas de parra. Dixon adivinó, con creciente júbilo, que éste debía de ser Bertrand, el pintor pacifista, cuya llegada, junto con su novia, había sido anunciada por Welch, con redobles de campanas, cada cinco minutos después del té. Era una llegada que, con toda seguridad, más tarde o más temprano resultaría un fastidio, pero de momento resultó el mejor remedio contra el fastidio de los desastrosos madrigales. Y todavía Dixon no había terminado de pensar eso cuando los Welch mayores dejaron sus puestos y fueron a saludar al hijo, seguidos más despacio por los demás; quienes, quizá no del todo disgustados por la posibilidad de un descanso, rompieron a charlar mientras se movían. Dixon, encantado, encendió un cigarrillo al verse solo: el violinista aficionado se ocupaba de Margaret; Goldsmith y el compositor local hablaban con Carol, la mujer de Goldsmith, que se había negado, con envidiable firmeza, a hacer otra cosa que no fuera estar sentada y escuchar el canto desde una butaca cerca de la chimenea; Johns estaba ocupándose de alguna cuestión técnica junto al piano. Dixon recorrió la sala entre los congregados y se apoyó en la pared opuesta, junto a la puerta, donde estaban las estanterías. Allí situado, saboreando su cigarrillo, se hallaba en buena posición para examinar a la chica de Bertrand cuando ésta, despacio y vacilante, hizo su entrada segundos después y se detuvo nada más entrar, sin que nadie, salvo Jim, reparase en ella.

Unos pocos segundos más le bastaron a Dixon para percibir cuanto había que percibir de esta chica: la combinación de cabello rubio, lacio y corto, y ojos marrones; los labios sin pintar, la estricta disposición de la boca y los hombros rectos, los pechos grandes y la cintura estrecha, la premeditada sencillez de la falda de pana color vino y la blusa de lino sin adornos. Su mera imagen constituía un ataque irresistible contra sus propias costumbres, valores y ambiciones: como si la hubieran diseñado para ponerlo en su sitio para siempre. La idea de que mujeres así no se veían, a no ser como propiedad de tipos como Bertrand, le resultaba tan familiar que hacía ya tiempo que había dejado de parecerle una injusticia. A él le estaban destinadas las que procedían de la nutrida clase que incluía a Margaret: aquellas en las que la intención de ser atractivas podía llegar a veces a confundirse con la realidad; aquellas en las que una falda demasiado estrecha, los labios sin pintar o pintados de un color equivocado, e incluso una sonrisa mal ejecutada, podían al instante disipar esa ilusión y toda esperanza de renovarla. Pero siempre se renovaba: un suéter nuevo lograba aminorar el tamaño de los pies, la generosidad daba nueva vida al pelo endeble, un par de cervezas infundían verdadero encanto a una conversación sobre el teatro londinense o la comida francesa.

La muchacha volvió la cabeza y descubrió a Dixon mirándola. El diafragma de éste se contrajo del susto; ella se enderezó de un salto, como un soldado en posición de descanso cuando le ordenan que se ponga en posición de descanso. Se miraron

durante un instante, hasta que, justo cuando a Dixon empezaba a picarle el cuero cabelludo, se oyó un fuerte aullido:

—Ah, estás aquí, cariño; sígueme, por favor, y te presentaré a la concurrencia —y Bertrand atravesó la sala a grandes zancadas para reunirse con ella, lanzándole a Dixon una breve mirada hostil. A Dixon no le gustó eso; lo único que le hubiese gustado recibir de Bertrand era una humilde disculpa por su aspecto.

Dixon estaba demasiado turbado por la presencia de la novia de Bertrand como para desear que se la presentaran, y se mantuvo a distancia durante un tiempo; luego se acercó y se puso a charlar con Margaret y el violinista aficionado. Bertrand dominaba el grupo central, soltando risotadas mientras contaba un chiste largo; su novia no le quitaba ojo de encima, como si el otro fuera a pedirle luego un resumen de lo contado. Sirvieron café y dulces, como sustitutos de la cena, y Dixon estuvo muy atareado tratando de hacer acopio de estos últimos para sí y para Margaret. Entonces se le acercó Welch y dijo, bastante inexplicablemente:

—Dixon, venga conmigo. Quiero que conozca a mi hijo Bertrand y a su... su... Venga.

Con Margaret a su lado, Dixon pronto tuvo delante a las dos personas que Welch quería presentarle y a Evan Johns.

—Éste es el señor Dixon y ésta la señorita Peel —dijo Welch, llevándose aparte a los Goldsmith.

Antes de que se hiciera el silencio, Margaret dijo:

—¿Va a quedarse mucho tiempo, señor Welch? —y Dixon le estuvo agradecido porque estuviera allí y tuviera siempre algo que decir.

Las mandíbulas de Bertrand lograron asir un trozo de comida que había estado a punto de escapar de ellas. Siguió masticando un instante, mientras pensaba.

—Lo dudo —dijo, al fin—. Tras la debida reflexión, creo que lo lógico por mi parte es dudarlo. Mis variadas ocupaciones en Londres requieren mi decisiva presencia. —Sonrió desde detrás de la barba, de la que empezó a sacudirse las migas—. Pero es muy grato venir aquí y saber que el fuego de la cultura todavía arde en provincias. Y también bastante tranquilizador.

—¿Y cómo va su trabajo? —preguntó Margaret.

Bertrand rió al oír esto, mirando a la muchacha, que también rió con un sonido claro y musical no del todo distinto al campanilleo de Margaret.

—¿Mi trabajo? —repitió Bertrand—. Hace que suene a actividad misional. Aunque algunos amigos nuestros estarían de acuerdo con esa descripción de sus labores. Fred, por ejemplo —dijo, dirigiéndose a su acompañante.

—Sí, y puede que Otto —respondió ella.

—Otto, sin la menor duda. Parece un auténtico misionero, aunque no se porte como tal. —Volvió a reírse. Lo mismo hizo la muchacha.

—¿Qué hace usted? —preguntó Dixon sin rodeos.

—Soy pintor. No pintor de brocha gorda, ay, de lo contrario ya hubiera podido

ganar mi dinerito y retirarme. No, no; pinto cuadros. Y no, otra vez ay, cuadros de sindicalistas o ayuntamientos o mujeres desnudas, de lo contrario nadaría en más dinero aún. No, no; sólo cuadros, simples cuadros, cuadros *tout court*, o, como dicen nuestros primos americanos, «cuadros y punto». ¿Y qué hace usted? Siempre que, claro está, se me permita preguntar.

Dixon dudó. El discurso de Bertrand (que, a excepción de la coda, estaba claro que había sido pronunciado en otras ocasiones) lo había molestado por más razones de las que hubiese creído posible. La compañera de Bertrand lo miraba con ademán interrogativo; las cejas, que eran más oscuras que su pelo, las tenía levantadas; y dijo, con voz más bien profunda:

—Satisfaga nuestra curiosidad.

Los ojos de Bertrand, que parecían carecer de la convexidad normal de los globos oculares, también estaban clavados en él.

—Soy uno de los subordinados de su padre —dijo Dixon a Bertrand, decidiendo que no debía resultar ofensivo—. Me ocupo de la Edad Media, en el departamento de Historia.

—Estupendo, estupendo —dijo Bertrand, y su compañera añadió:

—Supongo que a usted le gustará eso, ¿verdad?

Welch, notó Dixon, se había reincorporado al grupo y miraba las caras de unos y otros, buscando obviamente un pie para meter baza en la conversación. Dixon decidió rehusárselo a toda costa. Dijo, con tranquilidad pero rápidamente:

—Bueno, por supuesto que tiene su encanto. Aunque comprendo que no tiene el atractivo de —se dirigió a la muchacha— lo suyo. —Tenía que mostrarle a Bertrand que era muy capaz de incluirla en la conversación.

Ella miró a Bertrand con perplejidad.

—La verdad es que no le veo el atractivo a andar todo el día con...

—Ya sé —dijo Dixon— que debe de exigir mucho esfuerzo y ejercicio, pero el ballet, bueno —ignoró un codazo de Margaret—, debe de tener mucho atractivo. O eso es lo que he creído siempre. —Mientras hablaba, dirigió a Bertrand una sonrisa de educada envidia entre camaradas, y movió el café con civilizados dedos, extendiéndolos mucho sobre el mango de la cuchara.

Bertrand se estaba poniendo rojo y se inclinó hacia Dixon, mientras luchaba por tragar una medianoche antes de hablar. La muchacha repitió, verdaderamente desconcertada:

—¿Ballet? Pero si yo trabajo en una librería. ¿Qué le ha hecho pensar que yo...? —Johns mostraba su sonrisita. Incluso Welch daba muestras de haber entendido lo dicho por Dixon. ¿Qué había hecho? Le asaltaron al mismo tiempo una punzada de temor y la posibilidad de que «ballet» pudiera ser un término privado de Welch para designar las relaciones sexuales.

—Preste atención, Dickinson, o como se llame —comenzó Bertrand—, quizá crea que es muy gracioso, pero le aconsejo que lo deje, si no le importa. No querrá que la

cosa vaya a mayores, ¿verdad?

La cualidad de aullido de su voz, especialmente en la pregunta final, junto con el oscurecimiento de ciertas consonantes, despertaron en Dixon las ganas de hacer notar estos defectos y también, quizá, lo raro de los ojos del otro. Esto podría animar a Bertrand a agredirlo físicamente... Magnífico: estaba seguro de ganar a un artista en cualquier rifirrafe de esa clase... ¿O acaso el pacifismo de Bertrand lo refrenaría? Pero, en el silencio que siguió, Dixon decidió echarse atrás. Había cometido algún error referente a la chica; no debía empeorar las cosas.

—Lo siento mucho si he cometido un error, pero tenía la impresión de que la señorita Loosmore tenía algo que ver con...

Se volvió a Margaret en busca de ayuda, pero antes de que ella pudiese hablar, fue Welch, entre todos los presentes, el que espetó:

—Pobrecito Dixon, ja, ja, debe de haber confundido a esta... esta señorita con Sonia Loosmore, una amiga de Bertrand que nos defraudó bastante hace algún tiempo. Creo que Bertrand habrá creído que usted, Dixon... que usted estaba burlándose de él, o algo por el estilo, ja, ja.

—Bueno, si se hubiese tomado la molestia de hacerse presentar, esto no habría ocurrido —dijo Bertrand, todavía sofocado—. En vez de lo cual...

—No se preocupe, señor Dixon —interrumpió la muchacha—. No ha sido más que un estúpido malentendido. Ya veo cómo ha sido. Me llamo Christine Callaghan. No se parece en nada, ya ve.

—Bueno, yo... Gracias por tomárselo así. Lo siento muchísimo, de verdad.

—No, no, no se deprima por esto, Dixon —dijo Bertrand, dirigiendo una mirada a su acompañante—. Si nos disculpa, creo que deberíamos hacer una ronda entre la concurrencia.

Se alejaron, seguidos a distancia por Johns, en dirección al corrillo de los Goldsmith, y Dixon quedó a solas con Margaret.

—Ten, coge un cigarrillo —dijo ella—. Seguro que lo necesitas. Dios, qué cerdo es ese Bertrand. Ya podría haberse dado cuenta de que...

—En verdad ha sido culpa mía —dijo Dixon, agradecido por la nicotina y el apoyo—. Debería de haber estado allí en el momento de las presentaciones.

—Sí, ¿por qué no estabas? Pero él no tenía por qué empeorarlo. Por lo que deduzco, es típico de él.

—La verdad es que se me hizo un mundo ir a saludarle. ¿Cuántas veces lo has visto?

—Vino una vez, con la tal Loosmore. La verdad es que es muy raro, ¿no crees? Por aquel entonces iba a casarse con la Loosmore, y aquí lo tienes ahora con otra presa. Y el caso es que hace un par de días Neddy me soltó una larga arenga sobre cuándo iba a ser la boda con la Loosmore y demás. Así que, en lo que a él respecta...

—Oye, Margaret, ¿no podríamos salir a tomar una copa? Necesito una, y aquí no nos la van a dar. Son sólo las ocho; podríamos estar de vuelta...

Margaret se rió, así que él pudo ver buena parte de su dentadura, un colmillo manchado de carmín. A ella siempre se le iba un poco la mano al maquillarse.

—Oh, James, eres incorregible —dijo—. ¿Y luego qué? Por supuesto que no podemos salir. ¿Qué crees que pensarían los Neddies? Y justo cuando acaba de llegar su brillante hijo... Recibirías la notificación de despido en menos que canta un gallo.

—Sí, tienes razón, lo reconozco. Pero daría cualquier cosa por tres cervezas rápidas. No he bebido nada desde la que me tomé en lo de la carretera ayer por la noche, antes de presentarme aquí.

—A tu bolsillo le vendrá bien que no te las tomes. —Ella se echó a reír otra vez—. Estuviste magnífico en los madrigales. Tu mejor actuación hasta ahora.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Incluso mejor que tu interpretación de ese matón de Anouilh. Tu acento hizo que sonara tan espantosamente siniestro... ¿Cómo era? *La rigolade, c'est autre chose...* Me pareció que tenía mucha fuerza.

Dixon emitió un grito, ahogado por lo tenso de su garganta.

—Déjalo ya, no lo soporto. ¿No podían haber elegido una obra inglesa? Sí, ya sé. No me lo expliques. Veamos qué pasa ahora.

—Flautas de pico, creo.

—Bueno, eso me deja fuera. No hay nada malo en no tocarlas. Sólo soy un hermano lego, después de todo. ¿No es horrible, Margaret? ¿No es horrible? ¿Cuántas de esas malditas cosas vais a hacer sonar a un mismo tiempo?

Ella volvió a reír, mientras echaba un vistazo rápido por toda la sala. Era una señal fiable de que se lo estaba pasando bien.

—Bueno, no hay límite de número, si no me equivoco.

Dixon se echó también a reír, intentando olvidarse de las cervezas. Era verdad que sólo quedaban tres libras en su cajita de ahorros, y que le tenían que durar hasta el día de cobro, que era dentro de nueve días. En el banco tenía veintiocho libras, pero esto era un fondo que había iniciado ante la eventualidad de ser despedido.

—Es guapa esa Christine Nosécuantos —dijo Margaret.

—¿Sí? Sí que lo es.

—Tiene una estupenda figura, ¿verdad?

—Sí.

—No es frecuente encontrar tan buena figura con una cara tan bonita.

—No. —Dixon se puso en tensión a la espera del inevitable veredicto.

—Lástima que sea tan requetefina... —Margaret vaciló; luego decidió glosar su epíteto—. No me gustan las mujeres de esa edad que intentan dárseles de señoronas elegantes. Y un tanto mojigata también.

Dixon, que había llegado ya a conclusiones similares, sintió que no le apetecía que se las confirmaran de ese modo.

—Bueno, no sé —dijo—. No tengo datos para juzgar.

Esto fue recibido con el repiqueteo de campanillas.

—Ya, siempre te han ido las caras bonitas, ¿verdad? Lo tapan todo, es lo que yo digo.

Esto le pareció una verdad como un templo y, como no era cuestión de decirlo, no supo qué contestar. Se miraron el uno al otro con ansia, como si cualquier cosa que dijera cualquiera de los dos fuera a ser un insulto. Finalmente Dixon añadió:

—Ella da la impresión de estar cortada con la misma tijera que Bertrand.

Margaret le dirigió una curiosa sonrisa sardónica.

—Sí, yo diría que tienen mucho en común.

—Ya lo supongo.

Una criada recogía ahora la vajilla usada y la concurrencia se movía de un sitio a otro. La siguiente fase de la velada era ya inminente. Bertrand y su chica se habían esfumado, seguramente para deshacer sus equipajes. A requerimiento de Welch, Dixon dejó a Margaret para ayudar a colocar algunas sillas.

—¿Cuál es la siguiente parte del programa, profesor? —preguntó.

Los rasgos cansados de Welch se habían estabilizado en su habitual estado depresivo, después de la fase maníaca de la última hora y media. Le lanzó a Dixon la mirada feroz de quien está a punto de rebelarse.

—Sólo una o dos piezas instrumentales.

—Ah, eso suena muy bien. ¿Quién empieza?

El otro se quedó pensando, sus manazas cuadradas sobre el respaldo de una silla ridículamente baja que parecía un taburete mal reconvertido. En un instante reveló que el compositor local y el violinista aficionado iban a «intentar» una sonata de violín de algún pelmazo teutón; que un número no especificado de flautas de pico interpretarían luego alguna pieza apropiada, y que, en algún momento posterior, se esperaba que Johns le sacase algo de música a su oboe. Dixon asintió como si estuviese encantado.

Volvió junto a Margaret y la encontró conversando con Carol Goldsmith. A esta mujer, de unos cuarenta años de edad y de larga melena castaña, la consideraba Dixon uno de sus aliados, aunque a veces lo intimidaba un poco con sus aires de madurez.

—Hola, Jim, ¿cómo va eso? —preguntó con su voz anormalmente clara.

—Mal. Todavía tenemos por delante una hora de rasca y sople.

—Ya, la cosa tiene mal aspecto. ¿Por qué venimos? Bueno, sé por qué vienes tú, Jim, y la pobre de Margaret está viviendo aquí. Supongo que lo que quiero decir es: ¿por qué demonios vengo yo?

—Bueno, apoyo conyugal a su marido, imagino —dijo Margaret.

—Algo de eso hay, supongo. ¿Y por qué viene él? Ni siquiera hay bebidas.

—James ya lo había notado.

—No creo que merezca la pena venir sólo para conocer al gran pintor, ¿o sí? —dijo Dixon, con la intención de comenzar una conversación que aminorase el apuro retrospectivo causado por la embarazosa confusión Loosmore-Callaghan.

Por una razón que entonces no entendió, la acogida de este comentario fue claramente desfavorable. Margaret lo miró con la barbilla levantada, como para reprocharle alguna indiscreción, pero para ella cualquier clase de comentario negativo sobre cualquiera, a no ser que estuviesen solos, pecaba siempre de indiscreto. Carol entrecerró los ojos y se pasó la mano por su pelo liso.

—¿Qué le hace decir eso? —preguntó.

—Bueno, la verdad es que nada —dijo Dixon, alarmado—. Acabo de tener un pequeño roce con él, eso es todo. Me hice un pequeño lío con el nombre de su novia y él se puso un poco ofensivo, creo. Nada grave.

—Ya, eso es muy típico —dijo Carol—. Siempre piensa que se están metiendo con él. Y a menudo acierta.

—Usted lo conoce, ¿verdad? —dijo Dixon—. Lo siento, Carol. ¿Es muy amigo suyo?

—No llega a tanto. Lo tratamos el verano pasado, ya sabe, Cecil y yo, antes de que usted consiguiese el empleo. Puede ser muy divertido en ocasiones, la verdad, aunque tiene usted razón en lo del gran pintor: a veces resulta deprimente. Usted lo habrá tratado en una o dos ocasiones, ¿verdad, Margaret? ¿Qué piensa de él?

—Sí, lo conocí en su anterior visita. Pensé que estaba bien cuando se le trataba a solas. Creo que, cuando tiene público, se siente obligado a ponerse a su altura e impresionar a todo el mundo.

Una risotada aullante hizo que los tres se volvieran. Bertrand, llevando a Goldsmith del brazo, se acercaba. Con los restos de su risa todavía colgándole de la cara, le dijo a Carol:

—Vaya, por fin la encuentro, jovencita. ¿Cómo le van las cosas?

—No mal del todo, gracias, caballero. Ya veo cómo le van a usted. Se sale un poco del tipo que a usted le gusta, ¿no?

—¿Christine? Sí, ahí tiene una chica estupenda, estupenda. De lo mejor, diga que sí.

—¿Tiene planes para ella? —prosiguió Carol, con una leve sonrisa.

—¿Planes? ¿Planes? No, no, nada de planes. Ninguno, sin la menor duda.

—No es su estilo, amigo —dijo Goldsmith en su espeso tono inmutable, tan distinto de su voz cantarina de tenor.

—En este momento, si le digo la verdad, estoy un tanto fuera de mis casillas por su culpa —dijo Bertrand, haciendo un círculo con el pulgar y el índice para subrayar sus últimas palabras.

—¿Cómo es eso, Bertrand? —preguntó Goldsmith, solícito.

—Bueno, como pueden imaginar, a pesar de mi apasionado interés por esta clase de deporte —señaló con la cabeza en dirección al piano, donde el violinista afinaba su violín con la colaboración del compositor local—, se requiere algo más para que me deje arrastrar hasta aquí, por mucho que me alegre verlos a todos ustedes. No, no; me habían prometido un encuentro con un tal Julius Gore-Urquhart, de quien quizá



hayan oído hablar.

Dixon sí había oído hablar de Gore-Urquhart, un rico devoto de las artes que colaboraba ocasionalmente en las secciones culturales de los semanarios, que tenía una casa en el barrio en la que a veces se alojaban personas distinguidas, y que era un pez al que Welch había intentado echar el anzuelo, en vano, más de una vez. Dixon miró de nuevo a Bertrand a los ojos. Eran verdaderamente extraordinarios: parecía como si le hubieran hilvanado un trozo de tela estampada por dentro de la cabeza, y sólo se pudiera ver por dos orificios casuales. ¿Qué podía tener que ver con alguien como Gore-Urquhart un hombre con esos ojos, esa barba y (notó por vez primera) esas orejas desiguales?

Un minuto o dos más tarde ya sabía qué tenían que ver. Con todo, la relación era tenue: la tal Callaghan, que conocía a la familia de Gore-Urquhart, e incluso puede que fuera sobrina suya, había previsto presentarle a Bertrand durante el fin de semana. Un poco después se supo que Gore-Urquhart se encontraba entonces en París, por lo que, si se quería verlo, habría que efectuar la consiguiente visita a esa parte del mundo. Había alguna razón, que Dixon olvidó de inmediato, por la que un encuentro en Londres resultaría menos satisfactorio. ¿Y qué se esperaba que hiciera Gore-Urquhart por Bertrand cuando se conocieran?

Cuando Margaret solicitó esa información con sus habituales circunloquios, Bertrand alzó su formidable cabeza y dejó caer su mirada sobre todas las caras, una a una, antes de contestar.

—Sé por más de una buena fuente —dijo, en tono mesurado— que nuestro influyente amigo va a anunciar pronto que el puesto de secretario privado suyo está vacante. Dudo que el puesto vaya a decidirse por concurso público, así que en este momento estoy plenamente entregado a postularme para el cargo. Mecenazgo, ya ven, mecenazgo: eso será. Contestaré sus cartas con una mano y pintaré con la otra. —Soltó una carcajada, a la que se unieron Goldsmith y Margaret—. Así que no quepo en mí de impaciencia: hay que golpear en caliente, si me permiten la expresión.

¿Por qué no iban a permitirle la expresión?, pensó Dixon, ¿por qué?

—¿Cuándo cree entonces que lo veremos de nuevo por aquí, muchacho? —preguntó Goldsmith—. Tendremos que preparar algo. Esta vez no ha habido ocasión.

—Pues, dentro de unos quince días, espero —dijo Bertrand, para añadir, con intención—: La señorita Callaghan y yo tenemos otro compromiso el fin de semana que viene. Como comprenderán, no quiero perdérmelo.

—El otro fin de semana es el baile de verano en la facultad —interrumpió rápidamente Margaret, en un intento, supuso Dixon, de atenuar las implicaciones de la última declaración. ¿Cómo se atrevía ese Bertrand a decir cosas así delante de una mujer a la que apenas conocía y de un hombre al que, como podía suponer, no le había caído del todo bien en su primer encuentro?

—¿Ah, sí? —preguntó Bertrand con aparente interés.

—Sí, ¿vendrá usted también este año, señor Welch?

—Puedo arreglarlo, supongo. Creo recordar que no me aburrí la última vez. Ah, veo que están sacando cigarrillos. ¿Me permite coger uno de los suyos, Cecil? Bien. Bueno, ¿qué hay de ese baile, entonces? No podrán librarse de usted, supongo.

—Me temo que esta vez lo conseguirán —dijo Goldsmith—. Hay un congreso de profesores de historia en Leeds por esas fechas. Su padre quiere que vaya yo.

—Vaya, vaya —dijo Bertrand—. Qué contrariedad, una verdadera contrariedad. ¿No hay otro a quien enviar? —Le echó una mirada a Dixon.

—Me temo que no. Ya lo hemos discutido —dijo Goldsmith.

—Lástima, lástima. Y bien, ¿puedo preguntar si asistirá algún otro de los presentes?

Margaret se quedó mirando a Dixon y Carol dijo:

—¿Y usted, Jim?

Dixon movió la cabeza enérgicamente.

—No, nunca he sido un gran bailarín, me temo. En lo que a mí respecta, sería tirar el dinero. —Sería terrible que Margaret lo chantajease y lo obligase a llevarla.

—Bueno, bueno, nadie le desea eso, ¿verdad? —dijo Bertrand—. No serviría de nada. Me pregunto adónde habrá ido la jovencita Callaghan. Su nariz debe de tener ya una espesa capa de polvos, me atrevería a decir. ¿Y a qué se deberá la demora de los músicos?

Dixon echó un vistazo y vio que los dos intérpretes, una vez terminada la afinación, dispuestas las partituras y encerado el arco, pasaban el rato fumando y charlando. A Welch no se le veía por ninguna parte; debía de estar ejerciendo su más que terrorífica habilidad para escurrir el bulto. En el otro extremo de la larga habitación de techo bajo y luz tenue se abrió la puerta y entró la Callaghan. Para estar tan bien hecha, pensó Dixon, se movía torpemente.

—Ah, cariño —dijo Bertrand, al mismo tiempo que hacía una elegante inclinación—, nos preguntábamos qué había sido de ti.

Ella pareció desconcertada.

—Venía de...

—Hablábamos del señor Gore-Urquhart, y nos preguntábamos si estará disponible dentro de dos fines de semana, ya que hay una especie de baile festivo en la facultad en esa fecha. ¿Puedes iluminarnos al respecto?

—Bueno, su secretario dijo que probablemente estaría en París hasta mediados del mes que viene, lo que sería demasiado tarde, ¿o no?

—Me temo que sí. Sí, lo sería. Vaya, tendrá que ser en otra ocasión, supongo. —No parecía nada contrariado por estas noticias.

—Le he escrito al tío para que me informe de cuándo vuelve.

Dixon sintió ganas de reír. Siempre le divertía oír a las chicas (los hombres nunca lo hacían) referirse al «tío», a «papá», etc., como si solamente hubiera un tío o un papá en el mundo, o como si ese tío o ese papá concretos fueran el tío y el papá de

todos los presentes.

—¿Cuál es el chiste, Jim? —preguntó Carol. Bertrand se le quedó mirando fijamente.

—Nada, nada. —Le devolvió la mirada a Bertrand. Deseó que hubiera alguna cuestión en la que pudiera derrotar a Bertrand, aun a riesgo de atraerse las antipatías del padre. Toda acción que no implicase necesariamente violencia, o no demasiada, estaría justificada. Pero no parecía existir ningún campo donde pudiese llevar a cabo acciones de esa clase. Por un momento sintió ganas de dedicar los próximos diez años de su vida a abrirse camino hasta sentar plaza como crítico de arte, con el propósito de hacer reseñas desfavorables de la obra de Bertrand. Pensó en una frase que había leído en un libro: «Al oír eso, agarró a aquel maldito perro por el pescuezo y por Dios que le faltó poco para estrangularlo». También eso le hizo sonreír y la barba de Bertrand tembló, pero no dijo nada que rompiera el silencio.

Como siempre, Margaret sí había pensado algo que decir:

—Leí algo sobre su tío no hace mucho, señorita Callaghan. Venía un suelto sobre él en el periódico local. Iba a donar unas acuarelas a nuestra pinacoteca. No sé qué haríamos sin gente como él para que las cosas sigan funcionando.

Esta observación, que por sí misma no tenía respuesta, hizo el efecto, familiar entre quienes conocían a Margaret, de dejar a su público sin habla por la propia obviedad de su intención, a saber: la intención de hacerlos hablar. A unos metros de distancia se oyó al violinista aficionado reírse roncamente de algo que le contaba el compositor local. ¿Dónde estaba Welch?

—Sí, es muy generoso —dijo la Callaghan.

—Menos mal que queda todavía gente que puede permitirse cosas así —dijo Margaret. Dixon alzó los ojos para captar los de Carol, pero ésta intercambiaba una mirada con su marido.

—Bueno, pronto no quedará nadie, me temo, si los chicos de Transport House<sup>[3]</sup> siguen gobernando nuestras vidas —dijo Bertrand.

—La verdad, no creo que lo hayan hecho tan mal —añadió Goldsmith—. Después de todo, no se puede...

—Su política exterior, admito, podría haber sido mucho peor, exceptuando su espectacular propensión a poner fuego donde hay leña. —Bertrand echó una rápida mirada circular a los concurrentes, antes de continuar—: Pero su política interior... Exprimir a los ricos... Quiero decir... —Pareció dudar—. Bueno, ¿acaso no se reduce pura y simplemente a eso? Me limito a hacer una pregunta, nada más. Quiero decir que eso es lo que parece, ¿no estamos todos de acuerdo? Considero que no es más que eso, ¿tengo razón o me equivoco?

Fingiendo no notar el ceño de advertencia de Margaret y la sonrisita expectante de Carol, Dixon dijo pausadamente:

—Bueno, ¿y qué hay de malo en ello, suponiendo que se reduzca a eso? Si un hombre tiene diez bollos y otro tiene dos y uno de los dos tiene que entregar uno, lo

lógico es quitárselo al hombre que tiene diez.

Bertrand y su acompañante se miraron con idéntica expresión, sacudiendo la cabeza, sonriendo, levantando las cejas, suspirando. Era como si Dixon hubiese dicho que no sabía nada de arte, pero que sí sabía qué le gustaba.

—El caso es que no creemos que nadie tenga que dar un bollo, señor Dixon —dijo la muchacha—. Ésa es la cuestión.

—No creía que la cuestión se redujera a eso —dijo Dixon en el mismo momento en que Margaret decía: «No nos enzarcemos en una discusión sobre...», y Bertrand decía: «La cuestión se reduce a que los ricos...».

Fue Bertrand quien salió vencedor de esta pequeña competición.

—La cuestión es que los ricos tienen un papel esencial en la sociedad moderna —dijo, aullando un poco más perceptiblemente—. Más que nunca en estos días. Eso es todo; no voy a aburrirles con los tópicos al uso sobre que ellos hacen posibles las artes y demás. El propio hecho de que sean tópicos al uso demuestra lo que quiero decir. Y resulta que a mí me gustan las artes, como se *veem*.

La última palabra, una variante de «ve», era una creación verbal del propio Bertrand. Surgió de este modo: el sonido vocálico quedó distorsionado al alargarse, como si fuera a decir «veee». Esto hizo que sus labios se separasen un tanto, por lo que, al cerrarlos rápidamente, el efecto fue el de rematar la sílaba con una ligera pero audible eme. Una vez resuelto este misterio, a Dixon no se le ocurrió nada que decir, y se conformó con un «Ya veo», que intentó que sonara enterado y escéptico.

Esto pareció dar alas a Bertrand.

—Sí, me gustan —dijo, levantando incluso más la voz, por lo que todos los presentes volvieron de inmediato los ojos a él—. ¿Y quieren que les diga qué otra cosa me gusta? Los ricos. Me enorgullece la impopularidad de la que goza actualmente esta opinión. ¿Y por qué me gustan? Porque son encantadores, porque son generosos, porque saben apreciar las cosas que, casualmente, también me gustan a mí, porque sus casas están llenas de cosas hermosas. Por eso me gustan y por eso no quiero que los expriman. ¿Está claro?

—Acérquense, por favor —llamo la señora Welch desde atrás—. Si esperamos a tu padre, estaremos aquí toda la noche. ¿Qué tal si empezamos? Si vienen por aquí, podremos sentarnos todos.

—De acuerdo, mamá —dijo Bertrand por encima de su hombro, y el grupo empezó a disolverse; pero antes de moverse él mismo, dijo, con los ojos puestos en Dixon—: Ha quedado claro, ¿no?

Margaret tiró de la manga de Dixon y él, que no quería seguir peleando una vez terminado el asalto, dijo en tono conciliador:

—Sí, claro. Al parecer, usted ha tenido más suerte que yo con los ricos con los que se ha relacionado, eso es todo.

—No me sorprende lo más mínimo —dijo Bertrand un tanto despectivamente, echándose a un lado para dejar pasar a Margaret. Dixon dijo, irritado:

—Bueno, más vale que les saque todo lo que pueda mientras los tenga, porque no le van a durar mucho, ya sabe. —Y trató de abrirse paso para seguir a Margaret, pero la Callaghan lo detuvo diciéndole:

—Desearía que no hablara en ese tono, si no le importa.

Dixon miró a su alrededor; los demás se habían sentado ya, y el violinista aficionado estaba encajándose amorosamente su instrumento bajo la barbilla. Dejándose caer en la silla más cercana, Dixon dijo en voz más baja:

—¿Dice que desearía que yo no hablase en ese tono?

—Sí, si no le importa. —Bertrand y ella se sentaron también—. La verdad es que me irritan un poco esta clase de cosas. Lo siento, no puedo remediarlo; tengo ese defecto, me temo.

Si Dixon no hubiese desarrollado su aversión a este argumento cuando lo empleaba Margaret, seguramente no habría contestado como lo hizo:

—¿Y no ha ido al médico todavía?

El violinista aficionado saludó con la mitad superior de su cuerpo y, apoyado por el compositor local, comenzó una rápida sucesión de notas más o menos inarmónicas. Bertrand se inclinó sobre Dixon.

—¿Qué demonios está diciendo?

—Que a qué psiquiatra va usted —dijo Dixon, ampliando su campo de tiro.

—Óigame, Dixon: ¿habla así para que le den un buen puñetazo en la nariz?

A Dixon, cuando se calentaba, le costaba ordenar sus pensamientos.

—Si así fuera, no pensará que es usted la persona que va a dármelo, ¿verdad?

Ante este acertijo, Bertrand arrugó la cara.

—¿Cómo?

—¿Sabe lo que parece con esa barba? —Esta simplificación de las cosas hizo que el corazón de Dixon empezara a acelerarse.

—Muy bien, ¿salimos fuera un ratito?

La última pregunta de la serie quedó ahogada por un hondo temblor de las notas bajas del piano.

—¿Cómo? —preguntó Dixon.

La señora Welch, Margaret, Johns, los Goldsmith y la contralto dieron la impresión de volverse todos a una.

—Ssssss... —dijeron todos. Fue como una locomotora soltando vapor bajo una marquesina de cristal. Dixon se levantó y se dirigió a la puerta de puntillas. Bertrand medio se levantó para seguirlo, pero su acompañante lo detuvo.

Antes de que Dixon llegase a la puerta, ésta se abrió y entró Welch.

—Ah, ya veo que han empezado —dijo, sin molestarse en bajar la voz.

—Sí —susurró Dixon—. Creo que yo...

—Lástima que no hayan esperado un poco más. He estado hablando por teléfono, ¿sabe? Era ese tipo del... del...

—Hasta luego. —Dixon empezó a avanzar lentamente hacia la puerta.

—¿No se queda a lo de P. Racine Fricker?<sup>[4]</sup>

—No tardaré, profesor. Creo que iré a... —Dixon hizo algunos gestos intencionadamente indescifrables—. Volveré.

Al cerrar, dejó atrás el duradero ceño intrigado de Welch.

## CINCO

—Cuesta abajo marchaba, a ciento cuarenta o más, cuando su bocina empezó a sonar —cantaba Dixon—. Lo encontraron entre los restos con la mano en la garganta...

Lo dejó, jadeando. Costaba recorrer a pie el sendero de arena que conducía a casa de los Welch, sobre todo con tanta cerveza repartida por su persona. Una sonrisa soñadora tensó su cara en la oscuridad, mientras saboreaba retrospectivamente aquel maravilloso instante de las diez en punto. Había sido como experimentar auténticamente, por vez primera, el arte o la bondad humana, una exaltación embelesada, firme, casi religiosa. Tras echarse al coleteo lo que, suponía, era la última cerveza de la noche, percibió que seguían pidiendo y sirviendo bebidas, que seguía entrando gente y que tenían una expresión confiada, no ansiosa, y que una nueva moneda de seis peniques había tintineado en el mecanismo de la mesa de billar. Y se hizo la luz cuando el camarero de chaqueta blanca se abrió paso con dos nuevas cajas de Guinness. El pueblo y la ciudad estaban en condados diferentes; y los bares de allí, a diferencia de los de la ciudad y el hotel al que fue con Margaret, permanecían abiertos en verano hasta las diez y media, y el verano había empezado ya oficialmente. Su gratitud no podía expresarse con palabras; sólo nuevas visitas a la barra podrían pagar esa feliz deuda. Como consecuencia, gastó más de lo que debiera, a pesar de lo cual no sentía más que satisfacción y paz. Tras rebotar penosamente contra el pilar de la cancela, empezó a rondar sigilosamente el entorno adoquinado de la casa.

La gran sala larga de la parte de atrás, donde habían tenido lugar las actuaciones musicales, estaba a oscuras. Eso estaba bien. A la altura del salón principal, en cambio, había luces y, según pudo percibir, voces de conversaciones. Atisbando por un resquicio de las cortinas, vio a Welch, con su impermeable a rayas carmesíes y su gorro de pescador, que se disponía a salir, seguido del compositor local y de Cecil Goldsmith, ambos también con impermeables. La gente estaba evidentemente esperando que la llevaran a casa; Dixon sonrió al pensar en la clase de viaje que Welch les iba a proporcionar. Carol, con un abrigo ligero de mezclilla, se demoró un momento para intercambiar unas últimas palabras con Bertrand. En la habitación no había nadie más.

Estaba abierta una ventana próxima, pero Dixon no pudo captar las palabras que ahora pronunciaba Bertrand. Por la entonación de éste pudo distinguir, sin embargo, que formaban una pregunta, a la que Carol dijo:

—Sí, de acuerdo.

Ante esto, Bertrand dio un paso al frente y la rodeó con sus brazos. Dixon no vio

lo que vino después, porque Bertrand daba su espalda a la ventana, pero, si hubo un beso, sólo duró un instante; Carol se soltó y salió apresuradamente. Bertrand también se fue.

Dixon volvió a la sala de música y entró por la puerta de cristales. Lo que había visto lo había perturbado de un modo que no supo reprimir. Aunque teóricamente inmunizado contra esa clase de acciones, sintió que su mera proximidad le resultaba más que nada desagradable. Haber visto y hablado con Cecil Goldsmith varias veces por semana durante meses no libraba al hombre de su insignificancia, pero le daba derecho a ciertas deferencias por parte de uno; deferencias que, de algún modo, salían a colación cuando uno veía a la esposa de éste en brazos de un tercero, especialmente si el tercero era ése. Dixon lamentó haber encontrado aquel hueco entre las cortinas, y luego borró el asunto de su mente. Necesitaba toda su atención para llegar a su cuarto sin ser detectado.

Tras decidir que, en cualquier caso, había que afrontar el riesgo de que alguien entrase en la sala de música, Dixon avanzó a tientas en la oscuridad hasta topar con una butaca, se recostó en ella, cerró los ojos y oyó con satisfacción el sonido del coche de Welch, que arrancó y se alejó. Poco después, se sintió como si fuera a caer de espaldas, y la boca de su estómago pareció hincharse como si se dispusiera a cerrarse sobre su cabeza. Abrió los ojos de nuevo y puso su cara de máscara trágica: sí, después de todo, no había sido buena idea tomar aquella última cerveza. Se levantó y comenzó un ejercicio de saltos y levantamiento de brazos que había aprendido en las fuerzas aéreas. Quinientos saltos y levantamientos de brazos le habían ayudado a despejarse otras veces. Después de ciento ochenta, le pareció que era preferible una cabeza embotada antes que más saltitos. Era hora de moverse.

A mitad del recibidor oyó la risa de Bertrand, aunque bastante amortiguada por una puerta interpuesta. El suelo crujió a su paso mientras subía las escaleras y cruzaba el descansillo. Por algún capricho arquitectónico, a su habitación sólo podía accederse a través de un gran cuarto de baño, cuya puerta exterior intentaba abrir ahora. Nada sucedió. El baño estaba evidentemente ocupado; quizá Johns hubiese decidido bloquear la habitación reservada a quien había mancillado su revista. Dixon retrocedió un tanto, con las piernas muy separadas, y alzó las manos como un director de orquesta a punto de iniciar alguna atronadora obertura o poema sinfónico; y luego, medio director, medio boxeador, se entregó a una breve sucesión enloquecida de gestos obscenos. Justo entonces alguien abrió una puerta al otro lado del descansillo. No hubo tiempo de hacer otra cosa que adoptar la actitud de quien espera a la puerta del baño, estratagema hasta cierto punto viciada por la gabardina que todavía llevaba puesta.

—James, ¿qué demonios haces?

Nunca se había alegrado tanto Dixon de ver a Margaret antes que a cualquier otra persona.

—Sssssss —dijo—. Sácame de aquí.



Y todavía le gustó más cuando ella le hizo una seña y lo condujo, sin más, a su propia habitación. Justo mientras cerraba la puerta de ésta, quienquiera que fuese salió del baño. Dixon notó que su corazón había estado latiendo con fuerza.

—Gracias por esto —dijo.

—Y bien, ¿dónde has estado todo el tiempo, James?

Mientras se lo contaba, tomó nota para sí del tono y los modos ofendidos de ella, lo que pronto anuló su sensación de alivio. ¿Qué cariz adquirirían estas cosas si alguna vez se casaban? Al mismo tiempo, tuvo que reconocer que ella estaba más guapa que nunca con aquella bata azul y el pelo castaño, leonado en algunas zonas, libre de horquillas y rulos. Se quitó la gabardina y encendió un cigarrillo, y empezó a sentirse mejor. Terminó lo que tenía que decir sin mencionar lo que había visto por la ventana del salón.

Ella lo dejó hablar sin interrumpirlo y luego esbozó una ligera sonrisa.

—Bueno, la verdad es que no te culpo. De todos modos, ha sido una descortesía por tu parte. Vi que a la señora Neddy le parecía un poco raro.

—Vaya, así que a ella le ha parecido raro, ¿no? ¿Adónde le dijiste que había ido yo?

—No tuve ocasión de decir nada; Evan le dijo que creía que seguramente te habías ido a un bar.

—Le retorceré el cuello a ese cabrón un día de éstos. Dios mío, ésta sí que es buena. Verdadero compañerismo. Esto me hará quedar bastante mal con los Neddies. Y no lo llames «Evan».

—No le des muchas vueltas. A Neddy no pareció importarle.

Dixon resopló.

—¿Cómo puedes estar segura de eso? No hay modo de saber qué ocurre dentro de esa cabeza suya, si es que ocurre algo. Espérame un minuto, ¿quieres? Tengo algo que hacer en el baño. No te vayas.

Cuando volvió, ella seguía sentada en la cama, pero se veía que se había retocado los labios. Esto le gustó, más por el cumplido que implicaba que por el efecto real; de hecho, empezaba a sentirse estupendamente otra vez, y así siguió, e incluso se repantigó en la silla, mientras discutían durante unos minutos los acontecimientos de la primera parte de la velada. Luego dijo Margaret:

—La verdad, ¿no crees que deberías irte? Se está haciendo tarde.

—Lo sé. Me iré enseguida. Me lo estoy pasando bien.

—Yo también. Es la primera vez que estamos solos desde... ¿desde cuándo?

Uno de los efectos de esta pregunta fue hacer que Dixon se sintiera muy borracho, y nunca supo explicar del todo, más tarde, por qué hizo lo que hizo a continuación, es decir, sentarse junto a Margaret, en la cama, rodear sus hombros con el brazo y besarla decididamente en la boca. Fueran cuales fueran sus motivos (en los que se mezclaban la bata azul, el pelo sin arreglar, los labios pintados en su honor, la cerveza local, su deseo de forzar alguna crisis en sus relaciones, su deseo de evitar otra salva

de preguntas y confidencias y su preocupación por su empleo), los efectos fueron inequívocos: ella le echó los brazos al cuello y le devolvió el beso con entusiasmo; con más entusiasmo, de hecho, del que ella había mostrado en cualquiera de los desgastados y siempre inconclusos escauceos sexuales que habían tenido en su piso. Dixon se quitó las gafas de un tirón, y luego se las quitó a ella y las dejó en cualquier parte. La besó de nuevo, con más ganas; la cabeza le daba vueltas, cada vez con más rapidez. Un minuto o dos después no parecía haber razones para no meter la mano por la solapa de la bata. Ella susurró alguna ternura y apretó los brazos alrededor del cuello de él.

¿Por qué no seguir? Parecía que lo lograría, aunque no sabría decir hasta qué punto. ¿Quería hacerlo? Sí, en cierto modo, pero ¿no sería aprovecharse de ella? Recordó vagamente cómo él mismo le había recomendado que no se metiera en líos de carácter sexual de ningún tipo durante un tiempo más o menos largo, digamos un año, después de lo de Catchpole. ¿No sería aprovecharse de ella? ¿Y él? Él sólo sabía manejarla como amiga; de convertirse en su amante, sería como un vaquero que se enfrenta a un primer toro indudablemente formidable. No, tampoco él estaba en condiciones. Y por supuesto que sería aprovecharse de ella, hacerle afrontar algo que no podía dejar de perturbarla y trastornarla a corto plazo, sin contar con lo que le pudiera suceder luego. No, no era recomendable. Por otra parte (Dixon luchaba por aclarar sus ideas, si es que tenía alguna), lo cierto era que ella parecía desearlo. Sentía su aliento, suave y cálido, en su mejilla, con lo que su propio deseo, que había empezado a decaer, se fortaleció de pronto. Por supuesto, sus preocupaciones se reducían al temor a un desaire. Retiró la mano, luego volvió a ponerla en el mismo sitio, esta vez bajo el camisón. Esto, y el estremecimiento de ella, le hizo perder la cabeza aún más; hasta el punto de imposibilitarle pensar. El silencio le atronaba los oídos.

Un instante después, los dos echados en la cama, hizo un movimiento no sólo nada ambiguo, sino incluso puede que insolentemente franco. La reacción de Margaret, aunque violenta, fue difícil de interpretar. Sin dudarle Dixon avanzó un poco más. Hubo un breve forcejeo mientras rodaban, luego se sintió empujado a un lado con tanta fuerza que su cabeza, con un golpe seco, dio contra el pie de la cama. Margaret se levantó, ajustándose la bata, y cogió la gabardina.

—Venga —dijo—. Fuera de aquí, James.

Trastabilló al ponerse en pie y logró cazar al vuelo la gabardina que ella le arrojó.

—Lo siento. ¿Qué pasa?

—Fuera —su pequeña estatura temblaba de ira.

—De acuerdo, pero no entiendo...

Ella abrió la puerta e hizo un gesto con la cabeza. Unos pies subían la escalera en dirección al descansillo.

—Ojo, viene alguien...

Se vio fuera a empujones, la gabardina en el brazo, la cabeza dando vueltas en

una nueva dirección. En medio del trayecto hacia el baño se vio cara a cara con la Callaghan.

—Buenas noches —dijo educadamente. Ella miró para otra parte y pasó de largo, en dirección a su cuarto. Él intentó abrir la puerta del baño; estaba cerrada otra vez. Sin pensar echó la cabeza hacia atrás, llenó los pulmones y soltó un sonoro y prolongado bramido de cólera que recordaba, en volumen y timbre, la actuación de Goldsmith en los madrigales. Bajó luego la escalera a trompicones, colgó la gabardina en un perchero, entró en el comedor y se arrodilló ante un falso, o puede que auténtico, aparador dieciochesco.

En un instante se hizo con una botella de oporto que había entre las de jerez, cerveza y sidra que ocupaban medio estante. Fue esta misma botella la que Welch había usado horas antes para servirle la copa más pequeña que jamás le hubiesen ofrecido en serio. Parte de la leyenda de la etiqueta estaba en una lengua románica, pero no la totalidad. Lo justo: ni demasiado británico ni demasiado extranjero. El tapón salió con un estallido festivo y navideño, que le hizo sentir ganas de disponer de algunas pasas y frutos secos. Dio un buen trago. Parte del vino le corrió refrescantemente por la mejilla y bajo el cuello de la camisa. La botella estaba tres cuartos llena cuando empezó y tres cuartos vacía cuando paró. De un golpe seco, seguido de tintineos, la devolvió a su sitio, se enjugó la boca con el paño del aparador y, sintiéndose espléndidamente bien, ganó la habitación sin más contratiempos.

Una vez allí, anduvo de un lado a otro durante unos minutos, desvestiéndose despacio y haciendo lo posible por pensar en el encuentro con Margaret. ¿Realmente había deseado lo que sus actos dieron a entender? Como antes, la única respuesta era «Sí, en cierto modo». Pero no lo habría intentado, ¿o sí?, o no con tanta determinación, en fin, si ella no hubiese parecido tan dispuesta. ¿Y por qué había decidido ella parecer tan dispuesta, después de tantas semanas de no parecerlo? Seguramente, por obra y gracia del último novelista que había leído. Pero lo lógico es que estuviera dispuesta. «Es lo que de verdad desea —pensó con el ceño fruncido por el propio énfasis con el que formuló este pensamiento—. No lo sabe, pero es lo que de verdad desea, lo que su naturaleza realmente le pide». Y, por Dios, él se lo merecía. Después de todo lo que había aguantado. Pero ¿era justo implicarla en una situación de esa clase después de todo lo que ella había aguantado? En cuanto Dixon hubo reconocido el sobre mental que contenía esta pregunta, lo apartó de sí sin abrirlo, y entró en el cuarto de baño atándose el cordón del pijama.

No le fue tan bien en el baño como le había ido en el dormitorio. Aunque era una noche fresca para ser verano, se dio cuenta de que se sentía acalorado y sudaba. Estuvo un buen rato parado delante del lavabo, intentando averiguar algo más sobre cómo se sentía. De pecho para abajo, su cuerpo parecía hinchado y con densidad desigual. Lo que salía de la lámpara no parecía tanto luz como un gas muy ligero, aunque nebuloso y fosforescente; producía un zumbido cremoso. Abrió el grifo del agua fría y se inclinó sobre el lavabo. Al hacerlo, hubo de corregir el impulso de

seguir inclinándose hasta poner la cabeza entre los grifos. Se mojó la cara, cogió una jarra de baquelita del estante de cristal que había encima del lavabo y bebió muchísima agua, que de momento le refrescó, aunque también tuvo otro efecto que al pronto no pudo identificar. Se limpió los dientes con mucha pasta, volvió a mojarse la cara, llenó de nuevo la jarra y comió un poco más de pasta de dientes.

Se paró a pensar junto a la cama. Le pesaba la cara, como si le hubiesen cosido, sin dolor, bolsitas de arena en varias partes de la misma, que le despegasen los rasgos de los huesos, si es que todavía tenía huesos en la cara. Sintióse de pronto peor, tuvo una arcada entre escalofríos. Era como si alguien se le hubiera puesto detrás de un salto y lo hubiese empaquetado en un traje de buzo hecho de algodón invisible. Emitió un gemido tenue; no quería sentirse peor de lo que estaba.

Comenzó a meterse en la cama. Los cuatro cigarrillos supervivientes (¿de verdad se había fumado doce esa noche?) yacían en su cajetilla en una mesilla brillante pegada a la cabecera, junto a las cerillas, la jarra de baquelita y un cenicero tomado de la repisa de la chimenea. Una incapacidad temporal para alzar el otro pie hasta la cama le hizo saber cuál había sido el efecto de beberse toda esa agua: le había emborrachado. Una vez en la cama, éste fue el efecto predominante. Sobre la imprecisa chimenea había una pequeña figura de cerámica que representaba, en cuclillas, un conocido personaje religioso oriental. ¿La había puesto allí Welch como un tácito sermón, dirigido a él, sobre los méritos de la vida contemplativa? Si era eso, el mensaje había llegado demasiado tarde. Estiró el brazo y apagó la luz en el interruptor colgante que tenía encima de su cabeza. La habitación empezó a levantarse por la esquina inferior derecha de la cama y, sin embargo, parecía mantenerse en la misma posición. Apartó las mantas y se sentó al filo de la cama, con las piernas colgando. La habitación se asentó de nuevo. Instantes después balanceó las piernas hacia atrás y se tumbó. La habitación se alzó. Puso los pies en el suelo. La habitación se quedó quieta. Puso los pies en la cama, sin tumbarse. La habitación se movió. Se sentó al filo de la cama. Nada. Puso una pierna encima de la cama. Algo. Muchísimo, en realidad. Era evidente que se hallaba en un estado extremadamente crítico. Entre improperios, amontonó las almohadas y medio se tumbó, medio se sentó contra ellas, y dejó la mitad de las piernas colgando al filo de la cama. En esta postura logró sumirse cautelosamente en el sueño.

## SEIS

Dixon estaba vivo otra vez. La conciencia le sobrevino antes de que pudiera esquivarla: no era de los que abandonan despacio y airosamente los palacios del sueño, sino de los que sufren una expulsión sumaria y forzosa. Yacía desparramado, demasiado malo para moverse, como un centollo roto vomitado entre los guijarros embreados de la playa matinal. La luz le hacía daño, pero no tanto como mirar las cosas: después de hacerlo una vez, decidió no volver a girar sus globos oculares. Un golpeteo arenoso dentro de su cabeza hacía palpar el panorama que tenía delante. Algún bichejo nocturno había utilizado su boca como letrina y luego como mausoleo. También durante la noche, se las había arreglado para participar en una carrera a campo traviesa y ser luego golpeado a conciencia por la policía secreta. Se sentía mal.

Alargó el brazo para coger las gafas y se las puso. Enseguida vio que algo malo le había sucedido a la ropa de cama que tenía justo delante de su cara. Arriesgando su única posibilidad de supervivencia, se enderezó un tanto y lo que vieron sus ojos hinchados puso frenético al tamborilero que llevaba dentro de la cabeza. Una extensa porción irregular del embozo de la sábana había desaparecido; una porción menor, pero todavía considerable, del embozo de la manta había desaparecido; una porción del tamaño de la palma de su mano en la parte principal de la manta de arriba había desaparecido. A través de los tres agujeros (que, muy apropiadamente, tenían bordes negros) pudo ver una mancha marrón oscuro en la manta de abajo. Pasó un dedo por el contorno del agujero de la sábana y, cuando se lo miró, estaba manchado de gris oscuro. Eso quería decir ceniza; la ceniza implicaba fuego; el fuego implicaba cigarrillos. ¿Había ardidido ese cigarrillo sobre la manta, hasta consumirse? En caso contrario, ¿dónde estaba? No encima de la cama; ni dentro. Se asomó a un costado, apretando los dientes; un canal hondo y parduzco, que desembocaba en un fragmento de papel descolorido, se extendía a lo largo de una zona clara en el dibujo de una alfombra de aspecto valioso. Esto le hizo sentirse muy desgraciado, sentimiento que no hizo sino crecer cuando miró la mesilla de noche. Ésta presentaba dos hendiduras negras, chamuscadas, grisáceas y brillantes en algunas zonas, que se extendían en ángulo recto y se detenían a poca distancia del cenicero, que sólo contenía una cerilla usada. Sobre la mesilla había dos cerillas sin usar: las restantes, junto con la cajetilla vacía, estaban en el suelo. La jarra de baquelita no se veía por ninguna parte.

¿Era él el causante de todo esto? ¿O acaso había acampado en su habitación algún vagabundo o un ladrón? ¿O había sido víctima de algún Horla<sup>[5]</sup> aficionado al

tabaco? Concluyó que, en líneas generales, él debía de ser el causante de todo esto, y lo lamentó. Seguramente esto significaría la pérdida de su empleo, sobre todo si no acudía a la señora Welch y le confesaba lo que había hecho, y ya sabía que no sería capaz. Ninguna de sus excusas admitía excusa: un incendiario no se hace más digno de perdón cuando se descubre que también estaba borracho... Tan borracho, además, que sus obligaciones hacia sus anfitriones y demás invitados y el polo de atracción opuesto constituido por el concierto de cámara nada pudieron, comparados con la tentación de la bebida. La única esperanza era que Welch no se enterase de lo que su esposa seguramente le contaría sobre la quema de la ropa de cama. Pero había testimonios de que Welch se enteraba de algunas cosas; por ejemplo, del ataque al libro de su pupilo en el trabajo de marras. Pero eso había sido un ataque al propio Welch; no era probable que se preocupase mucho por lo sucedido a unas sábanas y mantas que no fuesen las que él estaba usando en ese momento. Dixon recordó haber pensado en alguna ocasión anterior que, si alguien irrumpiese a trompicones, borracho, en la sala de profesores en presencia de Welch, graznando obscenidades y rompiendo cristales a puñetazos o manchando los periódicos, éste no se daría por enterado, con tal de que su persona permaneciese inviolable. Este recuerdo, a su vez, le trajo a la memoria una frase leída en un libro de Alfred Beesley que ojeó una vez: «La mente no puede percibir ningún estímulo que no responda a alguna necesidad del organismo». Se echó a reír, acción que pronto convirtió en una mueca de dolor.

Se levantó de la cama y entró en el cuarto de baño. Volvió un minuto o dos después, comiendo pasta de dientes y con una cuchilla de afeitar en la mano. Procedió a recortar cuidadosamente con la cuchilla los bordes de las partes quemadas de la ropa de cama. No sabía por qué lo hacía, pero aquello parecía mejorar el aspecto de las cosas: la causa del desastre no era tan patente. Cuando todos los bordes estuvieron alisados, se arrodilló despacio, como si de pronto se hubiese convertido en un hombre muy anciano, y afeitó la parte correspondiente de la alfombra. Embutió los residuos procedentes de estas alteraciones en el bolsillo de su chaqueta, mientras pensaba en tomar un baño y luego bajar a telefonar a Bill Atkinson para pedirle que entregase el recado de los padres de Dixon muchísimo antes de lo acordado. Se sentó en la cama un instante, para recuperarse de sus vertiginosos esfuerzos sobre la alfombra, y, antes de que pudiera levantarse, oyó que alguien, que pronto identificó como de género masculino, entraba en el cuarto de baño contiguo. Oyó el tintineo de la cadenita de un tapón, seguido del correr del agua de un grifo. Welch, o su hijo, o Johns, se disponían a tomar un baño. Quién de ellos era, quedó zanjado cuando una voz honda y sin educar rompió a cantar. Dixon reconoció la pieza: una de esas madejas de incansables bufonadas debidas a ese asqueroso de Mozart. De Bertrand no cabía esperar que cantase nada, y Johns no ocultaba su indiferencia a todo lo anterior a Richard Strauss. Muy despacio, como un árbol gigante cortado a hachazos, Dixon se escoró a un lado y quedó tumbado con el rostro acalorado contra la almohada.

Con esto, por supuesto, ganaría tiempo para recopilar sus pensamientos, que era justo lo que no quería hacer con ellos; cuanto más tiempo lograra mantenerlos separados, sobre todo los referentes a Margaret, mejor. Por primera vez no pudo evitar imaginar lo que ella le diría, si es que le decía algo, en cuanto lo viese. Hundió la lengua delante de sus dientes inferiores, arrugó la nariz lo más fuerte que pudo y movió la boca como si parlotease. ¿Cuánto tardaría en convencerla de que abriese, y luego vaciase, su cajón de reproches, paso previo al enorme esfuerzo de obligarla a escuchar sus excusas? Desesperadamente intentó seguir la canción de Welch, asombrarse de su inigualable previsibilidad, de su sobria, invariable devoción al tedio; pero no resultó. Entonces intentó sentirse feliz por la aceptación de su artículo, pero todo lo que pudo recordar fue la aparente indiferencia de Welch al oír la noticia y su requerimiento, tan exasperantemente parecido al de Beesley, de que «le arrancara una fecha concreta, Dixon, de lo contrario no es nada, no es nada...». Se enderezó y, gradualmente, plantó sus pies en el suelo.

Había una alternativa al plan Atkinson; más sencilla, más grata: largarse enseguida sin decirle nada a nadie. Lo que no serviría de nada, sin embargo, a menos que pusiese tierra por medio hasta Londres. ¿Qué sucedía en Londres en ese momento? Comenzó a quitarse el pijama y decidió prescindir del baño. Las amplias calles y plazas estarían desiertas a esa hora, salvo unas pocas figuras solitarias y apresuradas; pudo revivir la imagen al recordar un permiso de fin de semana durante la guerra. Suspiró; aquello valía igual para Montecarlo o el Turquestán chino. Luego, dando saltitos en la alfombra con un pie fuera y el otro dentro del pijama, dejó de pensar en otra cosa que no fuera el dolor que le inundaba la cabeza como el agua en un castillo de arena. Se apoyó en la repisa de la chimenea, casi desplazando al oriental en cuclillas, desmadejándose como un pistolero de película herido de bala. ¿Habría gente como Margaret y Welch en el Turquestán chino?

Minutos después estaba en el baño. Welch había dejado mugre en las paredes de la bañera y vaho en el espejo. Tras pensar un poco, Dixon estiró un dedo y escribió: «Ned Welch es un bovo sensiblero con la kara como el culo de un cerdo» en el vaho; luego pasó una toalla por el cristal y se miró. En verdad, no tenía demasiado mal aspecto; en todo caso, mejor de como se sentía. Su pelo, no obstante, a pesar del enérgico cepillado, ayudado por el uso de un cepillo de uñas empapado de agua, se le levantaba del cuero cabelludo. Consideró si usar jabón como fijador, pero desechó esa posibilidad, ya que en otras ocasiones los cabellos cortos de los lados y la parte trasera de su cabeza habían quedado como plumas de ganso por este procedimiento. Sus gafas parecían grandes como platos. Con todo, como siempre, tenía un aspecto sano y, quería suponer, honrado y amable. Tendría que conformarse con eso.

Y ya estaba listo para escabullirse escaleras abajo hasta el teléfono, cuando se volvió para inspeccionar de nuevo la ropa de cama mutilada. Había algo insatisfactorio en el conjunto, no hubiera sabido decir qué. Entró en el baño y cerró la puerta exterior, cogió la cuchilla de afeitar y se aplicó de nuevo al contorno de los

agujeros. Esta vez cortó la tela a flecos, haciendo pequeños cortes a partir de la zona desaparecida. Casi desgajó algunos trozos. Finalmente, sostuvo la cuchilla al sesgo y la pasó rápidamente por los contornos de los agujeros, dándoles un aspecto desgachado. Se apartó de su labor y decidió que el efecto era perceptiblemente mejor. El desastre no parecía ahora tanto cosa de personas y, a primera vista, podría pasar por ser el efecto de la podredumbre o los estragos de una colonia de polillas. Giró la alfombra para que a la quemadura raspada, si no llegaba a quedar del todo oculta por una silla próxima, al menos le faltase poco para ello. Y estaba sopesando bajar la mesilla y luego tirarla desde el autobús, a su regreso, cuando una voz conocida entró en su radio auditivo, cantando de un modo que sugería un alegre meneo de cabeza. Creció en volumen, como el presentimiento de algo horrible o dañino, hasta que la puerta cerrada del cuarto de baño empezó a ser sacudida y el pomo a traquetear. Cesó el canto, pero prosiguió el traqueteo, al que se unieron unas patadas, momentáneamente sustituidas por empujones de lo que debía de ser un hombro. Welch no había previsto que el baño pudiera mostrar signos de estar ocupado por otro cuando a él se le antojara volver al mismo (¿y por qué, en todo caso, se le había antojado volver?), y tardó en entenderlo. Después de intentar varias maniobras en sustitución de su vano forcejeo con el pomo, volvió a centrarse de nuevo en el vano forcejeo del pomo. Hubo un orgasmo final de sacudidas, golpes, empujones y traqueteos, hasta que los pasos se alejaron y se cerró una puerta.

Con lágrimas de rabia en los ojos Dixon salió de la habitación, no sin antes pisar y romper en pedazos sin querer la jarra de baquelita, que debía de haber rodado desde debajo de algo hasta ponerse en su camino. Ya abajo, miró el reloj del vestíbulo —las ocho y veinte— y entró en el salón, donde estaba el teléfono. Buena cosa que Atkinson se levantara temprano los domingos para comprar los periódicos. Podría localizarlo fácilmente antes de que saliera. Cogió el teléfono.

Lo que más trabajo le dio durante los veinticinco minutos siguientes fue dar salida a sus sentimientos sin lastimarse demasiado la cabeza. Nada salió del receptor en todo ese tiempo, salvo un débil murmullo de caracola. Mientras permanecía sentado en el brazo de un butacón forrado de cuero, sometiendo su rostro a toda la gama de permutaciones del odio, la casa entera pareció ponerse en marcha a su alrededor. Unos pasos recorrieron el suelo por encima de su cabeza; otros descendieron las escaleras y entraron en el cuarto del desayuno; otros distintos, procedentes de la parte trasera de la casa, entraron también en el cuarto del desayuno; a lo lejos aullaba una aspiradora, alguien tiró de la cadena de una cisterna, se oyó un portazo, sonó una voz. Cuando pareció, por el ruido, que estaban reuniendo un pelotón de voluntarios a la puerta del salón, colgó y salió, con el trasero dolorido por el asiento estrecho y el brazo dolorido de sacudir el interruptor.

Las técnicas del desayuno en casa de los Welch, como muchos de sus modos de pensar, recordaban épocas anteriores. Los alimentos se mantenían calientes sobre el aparador, en lo que Dixon conjeturó que eran platos calentadores. La cantidad y



variedad de estos alimentos apuntaban, a su vez, al hecho de que la señora Welch completaba el salario profesional de Welch con una sólida renta propia. Dixon se había preguntado muchas veces cómo se las había arreglado Welch para hacer tan buena boda; no podía deberse a ningún mérito personal, real o supuesto, y en la mente dispersa de Welch no quedaba sitio para la avaricia. Quizá el viejo tuvo, cuando joven, aquello de lo que ahora tan palpablemente carecía: atractivo. A pesar de los estragos causados por su dolor de cabeza y su malhumor, Dixon se animó al preguntarse qué vituallas darían testimonio esa mañana de la prosperidad de los Welch. Cuando entró en el comedor, la ropa de cama y Margaret ocupaban un plano muy secundario de su pensamiento.

La única persona presente era la Callaghan, sentada ante un plato bien repleto. Dixon le dio los buenos días.

—Ah, buenos días. —Su tono era neutro, no hostil.

Decidió rápidamente que un tono directo, sin-pelos-en-la-lengua, era la mejor tapadera posible para cualquier grosería pasada o por venir: valiéndose de este sencillo procedimiento, un amigo de su padre, joyero, no había dicho otra cosa que improperios durante los quince años en los que Dixon lo había tratado. Deliberadamente exagerando su acento norteño, Dixon dijo:

—Me temo que anoche metí la pata con usted.

Ella levantó la vista de inmediato y él pudo ver, no sin amargura, lo bonito que era su cuello.

—Ah, eso. Yo, en su lugar, no me preocuparía demasiado. Tampoco yo estuve muy acertada.

—Es muy amable al tomárselo así —dijo él, acordándose de que no era la primera vez que usaba esta frase con ella—. De todos modos, fui muy desconsiderado.

—Bueno, olvidémoslo, ¿le parece?

—Encantado, se lo agradezco mucho.

Hubo una pausa, durante la cual él observó cuánto y con qué rapidez comía ella. Podían verse en su plato los restos de un gran charco de salsa junto a un montículo decreciente de huevos fritos, tocino y tomates. Con aquello delante, cogió la botella y añadió un recio goterón escarlata a su provisión de salsa. En ese momento, viéndose observada con tanto interés, alzó las cejas y dijo:

—Lo siento, me gusta la salsa; espero que no le importe —pero lo dijo sin convicción, y a él le pareció que se sonrojaba.

—No hay problema —dijo, de corazón—. A mí tampoco me disgusta. —Hizo a un lado su tazón de cereales. Eran de los que no le gustaban: de los que llevan malta en su composición. Tras estudiar los huevos con tocino y los tomates que tenía al otro lado de la mesa, se decidió a posponer la ingesta de cualquiera de estas cosas. Su estómago y su esófago daban la impresión de haberle sido hábilmente cosidos mientras estaba sentado. Se sirvió y bebió una taza de café negro; luego la volvió a llenar.

—¿No va a tomar nada de esto? —preguntó la muchacha.

—Pues... todavía no, no creo.

—¿Qué le pasa? ¿No se siente bien?

—No, la verdad es que no, lo reconozco. Un poco de jaqueca, ya sabe.

—Ajá, así que fue al bar, como dijo ese hombre bajito..., ¿cómo se llama?

—Johns —dijo Dixon, intentando sugerir, por su modo de pronunciar el nombre, la opinión que le merecía su portador—. Sí, fui al bar.

—Bebió mucho, ¿no? —Llevada por su interés, dejó de comer, pero siguió agarrando el cuchillo y el tenedor, con los puños apoyados en el mantel. Él observó que tenía las uñas rectas, cortadas al ras.

—Sí, supongo que sí —respondió.

—¿Cuánto bebió?

—Eeh, nunca las cuento, es una mala costumbre; contarlas, quiero decir.

—Sí, yo diría que sí, pero ¿cuántas cree que fueron? Así por encima...

—Umm... siete u ocho, quizá.

—Cervezas, ¿verdad?

—¡Por supuesto! ¿Tengo aspecto de poder permitirme licores?

—¿Medias?

—Sí. —Sonrió ligeramente, pensando que ella no parecía tan mala chica después de todo, y que el tono azulado del blanco de sus ojos contribuía a darle su aspecto sano.

Cambió bruscamente de opinión respecto a la primera de estas observaciones, y perdió interés en la segunda, cuando ella espetó:

—Bueno, si bebe tanto es lógico que se sienta un poco decaído al día siguiente, ¿no cree? —Y se enderezó en la silla, en actitud de dómine.

Recordó cuando a su padre, que hasta la guerra había llevado siempre cuello duro blanco, lo reprendía algún joyero, molesto por lo excesivamente «digno» de su porte. Esta incursión en las etimologías expresaba exactamente lo que Dixon le reprochaba a Christine. Dijo con cierta frialdad:

—Sí, es lógico, cómo no. —Esta expresión se le había pegado de Carol Goldsmith. Y al pensar en ella se acordó, por primera vez en la mañana, del abrazo que había presenciado la noche anterior, y comprendió que aquello afectaba a la chica tanto como a Goldsmith. Bueno, estaba claro que ella sabría cuidarse.

—Todo el mundo se preguntaba adónde había ido usted —dijo ella.

—No lo dudo. Dígame, ¿cómo reaccionó el señor Welch?

—¿Cuándo? ¿Cuando se dio cuenta de que usted seguramente se había ido a buscar un bar?

—Sí. ¿Se le veía irritado?

—La verdad es que no tengo ni idea. —Consciente, seguramente, de que esto sonaba bastante pobre, añadió—: No lo conozco, ¿sabe?, así que no sabría decir. No pareció echar mucha cuenta, no sé si me entiende...

Dixon entendió. También sintió que ahora podía enfrentarse a los huevos, el tocino y los tomates; así que fue a aprovisionarse, y dijo:

—Bueno, es un alivio, la verdad. Tendré que pedirle disculpas, supongo.

—No es mala idea.

El tono en que ella dijo esto lo obligó a volverse por un instante hacia el aparador y poner su cara de chino mandarín, encogiendo un poco los hombros. Le caían tan mal esta chica y su novio que no entendía por qué ellos no se caían mal entre sí. De pronto se acordó de la ropa de cama; ¿cómo había podido ser tan idiota? Estaba claro que no podía dejarla tal como estaba. Debía subir de inmediato a la habitación, examinar la ropa y ver qué ideas le sugería la mera presencia física de ésta.

—Dios —dijo, ausente—; Dios mío —y luego, rehaciéndose—: Me temo que tengo que salir corriendo ahora mismo.

—¿Se marcha ya?

—No, en realidad no me voy hasta... Quiero decir que hay... Tengo que subir. —Comprendiendo que era un mal final para la escena, añadió, alterado, todavía con el cubreplatos en la mano—: Tengo un problema en la habitación, algo que debo arreglar. —La miró y vio que tenía los ojos dilatados—. Tuve un incendio anoche.

—¿Encendió una fogata en su habitación?

—No, no lo encendí a propósito, lo prendí con un cigarrillo. Lo demás se prendió solo.

La expresión de ella cambió de nuevo.

—¿Su habitación se incendió?

—No, sólo la cama. La prendí con un cigarrillo.

—¿Me está diciendo que prendió fuego a su cama?

—Eso es.

—¿Con un cigarrillo? ¿Sin querer? ¿Por qué no lo apagó?

—Me quedé dormido. No supe lo que había pasado hasta que me desperté.

—Pero debió... ¿No se quemó usted?

Soltó el cubreplatos.

—Parece que no.

—Bueno, algo es algo.

Lo miró con los labios muy apretados, y luego rió de un modo muy distinto a como se había reído la noche anterior; la verdad, pensó Dixon, de un modo nada armónico. Un rizo rubio se descolgó de la melena cuidadosamente peinada y ella lo devolvió a su sitio con la mano.

—Bueno, ¿y qué va a hacer?

—No lo sé todavía. Algo habrá que hacer, en fin.

—Estoy de acuerdo. Y más vale que se ponga a ello ya, ¿no cree?, antes de que entre la doncella.

—Lo sé. Pero ¿qué puedo hacer?

—¿Tan grave es?

—Bastante grave. Faltan pedazos enteros.

—Sí, bueno, la verdad es que, sin verlo, no sé que aconsejarle. A no ser que usted... No, eso no serviría de nada.

—Óigame: ¿y si sube usted y...?

—¿A echar un vistazo?

—Sí, ¿me haría ese favor?

Ella se enderezó de nuevo y pensó.

—De acuerdo. No le garantizo nada, por supuesto.

—No, claro que no. —Recordó con alegría que le quedaban algunos cigarrillos, después del holocausto de la noche anterior—. Muchas gracias.

Avanzaban ya hacia la puerta cuando ella dijo:

—¿Y su desayuno?

—Tendré que pasar sin él. No hay tiempo.

—No se lo aconsejo. El almuerzo aquí no es gran cosa, ya sabe.

—Pero no pienso quedarme hasta... Me refiero a que no falta mucho para...  
Aguarde un minuto. —Salió disparado hacia el aparador, cogió un huevo frito resbaloso y se lo echó entero en la boca. Ella lo observó con los brazos cruzados y la cara en blanco. Mascando aparatosamente, plegó una tira de panceta y se la embutió entre los dientes, antes de indicar con un gesto que ya estaba listo para irse. Su sistema digestivo acusó algunos síntomas de náusea.

En fila, cruzaron el vestíbulo y subieron las escaleras. Se oyeron débilmente a lo lejos unas notas como de ocarina que resultaron ser de una flauta de pico que tocaba una melodía insustancial; quizá Welch había desayunado en su habitación. Dixon comprobó, con una punzada de alivio, que podía abrir la puerta del cuarto de baño.

La muchacha lo miró con seriedad.

—¿Para qué se supone que vamos a entrar ahí?

—Mi cuarto está al otro lado.

—Ya veo. Curiosa disposición.

—Supongo que fue el viejo Welch el que encargó esta ampliación de la casa. Mejor esto que tener que cruzar la habitación para llegar al cuarto de baño.

—Supongo que sí. Dios mío, usted no hace las cosas a medias, ¿verdad? —Dio un paso adelante y palpó la sábana y las mantas como quien examina telas en una tienda—. Pero no parecen quemaduras; parece como si hubiesen sido recortadas con algo.

—Sí, yo... corté los trozos quemados con una cuchilla de afeitar. Pensé que tendrían mejor aspecto que si los dejaba como estaban.

—¿Por qué demonios hizo eso?

—La verdad es que no puedo explicárselo. Sólo pensé que tendrían mejor aspecto.

—Mmm. ¿Y todo esto ha sido obra de un cigarrillo?

—Eso no lo sé. Seguramente.

—Bueno, debió de caer redondo para no... Y la mesilla también. Y la alfombra. La verdad es que no creo que yo deba mezclarme en esto. —Forzó una sonrisa, que le dio un aspecto casi ridículamente sano, a la vez que revelaba que sus dientes delanteros eran ligeramente desiguales. Por alguna razón, esto resultó más perturbador, para la ecuanimidad de Dixon, que cualquier pretensión de regularidad. Empezó a pensar que ya se había fijado en demasiadas cosas de ella, y que ya estaba bien. Entonces ella se estiró y apretó los labios, como sopesando la situación—. Creo que lo mejor será volver a hacer la cama y poner todo este estropicio a los pies, sin que se vea. Podemos poner encima esta manta, que sólo está chamuscada... Seguramente casi ni se nota por el otro lado. ¿Qué le parece? Lástima que no haya un edredón.

—Sí, me suena muy bien. De todos modos, es seguro que lo verán cuando deshagan la cama, ¿no cree?

—Sí, pero no es probable que lo relacionen con fumar, sobre todo después de su trabajo con la cuchilla. Y, después de todo, usted no se pondría con la cabeza a los pies de la cama para fumar, ¿no?

—Ahí lleva razón. Más vale que nos pongamos a ello.

Tiró de la cama para separarla de la pared, mientras ella observaba con los brazos cruzados. Luego ambos se pusieron a deshacer y hacer. La aspiradora se oía ahora muy cerca, ahogando la flauta de Welch. Mientras trabajaban, Dixon examinó a la Callaghan, pese a su determinación de no fijarse más en ella, y vio con furia que era más guapa de lo que había creído hasta entonces. Sintió ganas de poner alguna de sus caras, o hacer alguno de los ruidos que solía hacer cuando Welch le encomendaba alguna nueva tarea para ponerlo a prueba, o cuando veía a Michie a lo lejos, o se acordaba de la señora Welch, o cuando Beesley le contaba algo que hubiera dicho Johns. Sintió ganas de hacer estallar sus carrillos llenos de aire, y oponer ese gesto al cúmulo de sentimientos que ella despertaba en él: indignación, pena, resentimiento, suspicacia, rencor y furia estéril, todos los alótopos del dolor. La muchacha era doblemente culpable: primero, de tener ese aspecto; segundo, de presentarse ante él con ese aspecto. Con las diosas del amor del montón (actrices italianas, mujeres de millonarios, chicas de calendario) no tenía problema: es más, incluso le gustaba mirarlas. Pero a una cosa así más valía no mirarla. Recordaba haber visto en un libro una vez que alguien que decía haber meditado lo suyo sobre el amor —un Platón o un Rilke— había dicho que era una emoción que difería, no sólo en el grado, sino en esencia, de los sentimientos sexuales normales. ¿Era amor, entonces, lo que sentía por muchachas como ésta? Ninguna otra emoción que hubiese experimentado o pudiera imaginar se acercaba tanto a este modo de pensar. Pero, aparte del dudoso apoyo de Platón o Rilke, tenía en su contra cuanto se sabía sobre esta cuestión. Bueno, y si no era amor, ¿qué era? No parecía deseo; cuando el último pico estuvo remetido y él se situó del mismo lado de la cama que ella, sintió la tentación de alargar la mano y ponerla sobre uno de aquellos pechos firmes; pero esta acción, si hubiese llegado a

efectuarse, le hubiera parecido natural, sin importancia e irrepreensible, como alargar la mano para coger un gran melocotón maduro de un frutero. No, respecto a todo esto, fuera lo que fuera y se llamase como se llamase, no había nada que hacer.

—Eso es. Creo que tiene muy buen aspecto —dijo ella—. No hay modo de adivinar lo que hay debajo si no se sabe, ¿no cree?

—Sí. Muchísimas gracias por la idea y la ayuda.

—Bah, no es nada. ¿Qué va a hacer con la mesilla?

—Lo he estado pensado. Hay un pequeño trastero al final del pasillo, lleno de muebles rotos y libros apolillados y demás; me mandaron ahí ayer, a buscar un atril o como se llame esa cosa. Ése es el sitio para esta mesilla, detrás de un viejo biombo con cortesanos franceses pintados, ya sabe, pamelas y banjos. Si no le importa asomarse a ver si no hay moros en la costa, ahora mismo voy y la llevo.

—De acuerdo. Debo decir que ha estado inspirado. Con la mesilla quitada de en medio nadie relacionará las sábanas con el fumar. Pensarán que las desgarró con los pies, en una pesadilla o algo así.

—Una pesadilla que atravesó dos mantas también.

Ella lo miró boquiabierta y se echó a reír. Se sentó en la cama pero de inmediato se levantó de un salto, como si se hubiese incendiado de nuevo. Dixon también se echó a reír, no porque aquello le divirtiera mucho, sino porque quería agradecer la risa de ella. Y seguían riéndose un minuto después, cuando ella le hizo una seña desde la puerta exterior del baño, cuando él cruzó corriendo el descansillo con la mesilla y cuando Margaret abrió de golpe la puerta de su habitación y los vio.

—¿Qué se supone que estás haciendo, James? —preguntó.

## SIETE

—Estábamos... Estoy... Estaba deshaciéndome de esta mesilla, si te digo la verdad —dijo Dixon, mirando a una y a otra.

La Callaghan soltó un extraordinario bufido de risa mal reprimida. Margaret dijo:

—¿A qué vienen todas estas tonterías?

—No son tonterías, Margaret, te lo aseguro. Es que he...

—Permítanme que les diga —le interrumpió la muchacha— que creo que más vale que primero nos deshagamos de la mesilla y expliquemos luego los cómo y porqués, ¿no les parece?

—Eso es —dijo Dixon antes de bajar la cabeza y enfilear el pasillo. Ya en el trastero, apartó de un codazo una diana de tiro al arco, ante la que puso su cara de campesino loco (qué vistosas imbecilidades no habría visto ésta), y arrojó la mesilla tras el biombo. A continuación, desenrolló una medida apropiada de seda en descomposición y la extendió sobre el tablero de la mesilla. Luego colocó sobre la tela ya dispuesta dos floretes de esgrima, un libro titulado *La lección de España*<sup>[6]</sup> y una cómoda liliputiense que sin duda contenía conchas marinas y rizos infantiles. Por último, dejó caer sobre este montaje un trípode destinado a alguna clase de estupidez telescópica o fotográfica. El efecto, cuando dio un paso atrás para mirar, era magnífico: ningún observador podría poner en duda que estos objetos hubiesen convivido durante años en esta disposición. Sonrió y cerró los ojos por un instante, antes de sumergirse de nuevo en la realidad.

Margaret lo esperaba en el umbral de su habitación. Una de las comisuras de su boca estaba contraída de un modo que él ya conocía. La Callaghan se había ido.

—Bueno, ¿a qué venía todo eso, James?

Él cerró la puerta y empezó a dar explicaciones. Mientras hablaba, sus hazañas de incendiario y las contramedidas adoptadas le parecieron, por primera vez, divertidas. Seguro que Margaret, sobre todo por no estar personalmente implicada, las debía de encontrar también divertidas: componían la clase de historia que a ella le gustaba. O eso fue lo que él apostilló al final de su relato.

Sin cambiar de expresión, ella disintió.

—Aunque ya veo que a ti y a esa chica os ha parecido todo muy gracioso.

—Bueno, ¿y por qué no habría de parecernos gracioso?

—Por nada; yo no tengo nada que ver. Sólo que todo esto me resulta de lo más estúpido e infantil.

Él hizo un esfuerzo para decir:

—Vamos a ver, Margaret: entiendo por qué te lo parece. Pero ¿no lo ves? La clave está en que yo no pretendía quemar la dichosa sábana y lo demás. Pero, ya hecho, obviamente tenía que hacer algo al respecto, ¿no crees?

—Por supuesto, porque no ibas a ir a la señora Welch a explicarle lo sucedido...

—Por supuestísimo. No podía. Me hubieran despedido en cinco minutos. —Sacó y encendió cigarrillos para ambos, mientras trataba de recordar si la novia de Bertrand había dicho algo de asumir responsabilidades ante la señora Welch. Le parecía que no, lo que no dejaba de ser raro.

—Menos van a tardar en echarse si llega a encontrar esa mesilla.

—No la encontrará —dijo, irritado, mientras empezaba a pasearse de un lado al otro de la habitación.

—¿Y la sábana? ¿Dices que lo de volver a hacer la cama fue idea de Christine Callaghan?

—Sí, ¿y qué? ¿Qué pasa con esa sábana?

—Parece que has hecho muchos progresos con esa chica desde anoche.

—Sí, qué bien, ¿verdad?

—Ya que lo dices, creo que hace un rato fue abominablemente descortés.

—¿A qué te refieres?

—Entrometiéndose y mangoneándote con la dichosa mesilla.

Picado por esta reflexión sobre su propia dignidad, Dixon dijo:

—Te has emperrado con esto de la descortesía, Margaret. Ella tenía toda la razón del mundo: alguno de los Welch podría haberse presentado en cualquier momento. Y si alguien se ha entrometido, has sido tú, no ella. —Empezó a arrepentirse de estas palabras antes de haberlas terminado de decir.

Ella se le quedó mirando con la boca entreabierta. Luego le dio la espalda bruscamente.

—Lo siento, no volveré a entrometerme.

—Por Dios, Margaret, sabes que no era eso lo que yo quería decir, no seas ridícula, yo sólo...

En voz alta, y haciendo obvios esfuerzos por mantenerla firme, dijo ella:

—Por favor, vete.

Dixon hizo todo lo posible por desechar la impresión de que, como actriz o como guionista, ella no lo hacía nada mal, y se odió por no conseguirlo. Intentando infundir urgencia a su tono, espetó:

—No debes tomártelo así. Lo que he dicho ha sido una maldita estupidez por mi parte, lo reconozco. No quise decir que fueses una entrometida, por supuesto que no. Debes entender que...

—Lo entiendo todo, James, lo entiendo perfectamente. —Esta vez se le quebró la voz. Llevaba una especie de conjunto bohemio compuesto de camisa multicolor, falda con bolsillo y volante con flecos, zapatos planos y cuentas de madera. El humo de su cigarrillo, azul y ceniciento a la luz del sol, ascendía enroscándose por su



antebrazo desnudo. Dixon se le acercó y vio que tenía el pelo recién lavado: le caía a mechones secos y sin brillo por detrás del cuello. En ese estado, le sorprendió su quintaesencial feminidad, mucho mayor que la de la luminosa mata rubia de la Callaghan. «Pobrecita Margaret», pensó, y le puso la mano, en un gesto que él creía atento, en el hombro más cercano.

Antes de que pudiera hablar ella ya se había quitado la mano de encima, se dirigió a la ventana y empezó a hablar en un tono que señalaba el comienzo, como pronto comprendió él, de una fase totalmente nueva de la escena que, evidentemente, le estaba haciendo.

—Fuera. Cómo te atreves. Deja de empujarme y zarandearme. ¿Quién te crees que eres? Ni siquiera has tenido el detalle de disculparte por lo de anoche. Tu comportamiento fue vergonzoso. Supongo que sabes queapestabas a cerveza. Yo nunca te he dado pie para que creas... ¿Qué te hizo pensar que ibas a salirte con la tuya? ¿Por quién me tomas? Es como si no supieras todo lo que he pasado estas últimas semanas. Es intolerable, absolutamente intolerable. No pienso aguantarlo, deberías saber cómo me he sentido.

Prosiguió de este modo mientras Dixon la miraba a los ojos. El pánico de éste creció en sinceridad y volumen. Ella se movía con brusquedad, balanceando la cabeza de un lado a otro sobre su cuello más bien largo, sacudiendo las cuentas de madera sobre la camisa multicolor. A él se le pasó por la cabeza la idea de que todo aquel atavío bohemio difería extrañamente del modo en que ella actuaba. La gente que lleva ropa de ese estilo no debería darle importancia a esa clase de cosas, por supuesto no tanta como Margaret le daba a aquello. Sin duda no está bien vestirse, y comportarse casi al mismo tiempo, de un modo tan poco remilgado, cuando luego se es tan decente en líneas generales. Aunque la verdad era que, al menos con el tal Catchpole, ella no había sido tan decente... Claro que, por supuesto, no estaba bien pensar esas cosas, y peor aún dejar que su irritación ante ciertas cosas de ella le llevara a donde siempre, a oscurecer lo más importante: que era una neurótica a la que acababan de darle un buen sopapo. Sí, la verdad es que tenía razón, aunque no en lo que ella creía. Él se había portado mal, había sido desconsiderado. Más valía que dedicara todas sus energías a disculparse. Arrancó de su mente la ocurrencia, aparentemente desconectada de lo demás, de que, a pesar del estado en que se encontraba, ella era muy capaz de controlar el volumen de su voz.

—Justo ayer tarde me dio por pensar en la relación que estamos construyendo, en lo valiosa que es, algo que merece la pena. Qué tontería, ¿verdad? Me equivoqué de cabo a cabo, me...

—No, no te equivocaste, tenías razón entonces —terció él—. Esas cosas no se acaban porque sí, como sabes; los seres humanos no somos así de simples, no somos máquinas.

Él siguió por este camino mientras ella lo miraba a los ojos. Lo espantosamente trillado de sus palabras, con todo, parecía ayudarlo a sostenerle la mirada. Ella estaba

parada, con una pierna parcialmente cruzada sobre la otra, en su postura favorita, sin duda destinada a enseñar sus piernas, que eran bonitas, lo mejor de su físico. En un momento dado se desplazó ligeramente, de modo que sus gafas reflejaron la luz y le privaron a él de ver a dónde miraba, lo que resultaba tan inquietante que lo desconcertó bastante, pero él prosiguió valientemente su avance hacia su objetivo: la promesa, o el reconocimiento, todavía no visible, que pondría fin a la escaramuza y les permitiría descansar de aquella marcha por senderos escabrosos. Un-dos, un-dos, un-dos, un-dos, arriba y abajo.

Al rato ella sólo estaba implacablemente enfadada; luego, enfadada; luego, deprimida y monosilábica.

—Oh, James —dijo por fin, alisándose el pelo con la palma convexa—, dejemos esto ya. Estoy cansada, terriblemente cansada. No puedo seguir. Me vuelvo a la cama; no logré dormir mucho anoche. Sólo quiero que me dejen tranquila. Intenta comprenderlo.

—¿No desayunas?

—No tengo ganas. De todos modos, ya lo habrán retirado. Y no quiero verme obligada a hablar con nadie. —Se hundió en la cama y cerró los ojos—. Ahora déjame sola.

—¿Estás segura de que vas a estar bien?

Ella dijo que sí con un gran suspiro.

—Por favor.

—No olvides lo que he dicho.

Al no obtener respuesta, salió en silencio y volvió a su habitación, donde se echó en la cama a fumar un cigarrillo y a reflexionar, sin efecto, sobre los acontecimientos de la última hora. Logró quitarse a Margaret de la cabeza casi de inmediato; todo era muy complicado, pero siempre había sido así, y, aunque no le gustó lo que ella le había dicho ni lo que él le había dicho a ella, no había tenido más remedio. Qué bien se había portado la Callaghan, a pesar de sus aires de superioridad a ratos, y qué sensatas sus sugerencias. Eso, y su ataque de risa, demostraban que no era tan creída como parecía. Le inquietó recordar la terrible luminosidad de su piel, la turbadora claridad de sus ojos, la rotunda blancura de aquellos dientes un tanto irregulares. Luego se animó un poco al decirse que quien mantenía una relación con Bertrand no tenía más remedio que ser realmente desagradable. Sí, Bertrand: o hacía las paces con él o evitaba cruzárselo. Evitar cruzárselo sería lo mejor; sobre todo, si lo combinaba con evitar cruzarse con Margaret. Si Atkinson telefoneaba puntualmente, en menos de una hora se habría largado de allí.

Apagó el cigarrillo en el cenicero, empleando veinte o treinta segundos en hacerlo, antes de ir a afeitarse. Un poco después, oyó su nombre en un prolongado aullido, que le hizo asomarse a la escalera.

—¿Me busca alguien? —bramó.

—Al teléfono. Dixon, Dixon, al teléfono.

En la salita estaba sentado Bertrand, acompañado de sus padres y su chica. Señaló el teléfono con su cabezota, luego siguió escuchando a su padre, que, despatarrado en la silla como un robot roto, decía en tono malhumorado:

—En el arte infantil, como ves, se consigue lo que pudiéramos llamar una claridad de visión, una especie de pensar el mundo tal como se nos presenta, ya ves, no como el adulto sabe que es. Y esto, esto...

—¿Es usted, Jim? —dijo la voz cruel de Atkinson—. ¿Cómo va la cosa en el circo Barnum?

—Mucho mejor al oír su voz, Bill.

Mientras Atkinson, inesperadamente locuaz, le contaba un suceso que había leído en el *News of the World*, le pedía su parecer sobre una definición del crucigrama y sugería algo impracticable para distraer a los invitados de los Welch, Dixon vio a la Callaghan atendiendo a una explicación artística de Bertrand. Estaba como atornillada a la silla, muy derecha, los labios apretados, y llevaba, notó por vez primera, la misma ropa de la noche anterior. Todo en ella parecía severo, por mucho que a ella no le importasen las sábanas quemadas y las mesillas de noche chamuscadas, y a Margaret sí. Esta chica tampoco veía nada malo en comerse los huevos fritos con los dedos. Era un enigma.

Alzando un poco la voz, dijo Dixon:

—Bueno, muchas gracias por llamar, Bill. Discúlpeme ante mis padres, ¿quiere?, y dígales que estaré de vuelta lo antes posible.

—Dígale a Johns de mi parte dónde puede guardarse el oboe.

—Haré lo que pueda. Adiós.

—He ahí la clave del arte mexicano, Christine —decía Bertrand—. El primitivismo por sí mismo no puede tener ninguna virtud, *obviamenteeem*.

—No, por supuesto, ya veo —dijo ella.

—Me temo que tendré que marcharme enseguida, señora Welch —dijo Dixon—. Esa llamada...

Todos se volvieron a mirarlo, Bertrand con impaciencia, la señora Welch con desaprobación, Welch con incompreensión, la novia de Bertrand sin curiosidad. Antes de que Dixon pudiera empezar a explicarse, Margaret entró por la puerta abierta, seguida de Johns. Se había recuperado con rapidez de su postración. ¿Había contribuido Johns en algo?

—Ajá —dijo Margaret. Era su saludo habitual al entrar en una habitación llena de gente. Una larga exhalación descendente—. Hola a todos.

Los que llenaban la habitación se revolviéron nerviosos, a modo de respuesta. Welch y Bertrand empezaron a hablar simultáneamente; la señora Welch, en medio de Dixon y Margaret, echaba rápidas miradas a uno y otro lado; Johns, blanco como la leche, permanecía en el umbral. Cuando Welch, sin dejar de hablar, se levantó de la silla como un atáxico y se dirigió a Johns, Dixon, al ver que su ocasión de hablar estaba a punto de eclipsarse, avanzó. Oyó a Welch emplear la expresión «bajo

cifrado». Tosió, luego dijo en alto y con imprevista ronquera:

—Me temo que he de irme ya. Mis padres han venido a verme inesperadamente. —Hizo una pausa, para hacer sitio a eventuales protestas y lamentos—. Muchas gracias por su hospitalidad, señora Welch. Me lo he pasado muy bien. Y ahora me temo que debo irme. Adiós a todos.

Evitando la mirada de Margaret, se abrió paso entre el silencio y salió. Aparte de hacerle sentir como si fuese a morir o a volverse loco de un momento a otro, la resaca había desaparecido. Johns esbozó una sonrisita a su paso.

## OCHO

—Dixon, ¿puedo hablar con usted un momento?

Para su destinatario, éste era el más temible de los llamamientos. Era el favorito de su sargento, un militar de profesión con ideas anticuadas respecto a la conveniencia de dirigirse a los cabos en privado antes de soltarles, no una palabra, sino una cascada de insultos y amenazas a raíz de algún descuido inofensivo. Welch lo había convertido en un breve *maestoso* que servía de introducción al *allegro con fuoco* de su contrariedad ante cada nueva aportación a la «mala impresión» que Dixon estaba acumulando; y, en el mejor de los casos, anunciaba la imposición de alguna tarea académica diseñada, al parecer, para poner a prueba su valía para el departamento. También Michie lo había usado más de una vez para indicar su deseo de hablar o hacer preguntas sobre Vida y Cultura Medievales. Era Welch el que emitía ahora el llamamiento, balanceándose a la entrada del aula pequeña que Dixon compartía con Goldsmith. Intelectualmente, Dixon podía concebir que una de esas llamadas de atención diera pie a un elogio del trabajo efectuado al elaborar el índice de notas del libro de Welch, o al ofrecimiento de un puesto en la redacción de *Medium Aevum*, o a una invitación a una juerga indecente; pero emocional y físicamente le ahogaba la inminencia de algo desagradable.

—Por supuesto, profesor.

Mientras seguía a Welch al despacho de al lado, preguntándose si el asunto a tratar era la sábana, o su despido, o la sábana y el despido, Dixon recitó una larga sarta de improperios en voz baja y susurrante, como para contar con un saldo positivo, por así decirlo, para los primeros minutos de entrevista. Marcaba el paso al andar, en parte para darse valor, en parte para ahogar sus propios susurros, en parte porque todavía no había fumado esa mañana.

Welch se sentó tras su mesa, engañosamente cubierta de papeles.

—Eeeh, Dixon...

—¿Sí, profesor?

—Tengo que... Respecto a ese artículo de usted...

Con todas sus incoherencias, Welch iba siempre al grano cuando se trataba de hacer reproches, así que este comienzo resultaba relativamente tranquilizador. Dixon dijo, en guardia:

—¿Sí?

—El otro día estuve charlando con un amigo mío del sur de Gales. Ahora es titular en la facultad de Abertawe. Athro Haines, supongo que conoce su libro sobre el Cwmrhydyceirw medieval.

Dixon dijo «¿Ah, sí?» en un tono distinto, aunque todavía en guardia. Quería dar a entender un presto y respetuoso reconocimiento, que al mismo tiempo no implicase un conocimiento de primera mano de la obra en cuestión, por si Welch le exigía un resumen de su contenido.

—Por supuesto, los problemas que tienen allí son muy distintos de los... de los... Las clases de preparatorio, en concreto. Me contó que... Parece ser que en el primer año todo el mundo, da igual si van a seguir con Historia o no, todos tienen que dar algo de...

Dixon desconectó casi por completo, manteniendo sólo la mínima atención necesaria para asentir a intervalos convenientes. Se sintió aliviado: nada realmente malo iba a suceder, fuese cual fuese el puente que cubría la creciente distancia que mediaba entre su artículo y ese tal Haines. Una determinación empezó a formarse en su mente, que le asustó incluso antes de que pudiera reconocerla del todo. Ahora que estaba a solas con Welch, se enfrentaría a él, lo obligaría a revelar qué tenía decidido respecto a su futuro, o, si no había nada decidido aún, cuándo se decidiría y de qué dependía esa decisión. Estaba harto de que, con la esperanza de mejorar sus posibilidades, lo chantajearan para que huronease en la biblioteca pública en busca de material «que le pudiese venir bien» al libro de historia local de Welch, o para que «les echase un vistazo» (es decir, corrigiera) a las pruebas de un largo artículo que Welch había colocado en una revista local de antigüedades, o para que se declarara dispuesto a asistir a un congreso sobre bailes folklóricos (gracias a Dios por no haber tenido que ir, después de todo), o a asistir al terrible «fin de semana artístico» del mes pasado, o aceptase dar una conferencia sobre la vieja Inglaterra... Esto último, sobre todo. Y el curso estaba muy avanzado. Faltaba menos de un mes para que terminase. De algún modo, tendría que bombardear o asaltar a punta de bayoneta la reticencia, irrelevancia y permanente ceño de asombro tras los que se atrincheraba Welch.

Éste le obligó a conectar de nuevo cuando dijo:

—Al parecer, ese tal Caton aspiró a la cátedra de Abertawe al mismo tiempo que Haines, van a hacer ahora tres o cuatro años. Bueno, por supuesto Haines no ha podido contármelo todo, pero me dio la impresión de que ese Caton por poco le quita la cátedra, sólo que hubo algo turbio por su parte, ya sabe. Que esto no salga de entre nosotros, Dixon, pero el caso es que hubo algo así como una recomendación falsa o algo por el estilo, creí entender. Algo más bien turbio, en fin. Claro que esa revista suya puede que esté por encima de sospechas de esa clase, no digo que no; puede que esté... completamente por encima. Pero he creído que debía informarle de esto, Dixon, para que pueda obrar en consecuencia y hacer lo que... lo que... lo que crea apropiado, lo que usted...

—Vaya, muchas gracias, profesor, ha hecho muy bien en advertirme. Quizá deba escribirle de nuevo y preguntarle...

—¿No le ha contestado a la carta en la que le pedía más concreción sobre cuándo iba a publicar lo suyo?

—Ni una palabra.

—Bueno, está claro entonces que debe escribirle de nuevo, Dixon, y decirle que necesita saber la fecha de publicación. Dígale que le han pedido un informe de otra revista sobre lo que está escribiendo. Dígale que debe saberlo con seguridad en el plazo de una semana. —Esa fluidez, al igual que la intensa mirada que la acompañaba, era la que Welch parecía reservar para decirle a la gente lo que tenía que hacer.

—Eso haré, por supuesto.

—Hágalo hoy, ¿quiere, Dixon?

—Sí, lo haré.

—Después de todo, le afecta, ¿o no?

Éste era el pie que había estado esperando.

—Sí, señor. De hecho, tenía la intención de preguntarle por eso.

Las pobladas cejas de Welch descendieron un tanto.

—¿Sobre qué?

—Bueno, estoy seguro, profesor, de que comprende que, en los últimos meses, he estado muy preocupado por mi puesto aquí.

—¿Ah, sí? —dijo Welch alegremente, con las cejas otra vez en su sitio.

—Me he estado preguntando por mis posibilidades, ya sabe.

—¿Sus posibilidades?

—Sí, yo... Quiero decir que creo que entré con el pie izquierdo, a mi llegada hice algunas tonterías. Y, bueno, ahora que mi primer año casi ha terminado, es lógico que no pueda evitar sentirme un poco impaciente.

—Ya. Conozco a muchos jóvenes que tienen dificultades para adaptarse a su primer empleo. Al fin y al cabo, es lo que se puede esperar, después de una guerra. No sé si conoce al joven Faulkner, está ahora en Nottingham; trabajó aquí en mil novecientos... —hizo una pausa aquí— cuarenta y cinco. Bueno, no lo pasó muy bien en la guerra, entre una cosa y otra. Estuvo un tiempo en Oriente, ya sabe, estaba en la aviación naval, y luego lo trasladaron al Mediterráneo. Recuerdo que me decía cuánto le costó adaptar su modo de pensar cuando se estableció aquí y...

«... Se reprimió las ganas de asestarse un puñetazo en la cara», pensó Dixon. Aguardó un poco y, luego, cuando Welch se sacó de la manga otra de sus pausas, dijo:

—Sí, y está claro que es doblemente difícil cuando uno no se siente seguro en su empleo. Trabajaría mucho mejor, lo sé, si supiera a qué atenerme respecto a...

—Bueno, la inseguridad es la gran enemiga de la concentración, lo sé. Y, por supuesto, uno tiende a perder el hábito de la concentración conforme se hace mayor. Es asombroso cómo distracciones que uno no hubiera notado antaño se hacen absolutamente demoledoras cuando uno... se hace mayor. Recuerdo cuando estaban instalando los nuevos laboratorios de química... Bueno, qué digo «nuevos», ahora ya no se les puede llamar así, supongo. En la época de la que hablo, unos años antes de

la guerra, estaban echando los cimientos por Pascua, eso debía de ser..., y la hormigonera o lo que fuese...

Dixon se preguntaba si Welch oiría el rechinar de sus dientes. Si era así, no daba muestras de ello. Como un boxeador todavía increíblemente en pie después de diez asaltos de castigo, Dixon volvió al ataque:

—Estaría muy contento con todo lo demás, con tal de que mi única preocupación se despejara.

Welch alzó despacio la cabeza, como el hocico de un obús anticuado. Rápidamente tomó forma su ceño interrogativo.

—No veo adónde...

—Mi periodo de prácticas —dijo Dixon, levantando la voz.

El ceño se despejó.

—Ah, eso. Está usted aquí en prácticas por dos años, Dixon, no por uno. Está todo en su contrato, como sabe. Dos años.

—Sí, ya sé, pero eso sólo significa que no pueden hacerme fijo hasta que hayan pasado los dos años. No significa que no puedan... pedirme que me vaya al terminar el primer año.

—No, no —dijo Welch, calurosamente—; no.

No quedó claro si estaba apoyando la negativa de Dixon o expresando su desacuerdo.

—Pueden pedirme que me vaya al final del primer año, ¿verdad, profesor? —espetó Dixon, apretándose contra el respaldo de la silla.

—Sí, supongo que sí —dijo Welch, esta vez con frialdad, como si le estuviesen pidiendo que hiciera una concesión que, aunque teóricamente viniese a cuento, ninguna persona decente exigiría.

—Bueno, pues me pregunto qué hay de esa cuestión, eso es todo.

—Sí, está muy claro —dijo Welch en el mismo tono.

Dixon esperó, ideando caras. Recorrió con la mirada el acogedor cuartito con su moqueta, sus hileras de libros superpuestos, sus archivadores repletos de exámenes viejos y de expedientes de pasadas generaciones de estudiantes, y la vista desde sus ventanas cerradas, que llegaba al soleado muro del laboratorio de Física. Tras la cabeza de Welch colgaba el horario del departamento, dibujado por el propio Welch en tintas de cinco colores, correspondientes a los cinco miembros docentes. Este panorama pareció romper los muros de contención en la mente de Dixon; por primera vez desde su llegada a la facultad sintió aburrimiento real, dominante, orgiástico, y la pareja de éste, el verdadero odio. Si Welch no hablaba en los próximos cinco segundos, haría algo por lo que conseguiría que lo echaran sin remisión posible... No la clase de cosas que solía imaginar cuando permanecía sentado en el cuarto de al lado, fingiendo trabajar. Ya no deseaba, por ejemplo, escribir en el horario del departamento una breve exposición, trufada de obscenidades, de sus opiniones sobre el profesor titular, el departamento de Historia, la Historia medieval, la Historia y



Margaret, y colgarla en la ventana para información de los estudiantes y profesores que pasaran por allí; ni, en líneas generales, tenía intención de atar a Welch a su silla y golpearle en la cabeza y los hombros con una botella hasta que revelase por qué, sin ser francés, les había puesto nombres franceses a sus hijos, ni... No, se limitaría a decir, sin levantar la voz, despacio y claramente, para darle ocasión a Welch de captar el sentido general de sus palabras: «Preste atención, viejo escarabajo melonero, ¿qué le hace pensar que sabe dirigir un departamento de Historia, incluso en un lugar como éste, eh, viejo escarabajo? Sé de algo que se le daría mejor, viejo escarabajo...».

—Bueno, estas cosas no son tan sencillas como pudiera imaginarse, ya sabe —dijo Welch de pronto—. Es un asunto complicado, Dixon, como ve. Hay muchas, muchísimas cosas que tener en cuenta.

—Por supuesto que lo veo, profesor. Sólo quería preguntar cuándo se tomará la decisión, eso es todo. Si he de irme, es justo que me lo digan pronto. —Sintió que la cabeza le temblaba ligeramente de rabia mientras lo decía.

Welch, que había parpadeado dos o tres veces ante la mirada de Dixon, dirigió ahora la suya a una carta medio enrollada que había sobre la mesa. Balbuceó:

—Sí..., bueno..., yo...

Dixon dijo en voz todavía más alta:

—Porque tendré que empezar a buscar otro empleo, ¿sabe? Y la mayoría de los colegios habrán cerrado sus contratos para septiembre antes de que termine el curso en julio. Así que es lógico que quiera saberlo con tiempo suficiente.

Una expresión de infelicidad empezaba a asentarse en la cara y en los ojuelos de Welch. Al principio, Dixon se sintió complacido ante esta prueba de que la mente de Welch podía ser alcanzada desde el exterior; luego sintió momentáneos remordimientos ante el espectáculo del hombre que no desea revelar algo que causará dolor a otro; finalmente se dejó llevar por el pánico. ¿Qué ocultaban los escrúpulos de Welch? Él, Dixon, estaba acabado. En ese caso, aún podría soltar su discurso del escarabajo, sólo que deseaba que el público fuera más numeroso.

—Se lo haré saber en cuanto esté decidido —dijo Welch con increíble rapidez—. Aún no hay nada.

Sin nada que decir, Dixon comprendió lo extravagante que había sido su ocurrencia del discurso del escarabajo. Nunca se atrevería a decirle a Welch lo que quería decirle, igual que nunca se atrevería a hacerlo con Margaret. Creía haber llevado la cuestión de su contrato a un punto decisivo, y no había hecho otra cosa que debatirse en el anzuelo de la técnica de evasión de Welch; verbal esta vez, en vez de su habitual manifestación física, pero preparada para hacer frente a una presión mayor de la que él podía aspirar a aplicarle.

Ahora, tal como esperaba Dixon desde el comienzo de la escena, Welch sacó su pañuelo. Estaba claro que se disponía a sonarse la nariz. Lo que solía ser horrible, aunque no fuera más que por atraer involuntariamente la atención hacia la nariz de Welch, un enorme tetraedro con los poros abiertos. Pero cuando los familiares y

milagrosamente prolongados resoplidos rebotaron contra las paredes y ventanas, Dixon apenas se molestó: el ruido tuvo la virtud de cambiar su humor. Cualquier declaración que pudiera arrancársele a Welch, aunque fuera a palos, era de fiar, sin excepciones, así que Dixon volvía a estar en el punto de partida. Pero qué agradable estar de nuevo en el punto de partida, en vez de ahí fuera, que era donde no quería estar. Qué equivocados estaban siempre quienes decían: «Mejor saber lo peor que no saber nada». No, lo decían justo al revés. Dígame la verdad, doctor, prefiero saberla. Pero sólo si la verdad es lo que quiero oír.

Cuando estuvo seguro de que Welch había terminado de sonarse la nariz, Dixon se levantó y le agradeció la charla casi con sinceridad, y la vista del «petate» y el sombrero de pesca de Welch en una silla próxima, normalmente irritante, sólo le animó a canturrear su canción de Welch mientras salía. Esta canción se apoyaba en el rondó de un aburrido concierto para piano que Welch insistió una vez en ponerle en su complicado gramófono de bocina exponencial. Le llegó el turno tras otros cuatro enormes discos grabados por las dos caras y etiquetados en rojo, y Dixon le puso la letra adecuada. Mientras bajaba las escaleras en dirección a la sala de profesores, donde había café a esta hora, articuló estas palabras sin mover los labios: «Zoquete, mariconcete, vacilante, agobiante...». Aquí se interponía una sarta de palabras impronunciables, que correspondían a una especie de *um-pa* que hacía la orquesta. «Pesadilla, mierdecilla, basurilla, flautista patoso, patán perezoso...». A Dixon no le importaba lo oscuro de la alusión de «flautista» a la flauta de pico de Welch; con saberlo él, le bastaba.

Era época de exámenes, y Dixon no tenía otra cosa que hacer esa mañana que presentarse en el Aula Magna a las doce y media y recoger los folios escritos que contendrían las respuestas a las preguntas que él había puesto sobre la Edad Media. Mientras se acercaba a la sala de profesores, pensó brevemente en la Edad Media. Quienes se declaraban incapaces de creer en la realidad del progreso humano deberían procurarse ánimos, como seguramente lo habían hecho los alumnos que se examinaban, mediante una aproximación a la Edad Media. La bomba de hidrógeno, el gobierno surafricano, Chiang Kai Shek, el propio senador McCarthy les parecerían entonces un precio aceptable que pagar por no estar aún en la Edad Media. ¿En qué otra época había sido la gente tan desagradable, tan gris, tan desgraciada, tan engreída, tan negada para el arte, tan tortuosamente absurda, qué otra época había estado tan equivocada como la Mediana Edad (que era como Margaret denominaba la Edad Media)? Esbozó una sonrisita ante esta última ocurrencia, y la borró de su rostro al entrar en la sala de profesores y verla a ella, pálida y ojerosa, sola junto a la chimenea apagada.

Las relaciones entre ellos no habían cambiado materialmente en los diez días transcurridos desde el fin de semana «artístico». Había necesitado una velada entera en el Oak Lounge y un gran desembolso y mucha hipocresía para lograr que ella admitiera que todavía tenía algo que reprocharle, y más de la misma moneda para

convencerla de que lo definiera, ampliara, discutiera, moderara y, finalmente, renunciara a ello. Por alguna razón, periódicamente operativa pero imposible de nombrar, el mero hecho de verla lo llenaba ahora de afecto y remordimientos. Rechazando el café a favor de la limonada, porque hacía calor, hizo que se la sirviera la mujer de uniforme que llevaba el carrito de las bebidas, y sorteó los corrillos para acercarse a Margaret.

Llevaba su atuendo bohemio, pero había sustituido las cuentas de madera por un broche consistente en una eme de madera. En el suelo, junto a su silla, tenía un sobre grande lleno de exámenes. Una explosión en falsete, procedente de la gran cafetera al otro lado de la sala, lo sobresaltó. Dijo entonces:

—Hola, cariño, ¿cómo estás hoy?

—Bien, gracias.

Él esbozó una sonrisa tentativa.

—Por el tono en que lo dices, no lo parece.

—¿No? Lo siento. Estoy perfectamente, de verdad. —Hablaba en un tono extraordinariamente cortante. Los músculos de la mandíbula se le veían tensos, como si padeciera dolor de muelas.

Mirando a su alrededor, se acercó más, se inclinó y dijo, todo lo cariñosamente que pudo:

—Por favor, Margaret, no hables de ese modo. No hace ninguna falta. Si no te sientes bien del todo, cuéntamelo y yo lo entenderé. Si te sientes bien, estupendo. Sea como sea, nos fumaremos un cigarrillo y ya está. Pero, por Dios, no busques pelea conmigo. No me apetece.

Ella cambió bruscamente de posición sobre el brazo de sillón en el que estaba sentada, de modo que terminó dándole la espalda a todos los presentes menos a Dixon, que vio que los ojos se le llenaban de lágrimas. Al verlo indeciso, ella soltó un gemido en alto, sin quitarle los ojos de encima.

—Margaret, no lo hagas —dijo él, horrorizado—. No llores. No era ésa mi intención.

Ella agitó furiosamente la mano hacia abajo.

—Tenías razón —dijo, estremeciéndose—. Fue culpa mía. Lo siento.

—Margaret...

—No, soy yo la que ha actuado mal. Te he contestado como una fiera. No era mi intención, no quería hacerlo. Es que llevo una mañana...

—Bueno, cuéntamelo entonces. Sécate los ojos.

—Eres la única persona que es agradable conmigo y te trato de este modo. —Sin embargo, se quitó las gafas y empezó a enjugarse los ojos.

—No te preocupes. Dime qué pasa.

—No, nada. Todo y nada.

—¿Has pasado otra mala noche?

—Sí, cariño, y eso me hace sentir mucha pena de mí misma, como siempre. No

dejo de pensar: «Demonio, ¿qué sentido tiene todo esto? ¿Qué sentido tengo yo?».

—Ten un cigarrillo.

—Gracias, James, lo necesito. ¿Tengo buen aspecto?

—Sí, por supuesto. Sólo estás un poco cansada, eso es todo.

—No caí dormida hasta pasadas las cuatro. He de ir al médico y que me dé algo.

No puedo seguir así.

—Pero ¿no dijo que tenías que acostumbrarte y arreglártelas sin tomar nada?

Lo miró con aires de triunfo.

—Sí, pero no me dijo cómo acostumbrarme a vivir sin dormir.

—¿No hay nada que pueda ayudarte?

—Sí, ya sabes, todo eso del baño y la leche caliente y las, eeeh, aspirinas y abre las ventanas y cierra las ventanas...

La conversación continuó durante unos minutos, mientras los otros usuarios de la sala empezaban a dispersarse para atender sus diversas ocupaciones, que, en esta época del año académico en el que nadie impartía clases, debían de ser más bien tareas autoimpuestas. Dixon sudaba en silencio mientras continuaba la charla, intentando repeler el persistente recuerdo difuso o imaginaciones suyas de haberle dicho casualmente a Margaret un par de días antes que la telefonaría a casa de los Welch la noche siguiente (es decir, anoche). Obviamente hacía falta alguna invitación o promesa, aunque sólo fuera para atenuar el problema. A la primera oportunidad dijo:

—¿Y si almorzamos juntos hoy? ¿Estás libre?

Por alguna razón, estas preguntas la devolvieron, en parte, al humor de antes.

—¿Libre? ¿Quién te imaginas que iba a invitarme a cenar?

—Pensé que le habrías dicho a la señora Neddy que ibas a volver.

—Da la casualidad de que ha invitado a gente a almorzar y me ha pedido que vaya.

—Ah, ya, entonces te han invitado a almorzar.

Ella dijo que sí de un modo tan ausente y confuso, que, al dar a entender que había olvidado lo que acababa de decir o incluso de qué estaban hablando, logró alarmarlo más que las lágrimas de antes. Se apresuró a decir:

—¿Qué clase de almuerzo es?

—La verdad, no sé —dijo, fatigada—. Nada del otro mundo, imagino. —Lo miró como si sus gafas se estuviesen volviendo opacas—. Debo irme ya. —Lenta e ineficazmente empezó a buscar su bolso.

—Margaret, ¿cuándo vuelvo a verte?

—No sé.

—Ando un poco mal de dinero hasta que... ¿Le digo a Neddy que me invite a tomar el té el fin de semana?

—Como quieras. Bertrand estará allí. —Ella hablaba aún con una voz extraña e inexpresiva.

—¿Bertrand? Mejor lo dejamos entonces para otra ocasión.

Con un énfasis casi imperceptiblemente mayor, dijo ella:

—Sí, viene para el baile de verano.

Dixon se sentía como quien sabe que no se atreverá a saltar al tren en marcha si se lo piensa dos veces.

—¿Vamos nosotros? —dijo.

Diez minutos después, una vez decidido que iban, Margaret salía de la sala, toda sonrisas, para guardar sus exámenes bajo llave, empolvarse la nariz y llamar a la señora Welch para comunicarle que, después de todo, no iba a acudir a su almuerzo, que finalmente resultó tener mucha menos importancia de lo que parecía. En vez de eso, Margaret iba a almorzar cerveza y bocadillos de queso en un bar, con Dixon. Él se alegraba de que su triunfo escondido hubiese causado un efecto tan espectacular, pero, como suele pasar con las cartas guardadas, parecía que ésta debería haberle servido para ganar diez jugadas, no sólo ésa, y que parecía más valiosa mientras la tuvo en la mano que cuando la soltó en la mesa. Tenía en su poder, con todo, dos datos que Margaret ignoraba. Uno era la relación, cualquiera que fuese, entre Bertrand Welch y Carol Goldsmith, que había vuelto a saltar a sus pensamientos cuando Margaret le informó de que Bertrand iba a llevar a Carol al baile de verano, ya que su marido se había comprometido a ir a Leeds ese fin de semana, comisionado por Welch. Había que suponer que la rubia y pechugona Callaghan estaba ahora descartada, lo que decía algo a su favor. El interés de esta situación compensaba, en gran medida, la eventualidad de que Carol, Bertrand, Margaret y él fueran juntos al baile; «como un grupito de amigos», dijo Margaret.

La segunda cosa que Dixon sabía, y Margaret no, era que Bill Atkinson ya había quedado con él en el mismo bar al que Margaret y él estaban a punto de ir. La presencia de Atkinson sería un valioso apoyo en caso de que volvieran a complicarse las cosas con Margaret (aunque Dios no permitiría que eso sucediera justo después de que él hubiese jugado su carta escondida), y el carácter taciturno de éste excluía cualquier riesgo de que la cita previa de los dos fuese repentina e inoportunamente revelada. Pero, más importante que todo esto, Atkinson y Margaret no se conocían aún. Sólo imaginar lo que el uno le diría del otro después le hizo sonreír maliciosamente mientras se sentaba a esperar (sólo Dios sabía por cuánto tiempo) a Margaret. Para ocuparse en algo se procuró papel de cartas de la facultad y empezó a escribir:

Estimado Dr. Caton:

Espero no resultarle inoportuno, pero quisiera rogarle que me dijera cuándo saldrá...

## NUEVE

—Profesor Welch, profesor Welch, por favor.

Dixon se acurrucó aún más tras el periódico que estaba leyendo y, sin impedimento, puso su cara de invasor marciano. Para él era un grave delito pronunciar ese nombre en público, incluso cuando no había posibilidad de que su portador apareciera tras el conjuro. Se sabía que Welch se había tomado hoy el día entero libre, a diferencia de días como el de ayer (el de la conversación sobre el puesto de Dixon), en el que Welch solamente se tomó el principio y el final de la mañana y toda la tarde. Dixon deseó que el portero, un hombre muy malo, dejase de berrear ese nombre en concreto, y se marchara antes de que le echase el ojo y lo identificase como subordinado de Welch. Pero fue inútil: un instante después sintió la aproximación del portero a través de toda la extensión de la sala de profesores, en dirección a su silla, y tuvo que levantar la vista.

El portero llevaba un uniforme verde oliva de corte militar, y una gorra de visera que no le sentaba bien. Era un hombre de cara larga y cargado de hombros, con pelos asomándole por la nariz, y su edad era difícil de calcular. Su expresión, que casi nunca se alteraba, tampoco podía esperarse que lo hiciera a la vista de Dixon. Antes de llegar, dijo con voz ronca:

—¿Señor Jackson?

Dixon deseó tener el valor de volverse enérgicamente en su silla en busca de este nuevo y desconocido personaje.

—¿Sí, Maconochie? —dijo, servicial.

—Sí, señor Jackson, hay una persona al teléfono que pregunta por el señor Welch, pero no lo encuentro. ¿Quiere usted ponerse? Es la única persona del departamento de Historia que he podido encontrar —explicó.

—De acuerdo —dijo Dixon—. ¿Puede pasármela aquí?

—Gracias, señor Jackson. No, el teléfono de aquí está conectado a la centralita exterior. La señora que pregunta por el profesor está en la línea interna. La pasaré al despacho del secretario. A él no le importará que hable desde ahí.

¿Una señora? Debía de tratarse, o bien de la señora Welch, o de alguna criatura medio loca relacionada con las artes. La señora Welch tendría la ventaja de que su mensaje sería comprensible, pero el inconveniente de que podría estar al tanto de lo de la sábana, o incluso de lo de la mesilla. ¿Por qué no lo dejaban en paz? ¿Por qué no se limitaban, todos y cada uno de ellos, sin excepciones, a quitarse de su camino y dejarlo en paz?

Por suerte el secretario, otro hombre malísimo, no estaba en su despacho. Dixon

cogió el auricular y dijo:

—Aquí Dixon.

—Segundo de Geología, sí, eso es —dijo una voz relajadamente—. ¿Quién es? —dijo otra. Siguió un zumbido, rematado por un clic capaz de romperle a uno el tímpano. Cuando Dixon volvió a coger el auricular, oyó decir a la segunda voz:

—¿Es usted el señor Jackson?

—Aquí Dixon.

—¿Quién? —Era una voz vagamente familiar, pero no la de la señora Welch; sonaba como la de una adolescente.

—Dixon. Yo tomo el recado para el profesor Welch.

—Ah, ya, señor Dixon. —Hubo un ruido que pareció el resoplido de una risa ahogada—. Tendría que haber adivinado que era usted. Soy Christine Callaghan.

—Ah, hola, eeee, ¿cómo está? —La aparente delicuescencia de las entrañas causada por esta identificación duró sólo un instante; él sabía que podía vérselas con aquella voz con cierta solvencia, siempre que el resto de su dueña permaneciese, presumiblemente, en Londres.

—Estoy bien, gracias. ¿Y usted? Espero que no haya tenido más líos con la ropa de cama.

Dixon rió.

—No, me alegra decir que todo eso pasó, toco madera.

—Muy bien... Dígame, ¿sabe si hay algún modo de localizar al profesor Welch? ¿No estará en alguna otra dependencia de la universidad?

—Me temo que no ha venido en toda la mañana. Lo más seguro es que se encuentre en su casa. ¿O ya lo ha llamado allí?

—Vaya, qué fastidio. Quizá pueda usted informarme. ¿Sabe si espera a Bertrand?

—Pues... sí, por casualidad me he enterado de que Bertrand viene a pasar el fin de semana. Me lo dijo Margaret Peel. —La ecuanimidad de Dixon había desaparecido; estaba claro que esta chica no sabía que Bertrand le había dado la patada; al menos, en lo concerniente al baile de verano. Responder sus preguntas sobre Bertrand no iba a ser fácil.

—¿Quién se lo ha dicho? —El tono de ella se había vuelto un poco más cortante.

—Margaret Peel, ya sabe. La chica que estaba alojada en casa de los Welch la vez que vino usted.

—Ah, sí, ya... ¿Y no mencionaría si Bertrand iba a ir a ese baile de verano de ustedes?

Dixon estuvo rápido de reflejos: no había que dar lugar a ninguna pregunta sobre la posible acompañante de Bertrand.

—No, me temo que no. Pero, en cualquier caso, va a ir todo el mundo. —¿Por qué no localizaba a Bertrand y se lo preguntaba a él?

—Ya, ya. Pero ¿es seguro que va a dejarse caer por ahí?

—Aparentemente.

Ella debió de percibir su desconcierto, porque añadió:

—Supongo que se estará preguntando por qué no se lo pregunto a Bertrand directamente. La verdad es que a veces es bastante escurridizo. En este momento anda desaparecido, nadie sabe dónde. Le gusta ir y venir cuando le apetece, detesta estar atado y demás, ¿comprende?

—Sí, claro. —Dixon hizo un gesto significativo con los dos primeros dedos de su mano libre.

—Así que pensé que quizá su padre supiera dónde estaba y tal... La cosa, lo que quiero saber, es lo siguiente. Mi tío, el señor Gore-Urquhart, ha vuelto de París antes de lo que se esperaba, y el rector de ustedes lo ha invitado al dichoso baile de verano. La verdad es que no sabe si ir o no. Bueno, yo podría convencerlo para que fuese si vamos Bertrand y yo, y así Bertrand y él podrían conocerse, que es lo que Bertrand desea. Pero he de saberlo pronto, porque es pasado mañana y mi tío querrá saberlo con tiempo, me refiero a dónde va a pasar el fin de semana... Así que... Bueno, es un lío, me temo.

—¿Y la señora Welch no puede arrojar alguna luz al respecto?

Hubo una pausa.

—La verdad es que no he hablado con ella.

—Bueno, ella se supone que debe estar más enterada que yo, ¿no cree?... ¿Oiga?

—Estoy aquí... Escuche, no se lo diga a nadie, pero la verdad es que preferiría no acudir a ella si encuentro cualquier otro medio. Yo... No nos llevamos demasiado bien durante mi estancia. No quiero tener que..., bueno, que hablar por teléfono con ella de las cosas de Bertrand. Creo que me considera una... Da igual. Pero ¿ve lo que quiero decir?

—Por supuesto. Ya que lo dice, yo tampoco le caí demasiado bien a la señora. Se me ocurre una cosa. Llamaré a los Welch de su parte y haré que el profesor la llame. Si no está, le dejaré un mensaje o algo así. Y me ocuparé de que, pase lo que pase, la señora Welch no se entere. Si no lo consigo la llamo y se lo digo. ¿Le parece bien?

—Me parece estupendo, muchísimas gracias. Qué idea tan maravillosa. Tenga mi número; es el de mi trabajo, así que no estaré aquí después de las cinco y media. ¿Listo?

Mientras lo anotaba, Dixon se dijo varias veces que la señora Welch no podía haberse enterado de lo de la sábana y la mesilla, de lo contrario Margaret le habría avisado. Qué simpática había sido esta chica con él, pensó.

—Listo. Ya lo tengo —concluyó.

—Es usted un ángel por hacer todo esto por mí —dijo la chica, animada—. Pero ¿no le parezco una tonta por hacer que se tome tantas molestias sólo por ahorrarme...?

—En absoluto. Sé muy bien lo que son estas cosas. —«Soy un hacha», se dijo.

—Bueno, le estoy agradecida, de verdad. Se me hacía un mundo...

Una especie de señal de Morse se coló entre estas dos frases, y luego sobrevino



un susurro prolongado. Una voz de mujer dijo:

—Sus segundos tres minutos han terminado, señor. ¿Necesita otros tres minutos?

Antes de que Dixon pudiera hablar, Christine Callaghan dijo:

—Sí, por favor, no me interrumpa.

El rumor cesó.

—¿Sí? —dijo Dixon.

—Sigo aquí.

—¿No le va a costar esto un ojo de la cara?

—A mí no, a la tienda. —Ella soltó una de sus risas, la que no era como unas campanillas. Por teléfono su cacofonía resultaba más evidente.

Dixon también rió.

—Bueno, espero que este negocio salga bien; sería una vergüenza que no fuera así, después de todos estos preparativos.

—¿Verdad que sí? Y usted, ¿va a ir al baile?

—Sí, me temo que sí.

—¿Me temo?

—Bueno, la verdad es que bailar no es lo mío, ya sabe. Será un martirio para mí, me temo.

—¿Por qué demonios va, entonces?

—Porque ya me he comprometido...

—¿Cómo dice?

—Dije que a lo mejor resulta entretenido.

—Oh, seguro. La verdad, yo tampoco soy una gran bailarina. Nunca aprendí bien.

—Seguro que ha practicado muchísimo.

—No mucho, la verdad. No he estado en muchos bailes.

—Podremos sentarnos juntos, entonces. —«Eso es ir demasiado lejos», pensó; no debería haberlo dicho.

—Si voy.

—Sí, si viene.

El silencio que precede a la despedida se impuso sobre ellos. Dixon se sintió triste: comprendió por vez primera que era realmente muy improbable que ella viniese al baile, bastante más improbable de lo que ella podía imaginar, y que, por lo mismo, era igualmente improbable que él la volviese a ver. Le desagradaba pensar que los factores decisivos serían la fuerza y naturaleza de las ambiciones de Bertrand, tanto sexuales como sociofinancieras.

—Bueno, gracias de nuevo por su ayuda.

—No hay de qué. Me gustaría mucho que viniera el sábado.

—Eso espero. Bueno, adiós. Quizá hablemos de nuevo dentro de un rato.

—Eso es. Adiós.

Se recostó en su asiento y resopló, intentando imaginársela al otro lado de la línea. Estaría sentada muy derecha en la silla de su oficina, como un escribiente del

ejército a quien le ordenan que «siga con lo suyo» durante una inspección de un capitán general. ¿O no? El sonido de su voz al teléfono no lo daba a entender: había hablado del modo relajado que él había alcanzado a atisbar durante la campaña de la sábana y la mesilla. Pero esa aparente amabilidad al teléfono bien pudiera ser una ilusión basada en su ausencia física. Por otro lado, ¿en qué medida su severidad de otras veces era también una ilusión, basada en su aspecto?

Estaba palpándose en busca de sus cigarrillos cuando Johns se asomó a la puerta, llevando un fajo de papeles. ¿Había estado escuchando?

—¿Te puedo ayudar en algo? —dijo Dixon con elegancia caricaturesca.

Johns vio que le tocaba hablar.

—¿Dónde está?

Dixon miró debajo de la mesa, en el cajón de arriba, en la papelera.

—Aquí no.

Los rasgos color natillas del otro permanecieron impassibles.

—Esperaré.

—Yo no.

Dixon salió con la intención de llamar a casa de los Welch desde el teléfono de la sala de profesores. Al pasar por delante de la conserjería oyó decir a Maconochie: «Ah, ahí lo tiene, señor Michie», y puso su cara de esquimal, que implicaba, además del intento de acortar y ensanchar su cara en un cincuenta por ciento, el logro de suprimir su cuello reabsorbiéndolo entre los hombros. Hecho esto, y después de mantener el efecto resultante durante unos segundos, se volvió y vio aproximarse a Michie.

—Señor Dixon, espero no interrumpirle.

Dixon estaba muy al tanto de que Michie estaba muy al tanto de que no había nada que interrumpir, y por qué. Dijo:

—No, ahora mismo no. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Es sobre su optativa del curso que viene, señor.

—Sí, ¿qué pasa con ella? —Hasta entonces, la intriga se había inclinado a favor de Dixon; las tres bellezas que él estaba tramando asegurarse para su clase parecían todas de lo más «interesadas» tras la última charla que tuvieron, mientras que el «interés» de Michie, aunque no había disminuido, no había dado señales de crecimiento.

—¿Damos un paseo por el jardín, señor? ¿No le parece un crimen quedarse aquí dentro en un día tan espléndido? Respecto al programa, señor: la señorita O'Shaughnessy, la señorita McCorquodale, la señorita ap-Rhys Williams y yo lo hemos examinado muy a fondo, y creo que el parecer de las damas es que la bibliografía es más bien onerosa. Yo no creo que lo sea: como les dije, una asignatura como ésta requiere una base considerable para que no resulte del todo incomprensible. Pero me temo que no las he convencido. Las mujeres son de un temperamento bastante menos atrevido que nosotros. Con Fuentes Documentales, la

del señor Goldsmith, por ejemplo, se sienten en terreno más seguro. Saben a ciencia cierta lo que van a encontrar.

Dixon también lo sabía, pero dejó que la voz de Michie siguiera resonándole en los oídos mientras salían a la densa y mareante solana y atravesaban el asfalto pegajoso hasta llegar al césped delante del edificio principal. ¿Estaba Michie anunciándole que las tres preciosidades se rajaban y que él se quedaba? Ya lo impediría él, aunque fuera con golpes ilícitos. Un instante después decía, aunque sin lograr evitar del todo el tono plañidero:

—¿Y qué se supone que debo hacer?

Michie lo miró. Su bigote parecía una talla mayor de lo habitual; su corbata de seda con nudo Windsor casaba inmejorablemente con su camisa color bizcocho; sus pantalones de baratea color lavanda ondeaban suavemente con su andar.

—Eso, señor, depende de usted, como es lógico —dijo, mostrando por cortesía la menor sorpresa posible.

—Me pregunto si la cosa podría simplificarse —dijo Dixon, casi por decir algo.

—No creo que haya mucho que se pueda sacrificar sin más, señor Dixon. Por lo que a mí respecta, la amplitud de su base es su principal atractivo.

Merecía la pena saberlo, ya puestos. Había que conseguir una base que consistiera en un solo punto: la entidad geométrica que posee posición, pero no magnitud.

—Bueno, le echaré otro vistazo, en todo caso, y veré si se puede cortar algo.

—Muy bien, señor —dijo Michie, en la actitud de un jefe de estado mayor que se dispone a poner en acción los inviables planes de su general—. ¿Me avisará usted o quiere que yo...?

—Lo revisaré esta noche y hablamos de ello por la mañana, si le viene bien.

—De acuerdo. ¿Le espero en la sala de alumnos de segundo año, a eso de las once? Les diré a las señoritas que vengan y tomaremos un café.

—Me parece estupendo, Michie.

—Gracias, señor Dixon.

Después de este saludo victoriano, o de teatro de variedades, Dixon volvió a la sala de profesores, que estaba ahora desierta, y se sentó junto al teléfono. Todo lo que pudiera lejanamente interesar a Michie debía ser eliminado del programa, incluso (o sobre todo) las partes imprescindibles. ¿Qué importaba? Lo más probable es que no tuviera que impartir el curso. En tal caso, ¿por qué se preocupaba por el «interés» que mostraban Michie y las tres preciosidades? Suspiró y cogió el auricular.

Los acontecimientos se sucedieron con mucha rapidez. Mientras que, como él sabía bien, las llamadas procedentes de la casa de los Welch llevaban siempre su tiempo, las que entraban eran terriblemente rápidas. La señora Welch tardó menos de un cuarto de minuto en decir:

—Celia Welch al habla.

Tuvo la impresión de haber mordido un bizcocho crujiente: ante su cometido, se había olvidado de la señora Welch. Con todo, ¿por qué preocuparse? En un tono casi

normal dijo:

—¿Podría hablar con el profesor Welch, por favor?

—Usted es el señor Dixon, ¿verdad? Antes de que se ponga mi marido, me gustaría que me dijera, si no le importa, qué les hizo a la sábana y las mantas de su cama el día en que usted...

Sintió ganas de gritar. Sus ojos dilatados cayeron sobre un ejemplar del periódico local que habían dejado allí. Sin pararse a pensar, dijo, redondeando los labios en forma de «o» para distorsionar la voz:

—No, señora Welch, se equivoca. Le llamo del *Evening Post*. Aquí no hay ningún señor Dixon, estoy seguro.

—Vaya, cuánto lo siento; al principio su voz me pareció... Qué equivocación más tonta...

—No tiene importancia, señora Welch, no tiene importancia.

—Enseguida se pone mi marido.

—Bueno, en realidad es con Bertrand Welch con quien quería hablar —dijo Dixon, sonriendo ante su propia astucia y sin dejar de distorsionar la boca; en cuestión de segundos terminaría este martirio.

—No estoy segura de si... Un momento. —Soltó el auricular.

«Más vale no colgar», pensó Dixon. La información que la señora Welch había ido obviamente a buscar, dónde localizar a Bertrand, era justo lo que él necesitaba para la Callaghan.

Podría llamarla y transmitírsela. Sí, no colgar, cualesquiera que fuesen los inconvenientes.

Uno de ellos se presentó de inmediato en la forma de una conocida voz que le aulló directamente al oído:

—Bertrand Welch al habla. —Tan directamente, en fin, que Dixon podría haber imaginado que Bertrand estaba realmente en la misma habitación que él y, por arte de magia, había trocado el auricular por aquellos labios rosados rodeados de barba.

—Aquí el *Evening Post* —logró apenas articular con su morro apretado.

—¿En qué puedo ayudarle?

Dixon se repuso ligeramente.

—Eeeeh... Nos gustaría sacar una cosita sobre usted en nuestro... en nuestra página del sábado —dijo, mientras empezaba a maquinarse—. Es decir, si no tiene inconveniente.

—¿Inconveniente? ¿Inconveniente? ¿Qué inconveniente puede poner un humilde pintor a un poco de inofensiva publicidad? Bueno, supongo que será inofensiva.

Dixon soltó una risotada, el dickensiano «Jo, jo, jo» que era todo lo que su boca podía permitirse.

—Completamente inofensiva, se lo aseguro. Ya tenemos algunos datos sobre usted, faltaría más. Pero nos gustaría saber en qué anda ocupado últimamente, ya sabe.

—Ya, ya, entiendo. Bueno, ahora mismo tengo dos o tres cosas entre manos. Por ejemplo, un espléndido desnudo, aunque no sé si a sus lectores les gusta oír hablar de esas cosas...

—Muchísimo, señor Welch, se lo aseguro, mientras se las contemos del modo apropiado. Supongo que no tendrá inconveniente en que lo llamemos «figura femenina desvestida», ¿verdad, señor? Supongo que es femenina...

Bertrand rió como el jefe de una jauría al anunciar que ha alcanzado su presa.

—Vaya si lo es, puede apostar el culo a que lo es. Y «culo» es la palabra clave.

Dixon también rió al oír esto. Qué historia para Beesley y Atkinson iba a salir de esto.

—¿Y qué me dice de lo que creo que llaman «el tratamiento»? —preguntó cuando le pareció conveniente haber recobrado la calma.

—Más bien audaz, ya sabe. Bastante moderno, pero no demasiado. Estos tipos modernos emborronan demasiado los detalles, y eso no nos gusta, ¿verdaam?

—Y tanto que no, diga usted que sí. Supongo que se trata de un óleo, ¿no?

—Pues sí: nada de escatimar gastos. Mide dos y medio por dos, o lo medirá cuando esté enmarcado. Todo un bombón.

—¿Tiene ya título, señor?

—Pues sí. He pensado llamarla «Modelo no profesional». La chica que ha posado para mí no es una profesional, y hace de modelo, al menos mientras la pinto, así que ahí lo tiene. Pero, si yo fuera usted, no publicaría esta pequeña explicación del título.

—Ni se me ocurre —dijo Dixon, en una voz que ya casi era la suya; su boca se había tensado involuntariamente durante los últimos segundos y había abandonado temporalmente la «o». Vaya tipo este Bertrand. Recordó las insinuaciones sobre el fin de semana con la Callaghan que Bertrand había hecho la primera vez que lo vio. Dios, si alguna vez llegaban a las manos, le...

—¿Cómo dice? —preguntó Bertrand, con un velo de sospecha en su tono.

—Le hablaba a alguien de la redacción, señor Welch —dijo Dixon, esta vez a través de su «o». Ya he tomado nota, señor, gracias. Ahora, ¿qué me dice de las otras cosas en las que está trabajando?

—Bueno, tengo un autorretrato, al aire libre, contra una pared de ladrillo. Más pared que Welch, la verdad. La clave está en la palidez y la textura arrugada de la ropa contra la gran pared roja y lisa. Un cuadro de pintor, más o menos.

—Ajá, eso es, gracias. ¿Algo más?

—Tengo uno pequeñito, tres obreros mirando un periódico en un bar, pero ése no he hecho más que empezarlo.

—Ya. Bueno, con esto nos arreglaremos, señor Welch —dijo Dixon. Había llegado el momento de dar un giro atrevido a la conversación—. La señorita dijo algo de una exposición. ¿Correcto?

—Sí, tengo una pequeña muestra en el pueblo, en otoño; pero ¿a qué señorita se refiere?

Dixon rió aliviado, en silencio, a través de su «o».

—Una tal señorita Callaghan, señor —dijo—. Supongo que la conoce.

—Sí, la conozco —dijo Bertrand con una voz ligeramente endurecida—. ¿Por qué? ¿Qué tiene ella que ver con esto?

—Vaya, pensé que estaba usted enterado —dijo Dixon con fingida sorpresa—. Esto ha sido idea suya. Ella conoce a alguien de la redacción, y supongo que fue ella quien le dio la idea de este suelto, ya ve.

—¿De veras? Bueno, es la primera noticia que tengo. ¿Está completamente seguro?

Dixon soltó una tranquila risa profesional.

—Nosotros no cometemos errores de esa clase; nos va en ello el sueldo, no sé si me explico, señor Welch.

—Sí, ya lo supongo, pero todo esto suena de lo más...

—Bueno, lo comprobaré con ella, si tiene alguna duda. De hecho, cuando esta señorita Callaghan suya se puso al teléfono con Atkinson...

—¿Quién es ese Atkinson? Nunca he oído hablar de él.

—Nuestro Atkinson en la oficina de Londres, señor. Ella habló con él hace un rato, y nos pidió que le pidiésemos a usted que la llamara, si le localizábamos. Al parecer, no le cogían el teléfono en su casa, o algo así. Al parecer, ha surgido algo muy urgente, y ella quiere que usted la llame esta tarde, antes de las cinco y media, si puede.

—Muy bien, lo haré. Por cierto, ¿cómo se llama usted?, por si...

—Beesley, señor —dijo Dixon sin dudar—. Alfred R. Beesley.

—Bien, gracias, señor Beesley. —Ése es el tono, pensó Dixon para sí—. Ah, por cierto, ¿cuándo aparece el suelto?

—Ahí me ha cogido, señor. No se sabe, me temo. Pero seguro que será en las próximas cuatro semanas. Nos gusta tener el material con mucha antelación, por si las moscas, ya sabe.

—Ya, ya. Bueno, ¿necesita algo más?

—No, señor. Y muchísimas gracias.

—No, no, gracias a usted, amigo —dijo Bertrand, con una tranquilizadora vuelta a su camaradería de antes—. Estupendo gremio el de los caballeros de la prensa.

—Muy amable por decirlo, señor —dijo Dixon, poniendo ante el aparato una cara a lo Edith Sitwell<sup>[7]</sup>—. Bueno, adiós y gracias, señor Welch. Le estoy muy agradecido.

—Hasta otra, amigo Beesley.

Dixon volvió a sentarse, se enjugó la cara, aunque le hubiese gustado enjugarse el cuerpo entero, y prendió un cigarrillo. El pánico lo había vuelto temerariamente atrevido, pero sin llegar, pensó, a lo insalvable. La clave de la situación estribaba en desmontar cuanto antes el engaño, antes de que Bertrand tuviese tiempo de deshacerlo él mismo. Había que aleccionar a la Callaghan en la siguiente historia: un

desconocido que decía llamarse Atkinson la había telefoneado esa mañana y, dándoselas de periodista, había hablado con ella de Bertrand. Había mencionado vagamente el *Evening Post*, conseguido el teléfono de los Welch y colgado. En cuanto tuviese a Bertrand al otro lado del hilo, debía soltarle el cuento de este tal Atkinson, y decirle que todo le sonaba muy sospechoso y que la voz de ese «Atkinson» le recordaba mucho la de tal o cual conocido londinense de ambos, el que a ella le pareciera más inclinado, o menos improbablemente inclinado, a gastarles una broma absurda.

Sin darle demasiada importancia al detalle, para no resultar sospechosa, debía dejar claro que «Atkinson» la había telefoneado desde un número de Londres, es decir, no por una línea interurbana. Si se atenía a su historia, tanto ella como Dixon estaban a salvo, incluso si Bertrand se adelantaba a llamar al *Post* y preguntar por «Beesley». El peligro obviamente residía en que ella no quisiera tomar parte en la conspiración. Había sólidas razones, sin embargo, para creer que sí: su gratitud cuando él se ofreció a ayudarla, el éxito de su misión, contra todo pronóstico, la actitud de ella ante el asunto de la sábana y la mesilla de noche y, finalmente, si hacía falta, la posición de extrema vulnerabilidad en que él quedaba si la verdad salía a relucir. Si Bertrand seguía sospechando, era posible que le arrancase la historia por presión emocional; pero ¿por qué iba a sospechar? Era casi imposible que se le ocurriera que ella había llegado al extremo de asegurarse la complicidad de algún lugareño desconocido para sonsacarle respecto al baile de verano; que era justo lo que había hecho.

Lo que había que hacer ahora, obviamente, era ponerse en contacto con ella y aleccionarla. Debía darse prisa, porque tenía que almorzar y volver para vigilar un examen a eso de las dos. Antes de hacer nada, sin embargo, echó la cabeza hacia atrás y soltó una prolongada carcajada anarquista, que sonó como un solo de trombón. Qué maravilla, aunque saliera mal (y no tenía por qué). La campaña contra Bertrand con la que había fantaseado en casa de los Welch había empezado, y con un deslumbrante éxito táctico. Una voz de advertencia le dijo que esta campaña, incluso en su actual estado, era demasiado peligrosa para alguien en posición tan precaria, que el gozo de la batalla estaba ahogando su prudencia; pero la sofocó con otra carcajada como la de antes.

Con todo, volvió a descolgar el auricular, pidió conferencia y luego el número de Christine Callaghan. Mejor no referirle la totalidad de su conversación con Bertrand, pensó. Un instante después se enderezó y dijo:

—¿Señorita Callaghan? Bien. Aquí Dixon. Preste mucha atención.

## DIEZ

—En serio, James, nunca he visto a nadie quedarse tan lívida —dijo Margaret—. Logró controlarse, claro, pero la boca se le puso rígida y sus ojos despedían fuego, del modo que sabes... No es que yo se lo reproche, después de que se lo soltaran a la cara de ese modo, delante de mí y del señor y la señora Neddy.

—¿Qué se dijo exactamente? —preguntó Dixon, mientras efectuaba un giro en el rincón del salón de baile y empezaba a llevar a su acompañante en dirección a la orquesta.

—Bueno, él se limitó a decir: «Por cierto, Carol, tenía que decirte que Christine finalmente va a venir al baile, y va a traer a su tío». Luego prosiguió, a modo de broma: «Así que, para no tener a un tío de acompañante de la sobrina, que no suele ser lo más acostumbrado en estos casos» (o alguna tontería por el estilo), «he pensado que lo mejor sería que la pusiéramos a mi cargo, si no tienes nada que oponer» (como si pudiera hacerlo, con todos nosotros allí escuchando), «y seguro que Gore-Urquhart estará encantado de acompañarte», y ya está.

—Umm —dijo Dixon. El esfuerzo de bailar, siempre considerable, y el de mantener los ojos fijos en la cara de Margaret, mientras ésta se balanceaba e iba y venía, le dificultaba el discurso elaborado. Además, debía forzar los oídos para captar el ritmo de la música por encima del fragor de muchos pares de pies y el clamor de muchas conversaciones—. No estuvo muy fino.

—En mi vida he visto una grosería tan abominable. Ese hombre es imposible, James, en la vida social y en, eee, en todo lo demás. Y digo yo (eso me pareció entonces): ¿crees que hay algo entre..., bueno, entre Bertrand y Carol?

—No tengo ni idea. ¿Por qué dices eso?

—¿Nunca has notado nada?

—No creo, ¿por qué?

—Bueno, no sé. Es raro, para empezar, que fuera él quien la iba a llevar al baile, y luego, que ella pareciera tan furiosa...

—Ya, pero el caso es que Bertrand siempre ha sido uña y carne con ellos dos (recuerdo que estabas delante cuando Carol lo dijo), y es lógico que ella sienta que le están haciendo un desprecio. Lo siento —añadió dirigiéndose a una muchacha cuyo trasero había colisionado con su cadera. Sintió ganas de que acabase su serie de bailes; tenía calor, sus calcetines parecían haber sido rociados con arena fina y pegajosa y sus brazos le dolían como los de un boxeador que no ha bajado la guardia en catorce asaltos. Se preguntó por qué no le contaba a Margaret lo del abrazo que había visto durante el fin de semana «artístico»; ella jamás se iba de la lengua si



alguien se lo pedía. Quizá fuese porque la noticia, además de turbarla, le daría una modesta satisfacción, y él no deseaba eso. ¿Y por qué no lo deseaba?

Margaret hablaba de nuevo, animadamente; estaba un poco sonrojada y su lápiz de labios había sido aplicado con más cuidado del habitual. Tenía aspecto de estar pasándose bien: esa especie de mínima belleza suya era visible.

—Bueno, de todos modos, creo que ha salido ganando con el señor Gore-Urquhart. Debo decir que parece de lo más encantador, algo poco frecuente en estos tiempos. Tiene unos modales de lo más exquisitos, ¿no crees?, como tienen que ser. Es una novedad, después del monstruo barbudo.

La garganta de Dixon hizo gárgaras inaudibles ante esta mezcla de estilos, pero antes de que le diera tiempo a contestar, llegó la pirueta final. En un instante un redoble vacilante, seguido de un chocar de platillos, señaló el final de la serie. Dixon suspiró hondamente y se enjugó las manos con su pañuelo.

—¿Bebemos algo? —dijo.

Margaret apuntaba con la mirada a un lado y a otro.

—Espera un poco; quiero ver si veo a los demás.

Los bailarines se escurrían poco a poco por las líneas que delimitaban la pista de baile. Las paredes estaban decoradas con escenas de un remotísimo pasado, retratadas en lo que, sin duda alguna, era un estilo de lo más moderno, por lo que en la más cercana a Dixon, por ejemplo, cierta falta de perspectiva o cualquier otra licencia similar hacía que toda una falange de soldados de infantería (¿espartanos?, ¿macedonios?, ¿romanos?) pareciera estar cayendo de los cielos sobre sus enemigos bárbaros, mucho más grandes (¿persas?, ¿iranios?, ¿cartagineses?), que, ajenos al peligro que pendía sobre sus cabezas, echaban miradas amenazadoras a la desierta lejanía. A intervalos se alzaban grandes pilares de algún material pálido. Dixon esbozó una triste sonrisa nostálgica: todo aquello le recordaba claramente aquellas grandes casas de comidas de Marble Arch, Charing Cross, la calle Coventry, donde se lo había pasado tan bien. Al apartar los ojos de estos recordatorios, localizó a Michie en medio de la multitud, hablando y riendo vigorosamente en compañía de la señorita O'Shaughnessy, la más guapa de las tres bellezas y, de hecho, la novia de Michie. Tenía esa clase de cara agitanada, morena pero rosada, que afectaba a Dixon hasta la incomodidad. Lo mismo podía decirse del vestido escotado que llevaba. Y aunque tenía a Michie a unos quince metros de distancia, Dixon conocía al detalle la perfección de su traje de etiqueta, la eficacia de su cháchara y la atención que le prestaba su público. Michie captó su mirada y se puso serio, y le dirigió una ligera pero educada inclinación. La señorita O'Shaughnessy le dedicó una rápida sonrisa antes de darle la espalda, sin la menor duda para echarse a reír.

—¿Bebemos algo? —volvió a preguntarle a Margaret.

—Ah, ahí están —dijo ella, a modo de respuesta.

Bertrand y Christine se acercaban. Bertrand, hubo de admitir Dixon, estaba más que presentable en traje de etiqueta, y decir de él que tenía aspecto de artista de

alguna clase hubiera sido verdad sin resultar demasiado ofensivo. En él fijó sus ojos Dixon, no tanto por interés, como por evitar fijarlos en Christine. La actitud de ésta hacia él en lo que iba de tarde no es que hubiese sido fría: más bien, había sido inexistente, le había hecho sentir que, en contra de lo que atestiguaban los sentidos, él no estaba allí en absoluto. Y lo que era peor: esa noche tenía ella mejor aspecto que nunca. Llevaba un vestido amarillo con los hombros descubiertos. Era muy sencillo, y lograba, como si no hubiese sido otra su intención, poner en evidencia lo decididamente inapropiado que era el de tafetán azul marino de Margaret, con su lazo y lo que él suponía que eran fruncidos o algo así, y con el collar de perlas de cuatro vueltas que lo coronaba. El objetivo de Christine, imaginaba, era resaltar su color natural y la textura de su piel. Y lo lograba absolutamente, haciendo que todos los demás parecieran un ensamblaje de medios tonos granulados. Por un instante, mientras Bertrand y ella se acercaban, Dixon cruzó una mirada con ella, y aunque en sus ojos no había nada para él, sintió ganas de agacharse y ocultarse tras el muro protector de faldas y pantalones; o, mejor, sacarse de un tirón la chaqueta del esmoquin y salir corriendo a la calle. Había leído en alguna parte, o le habían contado, que alguien como Aristóteles o I. A. Richards<sup>[8]</sup> había dicho que la visión de la belleza nos despierta el deseo de acercarnos a ella. Aristóteles o I. A. Richards se habían equivocado, ¿o no?

—Bueno, ¿qué se trama por aquí, chicos? —preguntó Bertrand. Llevaba agarrada la muñeca de Christine entre el pulgar y un dedo, como si le estuviera tomando el pulso. Miró a Dixon, a quien hasta entonces había tratado con bastante amabilidad.

—Bueno, pensaba que podríamos ir a beber algo —dijo Dixon.

—Tranquilidad, James; o todos pensarán que te morirías si te pasaras una hora sin beber.

—Seguro que sí —dijo Bertrand—. En cualquier caso, hace bien en no correr el riesgo. ¿Qué te parece, cariño? Me temo que sólo hay cerveza y sidra, a menos que quieras trasladarte a algún local *cercaaanom*.

—Sí, de acuerdo, pero ¿dónde están tío Julius y la señora Goldsmith? No podemos marcharnos y dejarlos plantados.

Mientras se llegaba a la conclusión de que esos dos seguramente estaban ya en el bar, a Dixon le hizo sonreír lo de «tío Julius». Qué maravilla que hubiera alguien con ese nombre y alguien que lo llamara así, y que él hubiera estado presente para oír al uno llamar así al otro. Mientras avanzaba despacio, junto a Margaret, entre los grupos de los parlanchines, a un lado, y los mudos pegados a las paredes, al otro, localizó a Alfred Beesley tristemente alineado entre estos últimos. Beesley, cuya incapacidad para conocer mujeres era notoria, era asiduo de este tipo de saraos, pero, como todas las mujeres presentes esa noche habían venido con un acompañante (excepto mujeres como la sexagenaria titular de Filosofía o la adjunta de Economía, que pesaba siete arrobas), debía de saber ya que estaba perdiendo el tiempo. Dixon intercambió un saludo con él y creyó captar un destello de envidia en su mirada. Dixon reflexionó, en

primer lugar, lo poco que servía, para evitar perder el tiempo, saber que uno lo estaba perdiendo (sobre todo, en lo que Welch llamaba «asuntos del corazón»); en segundo, qué pequeña era la diferencia que había, a este respecto, entre la situación de Beesley y la suya; y, en tercer lugar, qué poco había que envidiar en el hecho de estar presuntamente situado en el mejor lado de la comparación respecto a Beesley: los privilegios de poder hablar con una mujer y estar en el mismo grupo que otra. Por más que, en cuarto lugar, lo que importaba era la posesión de los signos de privilegio sexual, no su clase o disfrute. Dixon pensó que debería sentirse tranquilo y liberado tras llegar a esta conclusión, pero no era así, igual que el mal de estómago no se alivia por haber descubierto su nombre técnico.

Llegaron al bar, un cuartito que no había sido diseñado para ese fin. La todavía reciente tradición de bailes veraniegos «húmedos» había sido instituida (aunque había quien no acababa de creérselo) por los responsables universitarios con el argumento de que la tasa de borracheras entre los estudiantes asistentes, que llegó a ser alarmante, podría reducirse si se servían bebidas baratas y no espirituosas en la propia sede, con lo que se reducía el acuciante atractivo, caro y dañino a un mismo tiempo, de ingerir «cuellos de caballo»<sup>[9]</sup> o ginebra ínfima y zumo de lima sintético en los bares de la ciudad. Y lo sorprendente era que este argumento había quedado confirmado por los resultados, y que en la habitación que ahora visitaban Dixon y los otros, tres empleados subalternos de la facultad bregaban con barriles de cerveza y de sidra bajo paneles que, aunque no tan grandes como los de la sala de baile, también representaban a potentados morenos a punto de ser aplastados por una *troupe* danzante de enanos circasianos, o caravanas de mercaderes chinos levantadas en vilo por remolinos de viento. El lugar de los pálidos pilares lo ocupaban aquí tiestos y cubas con palmas de una casi macabra frondosidad. Entre éstas se ocultaba Maconochie, supervisor titular de los tres camareros, contribuyendo al efecto total, de un modo indefinible, con su chaqueta blanca almidonada y sus pantalones verde oliva.

Gore-Urquhart y Carol estaban sentados en uno de los palmerales más lejanos, hablando como descosidos. Cuando vio acercarse a los otros, Gore-Urquhart se puso en pie. Esta formalidad era tan poco común en los círculos en los que Dixon solía moverse, que, por un momento, se preguntó si es que el otro se proponía recurrir a la fuerza para impedir su aproximación. Era más joven de lo que Dixon hubiese esperado en un hombre distinguido y en un tío de Christine: cuarenta y tantos de edad. Tampoco su traje de etiqueta era ni por asomo tan «impecable» como pudiera haberse predicho. Su cara ancha y afeitada, que coronaba un cuerpo menudo y delgado, era, sin llegar a la deformidad, la menos simétrica que Dixon había visto en su vida, y le daba la apariencia de un sabio borracho que intentaba recobrar el juicio, apariencia intensificada por unos labios ligeramente prominentes y una única ceja negra que se extendía de sien a sien. Antes de que el grupo terminara de acomodarse, Maconochie, a quien sin duda ya habían dado sus buenas propinas, dio un paso al

frente para ver qué bebidas se pedían. Dixon constató con placer su servilismo.

—Hasta ahora he logrado esquivar a ese decano de ustedes —dijo Gore-Urquhart con su fuerte acento escocés de las Tierras Bajas.

—Eso tiene su mérito, señor Gore-Urquhart —dijo Margaret riéndose—. Estoy segura de que tiene a todos sus espías en pos de usted.

—¿Eso cree? ¿Podré escaparme de nuevo si me pillan?

—Poco probable, señor —dijo Bertrand—. Ya sabe cómo es la gente en esta parte del mundo. Écheles una celebridad y se lo disputarán como perros con un hueso. Vaya que sí: incluso en mi modesta escala he tenido que soportar cosas así, especialmente en el llamado «mundo académico». Sólo porque da la casualidad de que mi padre es profesor, piensan que debe apetecerme hablar con la mujer del vicerrector sobre los problemas que su desdichado nieto tiene en el colegio. Pero, por supuesto, en su caso debe de ser mil veces peor. ¿Me equivoco?

Gore-Urquhart, que había escuchado estas palabras con atención, espetó:

—Depende —y bebió de su copa.

—De todos modos, señor Gore-Urquhart —dijo Margaret—, de momento está a salvo. En estas ocasiones, el decano congrega a su corte en una sala que hay al otro extremo del salón de baile... No se mezcla con la chusma de aquí.

—De modo que, mientras esté con la chusma, estoy a salvo, ¿no es eso lo que quiere decir, señorita Peel? Bueno, pues me quedo con la chusma.

Aunque Dixon esperaba que este comentario fuese seguido de la risita de campanillas de Margaret, así y todo le costó soportarla cuando la oyó. En ese momento llegaba Maconochie con las bebidas que había pedido Gore-Urquhart. Para sorpresa y deleite de Dixon, la cerveza la traían en jarras. Así que, después del «Búsqüeme unos cigarrillos, muchacho» de Gore-Urquhart a Maconochie, se adelantó y dijo:

—¿Cómo demonios ha conseguido que le traigan jarras? No he visto más que medias en toda la noche. Creía que era la norma del lugar. Se negaban a servirme una jarra cuando la pedía. ¿Cómo demonios lo ha logrado? —Mientras lo decía, vio con irritación que Margaret lo miraba y miraba luego a Gore-Urquhart y luego a él otra vez y sonreía con desaprobación, como para asegurar a Gore-Urquhart que, en contra de la evidencia, estas palabras no demostraban ningún trastorno mental. También Bertrand miraba y sonreía.

Gore-Urquhart, que no pareció darse cuenta de las sonrisas de Margaret, apuntó con su corto pulgar manchado de nicotina a Maconochie, que se retiraba.

—Un hermano nacionalista escocés —dijo.

Todos los que Dixon tenía delante y a su izquierda, incluidos el propio Gore-Urquhart, Bertrand y Margaret, se rieron, igual que Dixon, que miró a su derecha y vio a Christine, sentada a su lado con los codos en la mesa, sonriendo de un modo controlado, y más allá a Carol, a la izquierda de Gore-Urquhart, mirando un tanto sombríamente a Bertrand. Antes de que la risa se extinguiera, Dixon notó que

Bertrand se había dado cuenta de este escrutinio y miraba para otro lado. Turbado por la pequeña tensión que había en el grupo, y viendo que los ojos de Gore-Urquhart lo miraban ahora por debajo de su ceja negra, Dixon empujó sus gafas hasta situarlas en la parte apropiada de la nariz y dijo por decir:

—Bueno, no me esperaba beberme una jarra en este fiestorro.

—Es usted un hombre de suerte, Dixon —le espetó Gore-Urquhart, mientras repartía cigarrillos.

Dixon sintió que enrojecía ligeramente, y decidió callarse la boca un rato. Con todo, le complacía que Gore-Urquhart se hubiese quedado con su nombre. Con un bramido floreado de trompetas se reanudó la música en el salón de baile y la gente empezó a salir del bar. Bertrand, que se había colocado al lado de Gore-Urquhart, empezó a hablarle en voz baja, y casi al mismo tiempo Christine dirigió un comentario a Carol. Margaret dijo a Dixon:

—Has sido muy amable por haberme traído, James.

—Me alegro de que lo estés pasando bien.

—Por el modo de decirlo, no lo parece.

—Es verdad.

—Estoy segura, de todas formas, de que te lo pasas mejor aquí que en el baile propiamente dicho.

—Bueno, me lo estoy pasando bien en las dos cosas, en serio. Bébetelo eso y volvamos a la pista. Este baile me lo sé.

Ella lo miró con gesto serio y le puso una mano en el brazo.

—Querido James, ¿crees que hacemos bien saliendo juntos de este modo? —le preguntó.

—¿Y por qué no? —dijo él, alarmado.

—Porque eres muy cariñoso conmigo y yo también estoy empezando a encariñarme contigo. —Dijo esto en un tono que combinaba lo vibrante con lo apagado, como una gran actriz demostrando el modo económico de expresar las grandes emociones. Era su costumbre cuando hacía sus confidencias.

En medio de su pánico, Dixon logró dar con la idea de que, si esto era así, sería motivo para que se vieran menos. Luego acertó a decir algo que era aceptable y sincero al mismo tiempo:

—No debes decir esas cosas.

Ella soltó una risita.

—Pobrecito James —dijo—. Guárdame el asiento, ¿quieres, cariño? No tardaré. —Salió.

¿Pobrecito James? ¿Pobrecito James? La verdad es que era una caracterización muy justa, pero estaba claro que no era ella la persona más apropiada para hacerla. Entonces, una sensación de culpa le hizo abalanzarse sobre su jarra; culpa, no sólo por su última reflexión, sino por la ironía no intencionada de ese «Eres muy cariñoso conmigo». Era dudoso, pensó, que él fuera capaz de ser cariñoso con nadie, y menos

«muy» cariñoso. Cualquier atención medianamente decente que Margaret hubiese recibido de él era el resultado de una victoria temporal del temor sobre la irritación y/o de la pena sobre el aburrimiento. Que un comportamiento con semejante origen pudiera parecerle a ella «muy cariñoso» podría ser tomado como una reflexión sobre su sensibilidad, pero era también un terrible comentario sobre su frustración y soledad. Pobrecita Margaret, pensó con un escalofrío. Él debía esforzarse más. Pero ¿qué consecuencias tendría en ella un trato más consistentemente cariñoso, o un nivel superior de cariño? ¿Qué consecuencias tendría en él? Para desechar estas especulaciones, pegó el oído a la conversación que tenía a su izquierda.

—... Su opinión me merece el mayor respeto —decía Bertrand. El tono aullador de su voz estaba convenientemente amortiguado; quizá alguien se lo había reprochado—. Siempre he dicho que es el último de los críticos profesionales al viejo estilo, y que, por tanto, sabe lo que se dice, que es más de lo que se puede decir de la mayoría de los del gremio hoy día. Bueno, pues no parábamos de encontrarnos en las mismas exposiciones y, lo que es más gracioso, delante de los mismos cuadros. — Aquí rió, alzando momentáneamente uno de sus hombros—. Un día me dijo: «Quiero ver su obra. Me han dicho que está bien». Así que empaqueté una selección de cosas pequeñas y la llevé a su casa... Un lugar encantador, ¿verdad? Usted lo conocerá, claro; es como retroceder al *dix-huitième*. Me pregunto cuánto aguantará antes de que lo tome el Sindicato de Trabajadores de los Objetos de Caucho... Y debo decir que uno o dos de mis pasteles parecieron causarle...

«Causarle intensas ganas de vomitar», pensó Dixon, y luego le sobrevino el horror de pensar en un hombre que «sabe lo que se dice» y que no sólo no dice lo desagradables que son los cuadros de Bertrand, no sólo no los destroza a patadas, sino que realmente parece interesarse por uno o dos. Bertrand no puede ser buen pintor: él, Dixon, no lo permitiría. Y, sin embargo, ahí estaba ese tal Gorigori, que a primera vista no parecía un cretino, escuchando este paroxismo de autobombo sin protestar, e incluso con alguna atención. Sí, Dixon podía verlo: con muchísima atención. Gore-Urquhart había inclinado su cabezota morena para mirar a Bertrand; su cara medio vuelta, con los ojos fijos en el suelo, lucía un ceño ligeramente fruncido, como si su dueño fuera duro de oído y no pudiera soportar la idea de perderse una sola palabra. Dixon no podía soportar la idea de tener que seguir escuchando (Bertrand usaba ahora la expresión «valores tonales contrapuntísticos») y dirigió su atención a su derecha, donde desde hacía unos instantes medio percibía un silencio.

Mientras lo hacía, Christine se dirigió a él.

—Haga algo, ¿quiere? —dijo en un susurro—. No consigo que diga nada.

Dixon miró a Carol, cuyos ojos le devolvieron la mirada como si no lo reconocieran, pero antes de que pudiera empezar a pensar qué decir, volvió Margaret.

—Vaya, ¿todavía aquí, con el vaso en la mano? —dijo vivamente, abarcando al grupo entero—. Creía que ya estarían todos en la pista. Usted, señor Gore-Urquhart,

ya está bien de esconderse aquí dentro, con decano o sin decano. ¿No era usted «el de los pies ligeros»? Venga.

Gore-Urquhart, sonriendo educadamente, se puso en pie y, tras una palabra a los otros, dejó que lo sacaran del bar. Bertrand miró de soslayo a Carol.

—No desperdiciemos la orquesta, querida —dijo—. Al fin y al cabo, he pagado veinticinco chelines por ella.

—Lo sé, querido —dijo Carol, subrayando el apelativo. Por un momento, Dixon temió que tuviese intención de negarse y llevar la situación, fuese la que fuese, a su crisis, pero ella enseguida se puso en pie y avanzó hacia la pista.

—Cuídeme a Christine, Dixon —aulló Bertrand—. No la suelte; es frágil. Adiós por un rato, cariñito —gorjeó—. Volveré pronto. Toca el silbato si ése se pone pesado.

—¿Quiere bailar? —le dijo Dixon a Christine—. No se me da muy bien, como le dije, pero no tengo inconveniente en probar si a usted no le importa.

Ella sonrió.

—Ni yo, si a usted tampoco le importa.

## ONCE

Mientras salía del bar con Christine a su lado, Dixon se sintió un agente especial, un pirata, un señor de la guerra de Chicago, un hidalgo, un barón del petróleo, un salteador. Mantuvo un cuidadoso control de sus facciones para impedir que hicieran lo que deseaban: dar paso a una estúpida sonrisita de entusiasmo y orgullo. Cuando ella se volvió y se le puso delante, al filo de la pista, a él le pareció increíble que fuese a permitir que la tocara, o que los hombres que los rodeaban no intervinieran espontáneamente para impedirlo. Pero, en un instante, ya estaban engarzados en ese pseudoabrazo convencional, bailando juntos, no muy diestramente, pero bailando sin lugar a dudas. Dixon miraba más allá de la cara de ella, en silencio, temeroso de distraerse de la tarea de no conducirla a una colisión, pues la pista estaba más densamente poblada que un cuarto de hora antes. Entre los bailarines reconoció a Barclay, el profesor de Música, que bailaba con su mujer. Ella tenía siempre el aspecto de un caballo, él sólo cuando reía, lo que hacía inesperadamente y pocas veces, una de las cuales había sido justo entonces.

—¿Sabe usted qué le pasa a la señora Goldsmith? —preguntó Christine.

Esta muestra de curiosidad lo sorprendió.

—Parece más bien harta, ¿no le parece? —esquivó.

—¿Es porque esperaba que Bertrand viniera con ella esta noche, en vez de conmigo?

¿Quería eso decir que estaba enterada del cambio de parejas? No tenía por qué, pero podría ser.

—No sé —dijo él, con voz apagada.

—Creo que sí lo sabe. —Su voz dejaba traslucir enfado—. Quisiera que me lo dijera.

—Me temo que no sé nada de eso. Y, en cualquier caso, no es asunto mío.

—Si se pone usted así, entonces no hay más que hablar.

Dixon sintió que se sonrojaba por segunda vez en los últimos minutos. Era evidente que ella se encontraba más a sus anchas cuando ayudó a Bertrand a buscarle las cosquillas la primera vez que se vieron, o cuando lo reprendió por beber demasiado, o cuando le daba por ignorarlo por completo. Esa pose formal era la verdadera, no la otra, la relajada. Su cooperación en lo de la sábana había sido prestada a cambio de material anecdótico susceptible de divertir a sus amistades de Londres, su amabilidad al teléfono iba dirigida a obtener algo de él. Sin duda a la chica le molestaba lo que Bertrand y Carol se traían entre manos, pero él conocía ya la maniobra femenina de usar a un espectador inocente como cabeza de turco, y le



disgustaba.

Siguieron bailando en silencio un rato más. No había sido modesta al declararse una bailarina del montón, pero el propósito de Dixon de evitar todo movimiento ambicioso bastó para que no hicieran mal papel juntos. Los rodeaban otras parejas, que se daban la vuelta en cuanto se les abría un hueco y se apretujaban y marcaban los pasos en las aglomeraciones. Todo el mundo, menos ellos, parecía estar hablando, y hubo un momento en el que una voz femenina con el mismo timbre que la de Christine, y que se dejó oír allí mismo, engañó a Dixon.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

Algo habría que decir ahora, así que aprovechó para decir lo que había estado esperando toda la tarde.

—Hasta ahora no había tenido ocasión de agradecerle que me siguiera el juego en el asunto del teléfono.

—¿Qué asunto del teléfono?

—Ya sabe, cuando me hice pasar por reportero ante Bertrand.

—Ah, ya. Preferiría no hablar de ello, si no le importa.

No podía pasarle eso por alto impunemente.

—Supóngame que sí me importa.

—¿Qué quiere decir?

—Parece haberlo olvidado, pero, de no ser por mí y por mi pequeña interpretación, seguramente no estaría usted aquí esta noche.

—Bueno, no creo que eso hubiese tenido mucha importancia, ¿no le parece?

El baile llegó a su final, pero ninguno de los dos pensó en dejar la pista. En medio del aplauso, dijo él:

—No, quizá no, pero entonces sí parecía usted con ganas de venir, ¿o no?

—Óigame, ¿no puede hablar de otra cosa?

—Muy bien, pero no me mangonee. No tiene derecho a hacerlo.

Ella se encogió de hombros torpemente; luego bajó la mirada.

—Lo siento. Ha sido una tontería por mi parte. No tenía intención de portarme de ese modo.

Mientras hablaba, un inaudible prelude de piano introdujo la última pieza de la serie.

—Está bien —dijo Dixon—. ¿Bailamos?

—Sí, por supuesto.

Se pusieron de nuevo en movimiento.

—Creo que le estamos cogiendo el truco a esto —dijo él, al poco.

—Ojalá no hubiese dicho lo que dije. He sido una estúpida. Me he portado como una completa estúpida.

Él vio que cuando, como ahora, ella abandonaba su expresión fija, los labios se le llenaban y sobresalían, como los de su tío.

—No es nada, en serio, no tiene importancia —dijo.

—No, sí que la tiene. Ha sido una ridiculez. Todo aquello del *Evening Post* me pareció brillante y divertido.

—Venga, venga, no hay que irse al extremo opuesto.

—Pero supongo que habrá comprendido que, si no me apetecía comentarlo con usted, era porque hubiera sido como reírse de Bertrand a sus espaldas, y eso no habría estado bien. Me temo que le habré parecido un poco antipática la segunda vez que hablamos por teléfono, pero es que no podía abandonarme a mis impulsos sin parecer que me dejaba enredar en una conspiración en perjuicio de Bertrand. Eso ha sido todo.

Toda aquella historia sonaba de lo más infantil, pero mejor eso que el malhumor. De todos modos, en qué líos se meten las mujeres por nada. Los hombres también se meten en líos, y en algunos de los que no se sale tan fácilmente, pero los líos de ellos nacen de los intentos de satisfacer necesidades reales y sencillas. Se ahorró tener que contestar gracias a la intervención de un vozarrón un tanto incongruente, como de un ogro medio afásico, que empezó a cantar por los altavoces, con una entonación que se parecía bastante a la de Cecil Goldsmith:

*Niña, te espero en un taxiii,  
Te espero aquiiiií a las ochoooo,  
niña, no me taaaardes,  
que quiero estar allallallá  
cuando la orquesta empiece a tocaaaaar...* [10]

Al intentar apartar a Christine del camino de un hombre bajito y rubicundo que bailaba con una mujer alta y pálida, Dixon perdió fatalmente el ritmo.

—Empecemos de nuevo —murmuró; pero parecía que no podían moverse al unísono como antes.

—No lo conseguiré mientras siga ahí parado —dijo Christine—. No estoy lo bastante cerca de usted para sentir lo que hace. Sujéteme como Dios manda.

Cautelosamente, Dixon avanzó hasta que estuvieron parados el uno contra el otro. Volvió a tomar la cálida mano derecha de ella y empezó a llevarla. Esta vez las cosas fueron mucho mejor, aunque a Dixon empezó a faltarle el resuello antes de lo que pensaba. Contra su cuerpo sentía el bulto redondeado del de ella. Avanzaron por la pista, alejándose de la orquesta, en medio de cuyo estruendo Dixon captó débilmente una risa aullante. Bertrand, con su cabezota echada hacia atrás, desaparecía en un hueco a pocos metros de distancia. Aunque Dixon no pudo ver el rostro de Carol, esto parecía indicar que el malhumor de ésta se había suavizado en parte. ¿Qué demonios se proponía Bertrand? Esta cuestión empezaba a requerir la misma atención urgente que la de por qué Bertrand llevaba barba. ¿Intentaba tener dos amantes al mismo tiempo, o intentaba descartar a una y quedarse con la otra? Si era esto último, ¿cuál

intentaba ganarse y cuál intentaba que se conformase con ser descartada? ¿Se molestaba en procurar que la gente se conformase con lo que él pretendía que hicieran? Seguramente no, en cuyo caso había que suponer que era Carol la favorecida, porque ésa era la única explicación de que se hallara allí esa noche. Christine contaba sólo en calidad de sobrina de Gore-Urquhart, pero había que mantenerla en el redil de Bertrand hasta que el asunto de Gore-Urquhart estuviese asegurado. Dixon sintió que la cabeza le empezaba a hervir ligeramente conforme percibía que el tercer asalto de su campaña contra Bertrand estaba a punto de empezar, aunque no veía aún cómo había de plantear la batalla.

—¿Cómo le va con el profesor Welch últimamente? —preguntó Christine de repente.

Dixon se puso tenso.

—Bueno, no demasiado mal —dijo mecánicamente.

—¿No le ha echado en cara lo de la llamada de teléfono?

No logró reprimir un aullido, aunque esperaba que la música lo ahogase.

—¿Quiere decir que Bertrand averiguó finalmente que había sido yo?

—¿Averiguar que había sido usted? ¿A qué se refiere?

—Que fingí ser el periodista de aquella vez.

—No, no hablaba de ese asunto. Me refería a la llamada de ese compañero suyo de pensión, el domingo de marras.

Igual que el cuerpo de una gallina decapitada se dice que echa a correr por el corral, las piernas de Dixon continuaron ejecutando los pasos de baile prescritos.

—Así que sabe que me puse de acuerdo con Atkinson para que me dijera que mis padres habían llegado...

—Ah, ¿ése es Atkinson? Parece que, desde que nos conocemos, no ha hecho más que llamar por teléfono. Sí, el señor Welch sabe que usted le pidió a ése que telefonease con lo de sus padres.

—¿Quién se lo ha dicho? ¿Quién se lo ha dicho?

—Haga el favor de no clavarme las uñas en la espalda... Fue ese hombrecillo que tocaba el oboe... Usted me dijo cómo se llamaba...

—Sí. Se llama Johns. Johns.

—Eso es. Es lo único que recuerdo que dijera en el tiempo que estuve allí. Salvo cuando dijo que usted debía de haberse ido a algún bar la noche anterior. Parece que se la tiene jurada.

—¿A que sí? Dígame: ¿estaba allí la señora Welch cuando ése soltó lo de la llamada?

—No, estoy segura. Estábamos los tres solos, charlando después de almorzar.

—Mejor así. —Había muchas posibilidades de que Welch no se hubiera enterado de lo dicho por Johns, puesto que lo lógico era que lo hubiese dicho una sola vez; la señora Welch, por otra parte, sí era probable que lo hubiera repetido una y otra vez hasta que Welch se hubiese dado por enterado. Pero era posible que Johns se lo

hubiera contado a ella por separado, sin que lo oyera Christine. Se le presentó entonces un nuevo aspecto de la situación:

—¿Cómo dijo Johns que había llegado a enterarse de eso? Como podrá imaginar, yo no se lo dije.

—Dijo que estaba allí cuando usted lo preparaba.

—Ésta sí que es buena —dijo, frunciendo el ceño—. Como si yo fuera a decir una palabra delante de ese chivato... Disculpe. No, estaba escuchando tras la puerta. Eso debió de ser. Recuerdo que me pareció haber oído un ruido.

—Qué jugarreta tan sucia —dijo ella, con inesperada inquina—. ¿Qué le ha hecho usted?

—Sólo emborronarle con un lápiz la fotografía de un tipo en la primera página de un periódico suyo.

Estas palabras, enigmáticas por sí mismas, quedaron medio borradas por el alboroto con el que quedó rematado el final de la serie. Cuando Dixon terminó de explicarse, Christine, que acababa de echar a andar a su lado, se volvió y lo miró, riéndose con la boca cerrada. Entonces él sonrió amargamente y ella se echó a reír con la lengua entre aquellos dientes ligeramente irregulares. Dixon sintió que el deseo inundaba de pronto toda su estructura corporal y lo dejaba sin fuerzas, como si le hubiese alcanzado una bala en algún punto vital. Todos sus músculos faciales se aflojaron involuntariamente. Ella captó su mirada y dejó de reír.

—Gracias por el baile —dijo él en un tono normal.

—Me lo he pasado muy bien —respondió ella, replegando los labios al terminar de hablar.

Dixon percibió, con asombro, que la última puñalada trapera de Johns no le afectaba, al menos de momento. Debía de ser por lo bien que se lo estaba pasando en el baile.

De nuevo en el bar, encontraron a Gore-Urquhart en el asiento de antes, con Bertrand hablándole otra vez, como si la conversación que mantenían no se hubiese interrumpido. Margaret estaba incluso más pendiente que antes, si es que eso era posible. Interrumpió las risas que le causó una de las salidas de Gore-Urquhart para dirigir una mirada casual a Dixon, con un aire que sugería que no acababa de reconocerlo. Llegaron más bebidas, que inexplicablemente resultaron ser ginebras dobles. Las sirvió, cómo no, Maconochie, una de cuyas obligaciones en estos saraos era impedir la entrada de licores. Dixon, que empezaba a acusar lo que pudiera describirse como «los achaques de la edad», se sentó en una silla y empezó a apurar su copa y a fumarse un cigarrillo. Qué calor hacía; y cómo le dolían las piernas; ¿y cuánto iba a durar todo esto? Un instante después se decidió a hablarle a Christine, pero ella se había sentado junto a Bertrand y, aunque nadie le hacía caso, era evidente que estaba atenta a lo que éste le decía a su tío, que mantenía los ojos fijos en el suelo, como Dixon le había visto hacer antes. Margaret volvía a reírse y, con el balanceo, rozaba sus hombros con los de Gore-Urquhart. «Bueno —pensó Dixon—,

que cada cual disfrute como y cuando pueda. Pero ¿dónde está Carol?».

Justo entonces ésta reapareció, avanzando hacia ellos con una especie de deliberado descuido que hizo a Dixon sospechar que tenía una botella de algo, seguramente ya casi vacía, escondida en el servicio de señoras. La expresión de su cara presagiaba algo malo para alguien, o quizá para todos. Cuando llegó al grupo, Dixon vio cómo Gore-Urquhart levantaba la mirada e intentaba lanzarle algún mensaje gestual: «Ya ve cómo me tienen cogido», podría ser su traducción aproximada. A continuación, fue el único de los hombres presentes que se levantó.

Carol se volvió a Dixon.

—Vamos, Jim —dijo, en voz más que audible—. Quiero que bailes conmigo. No creo que ninguno de los presentes se oponga.

## DOCE

—¿Qué pasa, Carol?

—Eso quisiera yo saber.

—¿A qué te refieres?

—Sabes a qué me refiero, Jim, a menos que vayas por ahí con los ojos cerrados. Y tú no eres de éstos, ¿verdad? No, estoy harta y asqueada de que me den de lado. No me importa decírtelo porque te conozco. Te conozco muy bien, ¿sabes? El caso es que tengo que contárselo a alguien, así que te ha tocado. ¿No te importa?

Lo que le importaba a Dixon era tener que bailar de nuevo, y tan pronto, más que oír lo que Carol le quería decir, que al menos prometía ser interesante.

—Adelante —dijo, animándola, mirando a su alrededor para ver quiénes bailaban cerca de ellos. La pista parecía más repleta que nunca de parejas que brincaban y daban bandazos, y que cada pocos segundos brincaban en la misma dirección, empujándose unos a otros, como una multitud que sabe inminente una carga policial. El ruido era abrumador: cada vez que alcanzaba un máximo, Dixon sentía que el sudor le brotaba del pecho como si lo estuvieran literalmente exprimiendo. Por encima de la línea visual, los faraones y césares pintados también parecían retorcerse y apelotonarse.

—Cree que no tiene más que doblar su maldito dedo para que yo vaya corriendo —anunció Carol a gritos—. Bueno, pues se equivoca.

A Dixon estuvo a punto de escapársele que Carol no engañaba a nadie por hablar y comportarse como si estuviera más borracha de como se sentía en realidad, pero se contuvo, adivinando que ella necesitaba alguna clase de máscara y sabiendo por experiencia que ésta era más eficaz que la propia embriaguez. Se limitó a decir:

—¿Bertrand?

—Ese mismo; el pintor, ya sabes. El gran pintor. Claro que él sabe que no es tan grande, y eso es lo que le hace comportarse de ese modo. Los grandes artistas siempre tienen muchas mujeres, así que, si tiene muchas mujeres, eso lo convierte en un gran artista, da igual cómo sean los cuadros. Te sonará el argumento. Y la clase de falacia que es... No sé qué no distribuido...<sup>[11]</sup> Bueno, ya adivinarás quiénes son las mujeres, en este caso. Yo y esa chica a la que has echado el ojo.

El sobresalto de Dixon no fue sincero. La acusación era infundada, pero al mismo tiempo resultaba ser, de un modo poco escrupuloso, demasiado fundada.

—¿De qué demonios hablas?

—No te esfuerces, Jim. ¿Qué vas a hacer, si puede saberse?

—¿Respecto a qué?

Ella le hundió las uñas en el dorso de la mano.

—No sigas por ahí. ¿Qué vas a hacer respecto a Christine Callaghan?

—Nada, por supuesto. ¿Qué puedo hacer?

—Si no sabes qué hacer yo no puedo enseñártelo, como dijo la actriz al obispo.

¿Te preocupa lo que hará tu querida Margaret?

—Cuidado, déjalo ya. Se supone que ibas a contarme algo, no a interrogarme.

—Eso creía yo. No te preocupes, todo guarda relación, todo, todo. No, deja que la pobre Margaret se cueza en su propia salsa. He conocido a otras como ella, chico, y créeme, no hay otra, es lo único que se puede hacer. Si le lanzas un cable te arrastrará consigo. Te lo digo yo. —Asintió, con los ojos medio cerrados.

—¿Qué es lo que ibas a contarme, Carol? Si es que es algo.

—Tengo muchísimo que contar, muchísimo. ¿Sabías que era él quien iba a traerme a este bailongo, al principio?

—Sí, hasta ahí había llegado.

—Tu querida Margaret otra vez, sin duda. Bueno, entonces va y me deja plantada para traer a esa nueva presa suya y a su tío, y me empareja con el tío. Y no es que me importe lo más mínimo, porque creo que ese Julius y yo tenemos mucho en común. En eso estábamos, en fin, hasta que tu querida Margaret decidió que ella baila mejor que yo al son que toca el viejo Julius... Uso su vocabulario, no el mío.

—Sí, te entiendo muy bien, gracias.

En este punto los dos escoraron bruscamente hacia el interior de la multitud, pero él pudo oírla decir:

—No sigas con tus diálogos a lo Galsworthy, Jim. ¿Y si nos sentamos un rato? Esto me recuerda ya demasiado a las rebajas de C. & A.<sup>[12]</sup>

—De acuerdo.

Se abrieron camino trabajosamente en dirección a los cartagineses, bajo los cuales encontraron dos sillas libres contra la pared. En cuanto se sentaron, Carol se acercó animadamente a Dixon, de modo que las rodillas de ambos se rozaron. Tenía la cara en la sombra, y a esa luz presentaba un rubor romántico.

—Supongo que habrás adivinado que me he estado acostando con nuestro amigo el pintor, ¿no es así?

—Ni por asomo. —Empezó a sentirse asustado.

—Mejor, no quiero que lo sepa todo el mundo.

—No se lo diré a nadie.

—Ésa es mi idea. Sobre todo, a tu querida Margaret, ¿eh?

—Puedes estar segura.

—Bueno. Estarás sorprendido, ¿verdad?

—Pues sí.

—Y un poco escandalizado, supongo.

—Bueno, no, no exactamente. No en el sentido habitual de la palabra, quiero

decir. Lo que pasa es que me parece un pez un poco raro para que tú... le hayas echado el anzuelo.

—No tan raro. Su obstinación es más bien una virtud, ya ves. Y es muy atractivo, a su manera.

—¿Lo es? —La boca de Dixon se tensó.

—Y, como puedes imaginar, al bueno de Cecil no le van estas cosas. Se puede decir que ya... hemos dado carpetazo al asunto. El problema está en que a mí me sigue gustando.

—Y también a Bertrand, ¿eh?

—La verdad es que la cosa andaba decayendo últimamente. Estábamos empezando a hartarnos. Bertrand estaba siempre en Londres, saltando de cama en cama, sobre todo con esa Loosmore, y empezaba a fastidiarme ese rollo suyo de dársele de gran artista y demás... Pero se reavivó la última vez que estuvo aquí. Pienso que quizá esa Christine no estuviese dando la talla, o no se hubiese dado la prisa suficiente.

—Ajá, entonces no crees que ellos...

—Es difícil de decir. Creo que no, en general. Ella no es de ésas, la verdad; al menos, no lo da a entender, ni con sus palabras ni con su comportamiento, aunque en cierto modo sí que lo parece... Depende de hasta qué punto sea verdad ese aspecto suyo remilgado y cursi. De todos modos, lo que importa es que él me deja compuesta para el baile, y para lo que se supone que vendrá después, y luego me dice que, finalmente, no va a llevarme delante de esa madre suya y de tu querida Margaret. Eso es lo que me molestó, para empezar. Luego empieza a congraciarse conmigo delante de Christine, esta noche. Con lo que me deprime aún más. Entonces me trae aquí a bailar e intenta despachar el asunto entre risas, tratándome de hombre a hombre y diciéndome que ya sé cómo son las jovencitas como Christine, y que yo no sería la persona por la que siempre me ha tomado si dejase que una cosa así interfiriese en una «amistad» (toma nota de esto) entre dos «adultos» (y de esto también). Ya sé que no debería tomármelo así, pero... En serio, Jim, todo esto la deprime a una. Estoy tan harta de todo. Ya ni siquiera tengo ganas de partirle la cabeza.

Dixon no había dejado de estudiar el rostro de ella mientras hablaba. Los movimientos de su boca eran hermosamente decididos, y su voz, una vez abandonado el gangueo artificial, había recobrado la claridad de siempre. Lo que contribuía a dar a su presencia una solidez y un énfasis que le impresionaban: Dixon sentía no tanto su atractivo sexual como el poder de su feminidad. Y se alegraba de que su condición de casada la pusiera más allá de sus pretensiones, ya que incluso su amistad exigía una capacidad de atención, y una especie de integridad mental y emocional que él no estaba seguro de poseer realmente. Tras una breve pausa se apresuró a decir:

—¿Cómo te las has arreglado para que Cecil no se entere de nada?

—No creerás que no se lo he contado todo, ¿verdad? Ni se me pasa por la cabeza hacer nada a sus espaldas.



Dixon se quedó callado otra vez, mientras reflexionaba, no por primera vez, que no sabía absolutamente nada de los demás o de sus vidas. Entonces la cara de Carol salió de entre las sombras. Aunque era rápido para captar un cambio de expresión, habitualmente no reparaba en los rasgos concretos de las caras de los demás, pero esta vez vio claramente que el perfil de aquellos labios estaba ligeramente difuminado y había dos líneas profundas en sus mejillas. Y cuando ella volvió a hablar percibió algo más: que la blancura y regularidad de sus dientes superiores presentaba un hueco más allá de los colmillos. Volvió a sentirse incómodo.

—Lo único que hay que decidir es qué vas a hacer con Christine, Jim.

—Ya te lo he dicho: nada.

—Quítate a tu querida Margaret de la cabeza por una vez.

—No tiene nada que ver con ella. Es sólo que... Bueno, no quiero intentar nada con Christine, eso es todo.

—Ese chiste ya lo he oído antes, pero es bueno. Siempre me hace reír.

—No, en serio, Carol. Me conformo con verla de vez en cuando, sin que haya nada más... ¿Y qué otra cosa podría haber, de todos modos? Ella no es completamente de mi clase, ¿no te parece? Si intentase algo con ella sólo conseguiría que me echara con viento fresco. Los dos estamos atados a otras...

—Suenas como si estuvieras enamorado de ella.

—¿Tú crees? —dijo, casi en serio; no podía evitar considerar ese comentario como un elogio; uno, además, que ya hacía tiempo que venía necesitando.

—Sí. Tu actitud cumple sobradamente los dos requisitos del amor. Quieres acostarte con ella y no puedes, y no la conoces bien. Desconocimiento del otro y privación, Jim. Encajas perfectamente en la fórmula, y, lo que es más, quieres seguir encajando. La vieja pasión sin esperanzas, ¿no es eso? Doblemente indudable, como solía decir Cecil antes de que yo le quitara el hábito.

—Es cosa de adolescentes, ¿no crees? Si no te importa que te lo diga.

—Sí, sí que lo es. ¿Tienes un cigarrillo, Jim?... Gracias. Sí, desde que cumplí los quince años tengo la certeza de que así es como funcionan las cosas, sólo que nadie está en condiciones de admitirlo.

—Bueno, tú sí.

—Sí, aquí me tienes. Y ya que me estoy soltando el pelo, no me importa decirte que, una vez pasada la madurez de mis veinte años, empecé a volver a este modo de explicar las cosas, con no poco alivio. Y quisiera creer que con su justificación también. La verdad es que, últimamente, soy bastante partidaria de esta fórmula.

—¿Lo eres?

—Por supuesto que lo soy, Jim. Descubrirás que el matrimonio es un buen atajo hacia la verdad. No, no del todo. Un modo de volver sobre tus pasos a la verdad. Otra cosa que averiguarás es que los años de ilusión no son los de la adolescencia, como los adultos se empeñan en decirnos: son los que vienen inmediatamente después, pongamos los veintitantos, la falsa madurez, si lo prefieres, cuando por primera vez te

implicas en las cosas y pierdes la cabeza. Tu edad, por cierto, Jim. Es cuando por primera vez comprendes que el sexo es importante para otras personas, además de para ti mismo. Un descubrimiento así no puede dejar de desequilibrarte por un tiempo.

—Carol, a lo mejor si no te hubieras casado...

—No tuve más remedio, ¿o sí?

—¿Que no? ¿Por qué no?

—Por Dios, ¿no me has escuchado? Estaba enamorada. Volvamos al bar, ¿quieres? Hay tanto ruido aquí. —La voz le tembló un poco por primera vez desde que empezó a hablar.

—Carol, lo siento muchísimo. No debí decir eso.

—Bueno, no seas tonto, Jim, no tienes por qué disculparte de nada. Lo que has dicho es de lo más lógico. Pero no se te olvide: tienes un deber moral pendiente. Aleja a esa chica de Bertrand; no disfrutaría teniendo un lío con él. No sería de su estilo. Procura recordarlo.

Dixon se dio cuenta, al levantarse, de que se había olvidado de los bailarines y la orquesta: ahora, sin embargo, se acordaba de ellos vivamente. Tocaban una melodía que prescindía de invención melódica, y también de cualquier variación acusada de volumen, ritmo, armonía, expresión, *tempo* o color tonal; y, más o menos acompañados con ella, los grupos de bailarines giraban y se perdían en ella, gesticulando, mientras el ogro, más afásico que antes, farfullaba a toda voz:

*Tú parapa el paparapa y tú papa parapá  
Parapa lo que papapá...*

Volvieron a entrar en el bar. A Dixon le pareció que llevaba semanas haciendo esto. Al ver al grupo todavía, o de nuevo, en el mismo sitio que antes, le entraron ganas de tirarse al suelo y echarse a dormir. Bertrand hablaba, Gore-Urquhart escuchaba, Margaret reía, sólo que ahora tenía una mano en el hombro de Gore-Urquhart. Christine seguramente también escuchaba a alguien, sólo que ahora tenía la cabeza entre las manos. Beesley estaba de pie junto al mostrador, morosa y temblorosamente llevándose a la boca una media jarra. Dixon se le acercó, en busca de un cambio de rutina, pero Carol volvió la cabeza y se les unió. Hubo un nuevo intercambio de saludos.

—¿Qué es esto, Alfred? ¿Una juerguecita?

Beesley asintió sin dejar de beber. Luego, bajando por fin el vaso y secándose la boca con la manga, y después de hacer una mueca y aludir a la calidad de la cerveza con un bisílabo indecente, dijo:

—Ahí dentro no había nada que hacer, así que me vine aquí y aquí me quedo.

—Y veo que ya has llegado a alguna parte, ¿verdad, Alfred? —preguntó Carol.

—A la décima, casi —dijo Beesley.

—Jodido pero con la cabeza bien alta, ¿eh? Así se hace. Bueno, Jim, éste es obviamente nuestro sitio, ¿no crees? Ya que nadie nos quiere a ninguno de los dos. ¿Qué pasa? ¿Qué miras? —A Dixon le irritó ligeramente esta vuelta a la voz y a los aires de seudoborrachera de antes.

Beesley se le acercó.

—Venga, Jim: ¿cerveza o cerveza?

—Aquí estamos y aquí nos quedamos hasta que nos echen —dijo Carol, en fingida actitud desafiante.

—Sí, tomaré una, gracias, pero no puedo quedarme —dijo Dixon.

—Porque tienes que ir a ver cómo le va a tu querida Margaret, ¿no es eso?

—Bueno, sí, yo...

—Creía haberte dicho que dejes que Margaret se cueza en su propia salsa. ¿Para qué tienes los ojos? Se lo está pasando «como nunca, gracias, señor Dixon, gracias, señora Goldsmith». Yo también te doy las gracias. Es tu oportunidad, Jim, ¿recuerdas tu deber moral? Gracias, Alfred; a tu salud, muchacho.

—¿Qué obligación moral es ésa, Carol?

—Jim lo sabe, ¿verdad, Jim?

Dixon echó una mirada al grupo del rincón. Margaret se había quitado las gafas, lo que era un claro signo de abandono. Christine, dándole la espalda a Dixon, estaba sentada, y tan inmóvil que parecía momificada. Bertrand, que seguía hablando, fumaba un puro negro. ¿A qué venía eso? Un súbito baño de terror chorreó por todo el cuerpo de Dixon. Tras un instante comprendió que se debía a que tenía un plan y estaba a punto de ponerlo en práctica. Jadeó un poco ante la enormidad del mismo, luego vació su vaso y dijo con voz trémula:

—Allá voy. Adiós, de momento.

Avanzó y se sentó en una silla libre junto a Christine, que se volvió a él con una sonrisa; una sonrisa más bien tristona, pensó.

—Ah, hola —dijo ella—. Creía que se había ido a casa.

—No del todo aún. Parece que por aquí no te hacen mucho caso.

—Sí, Bertrand siempre es igual cuando se pone a hablar de ese modo. Aunque la verdad es que ha venido aquí para conocer a mi tío.

—Ya lo veo. —Justo en ese momento Bertrand se levantó de su asiento y, sin mirar hacia donde estaba Christine, cruzó la sala hasta donde se encontraba Carol, acompañada por Beesley. Se oyó un débil aullido a modo de saludo. Al mirar a Christine, Dixon gozó del infrecuente espectáculo de ver a alguien en pleno acto de ruborizarse. Dijo rápidamente:

—Ahora óyeme, Christine. Voy a salir a pedir un taxi. Estará aquí en un cuarto de hora, más o menos. Sal entonces y te llevaré a casa de los Welch. Sin tonterías, te lo garantizo. Directamente a casa de los Welch.

La reacción inmediata de ella pareció de enfado.

—¿Por qué? ¿Por qué habría de hacerlo?

—Porque estás harta y no me extraña, he ahí el porqué.

—Eso no viene al caso. Es una idea ridícula. Absolutamente disparatada.

—¿No vienes? Voy a llamar al taxi de todos modos.

—No me lo pidas. No quiero que me pidas eso.

—Pero te lo pido. ¿Y qué? Te doy veinte minutos. —La miró a los ojos y le puso la mano en el codo. Debía de estar fuera de sus cabales para tomarse tales confianzas con una muchacha como ésta.

—Ven, por favor —dijo.

Ella apartó el brazo.

—Que no —dijo, como si él le estuviera diciendo que tenía que ir al dentista por la mañana.

—Te espero —dijo, en un susurro apremiante—. En el porche. Veinte minutos. No lo olvides.

Se volvió y se marchó por una ruta que permitía contemplar parte de la pista de baile y la orquesta. Ella no vendría, por supuesto, pero, por lo menos, él había hecho su gesto. En otras palabras, había ideado un modo de infligirse más daño de lo habitual, y en público. Se detuvo un instante para decir adiós con la mano a la orquesta, y luego, al no recibir respuesta, salió a buscar un teléfono.

## TRECE

Dixon se detuvo en el pórtico para encender el cigarrillo que, según su programa, debía encender después del desayuno de pasado mañana. El taxi que había pedido iba a llegar de un momento a otro. Si, cuando acabase el cigarrillo, Christine no había aparecido aún, se limitaría a decirle al taxista que lo llevara a su pensión; así que, pasara lo que pasara, pronto se hallaría en un coche. Lo que estaba bien, porque se encontraba al borde de la total incapacidad de andar. Diez minutos para marcharse. Trató de no pensar en ello.

La oscuridad de la calle era desigual. Los fluorescentes que iluminaban una carretera cercana brillaban pálidamente; los coches aparcados junto al bordillo tenían encendidas las luces de posición; las ventanas del edificio que tenía detrás estaban llenas de luz. Un tren ascendía despacio y con firmeza la rampa que salía de la estación. Sintiéndose menos acalorado, Dixon oyó a la orquesta atacar una melodía que él conocía y que le gustaba; se le ocurrió que la melodía iba a contribuir a que la escena quedara fijada para siempre en su memoria; se sentía romántico. Pero no tenía motivos para sentirse así, ¿verdad? ¿Qué hacía allí, después de todo? ¿Adónde llevaba todo aquello? A dondequiera que le llevase, era seguro que lo apartaría del curso que su vida había seguido los últimos ocho meses, y este pensamiento justificaba su nerviosismo y lo llenaba de ánimo y esperanza. Todo cambio positivo es bueno; quedarse parado, echando raíces, siempre era malo. Recordó que alguien le enseñó una vez un poema que acababa más o menos así: *Aceptar la carencia, la sombra de la muerte*. Así era, y no «experimentar la carencia», que era lo que le pasaba a todo el mundo. La única respuesta ineludible hacia un medio repleto de gente y cosas que uno consideraba malas era seguir encontrando nuevos motivos para considerarlas malas. La razón por la que Prometeo no podía escapar de su buitre era que le gustaba, y no al revés.

Dixon bruscamente puso su cabeza a vibrar; sin inclinarla, movió la mandíbula inferior hacia un lado todo lo que pudo. Ya se había fumado el cigarrillo, así que, después de unos veinticinco minutos, no sólo no tenía a Christine, sino que tampoco tenía taxi. En ese momento un coche dobló la esquina que venía de la carretera general y se detuvo cerca de donde él estaba parado, en una bocacalle que daba a un callejón. Era un taxi. Una voz procedente del asiento del conductor dijo:

—¿Barker?

—¿Qué dice de barca?

—¿Taxi para Barker?

—¿Cómo?

—¿Taxi para alguien llamado Barker?

—¿Barker? Ah, querrá decir «Barclay».

—Eso será: Barclay.

—Bien. Ya estamos casi listos. Recule en ese callejón, ¿quiere?, y estaré de vuelta en un par de minutos. Puede que venga un amigo con nosotros. Ojo, no se vaya con otro. Volveré.

—No se preocupe, señor Barclay.

Dixon volvió a buen paso al pórtico y echó un vistazo al pasillo iluminado, mientras se daba ánimos para considerar la posibilidad de regresar y probar suerte de nuevo con Christine. Un recodo le ocultaba la totalidad del pasillo, salvo los dos primeros metros. En ese momento el profesor Barclay apareció tras el recodo, forcejeando con su gabardina y seguido de su mujer. Dixon tenía la noción de haber oído mencionar su nombre recientemente, con motivo de algo. Luego contempló la calle; el taxi, en medio de la calzada, empezaba a retroceder cautelosamente hacia el callejón, donde quedaría oculto por un bloque de oficinas. Cuando llegó Barclay, todavía le quedaban unos metros que recorrer.

Dixon le cortó el paso.

—Ah, buenas noches, profesor Barclay —dijo en tono pausado, como si se dirigiera a un hipnotizado.

—Hola, Dixon. ¿No ha visto un taxi esperándome?

—Buenas noches, señora Barclay... No, me temo que no, profesor.

—Vaya —dijo amablemente—. Tendremos que esperar, entonces. —Mientras hablaba, un fuerte acorde de metales resonó en el pasillo y casi ocultó el ruido de un freno de mano procedente del callejón—. ¿Es un coche eso que he oído? —preguntó, alzando la cabeza como un jamelgo al que han molestado mientras pasta.

Dixon adoptó la actitud de quien escucha.

—No oigo nada —dijo, pesaroso.

—Me habré equivocado.

—De todos modos, Simon, creo que voy a andar un poco, por si ha llegado y aparcado antes de que saliera el señor Dixon.

—Sí, querida, es una posibilidad.

—Eso es imposible, señora Barclay. Llevo aquí fuera casi media hora y puedo asegurarle con toda certeza que no ha llegado ningún taxi.

—Ya, es muy raro —dijo ella, moviendo las mandíbulas como un caballo aquejado de muermo—. Mi marido pidió el taxi hace por lo menos media hora, y la Compañía de Taxis es siempre tan puntual...

—Media hora; bueno, entonces no ha podido llegar antes de que yo saliera —dijo Dixon, haciendo como si calculase—. Las cocheras de la Compañía de Taxis están al otro lado de la ciudad, detrás de la estación de autobuses.

—¿Espera también un taxi, señor Dixon? —preguntó la señora Barclay.

—No, sólo he salido a tomar un poco de aire fresco.

—Ha tenido tiempo de llenar varias veces los pulmones —dijo el profesor, sonriendo.

Su amabilidad hizo que Dixon se sintiese bastante avergonzado de haberle robado el taxi, pero ya era tarde para echarse atrás.

—La verdad es que sí —dijo, aparentando naturalidad—. El caso es que también estoy esperando a alguien.

—¿Ah, sí? Podríamos andar un poco, Simon; aquí parados, nos estamos quedando helados.

—Sí, querida, podríamos hacerlo.

—Daré un paseíto con ustedes —dijo Dixon. Detestaba tener que dejar el puesto, pero no hacerlo parecía peor alternativa. Pero ¿qué iba a hacer para evitar que los Barclay encontraran su taxi?

Cuando los tres estaban a unos diez metros de la bocacalle de marras, un coche dobló la esquina. Dixon supo de inmediato que no era su taxi propiamente dicho, porque los taxis de la Compañía tenían un letrero luminoso sobre el parabrisas, y éste no. Sin embargo, esto posibilitaba una maniobra de distracción. Cuando alcanzaron la bocacalle, Dixon salió a la calzada y levantó la mano, gritando apremiantemente:

—¡Taxi, taxi!

—Que te lleve tu padre —exclamó una voz áspera procedente del asiento trasero.

—Taxi fuera de servicio, Jack —gruñó el conductor, acelerando para dejarlo atrás.

Regresó junto a los Barclay, que daban la espalda a la bocacalle, para mirar.

—No ha servido de nada, me temo —dijo. Pero a él sí le sirvió; el incidente hizo que pareciera natural que regresaran al pórtico. ¿Qué sucedería en la próxima salida al exterior? Que el servicio regular de taxis sobrepasase esa esquina era demasiado esperar. Esperó fervientemente que a su propio taxi, el que él había pedido, no se le ocurriese aparecer; tendría que montarse en él y dejar que los Barclay encontrasen el que les había quitado. ¿O podría convencerlos para que usasen el suyo?

Permanecieron parados uno o dos minutos en el pórtico, durante los cuales no entró ni salió nadie. Otro paseo hasta la bocacalle era inminente. Dixon echó una ojeada desesperada al pasillo. Dos personas aparecieron en el recodo casi al mismo tiempo. La primera no era Christine, sino un borracho que pulsaba frenéticamente un encendedor. La segunda, en fin, sí lo era.

Su modo de aparecer fue tan normal que Dixon casi quedó impresionado. No sabía qué esperaba, pero no era esta expresión de haberlo reconocido, estos pasos intencionados hacia él, el sonido casual de sus zapatos sobre tela, madera, piedra. Ella miró la hilera de coches y dijo bruscamente:

—¿Conseguiste uno?

Intentó alejarla unos pasos, pero ella no se movió de la entrada, donde las luces del pasillo le ensombrecían la cara.

—Me refiero a un taxi.

—¿Un taxi? ¿Un taxi? ¿Para trescientos o cuatrocientos metros? —Soltó una carcajada temblorosa. «Te dejaré en casa de tu madre en menos de lo que tardaría en telefonar». «Buenas noches, profesor; buenas noches, señora Barclay». «Bueno, menos mal que no tenemos que ir lejos; hace frío». «¿Te despediste de los demás de mi parte?». Ya estaban lo bastante lejos para que él pudiera permitirse añadir—: Bueno. Estupendo. Bien hecho. —En las inmediaciones arrancó un coche. Detrás, oyó a la señora Barclay decirle algo a su marido.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine con indisimulada curiosidad—. ¿A qué viene todo esto?

—Les hemos birlado el taxi, eso es lo que está pasando, entre otras cosas. Está aparcado en esa bocacalle.

Como respondiendo a su nombre, el taxi, cansado de esperar, emergió del callejón y se dirigió a la carretera general. Él corrió a perseguirlo, furioso, llamándolo a gritos:

—¡Taxi! ¡Taxi!

Éste se detuvo y Dixon se acercó a la ventanilla del conductor. Tras una breve conversación, el taxi partió de nuevo y desapareció por la carretera. Dixon volvió corriendo junto a Christine, a quien habían alcanzado los Barclay.

—Siento no habérselo conseguido —les dijo—. Tenía que recoger a alguien en la estación dentro de cinco minutos. Qué fastidio.

—Bueno, muchas gracias por intentarlo, Dixon —dijo Barclay.

—Sí, gracias de todos modos —dijo su mujer.

Tomó a Christine del brazo y la llevó al callejón, mientras decían adiós. Empezaron a cruzar.

—¿Significa eso que hemos perdido el taxi? Era el nuestro, ¿no?

—Nuestro después de haber sido el de ellos. No, le he dicho al conductor que doble la esquina y nos espere cien metros más allá. Podemos acortar por este callejón y estar ahí en un par de minutos.

—¿Qué habrías hecho si no le da por salir en ese momento? No habiéramos podido marcharnos en él en las narices de esa gente.

—Ya había calculado que tendríamos que hacer algo así. Hubiéramos tenido que dejar claro que el taxi y nosotros salíamos por separado. Por eso me adelanté.

—Sí que te adelantaste. Y mucho.

Sin decir nada más llegaron al taxi, aparcado junto al escaparate de una tienda de confecciones. Dixon le abrió a Christine una de las puertas traseras, y luego dijo al conductor:

—Nuestro amigo no viene. Salimos ya, si le parece.

—Como usted diga. Junto a la Lonja del Maíz, ¿verdad?

—No, está más allá de la Lonja del Maíz. —Nombró el pueblecito donde vivían los Welch.

—Lo siento, señor, no puedo ir hasta allí.

—No importa, yo sé el camino.



—Y yo, señor, pero en la cochera me dijeron la Lonja del Maíz.

—¿Eso le dijeron? Bueno, pues se lo dijeron mal. No vamos a la Lonja del Maíz.

—No tengo bastante gasolina.

—La gasolinera de Bateson, al comienzo del desvío a la facultad, no cierra hasta las doce. —Escudriñó el salpicadero—. Menos diez. Me juego lo que sea a que lo conseguimos.

—No se nos permite repostar, excepto en nuestra cochera.

—Esta noche sí. Escribiré a la Compañía para explicarlo. Es culpa de ellos, por decirle que íbamos sólo hasta la Lonja del Maíz. Salgamos ya, o se verá a doce kilómetros de la ciudad y sin gasolina para volver.

Se sentó junto a Christine y el coche arrancó.

## CATORCE

—Has estado muy eficiente —dijo Christine—. Te estás convirtiendo en un experto en esta clase de cosas. Primero lo de la mesilla, luego lo del *Evening Post*, y ahora esto.

—No lo he sido hasta ahora. Por cierto, espero que no te parezca demasiado mal el modo en el que he conseguido este taxi.

—Me he montado en él, ¿no?

—Sí, ya lo sé, pero no he tenido en cuenta que el método podría haberte parecido poco ético.

—Me lo parece, al menos desde un punto de vista normal, pero nosotros necesitábamos el taxi más que ellos, ¿no te parece?

—Me alegro de que lo veas así. —Meditó por un instante sobre el uso que ella hacía de la palabra «necesitar», hasta darse cuenta de que a él le daba igual aquella fácil condescendencia de ella con su manera pirática de resolver la cuestión del taxi de los Barclay. Incluso él reconocía ahora haberse pasado un poco, y era de suponer que a ella no la disculpaban los motivos por los que él deseaba tanto un taxi. Como las mujeres guapas que había tratado y las que conocía sólo por las revistas, a ella le parecía de lo más lógico que un hombre engañase y otro resultase engañado para atender sus propias necesidades. Ella debería haber puesto objeciones, haberse negado a ir con él, insistido en volver y entregar el taxi a los Barclay, haber regresado a pie, asqueada por su falta de escrúpulos, al baile. Sí, eso le habría gustado, seguro. Vaya, eso sí que hubiera sido defender lo justo, chico. Su mano voló a su boca en la oscuridad para sofocar su risa; para desviarla, halló motivos para alarmarse en la idea de que tenía que encontrar algo de lo que hablar con esta chica en todo el trayecto a casa de los Welch. Lo único que veía del todo claro era que esta abducción equivalía a haberle asestado un golpe a Bertrand, pero no parecía prudente empezar por ahí. ¿Por qué había consentido ella en darle plantón a su novio de este modo tan señalado? Había varias respuestas posibles. Quizá podría empezar por ahí.

—¿Conseguiste escapar sin problemas? —preguntó.

—Oh, sí, nadie puso demasiadas objeciones.

—¿Qué les dijiste?

—Me limité a explicárselo a tío Julius (él nunca se mete en lo que hago); y luego le dije a Bertrand que me iba.

—¿Cómo reaccionó?

—Dijo: «No lo hagas, estoy contigo enseguida». Y siguió hablando con la señora Goldsmith y con el tío. Así que me fui.

—Ya veo. Por como lo dices, ha sido sencillo y rápido.

—Sí que lo ha sido.

—Bueno, me alegro mucho de que te decidieras a venir conmigo, después de todo.

—Yo también. Aunque no pude evitar sentirme culpable, al principio, por marcharme en las narices de todos ellos. Pero ya se me ha pasado.

—Bien. ¿Qué te animó a decidirte?

Ella hizo una pausa antes de decir:

—No me lo estaba pasando demasiado bien allí dentro, como sabes, y empezaba a sentirme terriblemente cansada, y parecía que a Bertrand le quedaba para rato, así que me decidí a irme contigo.

Lo dijo con su mejor estilo de maestra de escuela; de maestra de dicción, para ser exactos, por lo que Dixon repitió en el mismo tono estirado:

—Ya veo. —A la luz de una farola la vio sentada al filo del asiento. Con que ésas teníamos.

De pronto espetó ella, en su otro estilo, el de la conversación por teléfono:

—Pero no, no veo por qué he de guardar las apariencias. Eso no ha sido todo. No hay motivos para que no te cuente el resto. Me marché porque estaba absolutamente harta de todo.

—Eso es un poco radical. ¿De qué estabas harta en concreto?

—De todo. Estaba absolutamente harta. No veo por qué he de ocultártelo. He estado muy deprimida últimamente y esta noche todo se me hizo un mundo.

—Una muchacha como tú no debe deprimirse por nada, Christine —dijo Dixon cariñosamente, justo antes de caerse contra la ventanilla y golpear la puerta con el codo mientras el taxi se situaba, de un bandazo, ante una hilera de surtidores de gasolina. Detrás de ella había un edificio con las luces apagadas y un cartel pintado, apenas visible, que decía: *Se alquilan coches. Bateson's. Reparaciones.* Dixon se bajó del coche, fue corriendo hacia una gran puerta de madera y empezó a aporrearla a intervalos irregulares, preguntándose cuánto debía esperar antes de añadir gritos a su llamada. Mientras esperaba, repasó mentalmente algunas frases útiles y de uso general, con valor insultante o amenazador, para enfrentarse a la aparición de un operario poco servicial. Pasó un minuto; continuó dando golpes mientras el taxista poco a poco se decidía a unírsele, siendo su mera presencia todo un comentario pesimista y cargado de razón. Dixon esbozó para sí las líneas generales de una cara apropiada a las circunstancias, que implicaba un desacostumbrado despliegue de labios y lengua, acompañado de gestos manuales. Justo entonces se encendió una luz dentro y enseguida se abrió la puerta. Apareció un hombre y se declaró dispuesto y en condiciones de poner gasolina.

Durante los dos minutos siguientes Dixon no pensó en este hombre, sino en Christine. Le intimidaba la idea de que ella no sólo no parecía tenerle la más mínima aversión, sino que además confiaba en él. Y qué maravillosa era, y qué afortunado era

él por tenerla allí. Las confidencias, las confesiones implícitas que le había hecho a Carol respecto a sus sentimientos, y que entonces parecieron extravagancias; ahora parecían perfectamente naturales y justas. La media hora o así que tenía por delante era la única oportunidad que tendría de hacer algo respecto a esos sentimientos. Por una vez en la vida Dixon resolvió jugárselo todo. Hasta entonces siempre había desconfiado de lo que la suerte le deparaba, y se aferraba avariciosamente a la ganancia inicial, hasta asegurarla. Ya era hora de dejar de hacerlo.

Dixon pagó al operario y el taxi partió.

—Te decía que no tienes motivos para estar deprimida —dijo.

—¿Y tú qué sabes? —dijo ella, otra vez en tono severo.

—Por supuesto que no sé nada, pero no me parece que te vaya del todo mal —dijo con una soltura que le sorprendió. Vio que ella necesitaba tiempo y estímulos para recuperar su estilo más abierto, y reflexionó que esta especie de intuición a él le resultaba tan poco familiar como todo lo demás que sentía.

—Yo hubiese dicho que eras alguien a quien casi todo le sale razonablemente bien.

—No he querido hacerme la mártir. Tienes razón, por supuesto. Me va bien y he tenido mucha suerte en muchas cosas. Pero ¿sabes?, algunas me resultan terriblemente complicadas. La verdad es que no sé por dónde tirar.

A Dixon le entraron ganas de reír. No tenía noticia de ninguna otra mujer de esa edad a quien le hiciese menos falta esa clase de conocimiento. Y lo dijo.

—No, es absolutamente cierto —insistió ella—. No he tenido ocasión de averiguarlo todavía.

—No te molestes si te digo que, en mi opinión, debe de haber muchísimas personas que se mueren de ganas de mostrártelo.

—Lo sé, veo a qué te refieres exactamente, pero no lo intentan. Dan por sentado que lo sé, ya ves. —Hablaba animadamente ahora.

—¿Ves cómo lo hacen? ¿Y a qué se debe, según tú?

—Creo que se debe a que parece que tengo mucho aplomo y tal. Parece que sé cuanto hay que saber sobre cómo desenvolverse y demás. Me lo han dicho dos o tres personas, así que será verdad. Pero es sólo fachada.

—Bueno, lo cierto es que pareces bastante refinada, si es ésa la palabra. Incluso un poco engreída a veces. Pero eso...

—¿Qué edad crees que tengo?

Dixon pensó que, por una vez, una respuesta sincera sería lo apropiado.

—Unos veinticuatro, diría yo.

—Ahí lo tienes —dijo ella, triunfalmente—. Justo lo que pensaba. Cumpló veinte el mes que viene. El dieciocho.

—No he querido decir que no parezcas muy joven de cara, sólo que...

—No, ya sé; pero es la edad que aparento, ¿no? Es lo que parezco, ¿verdad?

—Sí, supongo que sí. Pero no es sólo eso.

—Perdón, ¿qué no es sólo eso?

—Quiero decir que no es sólo tu aspecto lo que te hace parecer mayor y con más experiencia y demás. Es también cómo te portas y hablas muchas veces. ¿No te parece?

—Bueno, no soy la persona más adecuada para decirlo.

—Lógico. Es... Parece... como si nunca te bajaras del burro; es difícil de explicar con exactitud. Tienes la costumbre, de vez en cuando, de hablar y comportarte como una gobernanta; y no es que yo entienda mucho de gobernantas, lo reconozco.

—¿Eso crees?

Aunque el tono de esta pregunta era un buen ejemplo de lo que había querido dar a entender, Dixon, seguro de que no importaba lo que dijera, añadió:

—Ahí lo tienes, lo has vuelto a hacer. Cuando no sabes qué hacer o qué decir, te vuelves estirada. Y eso casa bien con tu cara; y ella es probablemente la que te dio la idea de hacerte la estirada; tu cara, quiero decir. Y el efecto total es de una especie de suficiencia remilgada, y no es que te guste ser remilgada, pero sí te gusta la suficiencia. Sí... Pero dejemos ya el Consultorio del Tío Jim. Nos estamos saliendo del tema. ¿Qué tiene todo esto que ver con que estés deprimida? Sigue sin haber razones para deprimirse.

Ella dudó mientras Dixon sudaba ligeramente, arrepentido de su arranque de confianzas de viejo camarada, y luego dijo de un tirón:

—Todo tiene que ver con los hombres, ya ves. No he tenido mucho que ver con hombres hasta que empecé a trabajar en Londres el año pasado... Por cierto, ¿no te cansa que hable de mí todo el tiempo? Resulta tan egocéntrico. No creerás...

—Olvídate de eso. Quiero oír lo que estabas contando.

—De acuerdo. Bueno... No llevaba mucho tiempo trabajando en la librería, cuando un hombre se puso a hablar conmigo y me invitó a una fiesta. Así que fui, por supuesto, y había allí mucha gente con pinta de artistas, y uno o dos de la BBC... Lo típico en estos casos.

—Puedo imaginármelo.

—De modo que... así empezó todo. Los hombres no paraban de invitarme a salir y, por supuesto, yo no dejaba de acudir, era tan divertido... Y todavía disfruto muchísimo con estas cosas. Pero no paraban... de intentar seducirme todo el tiempo. Y yo no quería que me sedujeran, ya ves, y en cuanto eso les quedaba claro, se largaban. Bueno, no es que me importase mucho, porque siempre había otro dispuesto a...

—Apuesto a que sí. Sigue.

—Me temo que suena de lo más...

—Sigue.

—Bueno, tú te lo has buscado... En fin, después de unos meses en ese plan conocí a Bertrand..., eso fue en marzo. No era exactamente como los otros, sobre todo porque no se empeñaba en convertirme en su amante todo el tiempo. Y puede

llegar a ser muy simpático, ya sabes, aunque no creo que tú... El caso es que al poco tiempo empecé a enamorarme de él y, a la vez (esto es lo gracioso), empecé a estar un poco harta de él por otros motivos, mientras me enamoraba cada vez más. Él es una mezcla muy extraña, ya sabes.

Mientras enumeraba para sí las dos sustancias que, a su parecer, se mezclaban en Bertrand, Dixon dijo:

—¿En qué sentido?

—Puede ser extremadamente comprensivo y amable en un momento dado y completamente intratable e infantil un minuto después. Tengo la sensación de que nunca sé a qué atenerme con él, o qué quiere realmente. A veces pienso que todo depende de cómo le va con su pintura. De todos modos, por hache o por be, empezamos a tener broncas. Y no soporto las broncas, sobre todo porque siempre me hacía quedar como la culpable.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes, empezaba una siempre que podía hacerme quedar como la culpable de haberla causado, y me obligaba a empezar una cuando estaba claro que la culpa iba a ser de quien la empezara. Habrá una esta noche, por supuesto, y me echará las culpas, como siempre. Pero la culpa la tiene él, él es el único culpable. Todo este jaleo que se trae con la señora Goldsmith... Vale, vale, no voy a preguntarte... Pero sé que se traen algo entre manos, y que no va a decirme de qué se trata. No creo que sea gran cosa; él se entusiasma con cualquier... Pero no va a decirme de qué se trata. Fingirá que no pasa nada, y me preguntará si de verdad creo que él anda metido en algo a mis espaldas, y tendré que decir que no, de lo contrario...

—Ya sé que esto no es asunto mío, Christine, pero, en mi opinión, el amigo Bertrand se está ganando a pulso que le des calabazas.

—No, no puedo hacerlo, a no ser que... No puedo hacerlo. He llegado demasiado lejos como para retroceder. Tendré que dejar que siga como hasta ahora. Hay que tomar a la gente como es.

No queriendo especular sobre qué era lo que tenía que seguir y cómo, Dixon espetó:

—¿Tenéis planes para el futuro?

—Bueno, yo no, pero creo que él puede que sí los tenga. Me da la impresión de que desea que nos casemos, aunque jamás lo ha mencionado.

—¿Y a ti qué te parece?

—No lo he decidido aún.

Esto parecía todo, de momento. A Dixon se le pasó por la cabeza que, aparte de su voz, no tenía ninguna otra prueba de que ella estuviese realmente a su lado. Cuando se volvió a la derecha, lo que vio fue la más oscura y anónima de las siluetas: ella permanecía tan quieta que no se oía el menor ruido de ropa o tapicería; parecía que no usaba perfume o, al menos, él no olía ninguno; y ni se planteaba la posibilidad de tocarla. Los hombros y la cabeza cubierta del taxista, recortados contra el halo de

las luces del coche, y de cuyos movimientos dependía el rumbo de éste, le resultaban, en cierto modo, mucho más reales. Dixon miró por la ventanilla, y se animó en cuanto vio el campo oscurecido que iban dejando atrás. Este trayecto, a diferencia de la mayoría de las cosas que le sucedían, le merecía la pena. Había conseguido algo que deseaba y, fuere cuales fuesen los apuros que hubiesen de venir a cambio, estaba dispuesto a afrontarlos. Reflexionó que el proverbio árabe que recomendaba esta política estaba incompleto: a «Toma lo que desees y págalo» debería añadir: «Porque eso es mejor que verte obligado a tomar lo que no desees y pagarlo». Era un argumento más a favor de su teoría de que las cosas agradables son más agradables que las desagradables. La presencia intangible de Christine era muy agradable; tanto, que sus sentimientos parecían tan atiborrados de ella como el estómago de un glotón. Y qué espléndida voz tenía. Para seguir oyéndola preguntó:

—¿Cómo son los cuadros de Bertrand?

—Pues... no me los ha enseñado. Dice que no quiere que yo lo considere pintor hasta que él mismo crea que lo es. Pero me han dicho que son muy buenos. Aunque qué iban a decir sus amigos.

A pesar de la sofocante aureola de tontería que envolvía esta opinión sobre las cosas de Bertrand, Dixon pensó que la opinión en sí merecía algún respeto, o que al menos sorprendía. Qué tentador debía de ser mostrar las credenciales del estatus de artista, para adular a la gente y, al mismo tiempo, mostrar que uno es un buen chico porque pide críticas y parece tenerlas en cuenta, sobre todo para que la gente sepa que hay en uno mucho más de lo que se ve... El propio Dixon había deseado alguna vez escribir poesía o algo por el estilo, como atributo de madurez.

Christine había proseguido:

—Debo decir que merece la pena conocer a un hombre que tenga alguna clase de ambición. No me refiero a ambiciones como querer tener una cita con una estrella de cine o algo por el estilo. Suena un poco extraño, pero admiro a Bertrand porque tiene algo en torno a lo cual organizar su vida, algo que no es sólo material, o egoísta. Así que, desde este punto de vista, da igual cómo sea su obra. Da igual si lo que pinta no agrada a nadie, salvo a él mismo.

—Pero si un hombre se pasa la vida haciendo una labor que sólo le interesa a él, ¿eso no es egoísmo?

—Bueno, en cierto modo todos somos egoístas, ¿no? Pero tienes que reconocer que hay grados.

—Supongo que sí. ¿Y no te parece que en esa ambición suya no hay sitio para ti?

—¿Cómo?

—Quiero decir, ¿no te ha pasado que él esté pintando y demás cuando tú quieres que salga contigo?

—A veces, pero procuro no darle importancia.

—¿Por qué?

—Y, por supuesto, ni me planteo hacer que se entere. No es una situación

sencilla. Tener una relación con un artista no se parece en nada a tener una relación con una persona normal.

A Dixon, con los sentimientos que parecía empezar a sentir respecto a Christine, este último comentario le resultó más bien inoportuno, amén de objetivamente desagradable. Si hubiera sido una frase de una película, hubiese reaccionado más o menos como ahora, poniendo cara de estar chupando un limón. Pero, en cierto modo, era un alivio encontrar un asomo de vulgaridad adolescente en aquella fachada impresionantemente madura y refinada.

—Yo no lo veo así —no pudo evitar decir.

—Bueno, quizá no me he expresado bien, pero el caso es que debí tener en cuenta que el trabajo que efectúa un artista le exige tanto, en sentimientos, emociones y cosas así, que no le queda mucho para los demás; es decir, si se es un artista de verdad. Es como si tuviera necesidades especiales, ya sabes, y depende de los demás satisfacerlas cuando puedan, sin hacer demasiadas preguntas.

Dixon no se atrevía a hablar. Aparte de sus propias convicciones al respecto, su experiencia con Margaret bastaba y sobraba para que le repugnara la sola idea de que alguien tuviese necesidades especiales de cualquier clase en cualquier momento, exceptuando las que pueden satisfacerse al instante con una buena tanda de patadas en el culo.

Comprendió entonces que Christine debía de estar, quizá inconscientemente, citando palabras de su novio, o de algún libresco que le hubiese prestado su novio, cuyo deseo de igualarse a los niños, los neuróticos y los enfermos en el modo de especializar sus necesidades no merecía la pena atacar, de momento. Dixon frunció el ceño. Hasta hacía un minuto ella se había comportado y había hablado con tanta sensatez que costaba creer que fuese la misma muchacha que había ayudado a Bertrand a buscarle las cosquillas durante el fin de semana «artístico» de Welch. Era extraño lo mucho que las mujeres se mimetizaban con sus novios, o incluso con el hombre con el que salían en un momento dado; eso era bueno cuando el hombre lo era. Un hombre adecuado podría quitarle, o al menos dificultar, esos aires elegantes y esa cháchara artística. ¿Acaso él se consideraba el hombre adecuado para esa tarea? Y una porra.

—Jim —dijo Christine.

Dixon sintió una aguda punzada en el cuero cabelludo ante esta primera vez que ella usaba su nombre de pila.

—¿Sí? —dijo recelosamente. Avanzó un poco por el asiento encogiendo el culo.

—Te has portado muy bien conmigo esta noche, por haberme dejado que hable sin parar sobre mí misma. Y pareces tener la cabeza bien puesta sobre los hombros. ¿Te importaría que te pidiese consejo sobre algo?

—No, en absoluto.

—Debes comprender, en todo caso, que te lo pido sólo porque quiero oír tu consejo, no por otro motivo. —Hizo una pausa, luego añadió—: ¿Lo entiendes?



—Sí, claro.

—Bueno, ahí va. Por lo que has visto de los dos, ¿crees que haría bien si me casara con Bertrand?

Dixon sintió una punzada de repugnancia un tanto inexplicable.

—¿No crees que eso es cosa tuya?

—Por supuesto que es cosa mía; soy yo la que se va a casar o no se va a casar con él. Quiero saber qué piensas tú. No te pido que me digas lo que he de hacer. Y ahora, ¿qué piensas?

Ésta era la ocasión para que Dixon descargase una certera andanada en su guerra contra Bertrand, pero se sintió sin ganas de disparar. Un razonado desenmascaramiento del enemigo, seguido de una breve relación de su reciente conversación con Carol, supondría una buena oportunidad de alcanzar la victoria total en esta fase, o al menos de infligir grandes pérdidas. Sintió, sin embargo, que no quería hacerlo de ese modo, y se limitó a decir despacio:

—No creo que os conozca lo suficiente.

—Vete al infierno, hombre —¿se le había pegado eso del tío Julius?, se preguntó Dixon—, no se te pide que hagas una tesis doctoral. —Igual que hubiese hecho Carol, ella le pellizcó en el brazo con demasiada fuerza, haciéndole gritar, mientras le decía en cursivas vocales:

—¿Qué piensas?

—Bueno, la verdad... Que quede claro que lo que voy a decir es lo que pienso...

—Sí, sí, por supuesto, es lo que te he pedido, ¿no? Desembucha.

—Bueno, pues entonces yo diría que no.

—Ya. ¿Y por qué no?

—Porque tú me caes bien y él no.

—¿Eso es todo?

—Y sobra. Significa que cada uno de vosotros pertenece a una de las dos grandes divisiones del género humano, la gente que me cae bien y la gente que no.

—Me parece un poco pobre.

—De acuerdo; si quieres razones, recuerda que son mis razones, lo que no significa que no puedan ser también tuyas. Bertrand es un pelmazo, es como su padre, lo único que le interesa es él mismo. En cualquier cuestión que te molestes en plantearle no hará otra cosa que ignorar tu punto de vista, no puede evitarlo, ¿no lo ves? Y no es que sea primero él y después tú; él es el único que cuenta. Dios mío, lo que decías de que arma una bronca y luego te echa las culpas demuestra que lo has calado. No veo qué falta te hace que te lo diga otro.

Ella calló durante un instante, luego habló al modo tajante de otras veces:

—Incluso si eso fuera verdad, no tiene por qué impedirme que me case con él.

—Sí, ya sé que las mujeres se empeñan en casarse con hombres que no les gustan mucho. Pero te estoy diciendo por qué no deberías casarte con él, no si quieres o si vas a hacerlo o no. Me parece que, en cuanto se desgasten las cosas que se supone

que se desgastan, lo pasarás fatal. No puedes fiarte de ese tipo, por mucho que... Quiero decir, siempre estará de bronca, y dices que no te gustan las broncas. ¿Estás enamorada de él?

—No me impresiona esa palabra —dijo ella, como defendiéndose de un vendedor locuaz.

—¿Y por qué no?

—Porque no sé qué significa.

Él soltó un alarido apagado.

—No digas eso, no, no lo digas. Es una palabra con la que seguro que has tropezado muchas veces en conversaciones y en la literatura. ¿Vas a decirme que cada vez que la encuentras te tiras de cabeza al diccionario? Claro que no. Supongo que quieres decir que es algo puramente personal... Disculpa, hay que emplear bien la jerga: puramente subjetivo.

—Bueno, lo es, ¿o no?

—Sí, exacto. Lo dices como si no fuera más que eso. Si puedes decirme si te gustan o no las ciruelas claudias, puedes decirme si estás enamorada o no de Bertrand; si es que me lo quieres decir, claro.

—Sigues simplificándolo demasiado. Todo lo que puedo decir, de verdad, es que estoy completamente segura de que estaba enamorada de Bertrand hace un tiempo, y ahora no lo estoy tanto. Esos altibajos no suceden con las ciruelas claudias, he ahí la diferencia.

—Con las ciruelas claudias no, de acuerdo. Pero ¿qué me dices del ruibarbo, eh? ¿Qué pasa con el ruibarbo? Desde el momento mismo en que mi madre dejó de obligarme a tomarlo, el ruibarbo y yo hemos mantenido una relación que puede oscilar entre el amor y el odio cada vez que coincidimos.

—Todo eso está muy bien, Jim. Lo que pasa con el amor es que te pone en tal estado que no puedes examinar tus propios sentimientos desapasionadamente.

—Qué bien si pudiéramos hacerlo, ¿verdad?

—Pues claro que sí.

Él soltó otro alarido apagado, esta vez un tanto por encima del do medio.

—Te queda mucho camino que recorrer, si me permites decirlo, a pesar de lo simpática que eres. Por supuesto que puedes examinar tus sentimientos desapasionadamente, si crees que es lo que debes hacer, pero, por Cristo, eso no tiene nada que ver con decidir si estás enamorada o no. Decidirlo no es más difícil que la cuestión de las ciruelas. Lo difícil, y lo que realmente exige esa tontería del desapasionamiento, es decidir qué hacer cuando se está enamorado, si es que lo estás; si puedes sujetar a la persona de la que lo estás lo suficiente para que se case contigo y demás.

—Vaya, eso es justo lo que yo decía, con otras palabras.

—Las palabras cambian la cuestión y, en cualquier caso, el procedimiento es distinto. La gente le da muchas vueltas a eso de estar o no enamorados, y no ven nada

claro, y todas sus decisiones se van al garete. Pasa todos los días. Deberían darse cuenta de que lo del amor es muy fácil, lo difícil es ver claro, no el amor, sino qué van a hacer. La diferencia estriba en poner los cerebros a funcionar, en vez de tomar el sonido de la palabra «amor» como señal para desconectarlos. Así se llega a alguna parte, en vez de entregarse a una especie de orgía de autointerrogatorios sobre cómo se sabe que se está enamorado, y qué es el amor y todo eso. Uno no se pregunta qué son las ciruelas claudias, ni cómo se sabe si te gustan o no, ¿verdad? Ahí lo tienes.

Aparte de sus clases, éste era el discurso más largo que Dixon había pronunciado, a su entender, en años; y, sin excluir las clases, el más fluido, con diferencia. ¿Cómo lo había conseguido? ¿La bebida? No: se hallaba peligrosamente sereno. ¿La excitación sexual? No, subrayado y con mayúsculas: los envites de ese sentimiento lo reducían puntualmente al silencio y, por lo general, a la petrificación. ¿Cómo entonces? Era un misterio, pero uno de esos que le complacía molestarse en resolver. Miró por mirar la cinta de carretera que tenían ante ellos, y que se iba desenrollando de modo irregular bajo las ruedas. Los cercados, reducidos a una palidez arenosa por los faros, iban quedando atrás, hundiéndose y alzándose. El aislamiento del interior del coche resultaba tranquilizador y natural.

Un movimiento de Christine, el primero que él había notado desde el inicio del trayecto, le hizo mirar hacia donde ella se encontraba. Vio que se inclinaba hacia delante y miraba por la ventanilla. Dijo con voz apagada:

—Y lo mismo se puede decir de que no te gusten las ciruelas, claro.

—¿Cómo? Sí, supongo que sí.

La oyó bostezar.

—¿Sabes dónde estamos ahora?

—Pues, hemos recorrido más de la mitad del camino, diría yo.

—Me caigo de sueño. Es terrible, no quiero.

—Fúmate un cigarrillo; te sentará de maravilla.

—No, gracias. Dime: ¿te importaría si echo un sueñecito? Me sentiré mucho mejor, lo sé.

—Por supuesto, cómo no.

Mientras ella se acurrucaba en su rincón, Dixon luchó con su desilusión ante este truco de ella para librarse de su compañía. Había pensado que estaba haciendo progresos; su política habitual de no hablar demasiado era la apropiada, después de todo. Justo entonces ella apoyó la cabeza en su hombro y todos sus sentidos se alertaron.

—No te importa, ¿verdad? —preguntó ella—. El respaldo de este asiento parece de hierro.

—Adelante. —Obligándose a actuar antes de poder pensar, deslizó el brazo por detrás de los hombros de ella. Ella tanteó con la cabeza contra él, luego se acomodó y pareció quedarse dormida al instante.

El corazón de Dixon empezó a palpar un poco. Ahora tenía todas las pruebas

que deseaba de que ella estaba allí; podía sentir su respiración, la sien apretada contra su mandíbula y el hombro bajo su mano estaban calientes, el pelo le olía a pelo bien cepillado, podía sentir la presencia de su cuerpo. Lástima que no lo realizase la presencia de su mente. Se le ocurrió que ella había hecho esto como una mera maniobra para despertar su deseo, y despertarlo sin otro propósito que alimentar de algún modo su propia vanidad. Luego rechazó esa ocurrencia tan familiar y despreciable: ella era demasiado digna de confianza como para eso, sólo estaba cansada. Eso era todo. El taxi dobló un recodo y él afianzó con sus pies su posición y la de ella. No podía echarse a dormir, pero podía cuidar de que ella siguiera dormida.

Cautelosamente y mediante contorsiones sacó cerillas y cigarrillos y encendió una y otro sucesivamente. Más que nunca se sintió seguro: ahí estaba, completamente a la altura de su papel; y, como otros papeles, cuanto más tiempo lo interpretases, más oportunidades tenías de repetir. Hacer lo que se quiere es el único entrenamiento y el único preparativo que se requiere para hacerlo más veces. La próxima vez que viera a Michie sería mucho menos respetuoso con él; la próxima vez que viese a Atkinson le hablaría más; sonsacaría a ese tal Caton respecto a su artículo. Con cuidado, se pegó un poco más a Christine.

En ese momento el taxista apartó el cristal y, en tono servil, pidió más instrucciones, que Dixon le dio. Finalmente el taxi se detuvo al extremo del carril que conducía a la casa de los Welch. Christine se despertó y dijo tras una pausa:

—¿Me acompañas? Quiero que lo hagas porque no estoy muy segura de cómo entrar. La criada no vive aquí, creo.

—Por supuesto que te acompaño —dijo Dixon. Zanjó una breve discusión con el taxista negándose a ocuparse de la cuestión del pago hasta que el taxi estuviese parado a la puerta de su pensión, la de Dixon, y luego se adentró en la oscuridad con Christine colgada de su brazo como un bastón.

## QUINCE

—Creo que lo mejor será que busquemos una ventana antes que nada —dijo Dixon mientras permanecían parados delante de la casa a oscuras—. No debemos tocar el timbre, por si los Welch se nos han adelantado. No creo que les apetezca volver a casa tarde.

—¿No tendrían que esperar a Bertrand, por el coche?

—Podrían haber tomado un taxi; de todos modos, no voy a tocar ese timbre.

Se adentraron cautelosamente en el patio que había a la izquierda del edificio. En la oscuridad Dixon tropezó con algo que le golpeó certeramente en la espinilla y le hizo soltar una palabrota en voz baja. Christine soltó una risita amortiguada, como si se hubiese tapado la boca con las manos. Al tacto, y con la visión agudizada por los minutos que llevaba en la oscuridad, Dixon identificó el obstáculo: un grifo encajonado con tablas que estaban astilladas y medio destrozadas por algún golpe reciente, como de un coche mal conducido. Canturreó un par de compases de la canción que le había hecho a Welch y dijo luego a Christine:

—Ésa servirá, ésa servirá. Parece la puerta de cristales; la probaremos por si acaso.

Avanzó el primero, de puntillas y haciendo crujir el suelo, y descubrió casi premonitoriamente que el ventanal ni siquiera tenía echado el pestillo. Dudó antes de entrar en la estancia; el matrimonio Welch podría estar ya en casa, y seguro que Welch tenía alguna costumbre estúpida, como contemplar el moho fosforescente, o hacer yoga, que implicase el uso de una habitación a oscuras. Imaginó horrorizado las dimensiones y la duración del ceño asombrado de Welch ante la irrupción furtiva de Christine y él saliendo de la oscuridad.

—¿Está abierta? —preguntó Christine pegada a su codo. En susurros su voz tenía el mismo timbre juvenil que él había notado al teléfono.

—Sí, lo parece.

—Bueno, ¿por qué no entramos, entonces?

—De acuerdo, vamos allá. —Tiró despacio de la ventana para abrirla y dio un paso hacia dentro, más allá de las cortinas que llegaban al suelo. Todas las demás estaban aparentemente corridas y la sala era como un tanque sellado. Avanzó lentamente, con los brazos extendidos, hasta que algún mueble le asestó un golpe gemelo del que acababa de recibir. Hubo un instante extraño, en el que tanto él como Christine reaccionaron exactamente igual que antes. Se oyó el roce de sus manos recorriendo dos paredes hasta encontrar el interruptor de la luz.

—Voy a encender la luz —dijo—. ¿Te parece bien?

—Sí.

—De acuerdo. —Chasqueó el pulsador e instintivamente se apartó de él mientras la habitación se inundaba de luz en torno a ellos. Su movimiento lo acercó mucho a Christine. Se miraron, los dos parpadeando y sonriendo; tenían las caras a la misma altura. Entonces se le borró a ella la sonrisa de la cara y fue reemplazada por un gesto de ansiedad. Sus ojos se entrecerraron, la boca se movió en silencio, pareció levantar los brazos. Dixon dio el paso que los separaba y entonces, muy despacio al principio para darle a ella todo el tiempo que necesitase para retroceder un paso y huir, la rodeó con sus brazos. Ella estaba tomando aire cuando él terminó de encerrarla y contuvo la respiración en ese instante. La besó durante unos segundos, sin apretarla demasiado contra sí; los labios de ella estaban más secos y ásperos que suaves; al tacto transmitía calor. Finalmente, ella dio un paso atrás. Tenía un aspecto irreal bajo la luz intensa; parecía un efecto de trucaje fotográfico. Dixon se sentía como si hubiese corrido para coger el autobús y, además, le hubiese faltado poco para ser atropellado en el momento de subirse. Sólo acertó a decir: «Bueno, eso ha estado muy bien», con una especie de viveza acartonada.

—Sí que lo ha estado, ¿verdad?

—Merecía la pena volver del baile para esto.

—Sí. —Ella se volvió—. Vaya, estamos de suerte. Me pregunto a quién se le habrá ocurrido.

Una bandeja con tazas, un termo y galletas ocupaban una mesita redonda. Dixon, que había mostrado cierta predisposición a temblar y tambalearse, sintió que el ánimo se le encabritaba ante esa imagen: significaba que no tendría que marcharse al menos durante un cuarto de hora.

—Me parece un detalle —dijo.

Un minuto después estaban sentados uno junto al otro en el diván.

—Más vale que bebas de mi taza —dijo Christine—. No queremos que nadie sepa que has estado aquí, ¿verdad? —Sirvió un poco de café y bebió un sorbo; luego le pasó la taza.

Dixon sintió que estas intimidades de algún modo simbolizaban y coronaban toda la velada. Recordó algún dicho en griego o en latín sobre que ni siquiera Dios podía abolir los hechos históricos, y le alegró pensar que esto también debía de valer para el hecho histórico de beber de la taza de Christine. Ella tomó dos galletas cuando él se las ofreció, lo que le recordó que Margaret jamás comería en una ocasión como ésa, como si así acreditase fácilmente su individualidad, y que siempre bebía café negro. ¿Por qué? No es que estuviese siempre intentando mantenerse despierta, ¿verdad? Era agradable, con todo, poder pensar en ella sin miedo; y casi llegó a prometerse a sí mismo mandar a Gore-Urquhart una caja de veinticinco Balkan Sobranie (en la mezcla de la Rusia imperial) por atraer involuntariamente la atención de Margaret en el baile y hacer posible la estratagema del taxi. Luego abandonó estas fantasías, al reconocer que nacían del deseo de esquivar la idea de que tendría que hacer progresos

en lo concerniente a Christine, tendría que hacer valer su ventaja si deseaba retener lo conseguido. Estar sentado con ella de este modo parecía destilar una calma doméstica, pero el corazón le latía desagradablemente. Y, con todo, sentía una esperanza indefinida: no tenía el mapa para navegar por estas aguas, pero la experiencia demostraba que muchas veces quienes no tienen mapa son los que llegan más lejos.

—Me gustas mucho —dijo.

Captó un atisbo de la rigidez de otras veces cuando ella contestó:

—¿Cómo va a ser eso? Apenas me conoces.

—Te conozco lo bastante para estar seguro de eso, gracias.

—Eres muy amable por decirlo, pero el problema está en que no hay mucho más por conocer, aparte de lo que ya conoces. Soy de la clase de personas a las que pronto se les ve el final.

—No te creo. Pero incluso si eso fuera verdad, no me importaría. Con lo que he visto hasta ahora hay de sobra para animarme a seguir.

—Te advierto que no te hará ningún bien.

—¿Por qué no?

—Para empezar, no me llevo bien con los hombres.

—Qué tontería, Christine. No intentes endilgarme ese cuento tan malo. Una chica como tú podría tener al hombre que quisiera.

—Los que me quieren a mí no me duran mucho, como te dije. Y no es fácil encontrar a uno al que quiera yo.

—No me vengas con ésas. Hay docenas de hombres sensibles por ahí. Incluso podría señalar a unos cuantos en mi sala de profesores. Bueno, uno o dos. O puede que...

—Ahí lo tienes, ya ves.

—Dejémoslo —dijo Dixon—. Dime: ¿cuánto tiempo vas a quedarte esta vez?

—Unos cuantos días. Es parte de mis vacaciones.

—Estupendo. ¿Cuándo puedes salir conmigo?

—Por Dios, Jim, no seas tonto. ¿Cómo voy a salir contigo?

—No hay problema, Christine. Puedes fingir que has salido con el tío Julius. Por lo que sé de él, te respaldaría.

—No sigas, es inútil. Los dos estamos atados.

—Ya tendremos tiempo de preocuparnos de eso, si es que llega el caso, cuando nos conozcamos un poco mejor.

—¿Te das cuenta de lo que me pides? Soy una invitada en esta casa, Bertrand me pidió que viniera, y soy su... Estoy atada a él. ¿No ves que estaría mal?

—No, porque no me gusta Bertrand.

—Eso no cambia las cosas.

—Sí que las cambia. No digo: «Primero tú, muchacho», a tipos como él.

—Bueno, ¿y qué pasa con Margaret?

—En eso tienes razón, Christine, no te lo discuto. Pero ella no tiene ningún derecho sobre mí, como sabes.

—¿Que no? Ella parece creer que sí.

Mientras dudaba, Dixon constató el completo silencio. Se giró en su asiento, para mirarla directamente, y dijo en un tono menos áspero:

—Mírame, Christine. Plantéalo de este modo. ¿Te gustaría salir conmigo? Olvídate de Bertrand y de Margaret por ahora.

—Sabes que sí —dijo sin vacilar—. ¿Por qué crees que te dejé sacarme del baile?

—Lo hiciste... —La miró y ella le devolvió la mirada con la barbilla levantada y sin cerrar la boca del todo. Él rodeó sus hombros con el brazo y se inclinó sobre la pulcra cabeza rubia. Se besaron con más decisión que antes. Dixon se sentía como si tirasen de él hacia alguna región oscura y vaporosa donde el aire fuera demasiado denso para respirar con comodidad y la sangre se hiciese más ligera y floja. El cuerpo de ella, medio pegado al de él, estaba tenso; apretaba uno de sus pechos contra el torso de él; él levantó la mano y la puso sobre el otro pecho. Inmediatamente desapareció la tensión que había en ella, y aunque su boca permaneció pegada a la de él, se volvió pasiva. Él comprendió y trasladó la mano al hombro desnudo, luego la soltó. Ella le sonrió de tal modo que a él le pareció que la cabeza le daba más vueltas que con el beso de antes.

Como él no hablaba, dijo ella:

—Bueno, de acuerdo entonces, pero sigo pensando que es una jugarreta. ¿Qué sugieres?

Dixon se sintió como un hombre al que interrumpen durante su investidura con la Orden del Mérito para decirle que en el vestíbulo le espera un cheque de seis cifras ganado en las quinielas.

—Hay un hotel muy agradable en la ciudad donde podríamos cenar —dijo.

—No, creo que es mejor no quedar por la noche, si no te importa.

—¿Por qué no?

—No creo que sea lo mejor, al menos por ahora. Nos pondríamos a beber y yo...

—¿Qué hay de malo en beber?

—Nada, pero no bebamos juntos por ahora, por favor.

—De acuerdo, entonces. ¿Y un té?

—Sí, un té estaría bien. ¿Cuándo?

—¿Podría ser el lunes?

—No, el lunes no puedo; Bertrand tiene invitados que quiere presentarme. ¿Qué tal el martes?

—Bien. ¿Te parece bien a las cuatro? —Explicó cómo llegar al hotel en el que iban a verse, y apenas había terminado cuando se hizo audible el inconfundible sonido creciente de un coche—. Dios mío, ya están aquí —dijo, bajando de nuevo la voz instintivamente.

—¿Qué vas a hacer?



—Esperaré hasta que hayan empezado a entrar por la puerta principal y luego me escurriré por la ventana. Tú la cierras cuando salga.

—De acuerdo.

El coche empezó a avanzar frente a la fachada de la casa.

—¿Te has enterado bien de dónde nos vemos? —preguntó.

—No te preocupes, estaré allí. A las cuatro en punto.

Se dirigieron a la ventana y estuvieron allí parados y abrazados mientras el motor del coche, después de un espantoso traqueteo, se apagaba y unos pasos se alejaban.

—Gracias por una noche maravillosa, Christine.

—Buenas noches, Jim. —Ella se apretó contra él y se besaron por un instante; entonces ella se apartó mientras decía: «Espera un momento», y corría en busca del bolso, que había dejado sobre una silla.

—¿Qué es esto?

Ella volvió y le puso un billete de una libra por delante.

—Para el taxi.

—No seas ridícula, yo...

—Vamos, no discutas, están a punto de llegar. Debe de haberte costado un riñón.

—Pero...

Ella embutió el dinero en el bolsillo del pecho de su chaqueta, frunciendo el ceño, apretando los labios y agitando la mano izquierda para acallararlo, con un gesto que le recordó a una de sus tías obligándole a aceptar caramelos o una manzana cuando era niño.

—Es probable que yo tenga más que tú —dijo ella. Lo empujó a la ventana, que alcanzaron justo cuando la voz de Welch, en su fase aguda y maniaca, empezó a oírse no muy lejos—. Rápido. Te veo el martes. Buenas noches.

Él se escabulló y la vio lanzar un beso a la oscuridad mientras ella cerraba el ventanal; luego cayó la cortina. El cielo se había aclarado un poco y había bastante luz para ver el camino. Avanzó hacia la carretera, sintiéndose más cansado de lo que recordaba haberse sentido jamás en su vida.

## DIECISÉIS

Estimado Señor Jhons —escribió Dixon, agarrando su lápiz como si fuera un cuchillo de pan—: El motivo de la presente es hacerle saber que estoy henterado de sus intenciones con la joben Marleen Richards, la joben Marleen es una muchacha desente y no tiene tiempo para jente como usted, le tengo calado. Es una muchacha desente y no consentiré que le ativorre la caveza de arte y musica, ella no se lo merese y yo boy a casarme con ella que es mas de lo que están dispuestos a acer los de su calaña. Así que manténgase alejado de ella, señor Jhons, no boy a decírselo dos beces. Esto es solo una carta amistosa y no una hamenaza, pero aga lo que le digo o yo y algunos de mis colegas de la fábrica le saldremos al hencuentro y no sera solo para decirle ola puede estar seguro. Asi que ándese con ojo y deje en paz a la joben Marleen si save lo que le conbiene. le saluda atentamente, Joe Higgins.

La leyó entera, admirándose de la coherencia que había entre el estilo y la ortografía. Ambas derivaban, en gran medida, de los trabajos de algunos de sus alumnos menos aplicados. Con todo, no podía aspirar a engañar a Johns por mucho tiempo, sobre todo porque era casi seguro que a lo más que había llegado Johns con Marlene Richards, una mecanógrafa de su oficina, era a quedarse mirándola demudado desde el otro extremo. Pero la carta, por lo menos, le daría un susto y proporcionaría a sus compañeros de pensión unos instantes de diversión cuando fuera abierta, según su costumbre, en la mesa del desayuno y leída sobre los cereales. Dixon escribió: *Para: el señor Jhons* y las señas de la pensión en un sobre barato no comprado expresamente al efecto, lo cerró con la carta dentro y luego, después de embadurnarse el dedo con la mugre del suelo, trazó un espeso churrete sobre la solapa. Por último, le pegó un sello, babeándolo en aras de la verosimilitud. Echaría la carta al correo de camino al bar donde bebía su copa del almuerzo, pero antes debía redactar algunas de sus notas para su conferencia sobre la Vieja Inglaterra. Pero antes incluso tenía que revisar su situación financiera, ver si había manera de sacarla de la indigencia absoluta y devolverla a su nivel habitual al borde del desastre; y antes incluso debía dedicar un par de minutos a meditar sobre el increíble remate del baile de verano de la noche anterior, y sobre Christine.

Se sintió incapaz de pensar coherentemente en lo que se habían dicho en casa de los Welch, y casi no podía recordarlo, como no podía evocar qué le había parecido besarla, más allá de que le había gustado. Y era tanto el nerviosismo que sentía respecto a la cita del martes que tuvo que levantarse y ponerse a andar por la habitación. Lo importante era convencerse por completo de que ella no aparecería, y dar por bueno lo que ocurriese a partir de ahí. El problema era que podía imaginar exactamente qué aspecto tendría ella cuando cruzase el vestíbulo del hotel en dirección a él. Constató entonces que podía visualizar su cara con claridad, y extravió

la mirada sobre el jardín trasero de la casa de huéspedes, que se extendía bajo un sol pesado y palpitante. Comprendió que cuando no se ajustaba a aquella mascarilla funeraria más bien gélida, la cara de ella a veces recordaba a otros tipos de cara por una especie de alusión fisionómica. Algunas de esas clases de cara estaban muy alejadas de la suya. Concurría la sonrisa permanente de una acróbata o de una tanguista, el bronceado de alguna respetable pelandusca fotografiada durante una excursión en yate por la Riviera, la mirada enfurruñada y vacía teóricamente perceptible en el rostro de una chica de calendario, el ceño de una niña metida en carnes y no muy simpática. Por lo menos, todos eran rostros femeninos. Tosió al recordar que Margaret le había recordado más de una vez, de cara, a un hombre con acento ininteligible y gafas del ejército a quien conocía de vista en la RAF y a quien nunca había visto hacer otra cosa que barrer la cantina y limpiarse las narices en la manga.

Para quitarse de la cabeza estos pensamientos abrió el armarito que contenía sus aparatos y accesorios de fumar (monumentos, algunos de ellos costosos, a la economía). Desde que podía recordar, jamás había podido fumar a su antojo. Este arsenal de trastos se había ido reuniendo conforme se le presentaba alguna nueva manera aparente de fumar cuanto quisiera: el paquete reseco de picadura barata, la pipa de cerezo, el librillo rojo de papel de fumar, el paquete de escobillas de limpieza, la máquina de liar de cuero, el atacador de cuatro usos, el paquete deshecho de tabaco de pipa barato, el paquete de filtros de algodón (nuevo procedimiento), la máquina de liar de níquel, la pipa de arcilla, la pipa de brezo, el librillo azul de papel de fumar, el paquete de hierbas de fumar (con garantía de estar libres de nicotina y otras sustancias dañinas... ¿A santo de qué?), la lata mohosa de tabaco de pipa caro, el paquete de filtros de creta. Dixon cogió un cigarrillo de la cajetilla que tenía en el bolsillo y lo encendió.

En el suelo del armarito estaban las botellas de cerveza vacías que representaban su único método de ahorrar dinero. Había nueve, pero dos de ellas pertenecían a un bar inalcanzablemente lejano: las había comprado para bebérselas en el autobús cuando regresaba de la cena de la Sociedad Toynbee en febrero. Esperaba, con su ayuda, borrar el recuerdo de un discurso traumáticamente embarazoso que Margaret había pronunciado en la cena; pero ésta, sentada a su lado durante todo el trayecto de vuelta, había vetado este proyecto por razones disciplinarias (había muchos estudiantes en el autobús, la mayoría bebiendo cerveza en botellines). Se estremeció al recordarlo, y para apartar estas ideas de su cabeza, se puso a sumar el valor de cambio de las otras siete botellas. Dos chelines y ocho peniques en total; mucho menos de lo que esperaba. Decidió no repasar su situación financiera, y casi había despachado ya las notas sobre la Vieja Inglaterra cuando sonó un golpe en la puerta y entró Margaret. Llevaba el vestido verde de cachemira y los zapatos de semiterciopelo.

—Hola, Margaret —dijo, con una efusividad que nacía, comprendió, de su mala

conciencia. Pero ¿por qué tenía mala conciencia? Si la había dejado en compañía de Gore-Urquhart en el baile, había sido por «discreción», ¿o no?

Ella lo miró con ese aire suyo de no estar del todo segura de reconocerlo, y que más de una vez había bastado para sumirlo en el más completo desconcierto.

—Ah. Hola —dijo.

—¿Cómo estás? —preguntó él, manteniendo su amabilidad de relumbrón—. Siéntate. —Le acercó de un empujón el inmenso butacón lisiado, del tamaño y diseño de los de las salas de fumadores de los clubes de Pall Mall, que ocupaba casi la mitad del espacio que dejaba libre la cama—. ¿Un cigarrillo? —Sacó su cajetilla para mostrar que el ofrecimiento era sincero.

Sin dejar de mirarlo, ella sacudió la cabeza despacio, como un médico para dar a entender que no hay esperanza. Su cara tenía un tono amarillento y sus orificios nasales parecían oprimidos. Permaneció en pie, sin decir nada.

—Bueno, ¿cómo van las cosas? —dijo Dixon, adjuntando una sonrisa a su boca.

Ella sacudió de nuevo la cabeza, un poco más despacio, y se sentó en el brazo del sillón, que soltó un agudo crujido. Dixon arrojó su pijama sobre la cama y se sentó en una silla con asiento de rejilla, dándole la espalda a la ventana.

—¿Me odias, James? —dijo ella.

Dixon sintió ganas de echársele encima y tumbarla en el butacón, de hacer un ruido ensordecedor en su cara, de meterle una cuenta de collar en la nariz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Ella tardó un cuarto de hora en aclarar lo que quería decir. Habló rápido y con fluidez, moviéndose mucho sobre el brazo del butacón, pateando con las piernas rectas como si alguien le martillease en la rodilla, sacudiendo la cabeza para devolver a su sitio imaginarios mechones de pelo, doblando y enderezando los pulgares. ¿Por qué la había dejado plantada en el baile? O, mejor, ya que ella, él y todo el mundo sabía por qué, ¿qué se proponía? O, mejor aún, ¿cómo podía hacerle eso a ella? A cambio de cualquier dato que él pudiese aportar respecto a éstas u otras cuestiones relacionadas, ella le dio la buena noticia de que los tres Welch pedían su cabeza, y que Christine se había referido a él en tono despectivo esa mañana. Nada se dijo de Gore-Urquhart, aparte de un paréntesis para atacar la «descortesía» de Dixon por marcharse del baile sin despedirse de él. Dixon sabía por experiencia que contraatacar a Margaret constituía siempre un error, pero estaba demasiado enfadado para preocuparse por eso. Cuando estuvo seguro de que ella no iba a decir nada más sobre Gore-Urquhart, dijo, con el corazón un tanto acelerado:

—No veo por qué armas tanto jaleo. No parecía que te hiciera falta nadie cuando me marché.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Te pegaste a ese Gori-gori y no tuviste tiempo de dirigirme ni una sola palabra, ¿verdad? Si no sacaste nada de él, no fue porque no lo intentaras. En mi vida he visto una exhibición como ésa... —La voz le flaqueó; no pudo producir toda la

indignación ofendida que se requería.

Ella se le quedó mirando con los ojos desorbitados.

—¿No estarás insinuando que...?

—Sí que lo estoy insinuando. Por supuesto que lo insinúo.

—James..., no sabes... lo que dices —dijo ella, despacio y con dificultad, como un extranjero leyendo de un libro de expresiones útiles—. La verdad, me sorprendes tanto... No sé qué decir. —Empezó a temblar—. Hablo con un hombre unos minutos, eso fue todo, y ya estás acusándome de coquetear con él. Eso es lo que querías decir, ¿no es eso? —Su voz temblaba grotescamente.

—Eso es justo lo que quería decir —dijo Dixon, intentando infundir ira en su tono—. De nada sirve negarlo. —Sólo consiguió parecer molesto y un tanto fastidiado.

—¿De verdad piensas que estaba intentando coquetear con él?

—Bueno, debes reconocer que al menos lo parecía.

Acercándose tanto a Dixon que éste se asustó, ella se asomó a la ventana. Dixon no podía verle la cara sin estirar el cuello, así que se sentó en el brazo del butacón. Ella permaneció allí tanto tiempo, sin moverse, que Dixon empezó a abrigar esperanzas de que se hubiese olvidado de él; en cuestión de minutos podría escurrirse en silencio e irse al bar. Entonces empezó ella a hablar, en un tono bastante sereno.

—Me temo que hay un montón de cosas que no entiendes, James. Creía que me entendías, pero ahora... Ya ves, cuando dices algo así, no me importa que sea... eeh..., ofensivo y tal, porque sé que te sientes mal al respecto, al menos eso espero, y te preocupas por mí, y por eso no me importa que... intentes zaherirme. Lo que me hace sentir tan, tan desgraciada es el terrible abismo que algo así muestra que hay entre nosotros. Me hace decirme: «Es inútil, la verdad es que ni me conoce, ni me ha conocido nunca». Lo entiendes, ¿verdad?

Dixon no puso una de sus caras: temió que ella pudiera verla reflejada en el cristal.

—Sí —dijo.

—No me apetece seguir hablando de esto, James, es todo tan insignificante, tan trivial..., pero supongo que he de hacerlo. —Suspiró—. ¿No ves la diferencia entre...? No, está claro que no la ves. Te diré una cosa, nada más que una cosa, a ver si te satisface. —Se volvió de cara a él, y dijo en un tono menos sereno que antes—: Después de que te fueras, anoche, no pasé ni un instante con Gore-Urquhart. Él estaba con Carol Goldsmith. Pasé el resto del tiempo, en su totalidad, con Bertrand, gracias a ti. —Alzó la voz—. Y ya puedes imaginarte qué clase de...

—Bueno, mala suerte —espetó Dixon antes de que le diera tiempo a cambiar de tercio. Le embargaba una inmensa repugnancia por todo lo sucedido; no sólo por esta mano, sino por toda la partida de póquer, y no precisamente *strip*-póquer, que Margaret y él estaban jugando. Mordiéndose los labios, se juró que esta vez se conformaría con las cartas que ella le diese. Recordó lo que dijo Carol de no echarle salvavidas a Margaret. Bueno, éste era el último que le quedaba. No perdería más

tiempo intentando entenderse con ella, más porque sabía que era una pérdida de tiempo que porque sus poderes de entendimiento se hubiesen acabado, aunque lo cierto era que éstos también se le habían terminado.

—Presta atención, Margaret —dijo—. No tengo la menor intención de herir tus sentimientos sin necesidad, como sabes perfectamente, digas lo que digas. Pero, por tu propio bien, y por el mío, hay que aclararte algunas cosas. Sé que lo has pasado muy mal últimamente, y tú sabes que yo lo sé. Pero no te hará ningún bien seguir pensando lo que evidentemente piensas de mí y de nuestras relaciones. Eso no hace más que empeorar las cosas. Lo que quiero decir es que debes dejar de depender emocionalmente de mí de este modo. Reconozco que a lo mejor me equivoqué en lo del baile, pero, equivocado o no, eso no cambia las cosas sobre lo que estoy diciendo. Estaré de tu lado y te hablaré y seré comprensivo, pero ya estoy harto de que me tomen por lo que no soy. Métete en la cabeza que he perdido cualquier interés que pudiera tener en ti como mujer, como alguien a quien cortejar o con quien acostarse... No, tendrás tu turno dentro de un minuto. Esta vez vas a escucharme hasta el final. Como decía, la cuestión sexual se ha terminado, si es que había llegado a empezar. No culpo a nadie; sólo quiero decirte que debes borrarne de tu lista en todo lo concerniente a este asunto. Así están las cosas. Y no puedo decir que lo sienta porque no se puede decir que se siente lo que no se puede remediar, y yo no puedo remediar esto ni tú tampoco. Eso es todo.

—No creerás, ¿verdad?, que ella va a dejarse conquistar por un mísero don nadie provinciano como tú —estalló Margaret en cuanto él dejó de hablar—. ¿O ya lo ha hecho? Quizá sólo le apetecía un...

—No desvaríes, Margaret. Baja del escenario por un momento, vamos.

Hubo una pausa; luego ella avanzó temblorosa, puso las manos en los hombros de él y pareció derrumbarse sobre la cama, arrastrándolo a él. Inadvertidamente, se le cayeron las gafas. Hacía un ruido curioso, un gemido regular, repetido, en tono grave, que sonaba como si le viniera de la boca del estómago, como si hubiese vomitado una y otra vez y todavía tuviese ganas de vomitar. Dixon medio la ayudó, medio la enderezó sobre la cama. De vez en cuando ella soltaba un gritito apagado, casi juguetón. Apretó fuertemente la cara contra su pecho. Dixon no sabía si lo que tenía era un desmayo o un ataque de histeria, o si simplemente iba a echarse a llorar. Fuese lo que fuese, no sabía qué hacer. Cuando ella notó que estaba sentada en la cama a su lado, se dejó caer hacia delante y apoyó su cara en el muslo de él. En un instante él sintió la humedad calándole hasta la piel; los hombros de ella se agitaban con más rapidez de lo que le parecía normal incluso en ese estado. Entonces ella se enderezó, tensa pero todavía temblorosa, y comenzó una serie de gritos agudos y hacia dentro, que alternaba con los gemidos graves. Unos y otros, en voz más bien alta. Tenía el pelo sobre los ojos, los labios se le abrieron y los dientes le castañeteaban. Tenía la cara mojada, de saliva tanto como de lágrimas. Por fin, cuando él empezó a pronunciar su nombre, ella se dejó caer violentamente hacia atrás y quedó atravesada

en la cama. Mientras estuvo allí echada con los brazos extendidos, retorciéndose, gritó media docena de veces, en alto, y luego siguió en un tono más sosegado, gimiendo cada vez que espiraba aire. Dixon la agarró por las muñecas y gritó: «Margaret, Margaret». Ella lo miró con los ojos dilatados y empezó a forcejear, intentando soltarse de él. Dos series de pasos se acercaban por fuera, una que subía las escaleras y otra que descendía. La puerta se abrió y entró Bill Atkinson, seguido por la señorita Cutler. Dixon se les quedó mirando.

—Histeria, ¿eh? —dijo Atkinson, y abofeteó varias veces la cara de Margaret; muy fuerte, pensó Dixon. Apartó a Dixon de un empujón y se sentó en la cama, asiendo a Margaret por los hombros y sacudiéndola vigorosamente—. Tengo un poco de *whisky* arriba, en mi armario. Vaya a traerlo.

Dixon salió corriendo y enfiló las escaleras. El único pensamiento que se le presentaba con claridad era su modesta sorpresa ante el hecho de que el tratamiento novelesco o cinematográfico de la histeria estuviese tan firmemente basado en lo que a todas luces era el tratamiento apropiado. Encontró el *whisky*; la mano le temblaba tanto que le faltó poco para que se le cayese la botella. Quitó el tapón y le dio un trago rápido, intentando no toser. De nuevo en su cuarto, lo encontró todo mucho más tranquilo. La señorita Cutler, que había estado observando a Atkinson y Margaret, dirigió a Dixon una mirada, no de sospecha o reproche, sino de consuelo; no dijo nada. Y esto, como sintió de inmediato, le dio ganas de llorar. Atkinson alzó la mirada sin coger la botella.

—Traiga un vaso o una taza.

Cogió una taza del armario, vertió un poco de *whisky* en ella y se la dio a Atkinson. La señorita Cutler, más intimidada que nunca ante éste, no se apartó de Dixon y observó cómo le daban un poco de *whisky* a Margaret.

Atkinson la alzó a una posición medio sentada. Sus gemidos habían cesado y ahora temblaba con menos violencia. Tenía la cara colorada por las bofetadas de Atkinson. Cuando él llevó la taza a sus labios, ésta traqueteó una o dos veces contra sus dientes y su respiración se hizo audible. Con espeluznante previsibilidad, se ahogó y tosió, tragó un poco, tosió de nuevo, tragó un poco más. Pronto dejó de temblar por completo y empezó a mirar a quienes la rodeaban.

—Lo siento —dijo débilmente.

—No pasa nada, muchachita —dijo Atkinson—. ¿Hace un pitillo?

—Sí, gracias.

—Adelante, Jim.

La señorita Cutler les sonrió a todos, movió la boca para decir algo y salió en silencio. Dixon lió cigarrillos para los tres y Margaret se sentó derecha al filo de la cama; Atkinson todavía la rodeaba con su brazo.

—¿Ha sido usted quien me ha abofeteado? —le preguntó ella.

—No ha sido nada, muchachita. Le ha sentado de maravilla. ¿Cómo se encuentra ahora?

—Mucho mejor, gracias. Un poco confusa, pero, por lo demás, bien.

—Estupendo. No intente moverse durante un rato. Ea, levante los pies y descanse.

—De verdad que no hay necesidad...

Él tiró de sus pies hasta ponérselos en la cama y le quitó los zapatos; luego se quedó parado mirándola.

—Quédese aquí por lo menos diez minutos. La dejo ahora al cuidado del hermano Jim. Tome un poco más de *whisky* cuando acabe ése, pero no le dé a Jim. Le prometí a su madre que no le permitiría que se matara con la bebida. —Volvió su cara de tártaro a Dixon—. ¿Todo bien, camarada?

—Sí, gracias, Bill. Se ha portado muy bien.

—¿Todo bien, muchachita?

—Muchísimas gracias, señor Atkinson; ha sido usted un encanto. Cómo podría darle las gracias...

—No hay de qué, muchachita. —Saludó con la cabeza y salió.

—Lamento lo sucedido, James —dijo ella en cuanto se cerró la puerta.

—Ha sido culpa mía.

—No, siempre dices eso. Esta vez no pienso permitirte. No pude asimilar lo que dijiste, eso es todo. Pensé para mí: «No puedo soportarlo, debo pararlo», y entonces simplemente perdí el control. No ha sido más que eso. Y ha sido todo de lo más infantil y absurdo, porque tenías razón en todo lo que dijiste. Es mucho mejor aclarar las cosas. Me he portado como una perfecta idiota.

—No tienes por qué reprochártelo. No pudiste evitarlo.

—No, pero tendría que haber podido. Siéntate, James, me pones nerviosa, dando vueltas de un lado a otro.

Dixon acercó la silla de asiento de rejilla al lado de la cama. Cuando estuvo situado y mirando a Margaret, se le vino a la mente cómo había estado sentado junto a ella, igual que ahora, cuando la visitó en el hospital después de su intento de suicidio. Pero entonces tenía un aspecto distinto, más delgada y endeble, con el pelo estirado hasta la nuca; y, en cierto modo, con un aspecto menos inquietante que ahora. La visión del carmín emborronado, la nariz húmeda, el cabello revuelto y tieso le infundía una honda y tranquila depresión.

—Debería acompañarte a casa de los Welch —dijo.

—Ni hablar, querido. Más vale que te mantengas lo más lejos que puedas de esa casa.

—No me preocupa nada de eso. Y, en todo caso, no hace falta que entre. Sólo te acompañaré en el viaje en autobús.

—No seas ridículo, James. Es del todo innecesario. Estoy perfectamente bien ahora. O lo estaré en cuanto tome otro traguito del *whisky* del simpático señor Atkinson. ¿Serías tan amable de servirme un poco?

Mientras obedecía, Dixon pensó con alivio que no tenía que volver con ella en el autobús. A esas alturas ya sabía adivinar lo que Margaret deseaba,



independientemente de lo que dijese, y estaba claro que este rechazo de sus servicios era auténtico. No era que no se preocupase por ella; se preocupaba, y mucho, tanto que la carga era intolerable...; intolerable, también, por el modo en el que esta preocupación había llegado a confundirse en él, inextricablemente, con el sentimiento de culpabilidad. Le dio la taza, sin mirarla; no dijo nada, no por el motivo habitual de no poder decir lo que deseaba, sino porque no se le ocurría nada que decir.

—Me beberé esto y me terminaré el cigarrillo, y luego me iré. Hay un autobús a menos veinte; me viene estupendamente. ¿Me traes un cenicero, James?

Le trajo uno de cobre que tenía la representación, en altorrelieve, de un barquito de guerra antiguo y la leyenda «Destructor-torpedero H.M.S. Ribble». Ella dejó caer ceniza encima, luego se sentó al filo de la cama y, después de sacar cosméticos de su bolso, empezó a maquillarse la cara. Mirando en su espejito de mano, dijo en tono casual:

—Es extraño que termine de este modo, ¿verdad? Con tan poca dignidad. —Y como él no decía nada, prosiguió, mientras movía de vez en cuando la boca para aplicar el lápiz de labios—: Aunque tampoco es que haya tenido mucha dignidad mientras duró, ¿no? No ha sido más que rabietas mías por esto y por aquello y tú, sin muchas ganas, intentando hacerme madurar. No, no te lo mereces. —Aplicó el lápiz de labios a su boca y volvió a mirarse en el espejito—. Hiciste todo lo que un hombre puede hacer, y más que la mayoría, créeme. No tienes nada que reprocharte. De verdad, no sé cómo lo aguantaste. Me temo que no te habrá resultado muy divertido. Hasta que decidiste zanjar el asunto. —Cerró el espejito de un golpe y lo echó al bolso.

—Sabes que te tengo cariño, Margaret —dijo Dixon—. Sólo que no funcionaría, eso es todo.

—Lo sé, James. No te preocupes por nada. Estaré bien.

—Debes acudir siempre a mí cuando algo vaya mal. Si es que es algo que yo pueda arreglar.

Ella sonrió ligeramente ante esta salvedad.

—Por supuesto que lo haré —dijo, como consolándolo.

Él levantó la cabeza y la miró. Bajo los polvos, sus mejillas estaban todavía ligeramente moteadas allí donde la rojez iba cediendo, pero, con las gafas ya puestas, la leve hinchazón alrededor de sus ojos apenas era perceptible. A él le pareció increíble que ella acabase de superar un ataque de histeria, igual que la mera idea de haberle podido decir algo lo bastante importante para causar ese ataque. Mientras la miraba, ella apagó su cigarrillo sobre el H.M.S. Ribble y se puso en pie, sacudiéndose la ceniza del vestido.

—Bueno, con esto creo que todo queda arreglado —dijo por decir algo—. Bueno, adiós, James.

Dixon sonrió indeciso. Qué pena, pensó, que no fuera más guapa, que no leyese los artículos de las revistas de tres medios peniques que te decían qué color de lápiz

de labios iba con según qué tonos de piel. Con un veinte por ciento más de lo que le faltaba a este respecto jamás habría incurrido en ninguna de sus terribles contrariedades: los vicios y morbideces nacidos de la soledad habrían permanecido adormecidos y a buen recaudo hasta la vejez.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —le preguntó él.

—Deja de preocuparte por mí; me encuentro perfectamente. Ahora debo marcharme o perderé el autobús y llegaré tarde al almuerzo, y ya sabes cómo es la señora Neddy con las horas de las comidas. Bueno, estoy segura de que no tardaremos mucho en vernos. Adiós.

—Adiós, Margaret. Hasta pronto.

Ella salió sin responder.

Dixon también apagó su cigarrillo, apretándolo contra el puente del Ribble con una débil rabia que no sabía de dónde venía. Intentó decirse que cuando superase los efectos de su propia conmoción, empezaría a alegrarse de haberle dicho a Margaret lo que había estado deseando decirle desde hacía tanto, pero no logró convencerse. Pensó en su cita con Christine dos días después, y no sintió el menor placer ante la expectativa. Algo de lo sucedido en la última media hora, no sabía qué, lo había estropeado todo. En alguna parte había quedado bloqueado su camino hacia Christine; todo iba a salir mal de un modo que no podía prever. No era que la propia Margaret fuese a meter baza en el asunto y desbaratarlo, poniendo sobreaviso a Bertrand y a los Welch mayores; no era que pudieran obligarlo a retirar cuanto acababa de declarar a Margaret. Era algo menos improbable que lo primero, más difícil de combatir que lo segundo y mucho más impreciso que ambas cosas. Era sólo que todo parecía haberse estropeado.

Empezó a cepillarse el pelo distraídamente delante de su espejo sin marco. Se negó a pensar directamente en el ataque de histeria de Margaret. En su momento, lo sabía, esto ocuparía su lugar junto a los otros tres o cuatro recuerdos que podían literalmente hacerle retorcerse, en su silla o su cama, de remordimiento, temor o vergüenza. Probablemente llegaría a reemplazar el que actualmente encabezaba la lista: la vez que lo obligaron a salir delante del telón, después de un concierto escolar, para hacer que el público cantara el himno nacional. Todavía podía oír su propia voz diciendo en aquel tono insípido, cargado de insinceridad: «Y ahora... os ruego que os unáis a mí... para cantar...». Y entonces dio la entrada en un tono que debía de estar justo media octava por encima o por debajo del requerido. Cambiando cada pocas notas, como todos los demás, de una octava a otra, medio compás por delante o por detrás de los demás, aguantó hasta el final. Vítores, aplausos y risas lo siguieron cuando sumergió su rostro encendido tras las cortinas. Miró su cara ahora en el espejo: y ésta le devolvió la mirada, malhumorada y compadeciéndose de sí misma.

Cogió la botella de *whisky* de Atkinson y se dirigió a la puerta, con la intención de proponerle un par de jarras de cerveza en el bar a la vuelta de la esquina; luego volvió y recogió la carta a Johns. No había motivo para no echarla.

## DIECISIETE

Dixon bajó corriendo las escaleras de la casa de huéspedes a las ocho y cuarto de la mañana siguiente, no tanto por estar presente cuando Johns abriera su carta, como porque quería, o más bien tenía que, dedicar toda la mañana a redactar su conferencia sobre la Vieja Inglaterra. No le gustaba tener que desayunar tan temprano. Había algo en los cereales de la señorita Cutler, sus pálidos huevos fritos o su panceta de un rojo intenso, sus tostadas explosivas y su café diurético, que, aun siendo más que pasable a las nueve en punto, su hora habitual de desayunar, a las ocho y cuarto parecía convocar de todos los rincones de su cuerpo cualquier resto o vestigio de jaqueca resacosa, cualquier reliquia de pasadas náuseas, cualquier eco de ruidos en la cabeza. Este vértigo retrospectivo lo atrapó esa mañana con la rudeza de siempre. Era como si las tres jarras de cerveza amarga que había bebido con Bill Atkinson y Beesley la noche anterior hubieran sido precedidas, por mediación de algún callejón infecto que atravesase el continuo espacio-temporal, por una botella de jerez nacional, y seguidas por media docena de tazas de desayuno de vino engordado.<sup>[13]</sup> Tapándose los ojos con las manos, rodeó la mesa como quien intenta evitar el humo de una hoguera, se dejó caer pesadamente en la silla y empapó un plato de cereales en leche azulada. Estaba solo en la habitación.

Evitando pensar en Margaret, y sin querer tampoco, por alguna razón, pensar en Christine, sintió que los pensamientos se le iban a la conferencia. A primeras horas de la noche anterior había intentado convertir sus notas en un borrador. La primera página de notas había dado para una página y tres renglones de borrador. A esa razón podría hablar once minutos y medio con las notas que tenía. Evidentemente se requería alguna clase de relleno para otros cuarenta y ocho minutos y medio, a los que quizá pudieran añadirse un minuto más para ser presentado al público, otro minuto para beber agua, toser y pasar páginas y nada para aplausos o salidas para saludar. ¿De dónde iba a sacar este relleno suplementario? La única respuesta a esta pregunta parecía ser: Sí, muy bien, ¿de dónde? Ah, espera un minuto; le pediría a Barclay que le encontrase un libro sobre música medieval. Veinte minutos por lo menos dedicados a eso, con una disculpa por «haberme apartado de nuestra cuestión». Welch se lo tragaría todo. Durante un instante hizo pompas en la cucharilla llena de leche ante la mera idea de tener que transcribir tantos datos odiosos, y luego se animó ante la idea de obtener tantos beneficios sin tener que pensar. «Suele pensarse —murmuró para sí— que el carácter de una época, una nación, una clase, quedaría pobremente expresado en algo aparentemente tan apartado de los hábitos

normales de pensamiento como es su música, su cultura musical». Se inclinó sobre la aceitera con un gesto efectista. «Nada más lejos de la verdad».

En ese momento entró Beesley, frotándose las manos como era su costumbre.

—Hola, Jim —dijo—. ¿Ha llegado ya el correo?

—No, todavía no. ¿No viene?

—Está acabando en el baño. No puede tardar.

—Bien. ¿Y Bill?

—Se levantó antes que yo; oí sus pisotones. Espera un poco; creo que es él.

Mientras Beesley se sentaba y empezaba a comer sus cereales, Atkinson entró lentamente en la habitación. Como solía suceder, especialmente por las mañanas, su comportamiento parecía implicar que no conocía a los otros dos y no tenía, de momento, la menor intención de establecer cualquier clase de relación con ellos. Esa mañana se parecía más que nunca a Gengis Kan meditando una purga de sus capitanes. Se detuvo despectivamente junto a su silla, chasqueando la lengua y suspirando histriónicamente como alguien a quien hacen esperar en una tienda. Sus ojos oscuros y misteriosos recorrieron las paredes, haciendo prolongadas paradas ante cada fotografía, haciendo un balance negativo del sobrino de la señorita Cutler en uniforme de soldado de primera del Cuerpo de Pagadores, de las dos niñas de la prima de la señorita Cutler, de la casa de campo del antiguo jefe de la señorita Cutler, con un calesín ante el pórtico, de la señorita Cutler vehementemente vestida de dama de honor a la moda de la Primera Guerra Mundial. Quizá andaba ocupado en condensar la enorme cantidad de injurias que evocaban estas visiones en cuatro diminutas gotas tóxicas de odio, una para cada fotografía. Todavía callado, sin embargo, tomó asiento a la mesa, con sus manazas peludas inactivas sobre ella y las palmas hacia arriba. Nunca tomaba cereales.

Mientras la señorita Cutler estaba en la habitación, sirviendo panceta de color bermellón, pudo oírse la llegada del correo. Beesley hizo un gesto significativo con la cabeza a Dixon y salió al vestíbulo. Cuando volvió repitió el gesto, más significativamente aún. Dixon no experimentó el nerviosismo placentero que esperaba; incluso cuando, un par de minutos después, Johns entró silenciosamente con la carta en la mano, siguió más o menos impassible. ¿A qué se debía esto? ¿A la Vieja Inglaterra? Sí, y también a otras cosas que no venían al caso. Trató de fijar su atención en la carta, que Johns estaba ahora abriendo y desplegando. Beesley, con la boca llena de comida, había dejado de masticar. Atkinson, aparentemente indiferente, observaba a Johns a través de sus espesas pestañas. Johns empezó a leer. El silencio era intenso.

Johns soltó su cuchara despacio. Parecía haber alguna sutil imperfección en sus cabellos. Su habitual palidez sebosa, aunque diversificada esa mañana por varios parches inflamados (consecuencia, sin duda, de afeitarse con una cuchilla demasiado gastada a ojos de cualquiera con una actitud normal hacia el dinero), era demasiado extremada para acusar la palidez adicional causada por emociones como la alarma o

la furia. Pronto, sin embargo, alzó los ojos; no, por supuesto, a la altura de las otras caras, pero acercándose más que otras veces. Hubo incluso un momento en el que Dixon creyó atraer la mirada de Johns por unos instantes. Era evidente que el hombre estaba nervioso por algo; daba vueltas de un lado a otro con un gesto impostado de desaprobación. Tras leer la carta entera una o dos veces, volvió a meterla rápidamente en su sobre y lo embutió en su bolsillo superior. Al volver a levantar la mirada y ver que los otros seguían pendientes de él, asió de nuevo la cuchara con tantas prisas que salpicó de leche su chaqueta de lana azul marino. Beesley ahogó un estallido.

—¿Qué sucede, hijito? —preguntó Atkinson a Johns, con claridad y muy despacio—. ¿Alguna mala noticia?

—No.

—Porque me desagradaría saber que ha recibido alguna mala noticia. Me estropearía el día. ¿Está seguro de que no ha recibido ninguna mala noticia?

—En absoluto.

—¿No ha recibido ninguna mala noticia?

—No.

—Ya. No deje de decírmelo si recibe alguna. Es posible que pueda darle algún consejo, ¿no cree?

Atkinson encendió un cigarrillo.

—No es usted muy hablador, ¿verdad? —le preguntó a Johns—. ¿Verdad que no? —preguntó a los otros dos.

—No —dijeron.

Atkinson asintió y salió. Desde el pasillo les llegó su infrecuente risa; sin una clara solución de continuidad, dio paso a un ataque de tos que poco a poco se alejó escaleras arriba.

Johns se aplicó a su panceta.

—No tiene gracia —dijo, de repente e inesperadamente—. No tiene ninguna gracia.

Dixon entrevió la cara encendida y encantada de Beesley.

—¿El qué? —preguntó.

—No te hagas el tonto, Dixon. A ese juego pueden jugar dos. Ya verás. —Con mano temblorosa, sin muñeca, se sirvió un poco de café.

La escena terminó sin que se dijera nada más. Con una última mirada hostil a la corbata de Dixon, Johns salió apresuradamente. Su trabajo en las pólizas de pensiones y las tarjetas de la seguridad social del personal universitario empezaba a las nueve. Mientras salía, Dixon vio algo raro en la parte de atrás de su cabeza.

Beesley se le acercó.

—Ha salido bien, ¿eh, Jim?

—No ha estado mal.

—¿Te has fijado en lo poco que ha hablado? Todo un torrente de elocuencia. Es lo que siempre he dicho: nunca dice una palabra a no ser que se sienta amenazado de

algún modo. Por cierto, no te lo he dicho. ¿Te has fijado en lo raro que tenía el pelo?

—Ahora que lo dices, sí que me ha parecido un poco extraño.

Beesley empezó a comer tostadas con mermelada. Mientras masticaba airadamente, prosiguió:

—Se ha comprado una máquina de cortarse el pelo. La vi ayer en el cuarto de baño. Ahora se corta el pelo él mismo. Demasiado tacaño para gastarse uno con seis, ahí lo tienes. Por Dios.

Ésa era la razón, pues, de que Johns, visto desde atrás, pareciera llevar un flagrante tupé que se le había deslizado un tanto a un lado; y la de que, por delante, su cara pareciera rematada por un curioso casco. Dixon calló, pensando que por fin Johns había hecho algo que le parecía más o menos respetable.

—¿Qué hay, Jim? No pareces muy contento.

—Estoy bien.

—¿Todavía preocupado por la conferencia? Mira, tengo esas notas sobre la época de Chaucer que te prometí. No es que sean muy divertidas, pero hay algunas cosas que seguramente podrás usar. Te las dejo en tu cuarto.

Dixon volvió a animarse; si se atreviera a esperar lo suficiente, lograría construir todo el resto de su charla con el trabajo de otros.

—Gracias, Alfred —dijo—. Me vendrán muy bien.

—¿Vas a ir a la facultad?

—Sí, quiero ver a Barclay.

—¿Barclay? No me imaginaba que tuvieras mucho que hablar con él.

—Quiero consultarle sobre música medieval.

—Ah, ahora lo comprendo. ¿Te vas ya?

—En unos minutos.

—Estupendo, te acompaño.

Era un día caluroso, pero nublado. Mientras caminaban por la calle de la facultad, Beesley empezó a hablar de los resultados de los exámenes en su departamento. La visita del examinador externo al final de la semana decidiría algunos casos dudosos, pero las líneas principales de los resultados estaban ya claras. Tal era el caso en el departamento de Dixon, así que había algo que discutir.

—Hay una cosa que me gusta de Fred Karno —dijo Beesley—, aunque, ahora que lo pienso, es lo único que me gusta de él: no favorecerá a nadie que no crea que lo merezca. Este año no hemos tenido ningún *cum laude*; ha habido cuatro notables, y el cuarenta y cinco por ciento de la gente de primero ha suspendido; es lo que se merecen. Fred es el único profe de la casa que resiste la presión externa que hay para que se den *cum laudes* como quien da títulos de magisterio, y para que apruebe el preparatorio cualquier mamarracho que sepa escribir su nombre. ¿Qué piensa Neddy de esta cuestión? Si es que se ha molestado en pensar algo.

—La verdad es que no. Suele dejar estas cuestiones en manos de Cecil Goldsmith, lo que significa que todo el mundo aprueba. Cecil tiene un gran corazón,

como sabes.

—Lo que no tiene es cabeza. Si te fijas, pasa lo mismo en todas partes; no es sólo ésta: todas las universidades provinciales van por el mismo camino. La de Londres no, supongo, ni las escocesas. Pero, por Dios, ve a cualquier sitio y trata de poner a alguien de patitas en la calle sólo porque es demasiado estúpido para aprobar sus exámenes... Es más fácil echar a un profesor. Es el problema de tener aquí a tantos becarios, ya sabes.

—¿Qué quieres decir? Los estudiantes tienen que sacar su dinero de algún sitio.

—Bueno, ya sabes, Jim. En cierto modo comprende uno a las autoridades. «Pagamos a John Smith para que asista a su facultad y ahora nos dice usted, siete años después, que nunca va a sacar el título. Está malgastando nuestro dinero». Si establecemos un examen de ingreso para dejar fuera a quienes no saben leer ni escribir, la matrícula baja a la mitad y la mitad de nosotros se queda sin empleo. Y luego la otra exigencia: «Queremos doscientos profesores este año y vamos a conseguirlos». Muy bien: rebajamos al veinte por ciento la nota mínima para aprobar y les damos la cantidad que ustedes piden, pero, por lo que más quieran, no empiecen a quejarse dentro de dos años de que sus escuelas están llenas de profesores que no podrían obtener ellos mismos el título de secundaria, no digamos ya enseñar a otros para que lo aprueben. Una maravilla, ¿verdad?

Dixon estaba de acuerdo con casi todo lo que decía Beesley, pero no se sentía lo bastante interesado para decirlo. Era uno de esos días en los que se sentía totalmente convencido de su inminente expulsión de la vida académica. ¿Qué haría después? ¿Enseñar en un colegio? No, por Dios. Ir a Londres y conseguir un empleo en una oficina. ¿Qué empleo? ¿En la oficina de quién? Chitón.

Entraron silenciosamente en el edificio principal, pasaron a la sala de profesores y se dirigieron a sus casilleros. Dixon sacó del suyo un aviso de que no había pagado su cuota anual de usuario de la sala, y una postal, dirigida a un tal *Sr. J. Dickson, Licenciado en Letras*, informándole de la publicación de alguna flatulenta obra sobre los gremios textiles en tiempos de los Tudor. Lo tiró todo a la papelera con el máximo efecto. Beesley hojeaba un número recién llegado de la revista de asuntos universitarios a la que estaba suscrito, murmurando para sí. No había nadie más en la sala. Antes de decidirse a buscar a Barclay, Dixon, sintiendo que no le vendría mal un descansito para empezar el día, se dejó caer en una butaca y bostezó.

Apenas un instante después se le acercó Beesley con su revista abierta.

—Hay aquí una cosa que te interesa, Jim. «Nombramientos. El doctor L. S. Caton para la cátedra de Historia del Comercio, Universidad de Tucumán, Argentina». ¿No es el tipo al que le enviaste el artículo?

—Por Dios, déjame echar un vistazo.

—Deberías llamarlo ahora mismito, antes de que se largue en el barco bananero. Parece que su nueva revista pasó a mejor vida, a no ser que piense que puede editarla desde allí.

—Dios mío, esto tiene mala pinta.

—Sí yo fuera tú le daría un telefonazo.

—Dios mío. Sí, lo haré. Bueno, gracias por avisarme, Alfred. Más vale que busque a Barclay antes de que se vaya a trabajar allí también.

Preso de una vaga pero poderosa aprensión, Dixon salió corriendo en dirección a la Escuela de Música, donde, para sorpresa suya, resultó que estaba Barclay, disponible, dispuesto a cooperar y en posesión de justo la clase de libro que Dixon buscaba. Sintiendo un poco más tranquilo, Dixon se dirigió con él a la biblioteca y consiguió, con una prontitud casi siniestra, un libro sobre vestido y mobiliario medievales. En la puerta giratoria, cuando salía, su avance fue abruptamente impedido por la intervención de alguien de fuera que intentaba hacer girar la puerta en sentido contrario y, según rezaban varios carteles grandes y bien diseñados, erróneo. Era Welch, que miraba recelosamente a su alrededor y retrocedió con el ceño fruncido cuando Dixon dio otro empujón y apareció a su lado.

—Buenos días, profesor.

Welch lo reconoció casi de inmediato.

—Dixon —dijo.

—¿Sí, profesor? —Dixon había olvidado hasta entonces el aviso de Margaret de que Welch, al igual que otros miembros de su familia, «pedía su cabeza». ¿Cómo manifestaría Welch su demanda de semejante entidad?

—Pensaba en la biblioteca —dijo Welch, balanceándose sobre sus talones. Esa mañana tenía los ojos más desorbitados y un aspecto más desaliñado de lo habitual. Había un pequeño emblema dorado en su corbata que semejaba algún símbolo heráldico, pero que, visto de cerca, resultó ser yema de huevo seca. Se apreciaban trazas de esa misma sustancia nutritiva alrededor de su boca, ahora entreabierta.

—¿Ah, sí? —preguntó Dixon, con la esperanza de animar a Welch a indicar qué punto, en el entramado de ideas relacionadas con la biblioteca, podría considerarse objeto de su pensamiento.

—¿Podría usted ir allá?

Dixon empezó a sentirse decididamente alarmado. ¿Es que la largamente anunciada locura de Welch por fin había llegado a manifestarse? ¿O se trataba de un modo cruelmente sarcástico de aludir a la escasa propensión de Dixon a acercarse a cualquier posible terreno de trabajo académico? En pleno desconcierto, echó una mirada furtiva por encima de su hombro para asegurarse de que realmente se encontraban a dos pasos de la entrada de la biblioteca.

—Supongo que sí —respondió, del modo que le pareció más seguro.

—¿No estará agobiado de trabajo justo ahora...?

—¿Justo ahora? —gimoteó Dixon—. No creo que yo...

—Pensaba en su conferencia del miércoles. Supongo que ya estará casi terminada.

Dixon cambió de sitio los dos libros que tenía bajo el brazo, para que Welch no



podiera leer sus títulos.

—Sí, ah, sí, profesor —dijo incoherentemente.

—No tengo tiempo de ir a la biblioteca, ya ve —dijo Welch en el tono de quien despeja el último obstáculo trivial en su camino hacia la completa comprensión—. Tengo que entrar ahí —añadió, señalando la biblioteca.

Dixon asintió despacio.

—Ya, tiene que entrar ahí —dijo.

—Sí, han surgido un par de dudas en las respuestas a los exámenes. Quiero comprobarlas antes de la reunión de mañana con el examinador externo. Usted es la persona adecuada para hacerlo, ¿me equivoco? A las cinco en mi despacho.

Christine había quedado con Dixon a las cuatro del día siguiente. Incluso con un taxi sólo tendría tres cuartos de hora para estar con ella. Sintió ganas de meter a Welch a empujones en la puerta giratoria y ponerlo a dar vueltas ahí dentro hasta la hora de almorzar. Dijo:

—Allí estaré.

—Estupendo. Bueno, comprenderá que no puedo perder el tiempo buscando cosas en la biblioteca.

—Ya, ya.

—Le agradezco que haga esto por mí, Dixon. En cuanto a lo que necesito de la biblioteca, aquí lo tiene todo apuntado. —Gradualmente, sacó un fajo de papeles de su bolsillo delantero y los desdobló—. Ya verá que se explica todo por sí mismo. La referencia está indicada en casi todos los casos, creo... sí. Bueno, he aquí unos cuantos sin..., meras especulaciones. No creo que haya mucho de interés, si es que hay algo, pero podría usted repasar los índices por materias. Si no los hay, tendrá que usar su propio... su propio... Los títulos de los capítulos seguramente le serán de ayuda. Éste, por ejemplo, vea. Mire si hay algo importante. Aunque, por la fecha, no creo. Pero nunca se sabe, ¿verdad? —Escudriñó la cara de Dixon, en busca de confirmación.

—No, nunca.

—No, nunca. Recuerdo que una vez estuve atascado durante semanas, en una cosa que estaba haciendo, sólo por un dato que faltaba. Al parecer, en el otoño de 1663..., no, en el verano...

A estas alturas, Dixon ya tenía claros algunos datos básicos. Se le pedía que llenase ciertas lagunas en los conocimientos de Welch sobre historia de las artes y oficios populares en el condado, y estos papeles, escritos en la caligrafía inútilmente clara y limpia de Welch o mecanografiados por él con cómica imprecisión, le posibilitarían, a él, a Dixon, cumplir el encargo sin tanta confusión, aunque no sin alguna pérdida de tiempo e integridad. Con todo, no se atrevió a negarse: una tarea como ésta podría fácilmente resultar, para Welch, una prueba de capacidad más importante que el mérito de la conferencia sobre la Vieja Inglaterra. Hasta aquí estaba clara la cosa; pero ¿a qué venía todo este jaleo con la biblioteca? Cuando el silencio

de Welch indicó el final, o posiblemente el abandono, de la anécdota, Dixon preguntó:

—¿Tendrán aquí todos estos datos, señor? Me refiero a que algunos de estos opúsculos deben de ser muy raros, yo diría que el Archivo Nacional debe de tener...

Las facciones de Welch fueron adaptándose lentamente a una expresión de furor incrédulo. Alzando la voz dijo, en tono petulante:

—No, por supuesto que no tendrán aquí todos los datos, Dixon. No me imaginaba que alguien pudiera suponer que los tuvieran. Por eso le estoy pidiendo que vaya a la biblioteca a buscarlos. Sé, por experiencia, que tienen el noventa por ciento del material que necesito. Iría yo mismo, pero, como me he tomado la molestia de explicar, no puedo moverme de aquí. Y debo tener toda la información esta noche, porque doy la charla mañana por la noche, después de que el profesor Fortescue devuelva... vuelva, esté de vuelta. ¿Lo entiende ahora?

Ahora sí: Welch había estado hablando todo el tiempo de la biblioteca pública de la ciudad y, como él lo tenía claro, naturalmente no había reparado en la confusión que podría causar al hablar de la «biblioteca» a metro y medio de otro edificio totalmente distinto y conocido en la zona como «la biblioteca».

—Ya, por supuesto, profesor, lo siento —dijo, por haber sido enseñado a ofrecer disculpas en ocasiones en que debería exigir las.

—No tiene importancia, Dixon. Bueno, no lo distraigo más; supongo que querrá ponerse en marcha para poder terminar a las cinco. Llaga el favor de subir a mi despacho luego y enseñarme lo que tenga. Es muy amable por ofrecerse a ayudar. Se lo agradezco mucho.

Dixon arrojó los papeles entre las páginas del libro de Barclay y, apenas se separó de Welch, se sobresaltó y se volvió al estallar a su espalda un ruido atronador. Welch, desgreñándose, se esforzaba como un delantero de rugby en empujar la puerta giratoria en sentido equivocado. Dixon se paró a mirar, dando rienda suelta a su cara de mandril. Al cabo, Welch, de alguna manera adivinando su error, rectificó y se puso a tirar de la puerta ahora atascada, cambiando su expresión por la del último de un equipo perdedor en el juego de la sogá. Con un brusco chasquido la puerta cedió y Welch perdió el equilibrio, golpeándose la cabeza con el cristal de atrás. Dixon se alejó, comenzando a silbar la cancioncilla de Welch en un ritmo solemne y casi litúrgico. Qué sería de él sin estos ratitos.

## DIECIOCHO

—Bueno, esto es realmente espléndido, Dixon —dijo Welch siete horas después—. Ha cubierto todas las lagunas del modo más... más... Es digno de admiración, en serio. —Se relamió ante las notas por un instante, y luego espetó—: ¿Qué va a hacer ahora? —con un punto de suspicacia.

De momento, Dixon tenía las manos a la espalda y gesticulaba con ellas.

—Iba a... —balbuceó.

—Me preguntaba si tenía planes para esta noche. He pensado que podría venir a casa y cenar con nosotros.

Después de un día haciendo el trabajo de Welch, Dixon tenía mucho que hacer esa noche en relación con su conferencia, pero era obvio que no podía permitirse el lujo de rechazar esta invitación, así que dijo sin vacilar:

—Bueno, muchas gracias, profesor. Muy amable por su parte.

Welch asintió como si estuviera complacido, y juntó los papeles para ponerlos en su petate.

—Creo que esto será muy bien recibido mañana por la noche —dijo, dirigiendo a Dixon su sonrisa de maníaco sexual.

—Seguro que sí. ¿A quiénes va dirigida la charla?

—A la Sociedad Histórica y Anticuaria. Me sorprende que no haya visto los carteles. —Cogió el petate y se encasquetó su sombrero beige de pescador—. Venga conmigo. Iremos en mi coche.

—Estupendo.

—He de decir que son de lo más entusiastas —dijo Welch con calor mientras bajaban las escaleras—. Un público estupendo. Atentos y... entusiastas, y de los que te acribillan a preguntas después. Por supuesto, allí encuentra uno sobre todo a gente de la ciudad, pero siempre hacemos ir a algunos de nuestros mejores estudiantes. El joven Michie, por ejemplo. Buen chico. ¿Ha conseguido captarlo ya para su optativa?

Reflexionando que Michie había caído ominosamente bajo últimamente, Dixon dijo:

—Sí, parece decidido —y esperó que Welch tomara debida nota de este testimonio de su poder de «captar» a un chico tan bueno.

Welch siguió con lo suyo:

—Buen chico, sí que lo es. Muy entusiasta. Siempre asiste a las charlas de los anticuarios. Por cierto, he tenido una o dos conversaciones con él. Creo que realmente tenemos mucho en común.

Dixon dudó de que Welch y Michie tuvieran mucho en común, aparte de una

opinión parecida sobre él mismo y sus capacidades; pero, juzgando que la ética profesional de Welch le impediría aducir esto, preguntó con aparente curiosidad:

—¿En qué sentido?

—Bueno, ambos tenemos un mismo interés en lo que podríamos llamar la tradición inglesa. El suyo es más filosófico, supongo, y el mío podría resumirse como «cultural», pero tenemos mucho en común. Pensaba el otro día, por cierto, que es curioso que mis intereses se hayan ido centrando cada vez más en esta tradición inglesa en los últimos años. Mientras que los de mi esposa son... Siempre digo que ella es europea occidental en primer lugar e inglesa en segundo. Para ella, ¿sabe?, con su modo casi continental de ver las cosas, y que pudiera decirse que es casi francesa respecto a algunas...; en fin, las que para mí son tan importantes, la realidad social y cultural inglesa, consideradas bajo una especie de sesgo retrospectivo en cierto modo, y la artesanía y demás, las diversiones tradicionales y todo eso, bueno... para ella eso no es más que una faceta, ¿sabe?, sólo una faceta... una faceta muy interesante, por supuesto, pero nada más que una faceta —y aquí vaciló, como si buscara el término adecuado—, una especie de faceta del desarrollo de la cultura europea occidental, podría decirse. Se ve con más claridad en su actitud hacia el estado de bienestar, y es una gran ventaja ser capaz de ver ese problema en lo que podría describirse como una perspectiva más amplia. Ella aduce, vea, que si la gente se lo encuentra todo hecho...

Dixon, que ya tenía su propia opinión formada sobre la señora Welch, dejó que Welch se extendiera sobre las opiniones políticas de ésta, su actitud hacia la «llamada libertad de educación», su defensa del castigo retributivo, su afición a leer lo que las inglesas escribían sobre lo que pensaban y sentían las parisienses. Lo que pensaba y sentía él, mientras se subían al coche y arrancaban, se centraba en la cuestión de Margaret. No sabía cómo afrontar un encuentro con ella; esta reflexión, a la que había estado dando vueltas la mayor parte del día en la biblioteca pública, se había hecho mucho más urgente ahora que tenía que afrontar vérselas con ella en breve. Seguramente también tendría que afrontar ver a Bertrand y a la señora Welch, pero estos encuentros, en comparación, habrían de ser mucho menos atroces. También estaría Christine; la verdad es que tampoco quería verla, no por nada que tuviese que ver con ella personalmente, sino porque constituía una parte de su preocupación por Margaret. Tendría que hacer algo por mostrarle a Margaret que no estaba completamente sola; no podía, no debía ceder, volver a los antiguos términos de su relación con ella; pero, de algún modo, debía reafirmarle la continuidad de su apoyo. ¿Cómo iba a hacerlo?

En busca de alguna distracción, se asomó a la ventanilla que tenía a su izquierda justo en el momento en que Welch ponía el coche al paso, en un cruce. Parado en la acera estaba un hombre gordo que Dixon reconoció como su barbero. Dixon sentía un profundo respeto por este hombre a causa de su impresionante apariencia, su voz baja y sorda y su insuperable surtido de información sobre la familia real. En ese momento dos chicas bastante monas se pararon junto a un buzón a unos metros de allí. El

barbero, con las manos cogidas a la espalda, se volvió y se quedó mirándolas. Un inconfundible gesto de furtiva lujuria le vino a la cara; luego, como un galante encargado de comercio, se acercó despacio a las dos chicas. Entonces Welch aceleró de nuevo y Dixon, entre sacudidas, apresuradamente dirigió su atención al otro lado de la calzada, donde se jugaba un partido de críquet y el boleador tomaba impulso para lanzar la bola. El bateador, otro hombre corpulento, lanzó un golpe hacia la bola, lo falló y ésta lo golpeó violentamente en el estómago. Dixon tuvo tiempo de verlo doblarse, y al defensa adelantarse, antes de que un seto alto ocultase la escena.

Dudoso sobre si la función de este par de viñetas era ilustrar la rapidez del castigo divino o su tendencia a confundir su presa, Dixon sí tuvo la certeza de que se sentía de algún modo abrumado, tanto que prestó oído a lo que decía Welch. Decía: «Muy impresionante», y por un segundo Dixon sintió ganas de coger la llave inglesa que podía ver en la bandeja del salpicadero y asestarle un golpe con ella en la base del cuello. Sabía qué clase de cosas le parecían «impresionantes» a Welch.

El resto del trayecto transcurrió sin incidencias. El modo de conducir de Welch parecía haber mejorado algo; en cualquier caso, la única muerte a la que Dixon se sentía expuesto era la muerte por exposición al aburrimento. Incluso este peligro remitió durante un par de minutos mientras Welch desvelaba algunos datos de la reciente historia de Michel, el escritor afeminado, personaje que siempre rondaba los aledaños de la vida de Dixon, pero, aparentemente, no estaba destinado a irrumpir en ella. Este Michel, tan incansablemente afrancesado como su madre, cocinaba para sí en su pisito de Londres, y en los últimos días había enfermado por atiborrarse de comestibles extranjeros preparados por él mismo; en especial, coligió Dixon, espaguetis y platos cocinados con aceite de oliva. Lo que parecía un buen castigo para alguien tan aficionado a la harina coagulada y a ese sucedáneo campesino de la mantequilla, bañados, sin duda, por «auténtico» café negro de gran viscosidad. En cualquier caso, estaba claro que Michel llegaría dentro de un día o dos para recuperarse con la comida inglesa de sus padres. Dixon sacó la cabeza por la ventanilla para reírse de este último golpe. Esta vez no experimentó nada más que un pequeño ataque de furia ante la idea de que un parásito como ése tuviese un piso en Londres. ¿Por qué no había tenido él padres con más dinero que prudencia para instalar a su hijo en Londres? La sola idea era un tormento. Si hubiese tenido esa oportunidad, las cosas serían ahora muy distintas para él. Por un instante pensó que no podía imaginar qué cosas; luego comprobó que sí que podía imaginarlas con exactitud, y también en qué diferían exactamente de lo que tenía.

Welch siguió hablando, y su propia cara era el mejor público posible para su chachara, riéndose de sus chistes, reflejando su asombro o su determinación, reaccionando con los labios apretados y los ojos entrecerrados a los puntos más importantes. Siguió hablando incluso mientras recorría la vereda arenosa que accedía al patio junto a su casa, rozaba el grifo destrozado, metía el morro por la entrada del garaje y, de una sola y terrible sacudida, detenía el coche a pocos centímetros de la

pared del fondo. Entonces salió.

Tras indagar el modo de apearse del coche, Dixon desechó el pasillo de quince centímetros que quedaba entre la puerta y la pared lateral más cercana y, tras algún forcejeo malhumorado de los pies con el cambio de marchas y el freno de mano, se deslizó sobre el asiento delantero hasta la otra puerta. Mientras lo hacía, algo pareció engancharse a los bajos de sus pantalones. Cuando logró emerger al mareante calor del garaje, se tocó detrás y halló que podía meter cómodamente los dos primeros dedos en un roto de la tela. Una mirada al asiento del conductor mostró la punta de lo que debía de ser un muelle roto que apenas sobresalía de la tapicería. Empezó a seguir a Welch despacio, mientras el corazón le empezaba a latir y las gafas se le empañaban. Dejó que se adueñara de sus facciones una mueca terrible, que le obligó a bajar la barbilla lo más posible e intentó encajarle la nariz entre los ojos. Poco antes de culminar el proceso, se quitó las gafas para desempañarlas. Su vista sin ellas era lo bastante buena para observar que había cuatro testigos de su acción, situados en el ventanal que tenía a pocos metros de distancia. Eran, de izquierda a derecha, Christine, Bertrand, la señora Welch y Margaret. Rápidamente devolvió la nariz a su posición normal y empezó a acariciarse pensativamente su barbilla caída, con la esperanza de parecer acuciado por dudas de imbécil; luego, incapaz de idear un gesto o ademán de saludo lo bastante amplio para incluir a todos los miembros de semejante cuarteto, siguió a la figura en retirada de Welch, que ya doblaba la esquina de la casa.

¿Qué hacer con sus pantalones? ¿Qué sería peor: remendarlos él mismo, lo que implicaría encontrar o, mejor, volver a comprar, los materiales necesarios; llevarlos a arreglar a una tienda, lo que suponía acordarse de preguntarle a alguien dónde podía encontrarse una tienda al efecto, acordarse de llevar allí los pantalones y acordarse de ir a recogerlos y pagarlos; o pedirle a la señorita Cutler que se ocupara de ellos? ¿Sería esto último lo más rápido? Sí; pero podría llevar consigo la pena de presenciar la operación y aguantar la conversación de la señorita Cutler mientras tanto y durante un incommensurable periodo de tiempo posterior. Aparte de un par perteneciente a un traje tan oscuro que no servía más que para entrevistas o funerales, sus otros únicos pantalones estaban tan manchados de comida y cerveza que, si se usaran en el teatro para indicar miseria y sordidez, se les consideraría ridículamente excesivos. Era Welch quien debería hacer los arreglos. Fue su horrible coche, ¿o no? ¿Por qué no habían sido los infames pantalones de éste los desgarrados en aquel asiento con pinchos? Ya le llegaría el turno. O quizá ya le había sucedido y no se había dado cuenta.

Al pasar bajo la torreta con techo de paja que dominaba la puerta principal, Dixon se volvió para no ver un cuadro que Welch había comprado recientemente y del que le había oído hablar, y que ahora colgaba en el recibidor. Obra de algún patán de parvulario, su técnica recordaba la clase de dibujos que se encontraban en los lavabos de caballeros, aunque su asunto, un surtido de animales con cuerpos de tonel

surgiendo del Arca, tenía menos interés. Al otro lado había una estantería alta con una colección de utensilios de cobre y porcelana. Entre ellos estaba la jarra antropomorfa preferida de Dixon, que, con una sonrisita burlona, se quedó mirándola. Esa jarra antropomorfa, con su sombrero negro abierto, su cara borrosa y asustada y sus miembros alargados pegados al torso, era el habitante inanimado de la casa que más odiaba, incluida la flauta de pico de Welch. La expresión de aquella cosa demostraba que sabía lo que él pensaba de ella, y que no podía decírselo a nadie. Llevó un pulgar a cada una de sus sienes, le hizo burlas con las manos, puso los ojos en blanco y articuló mofas e imprecaciones silenciosas. Una tercera pertenencia de Welch se reveló en ese instante, un gatito bermejo llamado *Id*. Era el único superviviente de una camada de tres, de la que los otros dos habían sido bautizados *Ego* y *Superego* por la señora Welch. Haciendo grandes esfuerzos para no pensar en esto, Dixon se inclinó e hizo cosquillas a *Id* tras las orejas. Lo admiraba porque jamás permitía que ninguno de los Welch mayores lo cogiera en brazos.

—Aráñalos —le susurró—; méate en las alfombras. —El gato empezó a ronronear audiblemente.

En cuanto Dixon se hubo unido a los presentes, el ritmo pausado de su día experimentó una frenética sacudida. Welch daba vueltas a su alrededor; Christine, con sus mejillas de manzana más sonrosadas que nunca, le sonreía desde un segundo plano; la señora Welch y Bertrand avanzaron hacia él; Margaret le dio la espalda. Welch dijo enérgicamente:

—Ah, Faulkner.

Dixon encogió la nariz e hizo que se le levantasen las gafas.

—¿Sí, profesor?

—Quiero decir, Dixon. —Vaciló, y luego prosiguió con una fluidez sin precedentes—: Me temo que ha habido una pequeña confusión, Dixon. Había olvidado que habíamos prometido ir todos al teatro con los Goldsmith esta noche. Tendremos que cenar temprano, para que me dé tiempo de cambiarme y asearme y llevar a todos a la ciudad. Habrá sitio para usted si quiere que lo llevemos. Lo siento, claro, pero he de darme prisa. Ya le invitaremos en otra ocasión.

Todavía no había salido de la habitación cuando la señora Welch avanzó como una actriz atenta a su entrada. Bertrand estaba a su lado. Con la cara más bien colorada, dijo:

—Por cierto, señor Dixon, me preguntaba cuándo volvería a verlo. Hay un par de cosillas que quisiera discutir con usted. Primero, me gustaría que explicase, si puede, qué les pasó a la sábana y a las mantas de su cama cuando estuvo aquí como invitado nuestro, hace poco.

Todavía Dixon no había logrado juntar la suficiente saliva para responder cuando ella añadió:

—Espero su respuesta, señor Dixon. —La inglesa que llevaba dentro parecía haberse impuesto, para la ocasión, a la europea occidental.

Dixon notó que Christine y Margaret se habían alejado por la habitación, charlando en voz baja.

—La verdad es que no sé... —murmuró—. No vi... —¿Cómo podía habersele olvidado lo que ella le había dicho por teléfono cuando se hizo pasar por Beesley, el del *Evening Post*? No se le había pasado por la cabeza ni una vez desde entonces.

—¿He de entender que niega haber tenido nada que ver con el asunto? En ese caso, la única culpable posible es mi doncella, en cuyo caso tendré que...

—No —irrumpió Dixon—, no lo niego. Créame, señora Welch, no sabe cuánto lo siento. Sé que debí presentarme ante usted y contarle lo sucedido, pero los daños eran tan grandes que me asusté. Fue una estupidez; esperaba que usted no se diese cuenta, pero la verdad es que sabía que se enteraría, por supuesto. ¿Querrá enviarme la factura de lo que le cueste reemplazarla? Incluyendo las mantas, claro. Debo hacerme cargo. —Gracias a Dios, todavía no se habían enterado de lo de la mesilla.

—Es su obligación, señor Dixon. Pero, antes de entrar en eso, quiero que me diga cómo fue causado el daño. ¿Qué sucedió exactamente, por favor?

—Sé que me porté muy mal, señora Welch, pero le ruego que no me haga dar explicaciones. Me he disculpado y he prometido pagar el daño causado; ¿me permitirá guardarme las explicaciones? No es nada terrible, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué se niega a decir qué fue?

—No me niego; sólo le pido que me ahorre una vergüenza que en nada le beneficia.

En esto intervino Bertrand. Echando un lado su cara desgreñada, la acercó y dijo:

—Podremos soportarlo, Dixon. No nos hará daño soportar su vergüenza. Será una pequeña compensación por su comportamiento.

Su madre le puso una mano en el brazo.

—No te metas en esto, cariño. No servirá de nada. El señor Dixon está acostumbrado a que le hablen en ese tono, estoy segura. Dejemos esto: no cambia los hechos principales del caso. Quiero pasar al siguiente punto. Estoy ya firmemente convencida, señor Dixon, de que fue usted quién me telefoneó hace poco y se hizo pasar (de hecho, mintió cuando se lo pregunté), se hizo pasar, ante mí y ante mi hijo, por periodista. Fue usted, ¿verdad? Será mucho mejor que lo reconozca, por su bien. No le he mencionado nada de esto a mi marido, porque no quiero preocuparle, pero le advierto que si no me da una respuesta satisfactoria...

Como un criminal que, una vez que ha empezado a confesar, no ve razones para no seguir, Dixon estuvo a punto de reconocerlo, pero recordó a tiempo que esto incriminaría a Christine. (¿Qué le había sonsacado Bertrand, si es que la había sonsacado?).

—Ahí se equivoca por completo, señora Welch. No logro imaginar por qué cree eso. Su marido podrá decirle que no he estado fuera ni una sola vez este trimestre.

—¿Que no ha estado fuera? No veo qué tiene eso que ver con la cuestión.

—Bueno, simplemente que no he podido estar aquí y en Londres al mismo



tiempo, ¿no cree?

Conteniendo a Bertrand, la señora Welch dijo con asombro:

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Cómo voy a telefonar desde Londres si no he salido de aquí? Supongo que fue una llamada desde Londres.

Bertrand miró interrogativamente a su madre. Ella sacudió la cabeza y dijo en voz baja, sin apenas mover la boca:

—No, fue una llamada local, sin duda. Quien quiera que fuese habló directamente. Siempre se pone primero la operadora si es una conferencia de Londres.

—Te dije que estabas equivocada —dijo Bertrand en tono malhumorado—. Te dije que era David West quien estaba detrás de esto. Maldita sea, Christine estaba segura de que fue él quien la telefoneó, presentándose como Atkinson. Fue algún compinche suyo quien habló con nosotros, y no... —Su mirada recayó en Dixon y dejó de hablar.

Dixon saboreaba la victoria de su defensa. Recordaría las ventajas de fingir incompreensión en estos casos. Y ahora estaba claro, también, que Bertrand no le había sonsacado nada a Christine.

—¿Queda todo aclarado? —preguntó a los otros cortésmente.

La señora Welch empezó a enrojecer de nuevo.

—Creo que iré a ver cómo le va a tu padre, cariño —dijo—. Hay un par de cosas que quiero que... —Dejando la frase en el aire, salió.

Bertrand se acercó un paso más.

—Olvidaremos todo ese asunto —dijo generosamente—. Ahora, hace tiempo que deseaba que tuviésemos un ratito cara a cara, chaval. Desde lo del baile, a decir verdad. Ahora presta atención: aquí va una pregunta y no me importa decirte que pretendo obtener una respuesta clara. ¿A qué jugabas exactamente la otra noche cuando indujiste a Christine a largarse del baile contigo? Ojo: una respuesta clara.

Esto debió de resultar claramente audible a Christine, que acababa de llegar al extremo de la sala, en compañía de Margaret. Las dos muchachas evitaron la mirada de Dixon mientras salían, dejándolo a solas con Bertrand. Cuando se cerró la puerta, Dixon dijo:

—No tengo ninguna respuesta que dar, ni clara ni oscura, a una pregunta sin sentido. ¿A qué te refieres cuando me preguntas a qué jugaba? Yo no jugaba a nada.

—Sabes a qué me refiero tan bien como yo. ¿Qué te proponías?

—Más vale que se lo preguntes a Christine.

—No la metamos en esto, si no te importa.

—¿Por qué habría de importarme? —Dixon, a pesar de su certeza de que la factura de la señora Welch engulliría su saldo bancario, de pronto comenzó a sentirse embriagado de alegría. Las maniobras preliminares, la guerra fría entre él y Bertrand, habían terminado por fin. Esto era el olorillo de la metralla.

—No te hagas el gracioso, Dixon. Límitate a decirme lo que pasó, ¿quieres?, o tendré que probar otros métodos más expeditivos.

—No te hagas el gracioso tú tampoco. ¿Qué quieres saber?

Bertrand apretó el puño; y luego, cuando Dixon se quitó las gafas y se encogió de hombros, lo abrió de nuevo. Dixon volvió a ponerse las gafas.

—Quiero saber... —dijo Bertrand, y luego vaciló.

—¿Que a qué jugaba yo? Eso ya lo has dicho.

—Cierra el pico. Qué pretendías hacer con Christine, eso es lo que quiero saber.

—Pretendía hacer exactamente lo que hice. Pretendía largarme de ese sitio con Christine, traerla aquí en un taxi y, finalmente, volver a mi pensión en el mismo taxi. Eso es lo que hice.

—Bueno, no pienso pasar por ahí, ¿te enteras?

—Es demasiado tarde para no pasar por ahí. Ya has pasado.

—A ver si te metes esto en la cabeza, Dixon. Ya estoy más que harto de tus gracias. Christine es mi novia y sigue siendo mi novia, *entérateem*.

—Si te refieres a si entiendo lo que quieres dar a entender, ya lo hago.

—Magnífico. Bueno, si te pillo intentando hacerme esta jugarreta otra vez, o cualquier otra clase de jugarreta, te romperé tu horrible cuello y haré también que te despidan. ¿Enterado?

—Sí, me he enterado perfectamente, pero te equivocas si piensas que voy a dejar que me rompas el cuello, y si crees que le echan a uno de un puesto académico por llevar a casa en taxi a las novias de los hijos de los profesores titulares, entonces te equivocas todavía más, si es que eso es posible.

La respuesta de Bertrand tranquilizó a Dixon respecto a que Bertrand no estaba aún al tanto, por su padre, de la situación actual de Dixon ante los responsables de la facultad. La respuesta fue:

—No creas que puedes desafiarme y salirte con la tuya, Dixon. Nadie lo consigue.

—Están empezando a hacerlo, Welch. Debes comprender que depende de Christine el verme o no de nuevo. Si tienes ganas de amenazar a alguien, amenázala a ella.

Bertrand de pronto soltó una especie de aullido en falsete:

—Ya estoy harto de ti, hijo de puta. No pienso dejarte pasar ni una más, ¿me oyes? Sólo de pensar que un filisteo de mierda como tú anda enredando en mis asuntos, me dan ganas de... Lárgate y no vuelvas, antes de que salgas lastimado. Deja en paz a mi novia, pierdes el tiempo y se lo haces perder a ella y me lo haces perder a mí. ¿Qué demonios te propones haciendo la puñeta de este modo? Ya eres lo bastante grande, y viejo, y feo, para saber lo que te haces.

Dixon se ahorró la respuesta gracias al súbito regreso de Christine y Margaret. La escena se disolvió: Christine, que parecía estar intentando transmitirle a Dixon por señas un mensaje que éste no lograba leer, tomó a Bertrand del brazo y lo sacó de la

sala, todavía protestando en voz alta; Margaret, sin hablar, ofreció un cigarrillo a Dixon, que éste cogió. Ninguno de los dos habló mientras se sentaban uno al lado del otro en un diván, ni durante los instantes que siguieron. Dixon se dio cuenta de lo mucho que temblaba. Miró a Margaret y un peso intolerable cayó sobre él.

Supo lo que había estado intentando ocultarse desde la mañana anterior, lo que la bronca con Bertrand le había inducido temporalmente a desechar: que él y Christine, después de todo, no iban a tomar el té juntos la tarde siguiente. Si iba a merendar con alguna mujer que no fuera la señorita Cutler, no iba a ser con Christine, sino con Margaret. Recordó un personaje de una novela moderna que Beesley le había prestado, que siempre sentía que la pena se le movía por dentro como una enfermedad, dicho en su jerga... La comparación venía a cuento: se sintió muy enfermo.

—Ha sido por lo del baile, ¿verdad? —preguntó Margaret.

—Sí, parece que no le ha sentado muy bien.

—No me extraña. ¿Qué estaba gritando?

—Intentaba convencerme para que no le pise el terreno.

—¿En lo referente a ella?

—Exacto.

—¿Y vas a hacerlo?

—¿El qué?

—¿Vas a mantenerte fuera de su terreno?

—Sí.

—¿Por qué, James?

—Por ti.

Aquí esperaba alguna clase de exhibición sentimental, pero ella se limitó a decir: «Creo que es una tontería por tu parte», en un tono neutro que no era ostentosamente neutro, sino simplemente neutro.

—¿Qué te hace decir eso?

—Creía que lo dejamos zanjado ayer. No veo motivo para abrir de nuevo la discusión.

—No hay modo de evitarlo. Hubiéramos tenido que volverla a abrir en un momento u otro; éste es tan bueno como otro cualquiera.

—No seas ridículo. Con ella tendrías mucha más diversión que la que has tenido conmigo.

—Es posible. El caso es que tengo que seguir contigo. —No había amargura en sus palabras, ni la sentía.

Hubo un breve silencio antes de que ella replicara:

—No me conformo con estas renunciaciones. La apartas de tu camino por escrúpulos. Eso es cosa de tontos.

Esta vez pasó un minuto o más antes de que alguno de los dos hablara de nuevo. Dixon sintió que su papel en esta conversación, al igual que en el conjunto de sus

relaciones con Margaret, se regía por algo ajeno a él mismo, pero que tampoco residía del todo en ella. Sintió más que nunca que lo que decía y hacía no surgía de su propia voluntad, ni siquiera del aburrimiento, sino de una especie de sentido de la situación. ¿Y de dónde venía ese sentido si, como parecía, él no ponía nada de su parte para desearlo? Con inquietud, notó que en su mente se formaban palabras; palabras que, al no poder pensar en otras, muy pronto se oiría pronunciar. Se levantó, pensando que podría acercarse a la ventana y encontrar un tema de conversación alternativo en lo que viera por ella; pero, antes de llegar, se volvió y dijo:

—No es cuestión de escrúpulos; es cuestión de ver lo que uno tiene que hacer.

Ella dijo con claridad:

—Estás fingiendo todo esto porque te doy miedo.

La miró detenidamente por primera vez desde que ella volvió a la sala. Estaba allí sentada, con los pies recogidos en el diván y abrazada a sus rodillas; tenía cara de determinación. Parecía que estaba discutiendo alguna cuestión académica de la que estaba al tanto y que le interesaba. Él notó que llevaba mucho menos maquillaje de lo habitual.

—No después de lo de ayer —dijo. De nuevo, no era consciente de haber decidido qué decir.

—No sé a qué te refieres.

—No importa. Deja de poner objeciones. La cosa está perfectamente clara.

—No en lo que a mí respecta, James. No logro entenderte.

—Sí que me entiendes. —Se acercó y volvió a sentarse a su lado—. Vayamos al cine esta noche. Puedes desentenderte del teatro. A Carol no le importará, lo sé.

—No iba a ir, de todos modos.

—Arreglado entonces.

Alargó el brazo y le tomó la mano; ella no se movió. Hubo otra pausa, durante la cual oyeron los pesados pasos de alguien que bajaba al vestíbulo. Margaret se le quedó mirando un momento, luego volvió la cabeza. Con voz quebrada dijo:

—De acuerdo, iré al cine.

—Estupendo. —Dixon se alegró de que aquello terminara—. Iré a buscar a Neddy para que me guarde un asiento en el coche. Seis caben bien. Sube y arréglate.

Salieron al vestíbulo, donde Welch, que ahora llevaba un traje de sarga azul de extravagante hechura, admiraba su cuadro. Cuando Margaret dijo: «No tardo ni un minuto» y subió las escaleras, Dixon reflexionó que la conversación que habían tenido, con todas sus peculiaridades, había reflejado por ambas partes una sinceridad como nunca antes había habido en sus relaciones. Lo que ya era algo, después de todo.

La boca de Welch se abrió al sentir su proximidad, sin duda preparándose para una declaración que comenzase: «Lo interesante del arte infantil, por supuesto...»; pero Dixon se le adelantó, aduciendo que Margaret también ocuparía, si era posible, una plaza en el coche. Tras un brevísimo episodio de ceñuda extrañeza, Welch asintió

y acompañó a Dixon a la puerta principal, que abrió. Salieron al escalón. Soplaban una brisa ligera y el sol lucía a través de una fina gasa nubosa. El calor había cedido.

—Iré a traer el coche —dijo Welch—. Había olvidado por completo que íbamos a salir, ya ve, o no lo hubiese metido en el garaje. No tardo nada.

Partió. Mientras lo hacía, se oyeron los pasos de otra persona en la escalera. Dixon se volvió y vio a Christine, que avanzaba hacia él vestida, salvo por una chaquetilla negra, exactamente igual a como la vio en el fin de semana «artístico». Quizá eran ésas las únicas prendas de diario que tenía, en cuyo caso no debería haberle aceptado aquella libra para el taxi. Ella le sonrió y se detuvo a su lado en el escalón.

—Espero que Bertrand no te lo haya hecho pasar demasiado mal —dijo.

—¿Bertrand? No, no, no ha sido nada.

—Logré calmarlo en unos instantes.

La observó: estaba parada con las piernas separadas y tenía un aspecto muy robusto y seguro. La brisa le descolocó un mechoncito de pelo, a mitad de la raya. Entornó una pizca los ojos, por tener el sol de cara. Era como si se dispusiera a hacer algo peligroso, importante y sencillo, y supiera que tenía posibilidades, independientemente de los resultados. Un sentimiento de pena, que también lo era de exasperación, invadió a Dixon. Su mirada se perdió en los campos, más allá del seto cercano, hasta alcanzar una hilera de mimbreras que señalaba el lecho de un arroyo. Un bando de grajos, quizá unos doscientos, voló en dirección a la casa y, al llegar a la vertical del arroyo, viró para seguir el curso de éste.

—En cuanto a ese té de mañana... —dijo Dixon, medio volviéndose hacia Christine.

—¿Sí? —dijo ella, con expresión un tanto nerviosa—. ¿Qué pasa? —Mientras decía esto, Welch puso en marcha el coche al costado de la casa. Añadió—: No te preocupes, no faltaré. —Y antes de que él acertara a contestar, se volvió para mirar al vestíbulo por encima del hombro y le hizo un gesto negativo con el dedo, a la vez que fruncía el ceño.

Bertrand salió al escalón y los miró por turnos. Llevaba una boina azul, que causaba a Dixon una impresión similar al sombrero de pescador del Welch mayor. Si semejante tocado servía de protección, ¿contra qué protegía? Y si no era una protección, ¿qué era? ¿Para qué servía? ¿Para qué servía?

Como adivinando lo que deseaba preguntar, Christine volvió a fruncir el ceño, primero a él, luego a Bertrand.

—Ahora, independientemente de lo que penséis el uno del otro —dijo ella—, haced el favor de conteneros, los dos, y comportaros como Dios manda en presencia del señor y la señora Welch. Hace un rato creí que los dos habíais perdido la cabeza.

—Yo sólo le estaba diciendo que dónde... —empezó Bertrand.

—Bueno, pues ahora no vas a decirle nada —se volvió a Dixon— ni tú vas a decirle nada a él. Si empezáis a pelearos en el coche, salto.

Permanecieron alejados uno del otro durante unos instantes, mientras Dixon concentraba su pesar en el hecho de que dejar de cortejar a Christine implicaba imponer un alto el fuego a su campaña contra Bertrand. Entonces el coche de Welch, con su dueño al volante, dobló la esquina a trompicones y los tres se le acercaron. La señora Welch, acompañada de Margaret, salió de la casa, cerró la puerta principal y se les unió, sin mirar a Dixon. Siguió entonces un forcejeo más bien indigno para acomodarse, que acabó con Dixon ocupando el central de los tres asientos delanteros, con Margaret a su izquierda. Detrás se sentaron la señora Welch, Christine y Bertrand. Dixon apreció la hermosa simetría de esta disposición. Respirando ruidosamente, Welch quitó el pie del embrague y, al modo canguril al que ya debía de estar acostumbrado, el coche inició su recorrido.

## DIECINUEVE

Dixon miró el teléfono, que ocupaba su lugar sobre un paño de felpa negra en medio de una mesita de bambú situada en la salita de la señorita Cutler. Se sentía como un alcohólico examinando una botella de ginebra: sólo usándola conseguiría el alivio que buscaba, pero sus efectos colaterales, según recientes experiencias habían demostrado, que era probable que fuesen dañinos. Debía cancelar la cita con Christine, de la que ahora sólo lo separaban seis horas.

Para hacerlo debía correr el riesgo de que la señora Welch contestase al teléfono. Pero había decidido correr ese riesgo, que en otras circunstancias hubiese sido un factor disuasorio seguro, antes que mantener la cita y decirle a Christine cara a cara que su aventurilla había terminado ya. La sola idea de que ese encuentro sería el último era insoportable. Se sentó junto al teléfono, dio el número y, en cuestión de segundos, oyó la voz de la señora Welch. No le hizo perder la compostura, pero, antes de decir nada, puso su cara de hindú para dar salida a su enfado. ¿Acaso la señora Welch se pasaba la vida sentada, o puede que acostada, con el teléfono al alcance de la mano, por si a él le daba por llamar?

—Intentando establecer la conexión —canturreó como había planeado—. ¿Sí? ¿Quién es?

La señora Welch mencionó su número.

—Ya puede hablar, Londres —prosiguió—. Tiene línea. —Entonces apretó los dientes, abrió la boca de lado todo lo que pudo y dijo con una poderosa voz de bajo demasiado impostada—: Gallagheer, Gallagheer —al que siguió un relinchante—: Tíeeene líneaa, Londres —y la voz de bajo—: Gallagher, ¿está ahí con usted una tal señorita Callaghaaan? —Resopló, con intención de imitar interferencias en la línea.

—¿Quién habla, por favor?

Dixon se balanceó hacia delante y hacia atrás como en señal de dolor, acercando y alejando la boca del teléfono mientras hablaba:

—Gallagheer, Gallagheer, aquí Fortescue...

—Disculpe, no acabo de...

—Fortescue..., Fortescue...

—¿Quién habla? Suena como si...

—Gallagher... ¿es usted, señorita Callaghaaan?

—¿Es usted, señor...?

—Fortescue —Dixon berreó desesperadamente, tapándose la boca con la mano e intentando no toser.

—Es el señor Dixon, ¿verdad? ¿Qué intenta...?

—Gallagheer...

—Haga el favor de terminar con este... ridículo... con este...

—Tres minutos —relinchó, melosamente—. Acabe, por favor, su tiempo ha terminado. —Se dejó la voz en un último «Gallagheer», separado del teléfono cuanto el brazo daba de sí, y calló. Fue una rendición en toda regla.

—Si está todavía ahí, señor Dixon —dijo al poco la señora Welch, en una voz que las escasas millas de línea que mediaban volvía abrasiva—, quisiera decirle que, si vuelve a intentar interferir en mis asuntos o en los de mi hijo, tendré que pedirle a mi marido que se resuelva esta cuestión desde un punto de vista disciplinario, y en cuanto a lo de...

Dixon colgó.

—Jope —dijo. Temblando, echó mano a los cigarrillos; en los últimos días había renunciado a todo intento de racionárselos. Tendría que mantener su cita; un telegrama sería demasiado seco. Y, de todos modos, la señora Welch probablemente estaría al acecho para interceptarlo. Mientras encendía su cigarrillo, el timbre del teléfono saltó a medio metro de su cabeza. Sufrió un violento sobresalto y empezó a toser, antes de coger el teléfono. ¿Quién podría ser? Alguien que tocara el oboe, seguramente, preguntando por Johns, o quizá un clarinetista. Dijo:

—¿Sí?

Una voz que, para alivio suyo, reconoció como completamente extraña dijo:

—¿Vive ahí un tal señor Dixon, por favor?

—Al habla.

—Ah, señor Dixon, me alegro de haber dado con usted. Su universidad me dio el número. Me llamo Catchpole; supongo que habrá oído hablar de mí a Margaret Peel.

Dixon se puso tenso.

—Sí —dijo, sin comprometerse. No era la clase de voz que hubiera atribuido a Catchpole; era serena, educada y aparentemente tímida.

—Llamo porque creo que podría darme noticias de Margaret. He estado fuera últimamente y no he logrado saber nada de ella desde que volví. ¿Cómo anda estos días, lo sabe usted?

—¿Por qué no la localiza y se lo pregunta a ella? O quizá ya lo ha intentado y ella se niega a hablar con usted. Bueno, puedo entenderlo. —Dixon empezó a temblar otra vez.

—Creo que debe de haber algún malentendido respecto...

—Tengo sus señas, pero creo que es usted la última persona a quien habría de dárselas.

—Señor Dixon, no entiendo por qué adopta ese tono. Sólo quiero saber cómo está Margaret. No puede haber nada malo en ello, ¿no cree?

—Le advierto que, si está pensando en volver a intentarlo con ella, pierde el tiempo, ¿entiende?

—No sé a qué se refiere. ¿Está seguro de que no me confunde con otro?



—Se llama Catchpole, ¿verdad?

—Sí. Le ruego...

—Bueno, sé muy bien quién es usted. Y todo lo relacionado con usted.

—Le ruego que me escuche, señor Dixon. —La voz al otro extremo se quebró ligeramente—. Sólo quería saber si Margaret está bien o no. ¿Tanto le cuesta decírmelo?

Dixon se calmó ante este ruego.

—De acuerdo, lo haré. Ella goza de muy buena salud, físicamente. Mentalmente, está todo lo bien que se puede esperar.

—Muchas gracias. Me alegro de saberlo. ¿Le importa si le hago una pregunta más?

—¿Cuál?

—¿Por qué estaba usted tan enfadado conmigo hace un instante, cuando le pregunté por ella?

—Está bastante claro, ¿no?

—Para mí no, me temo. Creo que estamos manteniendo conversaciones cruzadas, ¿no le parece? No se me ocurre ninguna razón por la que usted pueda guardarme rencor. Ninguna razón real, quiero decir.

Sonaba bastante sincero.

—Bueno, a mí sí —dijo Dixon, incapaz de disimular el asombro en su voz.

—Aquí hay una confusión, lo veo. Me gustaría verle alguna vez, si me lo permite, e intentar aclarar las cosas. No podemos hacerlo por teléfono. ¿Qué me dice?

Dixon dudó.

—De acuerdo. ¿Qué sugiere?

Quedaron en verse para el aperitivo en un bar al final de la avenida de la Universidad, dentro de dos días, el jueves. Cuando Catchpole colgó, Dixon se sentó a fumar durante unos minutos. Aquello era preocupante, pero también lo eran la mayoría de las cosas que le habían pasado últimamente, y muchísimas cosas más. De todos modos, iría a ver qué pasaba. Y ni palabra a Margaret, por supuesto. Con un suspiro consultó la agenda de 1943 en la que apuntaba los números de teléfono, tiró del teléfono hacia él y dio un número de Londres. Poco después dijo:

—¿Está el doctor Caton, por favor?

Hubo otra breve demora, y luego una voz firme y segura surgió de la línea.

—Caton al habla.

Dixon dio su nombre y el de su facultad.

Por alguna razón, la firmeza y seguridad de la otra voz desapareció repentinamente.

—¿Qué desea? —preguntó con cierta brusquedad.

—He sabido de su nombramiento, doctor Caton (por cierto, ¿me permite que le dé mi enhorabuena?) y me preguntaba qué iba a pasar con el artículo mío que tuvo la bondad de aceptar para su revista. ¿Puede decirme cuándo saldrá?

—Ah, veré, señor Dickerson, las cosas se han complicado mucho últimamente, ya sabe. —La voz era segura de nuevo, como si recitase una lección que él sabía que sabía—. Hay mucho material a la espera de publicación, como puede imaginar. No esperará que su artículo (que me gustó mucho) vaya a salir dentro de cinco minutos, ya sabe.

—Lo entiendo, doctor Caton; me doy perfecta cuenta de que habrá una larga cola. Sólo me preguntaba si podría darme una fecha aproximada, eso es todo.

—Ojalá supiera lo complicadas que están aquí las cosas, señor Dickerson. Componer el material con el que trabajamos es una labor que sólo puede abordar un cajista excepcionalmente habilidoso. ¿Ha pensado alguna vez lo lento que puede ser componer tan sólo media página de notas al pie?

—No, pero comprendo perfectamente que debe de ser una cosa muy complicada. Sólo quería, en realidad, que me diera una idea aproximada de cuándo cree que podría tener mi artículo publicado.

—Bueno, en cuanto a eso, señor Dickerson, las cosas no son en absoluto tan sencillas como puede parecerle. Seguramente conoce a Hardy, del Trinity; hace meses que tengo una cosa suya en imprenta, y dos o tres veces al día, incluso más, tengo a los impresores al teléfono con tal o cual duda. Muchas veces, por supuesto, no tengo más remedio que decirles que consulten con él, cuando se trata de algún documento extranjero o algo por el estilo. He conocido a gente en su posición que cree que el trabajo de un editor es coser y cantar; la verdad dista mucho de eso, créame.

—Estoy seguro de que debe de ser una labor muy exigente, doctor Caton, y créame que no intento obligarle a que se comprometa con algo definitivo, pero es muy importante para mí tener alguna idea de cuándo podrá publicar mi artículo.

—No puedo empezar a prometer que tendré su artículo publicado la semana que viene —dijo la voz en tono molesto, como si Dixon hubiese estado insistiendo estúpidamente en este único extremo—, con las dificultades que hay. Estoy seguro de que puede entenderlo. No creo que se dé cuenta de la cantidad de planificación que requiere cada número, especialmente un primer número. No es como trazar un horario de trenes... ¿Cómo? ¿Cómo? —acabó, en voz alta y con suspicacia.

Dixon se preguntó si, sin darse cuenta, se le habría escapado de sus labios algún impropio. Un golpeteo hueco, metálico, había empezado a oírse en la línea, como si martilleasen acero galvanizado dentro de una catedral. En voz más alta dijo:

—Estoy seguro de que no lo es, y estoy del todo conforme con la demora. Pero, para serle completamente sincero, doctor Caton, necesito mejorar urgentemente mi posición en mi departamento, y su palabra bastaría, con tal de que me diera una...

—Lamento oír sus problemas, señor Dickerson, pero me temo que ya tengo bastantes dificultades aquí para hacerme también cargo de las suyas. Hay muchísima gente en su caso, ya sabe; no sé qué haría si todos empezaran a exigirme promesas de ese modo.

—Pero doctor Caton, no le he pedido una promesa. Todo lo que necesito es un plazo estimado; eso me serviría, por vago que fuese... «La segunda mitad del año que viene», por ejemplo. No se compromete lo más mínimo sólo por darme un plazo estimado. —Hubo un silencio que Dixon interpretó como de furor incubado—. ¿Me da su permiso para decir «la segunda mitad del año que viene» si me preguntan?

Aunque Dixon aguardó durante diez segundos o más, no hubo más respuesta que el golpeteo metálico, que había aumentado en volumen y velocidad.

—Las cosas están muy difíciles, las cosas están muy difíciles, las cosas están muy difíciles... —farfulló Dixon al teléfono, y luego mencionó unas cuantas cosas difíciles que se le ocurría que podrían ser susceptibles de ser intentadas por el doctor Caton. Y sin dejar de idear variaciones sobre este tema, siguió musitando para sí, meneando la cabeza y los hombros como una marioneta. A Welch le había salido un competidor en el campo de las técnicas de evasión (división verbal), y en la división física de ese mismo campo este tipo había derrotado a Welch a la primera: trasplantarse a Sudamérica era la culminación tradicional de una trayectoria evasiva. Ya en su habitación, Dixon llenó sus pulmones al máximo y luego gimió durante medio minuto o más sin tomar aire. Sacó las notas de su conferencia y continuó redactándolas.

Cinco horas después, tenía lo que calculó que equivalía a cuarenta y cuatro minutos de conferencia. A esas alturas, parecía que no había datos en ningún lugar del universo, de su propio cerebro o en el de cualquier otro, o sueltos por ahí, que pudieran incluirse en su perspectiva actual. E, incluso así, había estado deslizándose durante la mayor parte de esos cuarenta y cuatro minutos por el filo de navaja que separa lo quizá-apeñas-relevante de lo irreductiblemente, inapelablemente irrelevante. Los quince minutos que faltaban para redondear la cosa hasta los cincuenta minutos que se había fijado tendrían que emplearse en una conclusión presumiblemente extensa, y él no quería escribir nada de ese tenor. Algo al estilo de «Para terminar, démosle gracias a Dios por el siglo xx» le satisfaría, pero no satisfaría a Welch. Entonces tomó el lápiz de nuevo, soltó una risa feliz y escribió: «Este repaso, con ser tan breve, carecería de finalidad si lo dejásemos en una mera (tachó la palabra “mera”) narración histórica. Hay lecciones valiosas para nosotros, que vivimos en una época de diversiones prefabricadas. Uno se pregunta cómo reaccionaría alguno de los hombres y mujeres que he tratado de describir ante fenómenos tan típicamente modernos como el cine, la radio, la televisión. Qué pensaría, habituado como estaba (¿o “había estado”, o “habría estado”?) a hacer su propia música (debía mirar a Welch en este punto), de una sociedad donde personas como él eran consideradas rarezas, donde tocar uno, cada uno, su propio instrumento, en vez de pagar a otros para que lo hicieran, o cantar un madrigal en vez de un bailable barato, equivale a ganarse el temido título de “bicho raro”; donde...».

Dejó de escribir y salió corriendo en dirección al cuarto de baño. Empezó a lavarse a una velocidad frenética. Había tardado más de la cuenta en dejarlo; con

suerte tendría tiempo de prepararse y salir corriendo hacia el hotel para tomar el té con Christine, pero no para pensar en el té con Christine. Sin embargo, a pesar de lo enérgico de sus movimientos, empezó a sentirse un tanto mareado por la aprensión.

Llegó al hotel dos minutos tarde. Al girarse para entrar en la sala donde se servía el té, sintió que una punzada de dolor, o lo que fuese aquella emoción, le pateaba el diafragma al ver a Christine ya sentada, esperándolo. Había contado con unos pocos minutos de gracia para pensar en qué decirle; si hubiese sido Margaret, los hubiese tenido, y más.

Ella sonrió mientras él se acercaba.

—Hola, Jim.

Él se sentía físicamente muy nervioso.

—Hola —dijo, casi tosiendo. Luchando con la tentación de comprobar que tenía derecha la corbata, las solapas de los bolsillos sin remeter y la bragueta abotonada, se sentó cautelosamente delante de ella. Que ese día llevaba una chaqueta del mismo tejido que su falda color ciruela, y tanto éstas como la blusa blanca parecían recién planchadas. Asustaba verla tan guapa; tanto, que la cabeza de Dixon empezó a dar vueltas por el esfuerzo de pensar en algo que decirle, algo diferente de lo que había venido expresamente a decir.

—¿Qué tal? —preguntó ella.

—Muy bien, gracias; he estado trabajando. Has podido escabullirte sin problemas, supongo.

—No exactamente «sin problemas».

—Vaya, lamento oír eso. ¿Qué ha pasado?

—Creo que Bertrand sospechaba algo. Le dije que había un par de cosas que quería hacer en la ciudad. No mencioné nada en particular, porque pensé que eso hubiera parecido un tanto...

—Ya. ¿Y cómo se lo tomó?

—No demasiado bien. Volvió y empezó a darle con que yo era dueña de mis actos, y que debía hacer lo que quisiera, y que no debía sentirme atada de ningún modo... Hizo que me sintiera culpable.

—Puedo entenderlo bastante bien.

Ella se inclinó hacia delante y puso los codos en la mesita redonda que se interponía entre ellos.

—Ya ves, Jim, en cierto modo creo que no ha estado nada bien esto de quedar contigo. Pero dije que lo haría y, por tanto, tenía que venir. Y, por supuesto, todavía lo deseaba, tanto como cuando me lo pediste. Pero he estado dándole vueltas y he decidido... Oye, ¿y si nos tomamos primero el té y luego hablamos?

—No, dímelo ahora, sea lo que sea lo que quieres decirme.

—Muy bien, entonces. Ahí va, Jim: creo que, por el motivo que fuera, yo no estaba del todo en mis cabales entonces, quiero decir, cuando me pediste que nos viésemos hoy. Creo que no hubiera aceptado venir si hubiese tenido tiempo de pensar

lo que hacía. De todos modos, habría seguido queriendo venir. Siento haber abordado esto tan directamente, apenas hemos tenido tiempo de decirnos «Hola», pero ves adónde voy a parar, ¿verdad?

Dixon no reflexionó que esta actitud facilitaba sus propósitos. Dijo con voz apagada:

—¿Me estás diciendo que no quieres seguir con esto?

—No veo cómo íbamos a seguir, ¿tú no? Ojalá hubiese dejado esto para después, pero no podía quitármelo de la cabeza. A ver: tú no te mueves de aquí, ¿verdad? ¿O vas a Londres con frecuencia?

—No, casi nunca voy.

—En ese caso, la única oportunidad de vernos sería cuando Bertrand me invitase a venir y quedarme en casa de sus padres, como ahora, y tendría siempre la sensación de que hacía mal en verte a escondidas. Y, de todos modos... —Calló e hizo un movimiento facial que impulsó a Dixon a volver la cabeza desde su asiento.

Se les había acercado un camarero joven, cuyos pasos había silenciado la alfombra, y ahora lo tenían al lado, dejando caer el peso de su cuerpo sobre uno y otro pie y respirando por la boca. Dixon pensó que jamás había visto un rostro humano que irradiase tanta insolencia sin recurrir al habla, al gesto o a cualquier deformación de los rasgos. Este personaje hacía equilibrios presuntamente gráciles con la bandeja plateada, con la mirada perdida más allá de Dixon y Christine. Cuando Dixon dijo: «Té para dos, por favor», el camarero le sonrió ligeramente a ella, como para mostrarle una altiva pero sincera lástima, y luego se dio la vuelta, dejando que la bandeja rebotase sobre su rodilla mientras se alejaba.

—Disculpa, ¿qué decías? —dijo Dixon.

—Sólo que..., bueno, que estoy atada a Bertrand, eso es todo. No es tanto una cuestión de que tenga obligaciones hacia él, ni nada de eso. Es sólo que no quiero hacer tonterías. Y no es que crea que sea ninguna tontería venir a verte. Vaya, parece que no soy capaz de explicarlo de un modo que parezca mínimamente sensato. — Poco a poco e intermitentemente, iba adoptando su tono y aires de dignidad—. Me temo que todo lo que puedo pedirte que hagas es que intentes comprender. Sé que es lo que se dice siempre, y creo que ni siquiera yo me entiendo muy bien, así que no sé cómo voy a esperar que lo hagas tú, pero ya ves.

—¿Te refieres a lo que me dijiste de que estabas más bien harta de Bertrand?

—No, eso sigue siendo cierto. Lo que intento hacer ahora es estar a las duras y a las maduras. Las duras siguen siendo igual de duras que cuando hablamos de ello en el taxi. Pero debo hacer un esfuerzo; no debo dejar las cosas en cuanto me apetece, no puedo ir por ahí esperando que la gente se porte siempre según mis deseos. Tiene que haber una cierta cantidad de altibajos en una relación como la que mantengo con Bertrand. De nada sirve enrabiarse; hay que aceptarlo, incluso aunque yo no quiera aceptarlo. El problema es que, para hacerlo, tengo que apartarte de mi camino.

—No te preocupes por eso —dijo Dixon—. Debes hacer lo que creas mejor.

—Nada de lo que haga puede ser muy satisfactorio —dijo ella—. Me doy cuenta de que me he portado como una tonta en toda esta historia. —Aunque ya estaba del todo en su papel, Dixon apenas lo notó—. Lo que quiero que dejes de pensar es que estaba siendo frívola cuando... ya sabes, cuando dejé que me besaras y acepté venir hoy y demás. Sentía todo lo que dije; si no, no lo hubiese dicho. Y no quiero que creas que lo hacía sólo por divertirme, o que he cambiado de idea y decidido que ya no me gustas tanto, ni nada por el estilo. No es eso y no debes pensar lo contrario.

—No te preocupes, Christine. Puedes saltarte esta parte. Ah, aquí lo tenemos.

El camarero reapareció al lado de Dixon con una bandeja cargada, que medio bajó, medio dejó caer a un centímetro de la mesa; luego, con una ofensiva exageración de las precauciones, la posó en silencio. Enderezándose, esbozó otra sonrisa, esta vez dirigida a Dixon, hizo una pausa, como para dejar claro que no tenía la más mínima intención de colocar el servicio en la mesa, y se marchó, fingiendo una acusada cojera.

Christine empezó a repartir la loza y a servir el té. Al darle su taza, dijo:

—Lo siento, Jim. No quería portarme así contigo. Toma un bocadillo.

—No, gracias, no quiero comer nada.

Ella asintió y empezó a comer con apetito más que aparente. Dixon se sintió interesado por esta convencional ausencia de sensibilidad convencional; era casi la primera vez en su vida en que una mujer se portaba de la manera supuestamente típica en las mujeres.

—Después de todo —dijo ella—, tienes tus compromisos con Margaret, ¿no es así?

Él suspiró un tanto trémulamente. Aunque la peor parte del encuentro teóricamente había terminado, y sin haberle causado aún el efecto entontecedor que sabía que pronto acusaría, todavía se sentía nervioso.

—Sí —replicó—. De eso quería hablarte esta tarde, si no hubieras empezado tú primero. Vine aquí para decirte que creía que no deberíamos vernos más, a mi parecer, a causa de lo mío con Margaret.

—Ya veo. —Ella empezó a comer otro bocadillo.

—A decir verdad, las cosas han llegado a un punto crítico en los últimos días. Desde el baile, en realidad.

Ella le echó una mirada rápida.

—Tuvisteis una discusión a propósito de eso, ¿verdad?

—Bueno, sí, supongo que puede llamarse así. Muchísimo más que una discusión, la verdad.

—Ahí lo tienes, ¿ves? He estado causando toda clase de problemas por escabullirme contigo como lo hice.

—No digas tonterías, Christine —dijo Dixon, irritado—. Hablas como si hubieses sido tú la que lo empezó todo. Si hubo algún causante de todos esos problemas, como tú los llamas, he sido yo. Y no es que me crea culpable de nada, como no te creo a ti.

Fue una cosa perfectamente natural. Y todos estos reproches que nos hacemos no dejan de parecerme un tanto forzados.

—Lo siento; debo de haberme expresado mal. No estaba forzando nada, que yo sepa.

—No, ni por un momento he pensado eso. No pretendía mostrarme enfadado. Lo de Margaret ha estado deprimiéndome bastante.

—¿Tan malo fue? ¿Qué te dijo?

—Bueno, dijo de todo. No se dejó nada de cuanto tenía que decir.

—Lo pintas como algo tremendo. ¿Qué pasó exactamente?

Dixon suspiró de nuevo y bebió un poco de té.

—Es todo tan... complicado. No quiero aburrirte.

—No me aburrirás. Me gustaría escucharlo, si a ti te apetece contármelo. Es tu turno, después de todo.

La sonrisa que ella esbozó tras este comentario casi sacó a Dixon de sus casillas. ¿Es que esto le parecía gracioso?

—Está bien —dijo, desganadamente—. Bueno, hay mucha historia pasada mezclada con esto, ya sabes. Ella es una muchacha decente de verdad, y yo la aprecio mucho, o la apreciaría, si ella me dejara. Pero me he atado a ella sin pretenderlo, aunque sé que suena ridículo. Cuando la conocí, sería por octubre, salía con un tal Catchpole... —Hizo un relato resumido, pero, salvo en eso, apenas retocado, de sus pasadas relaciones con Margaret, terminando con la ida al cine la noche anterior. Le dio un cigarrillo a Christine, que se había comido toda la comida que había traído el camarero, se sirvió uno él mismo, y dijo—: Así que ahora todo está otra vez más o menos como antes, aunque no me gustaría tener que explicar qué significa ese «más o menos», y «como antes» resulta también un poco vago. No creo que ella sepa lo interesado que he estado por ti, la verdad, y supongo que no me daría las gracias por decírselo.

Christine evitó sus ojos, mientras apuraba su cigarrillo de un modo inexperto. Preguntó en un tono desinteresado:

—¿Qué aspecto dirías que tenía cuando la dejaste?

—El mismo que había tenido toda la tarde, muy tranquila y aparentemente razonable. Ya, ya sé que suena un poco ofensivo; no es eso lo que quiero dar a entender, lo que quiero decir es que ella..., bueno, no estaba tan excitable, no había en ella la tensión nerviosa que suele haber.

—¿Crees que seguirá en ese estado, ahora que sabe que las cosas están más asentadas?

—Bueno, he de admitir que empiezo a tener esperanzas de que... —Ahora que ponía voz a las esperanzas, éstas parecían ridículamente ingenuas—. Bueno, no sé. De todos modos, eso no cambia mucho las cosas.

—Das la impresión de que todo esto te hace muy desgraciado.

—¿La doy? No ha sido fácil, la verdad.

—No, y no parece que vaya a mejorar, ¿verdad? —Como Dixon, irritado por esta pregunta, no dijo nada, ella prosiguió, sacudiendo la ceniza en un platillo—: No creo que te apetezca oírme decir esto, pero creo que debes desengañarte. No creo que ninguno de los dos vaya a ser feliz con el otro.

Dixon intentó suprimir su irritación.

—No, no creo que podamos, pero no hay nada que hacer. Resulta que no podemos romper, eso es todo.

—Bueno, ¿qué vas a hacer entonces? ¿Vas a prometerte con ella?

Era la misma clase de curiosidad que había mostrado semanas antes hacia sus costumbres de bebedor.

—No sé —dijo él fríamente, intentando no pensar en prometerse con Margaret—. Supongo que es posible, si las cosas siguen como están durante un tiempo.

Ella no pareció acusar su tono hostil. Cambiando de posición en el asiento, echó una ojeada a la sala, y luego dijo, en tono didáctico:

—Bueno, parece que los dos tenemos lo que nos merecemos. Menos mal.

La vacuidad autoritaria de este comentario, al reaccionar con la sensación general de remordimiento malhumorado que invadía a Dixon, hizo que éste empezara a hablar rápidamente:

—Sí, la verdad es que no hay por donde cogernos, si te paras a pensar. Tú sigues con lo tuyo con Bertrand porque, en líneas generales, y a pesar de los riesgos inherentes a esa clase de asuntos, crees que hacer eso es más seguro que jugártela conmigo. Conoces sus inconvenientes, pero no los inconvenientes que pudiera tener yo. Y yo me quedo con Margaret porque no tengo agallas para dejarla vivir su vida y que se cuide de sí misma, y por eso hago esto en vez de lo que quiero hacer, porque me da miedo hacerlo. Nuestro problema es esta especie de cautela malsana e indigesta; ni siquiera puede decirse que sea mirar por lo que nos conviene. —La miró con ligero desprecio, y le dolió leer ese mismo sentimiento en el modo en que ella lo miró—. Eso es todo lo que hay; y lo peor de todo es que seguiré haciendo exactamente lo que hacía al principio. Esto prueba lo poco que ayuda saber dónde tienes los pies. —Por alguna razón, esta última observación le trajo a la mente la idea de que unas pocas palabras suyas bastarían para acabar con el apego de Christine por Bertrand; sólo tendría que contarle lo que Carol le había contado. Pero ella seguramente lo sabía, quizá le tenía tanto cariño a Bertrand que no rompería con él ni siquiera por algo así, preferiría tener la mitad de él mejor que nada. Y, de todos modos, ¿qué pensaría ella de él si sacara eso a colación precisamente ahora? No, más valía olvidarse de eso. Parecía que nunca habría una ocasión apropiada para hacerle esa revelación a nadie, lo que constituía una cruel injusticia, si se considera con qué lealtad había mantenido la boca cerrada y cuánto llevaba esperando el momento oportuno.

Christine había inclinado la cabeza —qué bien peinado llevaba el pelo— sobre el platillo contra el que estaba apagando el cigarrillo.



—Creo que estás sacando las cosas de quicio innecesariamente, ¿no crees? Entre nosotros no ha sucedido nada digno de mención, ¿verdad? —Mantuvo la cabeza baja.

—Cierto, pero ése no es el modo de juzgar...

Ella lo miró a los ojos, con el rostro encendido, y esto lo hizo callarse.

—Creo que es una tontería hablar del modo en el que estás hablando —dijo, con un cierto deje barriobajero en su voz que él ya había notado antes—. Da la impresión que crees que has demostrado algo con todo lo que has dicho. Por supuesto que eso es lo que estamos haciendo; hablas como si eso fuera lo único que hacemos. ¿No crees que la gente siempre hace las cosas porque quiere hacerlas, porque quiere que las cosas terminen bien? No sé de qué sirve llamar «cautela» y «no tener agallas» al intento de hacer las cosas bien. Hacer lo que sabes que tienes que hacer es horrible a veces, pero eso no quiere decir que no merezca la pena. Hay algo en lo que has dicho que me ha hecho pensar que te imaginas que me acuesto con Bertrand. Si piensas eso, es que no sabes nada de las mujeres. No me extraña que estés pasándolo tan mal si te imaginas esa clase de cosas. Eres de los que nunca están contentos con lo que han hecho, sea lo que sea. Creo que es hora de irme, Jim; no tiene mucho sentido que...

—No, no te vayas —dijo Dixon con inquietud. Los acontecimientos se sucedían demasiado rápido para él—. No te enfades. Quédate un poco más.

—No estoy enfadada. Sólo estoy harta de todo esto.

—Yo también.

—Cuatro chelines —dijo el camarero al costado de Dixon. Su voz, oída ahora por vez primera, sugería que tenía un caramelo medio comido al fondo de su garganta.

Dixon se registró los bolsillos y le dio dos medias coronas. Se alegró de la interrupción, que le dio tiempo para recuperar parte de su equilibrio emocional. Cuando estuvieron solos, dijo:

—¿Nos volveremos a ver alguna vez?

—Una más, por lo menos. Voy a asistir a tu charla, y a la copa que dan antes en casa del decano.

—Por Dios, Christine, no me digas que vas a venir, te vas a morir de aburrimiento. ¿Cómo has dejado que te metan en esto?

—El decano ha invitado a tío Julius, y parece ser que, en un momento de debilidad, éste aceptó, y ahora insiste en que yo vaya con él para hacerle compañía.

—Qué cosa tan rara.

—Dijo que tenía ganas de volver a verte.

—¿Y a qué viene que diga eso? Apenas si he cruzado dos palabras con él.

—Bueno, el caso es que lo dijo. No me preguntes por qué.

—Al menos te veré a distancia. Eso sí que estará bien.

Christine dijo de pronto, con la voz cambiada:

—No, no estará nada bien. ¿Cómo iba a estarlo? Será muy divertido, ¿no crees?, estar ahí de pie, dándole conversación a Bertrand y al tío Julius y a todos los demás como una buena chica. Ah, sí, lo estaré pasando estupendamente, muchas gracias. Es

todo tan... Es intolerable. —Se levantó y Dixon, que no encontraba qué decir, la imitó—. Es la gota que colma el vaso. Esta vez me voy de verdad. Gracias por la merienda.

—Dame tus señas, Christine.

Ella lo miró con desprecio, con sus ojos marrones dilatados bajo las cejas morenas.

—Eso sí que no viene al caso. ¿De qué demonios serviría?

—Me haría sentir que ésta no es la última vez que nos vemos.

—Bueno, de nada sirve sentir eso, ¿o sí? —Ella lo adelantó rápidamente y salió de la sala sin volver la mirada.

Dixon volvió a sentarse y se fumó otro cigarrillo acompañado de media taza de té casi frío. No hubiera creído posible que un hombre que acababa de hacer justo lo que se proponía pudiera tener esa violenta sensación de fracaso y completa inutilidad. Reflexionó por un instante que si Christine se pareciera a Margaret y Margaret se pareciera a Christine, él estaría ahora de mucho mejor ánimo. Pero eso era especular sobre imposibles: si Margaret hubiera tenido la cara y el cuerpo de Christine nunca hubiese llegado a convertirse en Margaret. Lo único que podía decirse con lógica era que Christine era afortunada por ser tan guapa. Lo que se necesitaba es suerte: sólo con un poquito más de suerte él hubiera podido aprovechar una momentánea confluencia de vías y encarrilar su vida por una cuyo curso se desviase pronto de la que ahora seguía. Se sobresaltó y pegó un salto: la hora de la reunión de examinadores debía de estar al caer. Apartando de su mente la idea de que Margaret estaría allí, salió, y luego se volvió y se dirigió al camarero, que estaba echado contra la pared.

—¿Me da mi cambio, por favor?

—¿El cambio?

—Sí, el cambio. ¿Me lo da, por favor?

—Me dio usted cinco chelines.

—Sí, la cuenta era cuatro chelines. Quiero que me devuelva un chelín.

—¿No era mi propina?

—Podría haberlo sido, pero ya no lo es. Démelo.

—¿El chelín entero?

—Sí, entero. Démelo. Ya.

El camarero no hizo el menor intento de sacar el dinero. En su voz medio ahogada, dijo:

—Mucha gente me deja una propina.

—Mucha gente le hubiera dado ya una patada en el culo. Si no me da mi cambio de aquí a cinco segundos, llamaré al encargado.

Cuatro segundos después Dixon salía del hotel a la tarde soleada, con su chelín en el bolsillo.

## VEINTE

—Y ya para terminar, ¿qué aplicación práctica tiene todo esto? ¿Puede hacerse algo para detener, o siquiera para retrasar, el proceso que he descrito? Les digo que algo puede hacer cada uno de los aquí presentes esta noche. Cada uno de nosotros podemos tomar la determinación de hacer algo todos los días para oponernos a la imposición de las calidades industriales, para protestar contra los muebles y los menajes feos, para denunciar la arquitectura pretenciosa, para oponernos a la colocación, cada vez en más lugares públicos, de altavoces retransmitiendo programas populares, para decir algo contra la prensa amarilla, contra los superventas, contra el órgano electrónico, y decir algo a favor de la cultura instintiva de las comunidades integradas, como nuestros pueblos. De ese modo estaremos diciendo algo, aunque parezca poco a nivel particular, a favor de nuestra tradición nativa, de nuestra herencia común; a favor, en suma, de lo que una vez tuvimos y quizá algún día volvamos a tener: la Vieja Inglaterra.

Con un largo y casi articulado eructo, Dixon se levantó de la silla donde había estado escribiendo esto e hizo su imitación del mono por toda la habitación. Con un brazo doblado por el codo de modo que los dedos le rozasen el sobaco, y el otro retorcido en el aire hasta tocar la coronilla con la cara interna del antebrazo, cruzó el cuarto en zigzag con las rodillas dobladas y balanceando los hombros encogidos y llegó a la cama, sobre la que dio varios saltos, mientras parloteaba para sí. Al golpe que se oyó en la puerta siguió tan rápidamente la entrada de Bertrand que apenas le dio tiempo de dejar de parlotear y enderezarse.

Bertrand, que llevaba su boina azul, lo miró:

—¿Qué haces subido ahí?

—Me gusta estar subido aquí, gracias. ¿Alguna objeción?

—Baja y deja de hacer el tonto. Tengo unas cuantas cosas que decirte, y te conviene escuchar. —Parecía preso de un furor controlado y respiraba pesadamente, aunque esto bien podía deberse a haber subido corriendo dos tramos de escaleras.

Dixon bajó al suelo de un salto, con ligereza; también él jadeaba un poco.

—¿Qué quieres decirme?

—Sólo esto. La última vez que te vi te dije que te mantuvieras apartado de Christine. He descubierto que no lo has hecho. ¿Qué me dices de eso, para empezar?

—¿Qué quieres decir con que no me he mantenido apartado de ella?

—No me vengas con ésas, Dixon. Sé que ayer tomaste el té con ella a escondidas. No te quito el ojo de encima.

—¿Así que te lo ha contado?

Bertrand tensó los labios tras la barba, que pedía a gritos un peinado.

—No, no, por supuesto que no —dijo violentamente—. Si la conocieras lo más mínimo, sabrías que ella no hace esas cosas. No es como tú. Si de verdad quieres saberlo (y espero que te siente como una patada), fue uno de tus presuntos amigos en esta casa quien se lo contó a mi madre. Deberías distraerte pensando en esto. Todo el mundo te odia, Dixon, y por Dios que lo entiendo. De todos modos, a lo que vengo es a que me des una explicación de tu conducta.

—Vaya por Dios —dijo Dixon con una sonrisa—. Me temo que eso es pedirle peras al olmo. Explicar mi conducta... Eso sí que es pedir. No sé de nadie que esté a la altura de esa tarea. —Observaba atentamente a Bertrand, mientras archivaba la noticia de este último golpe de Johns (¿qué otro podía ser?) para posterior consideración y apropiada respuesta.

—Corta ya —dijo Bertrand, sonrojándose—. Te advertí tajantemente que dejaras a Christine en paz. Cuando digo algo así espero que la gente tenga la sensatez de hacer lo que digo. ¿Por qué no lo has hecho, eh?

El furor de Bertrand, y el mero hecho de su visita, combinaban bien con la superfluidad de ambas cosas, una vez que Dixon, por otras razones, había renunciado a su interés por Christine, y abandonado por tanto su campaña anti-Bertrand. Pero hubiera sido una tontería por su parte no guardárselo y disfrutar de la presa que tenía a tiro.

—No me dio la gana —dijo.

Hubo una pausa, durante la cual Bertrand por dos veces pareció a punto de emitir un largo aullido inarticulado. Sus extraños ojos parecían de cristal esmerilado. Luego, en voz más baja que antes, dijo:

—Óyeme, Dixon, no parece que te des cuenta del lío en que te has metido. Permíteme explicártelo. —Se sentó en el brazo del sillón y se quitó la boina, que casaba mal con el traje oscuro, el cuello blanco y la corbata con motivos vegetales que llevaba. Dixon se sentó en la cama, que emitió un suave gemido bajo su peso.

—Lo que hay entre Christine y yo —dijo Bertrand, jugueteando con su barba— es algo serio, sin lugar a dudas. Nos conocemos desde hace un periodo de tiempo considerable. Y no estamos en ello sólo por echar una cana al aire, no sé si me sigues. De momento no deseo casarme, pero está escrito que puede que me case con Christine en cosa de dos años. Lo que quiero decir es que es una relación a largo plazo, sin la menor duda. Christine es aún muy joven, más joven incluso que los años que tiene. No está acostumbrada a que haya tipos que la saquen de los bailes y la inviten a meriendas clandestinas en hoteles y lo que sigue. Dadas las circunstancias, es lógico que se sienta halagada, que disfrute con la novedad y demás, de momento. Pero sólo de momento, Dixon. No tardará mucho en empezar a sentirse culpable y a arrepentirse de haber aceptado tus invitaciones. Y ahí es donde empezarán las complicaciones. Siendo la clase de chica que es, se sentirá mal por querer librarse de ti y por hacer cosas a mis espaldas (ella todavía no sabe que estoy enterado de esto) y

por todo el asunto. Bueno, eso es lo que quiero impedir, por la sencilla razón de que eso no va a beneficiarme en absoluto. Ya he dedicado bastante tiempo a enderezarla; no quiero empezar de cero otra vez. Así que lo que quiero decirte es: sal de mi terreno, eso es todo. Con tu comportamiento no haces más que causar problemas. No sacarás nada de esto, sólo hacerle daño a Christine y molestarme a mí. Le quedan unos cuantos días que pasar aquí y sería una tontería estropeárselos, en bien de todos. ¿Lo ves claro ahora?

Dixon había encendido un cigarrillo para ocultar el efecto que le causaba esta versión de los motivos de Christine: era más penetrante de lo que hubiese esperado de Bertrand.

—Sí, todo está bastante claro, hasta cierto punto —dijo en lo que esperaba que fuera un tono casual—. Salvo, claro está, lo de enderezar a Christine, que no son más que ilusiones de baboso. Pero no te preocupes; no hay duda de que para ti todo está bastante claro. Para mí nada lo está, sin embargo. No parece que te des cuenta de que todo eso será verdad sólo si tus premisas lo son.

—Te digo que lo son —dijo Bertrand, levantando la voz—. Eso es lo que te estoy diciendo.

—Sí, ya lo he notado. Pero no esperes que asuma tus premisas. Ahora me toca a mí decirte algo. La parte seria, a largo plazo, de este asunto no tiene nada que ver contigo y Christine. Nada de eso. Tiene que ver conmigo y Christine. Lo que está ocurriendo no es que yo la esté apartando innecesariamente de ti, sino que tú la estás apartando innecesariamente de mí... de momento. No durará mucho. ¿Te parece claro ahora?

Bertrand se alzó de nuevo sobre sus pies y se plantó frente a Dixon con las piernas ligeramente separadas. Habló en un tono neutro, pero tenía los dientes apretados.

—A ver si te metes esto en lo que llamas cerebro. Cuando veo algo que quiero, voy a por ello. No permito que gente como tú se interponga en mi camino. He ahí lo que no has tenido en cuenta. Me llevo a Christine porque estoy en mi derecho. ¿Lo entiendes? Si voy a por algo, no me importa lo que haya que hacer para conseguirlo. Ésa es la única ley por la que me rijo, es el único modo de conseguir las cosas en este mundo. Tu problema, Dixon, es que no eres de mi talla. Si quieres pelea, busca a alguien de tu talla, y quizá tengas una oportunidad. Conmigo no tienes ni una posibilidad.

Dixon se acercó un paso.

—Eres ya un poco viejo para que esto te funcione, Welch —espetó—. La gente no va a estar siempre apartándose a tu paso. Crees que sólo porque eres alto y sabes poner pintura en un lienzo eres una especie de semidiós. No estaría tan mal si lo fueras. Pero no lo eres. Eres un tramposo y un creído y un fanfarrón y un idiota. Crees que eres sensible, pero no: tu sensibilidad sólo funciona con las cosas que la gente te hace. Susceptible y vanidoso, sí, pero no sensible. —Hizo una pausa, pero

Bertrand tenía los ojos fijos en él y no hizo el menor intento de interrumpirlo. Dixon prosiguió—: Tienes la idea de que eres un gran amante, pero también ahí te equivocas: tienes tanto miedo de mí (que, según tú, no soy más que un gusano), que tienes que presentarte aquí y decirme que no invada tu terreno, como un marido atribulado. Y tienes la indecencia de decirme lo importante que Christine es para ti sin que se te pase por la cabeza que tienes un lío con la mujer de otro. Y no es eso lo único que critico; es ese modo tuyo de no caer en la cuenta de lo insincero que...

—¿De qué demonios estás hablando? —El aire silbaba al salir por la nariz de Bertrand. Apretó los puños.

—Tus canitas al aire con Carol Goldsmith. De eso hablo.

—No sé a qué te refieres...

—Vamos, querido amigo, no lo niegues. ¿Para qué molestarse, de todos modos? Supongo que es una de esas cosas que haces porque estás en tu derecho, ¿verdad?

—Si le vas a Christine con ese cuento, te romperé el pescuezo en tantos pedazos que...

—Tranquilo, no soy de éstos —dijo Dixon con una sonrisita—. Puedo quitarte a Christine sin recurrir a eso, aprendiz de Byron.

—De acuerdo, te lo has ganado —Bertrand aulló furiosamente—. Te lo advertí. —Se acercó y se detuvo amenazadoramente junto a Dixon—. Vamos, levántate, borracho asqueroso, mierdecilla repugnante.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Bailar?

—Ya te daré yo baile, ya te haré yo bailar, no te preocupes. Levántate, si te atreves. Si crees que voy a volver a sentarme y tragarme lo que has dicho, te equivocas; no soy de éstos, ya *veeem*...

—No soy Ben, idiota —chilló Dixon: era la peor burla que le podía hacer. Se quitó las gafas y las guardó en el bolsillo superior de la chaqueta.

Se quedaron frente a frente sobre la alfombra floral, con los pies separados y los codos doblados en ademán incierto, como si estuvieran a punto de iniciar un ritual y aguardasen una señal que ambos ignoraban.

—Yo te enseñaré —espetó Bertrand, lanzando un puñetazo a la cara de Dixon. Dixon se hizo a un lado, pero sus pies resbalaron y, antes de que pudiera recuperarse, el puño de Bertrand había aterrizado con algo de fuerza en la parte alta de su pómulo derecho. Un poco aturdido, pero firme, Dixon se quedó quieto y, mientras Bertrand luchaba por recobrar el equilibrio después de soltar su golpe, le pegó con mucha fuerza en la más grande y retorcida de sus orejas. Bertrand cayó, haciendo mucho ruido y desalojando una figurilla de porcelana de la repisa de la chimenea. Estalló sobre los ladrillos del hogar, acentuando el silencio que siguió. Dixon dio un paso al frente, frotándose los nudillos. Con el impacto se los había lastimado. Segundos después Bertrand empezó a moverse en el suelo, pero no hizo intento de levantarse. Estaba claro que Dixon había ganado este asalto y, según parecía, el combate entero con Bertrand. Volvió a ponerse las gafas, sintiéndose bien; Bertrand lo miró a los ojos

con una expresión de contrito reconocimiento. Uno de esos horribles espantajos de palo, con cara de perro o de bota, que se encuentran en las reservas indias, pensó Dixon.

—Tú, espantajo, cara de perro, cara de bota —dijo.

Como aplaudiendo discretamente esta terminología, se oyeron unos golpes suaves en la puerta.

—Adelante —dijo Dixon con prontitud refleja.

Entró Michie.

—Buenas tardes, señor Dixon —dijo, y luego añadió cortésmente—: Buenas tardes —al todavía postrado Bertrand, que, con este estímulo, intentó ponerse en pie—. Parece que llego en mal momento.

—En absoluto —dijo Dixon suavemente—. El señor Welch ya se iba.

Bertrand meneó la cabeza, no para contradecir, sino, al parecer, para despejarla, lo que interesó a Dixon. Con ademán de anfitrión, acompañó a la puerta a Bertrand, que salió en silencio.

—Adiós —dijo Dixon, antes de volverse a Michie—: ¿Y qué puedo hacer por usted, Michie?

El gesto de Michie, aunque tan ilegible como siempre, era nuevo para Dixon.

—He venido por lo de la optativa —dijo.

—Ah, sí. Siéntese.

—No, gracias; debo irme enseguida. Sólo he venido a decirle que he discutido exhaustivamente la cuestión con la señorita O'Shaughnessy, la señorita McCorquodale y la señorita ap Rhys Williams, y ya hemos tomado una decisión.

—Bien. ¿A qué conclusión han llegado?

—Bueno, lamento decirle que las tres señoritas han decidido que la cosa les supera. La señorita McCorquodale ha decidido hacer Documentación, con el señor Goldsmith, y la señorita O'Shaughnessy y la señorita ap Rhys Williams van a hacer la asignatura del profesor Welch.

Este anuncio dolió a Dixon; quería que las tres bellezas hubiesen superado sus objeciones y elegido su optativa por mor de su simpatía y atractivo. Dijo:

—Vaya, sí que es una pena. ¿Y usted, señor Michie?

—He decidido que su asignatura me atrae muchísimo y, por tanto, quisiera matricularme oficialmente en ella, si puede ser.

—Ya veo. Así que sólo lo tendré a usted.

—Sí, sólo a mí.

Hubo un silencio. Dixon se rascó la barbilla.

—Bueno, estoy seguro de que nos lo pasaremos bien.

—Yo también lo estoy. Bueno, muchísimas gracias; lamento haber irrumpido de este modo.

—Todo lo contrario, ha sido de gran ayuda. Le veo el curso que viene, entonces, señor Michie.

—Iré a su conferencia de esta noche, por supuesto.

—¿Por qué demonios va a hacer eso?

—El tema me interesa, naturalmente. Y creo que interesará también a muchísimas personas más.

—¿Sí? ¿Qué quiere decir?

—Todos a quienes lo he mencionado han dicho que van a ir. Tendrá mucho público, creo.

—Es un consuelo, en fin. Bueno, espero que le guste.

—Seguro que sí. Gracias de nuevo. Buena suerte esta noche.

—La necesitaré. Hasta luego.

Cuando Michie se hubo ido, Dixon cayó, no sin complacencia, en que éste no le había llamado «señor» ni una sola vez. Pero qué horrible iba a ser el próximo curso. Por otra parte, empezaba a estar cada vez más seguro de que, en lo que a él concernía, no iba a haber próximo curso. No un curso universitario, en cualquier caso.

Se palpó de nuevo la barbilla. Debería afeitarse antes que nada. Luego subiría a ver si estaba Atkinson. Su compañía, y quizá un poco de su *whisky*, eran justo lo que Dixon sentía que le hacía falta antes de empezar la noche.



## VEINTIUNO

—Espero que no le duela mucho, Dixon —dijo el decano.

A Dixon se le fue la mano involuntariamente al ojo morado.

—Oh, no, señor —replicó en tono ligero—. Me sorprende que se haya hinchado, la verdad. Fue un golpe muy leve, ni siquiera me hizo herida.

—¿Con la esquina del lavabo, ha dicho? —preguntó otra voz.

—Eso es, señor Gore-Urquhart. Una de esas tonterías que uno hace de vez en cuando. Se me cayó la navaja, me agaché a cogerla y... ¡bang!, ahí me tiene, tambaleándome como un peso pesado.

Gore-Urquhart asintió despacio.

—Qué mala suerte —dijo. Miró a Dixon de arriba abajo desde sus pobladas cejas y por dos o tres veces frunció los labios en un puchero—. Si me hubiesen preguntado —prosiguió—, hubiera dicho que se había metido en una pelea, ¿verdad, decano?

El decano, un hombre pequeño y ventrudo, con una calva rosada y reluciente, soltó una de sus risotadas. Éstas recordaban muchísimo las carcajadas de espantoso regocijo que a menudo se oyen en las películas de crímenes en castillos, y se habían hecho famosas, desde las primeras semanas del decano en la facultad, después de la guerra, por ser capaces de silenciar las conversaciones de toda una sala de profesores. Ahora, sin embargo, nadie se molestaba en volver la cabeza, y Gore-Urquhart era el único al que se le veía un tanto incómodo.

El cuarto miembro del cuarteto rompió a hablar.

—Bueno, espero que eso no le estorbe para leer su... su... —dijo.

—No, no, profesor —dijo Dixon—. Le garantizo que podría leer esas notas con los ojos cerrados, de la de veces que las he repasado.

Welch asintió.

—Es un buen plan —dijo—. Me acuerdo de que, cuando empecé a dar conferencias, cometía la estupidez de limitarme a redactar el contenido, sin molestarme en...

—¿Va a contarnos algo nuevo, Dixon? —preguntó el decano.

—¿Nuevo, señor? Bueno, en este tipo de...

—Quiero decir que es un tema que ha sido bastante estudiado, ¿no cree? No sé si a estas alturas será posible conseguir darle un nuevo enfoque, aunque personalmente creo que...

Welch interrumpió con un «No creo que sea una cuestión de...».

Siguió un curioso dúo, en el que tanto el decano como Welch no pararon de hablar, causando entre ambos el efecto de una ambiciosa pugna de rapsodas. Dixon y

Gore-Urquhart, como constató el primero, se quedaron mirándose fijamente el uno al otro, mientras la sala empezaba a silenciarse, con la excepción de las voces de los dos contendientes. Finalmente el decano se quedó solo y, como una orquesta que ha dejado al solista en posición de ejecutar su cadencia, Welch se quedó callado de repente.

—... si merece o no la pena que cada generación vuelva a formularlo —concluyó el decano.

Se presentó entonces una distracción en la figura del conserje Maconochie portando una bandeja de copas de jerez. Dixon ordenó a su mano que permaneciese a su costado hasta que los tres mayores se hubiesen servido, y que luego acercase a sus labios la copa más llena que quedase. El secretario, que controlaba el suministro de bebidas en tales ocasiones, era famoso por interrumpirlo del todo después de las primeras dos rondas, salvo para el decano y quienquiera que estuviese hablando con él. Dixon sabía que no podía esperar permanecer en este grupo por mucho más tiempo y estaba decidido a sacarle el máximo partido. Se sentía ligeramente mal de un modo indefinible, pero tragó la mitad de la nueva copa de un solo trago: se deslizó cálidamente hacia abajo hasta unirse a las otras tres copas de jerez y a la media docena de medidas del *whisky* de Bill Atkinson. En cierto sentido, pero sólo en cierto sentido, empezaba a no preocuparle la conferencia, que debía empezar dentro de veinte minutos, a las seis y media.

Echó un vistazo a la atestada sala de profesores, que parecía contener a todas las personas que conocía o había conocido, sin contar a sus padres. La señora Welch estaba a pocos metros de distancia, hablando con Johns, de cuya presencia en esta sala, normalmente inadmisibles, ella debía de ser la culpable indirecta. Más allá estaban Bertrand y Christine, sin hablar mucho entre ellos. Junto a la ventana estaba Barclay, el titular de Música, hablando muy seriamente con el de Inglés, sin duda insistiéndole en la necesidad de votar a favor de despedir a Dixon en la reunión de la Junta de Facultad al final de la semana siguiente. En la dirección opuesta los Goldsmith se reían de algo que les había dicho Beesley. En otros lugares había figuras que Dixon apenas lograba reconocer: economistas, médicos, geógrafos, sociólogos, abogados, ingenieros, matemáticos, filósofos, profesores adjuntos de Filología Germánica y Comparada, *lektors*, *lecteurs*, *lectrices*. Sintió ganas de darse una vuelta y notificarles uno por uno a todos ellos su deseo de que se largaran. Había varios a quienes jamás había visto antes, y que podían ser cualquier cosa, desde profesores eméritos de Egiptología a decoradores esperando el momento de empezar a tomar medidas para las alfombras nuevas. Un nutrido grupo estaba compuesto de notables locales: un par de concejales con sus esposas, un clérigo a la moda, un médico con título de nobleza, todos ellos miembros de la Junta de Facultad, y al borde de ese grupo Dixon reconoció con un sobresalto al compositor local al que había visto en el fin de semana «artístico» de Welch. Buscó disimuladamente, aunque en vano, al violinista aficionado.

Poco después el decano se acercó a los notables locales y dirigió algún comentario al clérigo a la moda, que fue recibido con risas generales, salvo por el médico ennoblecido, que clavó una mirada fría de cara en cara. Casi al mismo tiempo Welch acudió a una seña de su mujer y dejó a Dixon con Gore-Urquhart, que dijo entonces:

—¿Cuánto lleva usted metido en esto, Dixon?

—Voy para los nueve meses. Me contrataron el pasado otoño.

—Tengo la impresión de que no es muy feliz aquí, ¿acierto?

—Sí, creo que acierta, en líneas generales.

—¿Dónde está el problema? ¿En usted o en esto?

—Pues... en ambos, diría yo. Ellos malgastan mi tiempo y yo malgasto el suyo.

—Um, ya veo. Enseñar Historia es perder el tiempo, ¿no es eso?

Dixon decidió no preocuparse por lo que le pudiera decir a este hombre.

—No. Bien enseñada, y con sensatez, la Historia podría hacerle muchísimo bien a la gente. Pero en la práctica no funciona así. Hay interferencias. No estoy seguro de quién tiene la culpa. La mala enseñanza, sobre todo. Y no me refiero a los malos estudiantes.

Gore-Urquhart asintió, y luego le lanzó una mirada rápida.

—Esta charla suya de hoy, ¿de quién ha sido idea?

—Del profesor Welch. No tuve opción a negarme, claro. Si sale bien, mejorará mi posición aquí.

—¿Es usted ambicioso?

—No. Me ha ido mal aquí desde que conseguí el puesto. Esta conferencia podría contribuir a evitar que me echen.

—Aquí, muchacho —dijo Gore-Urquhart, agarrando dos copas de jerez de la bandeja de Maconochie cuando éste se dirigía al grupo que ahora incluía al decano. Dixon pensó que quizá no debería beber más (empezaba a sentirse un tanto alegre), pero tomó la copa que le ofrecían y bebió de ella.

—¿Por qué ha venido usted esta noche? —preguntó.

—Le he dado el esquinazo a su decano tantas veces últimamente que me sentí en la obligación de venir.

—No sé por qué se ha tomado la molestia. Usted no depende del decano. Se ha dejado atrapar y se va a morir de aburrimiento.

Cuando Gore-Urquhart volvió a mirarlo, Dixon pasó un apuro momentáneo al sentir que se le iba ligeramente la cabeza ante la cara desenfocada del otro.

—Me dejo atrapar por el aburrimiento varias horas al día, Dixon. Un par de ellas más no me quebrarán la espalda.

—¿Por qué lo aguanta?

—Quiero influir en la gente para que hagan lo que creo que es importante que hagan. No puedo conseguirlo si antes no les dejo que me aburran, ¿comprende? Entonces, justo cuando están encantados por haberme emborrachado de cháchara,

contraataco y les hago hacer lo que tenía previsto para ellos.

—Ojalá supiera yo hacer eso —dijo Dixon con envidia—. Cuando estoy borracho de cháchara, que es como estoy la mayor parte del tiempo, es cuando ellos atacan y me obligan a hacer lo que quieren que haga. —Los reparos y la bebida se combinaron para romper otro mamparo de su cabeza, y prosiguió con calor—: Soy el detector de aburrimiento. Soy un instrumento muy bien afinado. Si lograra hacerme con un millonario, éste pagaría mi peso en oro. Podría enviarme como avanzadilla a cenas y cócteles y salas de fiesta, sólo cinco minutos antes, y luego, nada más mirarme, podría leer el coeficiente de aburrimiento de cualquier reunión. Como un canario en una mina; la idea es la misma. Entonces sabría si le merecía la pena entrar o no. Podría enviarme a que me mezclara con los del Rotary Club, o con el público de los teatros, o con los jugadores de golf, o con esos entendidos en arte que hablan de currículos antes que de formas, y con los melómanos... —Se detuvo, consciente de que la carota lampiña de Gore-Urquhart se había inclinado a un lado y se mantenía pendiente de la suya—. Lo siento —musitó—. Olvidaba que...

Gore-Urquhart lo miró de arriba abajo y luego se cubrió un ojo con una mano y luego arrastró un dedo por un lado de su cara y sonrió ligeramente. Aunque no era una sonrisa normal de diversión, tampoco era hostil.

—Reconozco a un compañero de sufrimientos —dijo. Luego cambió su ademán—: ¿A qué instituto ha ido usted, Dixon, si puedo preguntárselo?

—Al de mi pueblo.

Gore-Urquhart asintió. El clérigo a la moda y uno de los concejales se acercaron con copas llenas en las manos, y se lo llevaron al grupo congregado en torno al decano. Dixon no pudo dejar de admirar el modo en el que, sin decir ni hacer nada específico, dieron a entender, sin el menor esfuerzo, que no esperaban que él les acompañara. Luego, al mirar casualmente, vio cómo Gore-Urquhart se quedaba un poco retrasado respecto a sus dos acompañantes y dirigía la vista hacia donde se encontraban los Goldsmith. Cecil y Beesley estaban enfrascados en la conversación y no se percataron de que Carol devolvía la mirada de Gore-Urquhart. Intercambiaron una mirada casi imperceptible y más bien indescifrable. Esto desconcertó a Dixon, por supuesto, y en cierto modo lo turbó, pero decidió pensar en ello más tarde, apuró su copa y se acercó a Christine y Bertrand.

—Hola, pareja —exclamó alegremente—. Qué escondiditos estabais...

Con una mirada, Christine impidió que Bertrand dijese lo que iba a decir, y fue ella la que dijo:

—No tenía ni idea de que esto fuese a ser tan sonado. La mitad de los peces gordos de la ciudad están aquí.

—Me gustaría que fuésemos ahora con tu tío, Christine —dijo Bertrand—. Hay un par de cosas que quiero tratar con él, si recuerdas.

—Ahora mismo, Bertrand; hay tiempo de sobra —dijo Christine, en su estilo «digno».

—No, no, no hay tiempo de sobra; esto está previsto que empiece dentro de unos diez minutos, y eso no es mucho tiempo para lo que quiero decir.

Dixon había notado que Bertrand siempre decía «No, no», en vez de «No», combinando, económicamente, una simultánea subida y bajada de cejas con la forma verbal. Le molestó que hiciera eso. Más allá de la cabeza de Bertrand, pudo ver cómo Carol se alejaba poco a poco de Cecil y Margaret (era la primera vez que reparaba en ella) y se acercaba a éste. Citando una película que había visto, le dijo a Christine:

—Más vale que hagas lo que dice, querida, de lo contrario es probable que te haga tragar los dientes de una patada.

—Hora de que se vayan los niños a jugar, Dixon.

—Bertrand, ¿cómo puedes ser tan grosero?

—¿Que yo soy grosero? Bueno está. Que yo soy grosero. ¿Y él? ¿Quién demonios se cree que es? Decirte que...

Christine se sonrojó.

—¿Has olvidado lo que te dije antes de venir?

—Óyeme, Christine, no he venido aquí para hablar con este... con este individuo, ni de él, te digo. He venido aquí lisa y llanamente para coincidir con tu tío, y es ya...

—Vaya, hola, Bertie, querido —dijo Carol detrás de él—. Te buscaba. Ven conmigo, ¿quieres?

Bertrand efectuó un gesto de sobresalto y media vuelta en un solo movimiento.

—Hola, Carol, el caso es que iba...

—No te retendré ni un minuto —dijo Carol, y lo agarró del brazo—. Lo devolveré en buenas condiciones —añadió por encima del hombro, dirigiéndose a Christine.

—Bueno... Hola, Christine —dijo Dixon.

—Ah, hola.

—Ésta sí que es la última vez, ¿verdad?

—Sí, así es.

Se sintió petulante y autocompasivo.

—No parece que te afecte tanto como a mí.

Ella lo miró por un instante, luego apartó bruscamente la cabeza, como si él le estuviese enseñando una foto en un libro de medicina forense.

—Ya dejé de darle vueltas —dijo—. No voy a seguir haciéndolo. Tampoco tú deberías hacerlo, si tuvieras sentido común.

—No puedo dejar de darle vueltas —dijo—. No es algo que se pueda evitar. No puedo dejar de hacerlo.

—¿Qué le ha pasado a tu ojo?

—Bertrand y yo tuvimos una pelea esta tarde.

—¿Una pelea? No me ha dicho nada. ¿Por qué os peleabais? ¿Una pelea?

—Me dijo que me apartara de su terreno en lo concerniente a ti, y yo le dije que no, así que empezamos a pelearnos.

—Pero decidimos... ¿No habrás cambiado de idea al respecto?

—No, sólo que no iba a permitirle que me dijera lo que he de hacer, eso es todo.

—Pero mira que pelearse... —Pareció que se aguantaba la risa—. Y, por lo que veo, perdiste.

Eso no le gustó, y recordó la sonrisita de ella cuando tomaron el té en el hotel.

—En absoluto. Échale un vistazo a la oreja de Bertrand antes de decidir quién ganó y quién perdió.

—¿Cuál de ellas?

—La derecha. Pero es probable que no haya mucho que ver. El daño fue sobre todo interno, creo.

—¿Lo derribaste?

—Sí. Y tardó un rato en levantarse.

—Dios mío. —Se le quedó mirando, con sus labios abultados y secos ligeramente separados. Una punzada de deseo desesperado hizo que Dixon se sintiera espeso e inmovible, como cuando le hablaba Welch. Luego sintió que nunca como en estos últimos dos minutos había recordado con tanta claridad su primer encuentro con ella, y la miró con ojos encendidos.

En este instante de silencio Bertrand súbitamente surgió de detrás de la mujer de uno de los concejales con un rápido arrastre de pies, casi como un lanzador zurdo al entrar en el campo visual del bateador, rodeando al árbitro. Tenía la cara colorada; era obvio que no cabía en sí de furor, ya fuera en su forma pura o mezclado con alguna otra emoción. Carol lo siguió, con gesto inquisitivo.

—Ya basta —dijo Bertrand, con la voz convertida en un aullido asfixiante—. Esto es lo que yo esperaba que *pasara* —Echó mano al brazo de Christine y tiró de ella con cierta violencia. Antes de marcharse, dijo a Dixon—: Bueno, amiguito. Éste es tu final. Más vale que empieces a buscar otro empleo. Lo digo en serio. —Christine dirigió a Dixon una mirada breve y compungida por encima del hombro, mientras era literalmente arrastrada al grupo que contenía a su tío. También Carol miró a Dixon con una mirada especulativa. Luego siguió a los otros dos. Del decano les llegó una risotada de maníaco homicida.

Dixon experimentó una vuelta del malestar que había sentido minutos antes. Luego notó que un pánico ciego esparcía sus pensamientos. Bertrand iba en serio en lo que decía; independientemente de lo que bullera en la sesera de Welch, los hechos que su hijo podría revelarles habrían de tener una influencia significativa; e incluso en el caso de que no la tuviesen, ahí estaban las contribuciones de su mujer para equilibrar la balanza; eso, suponiendo que ella no las hubiese añadido ya por propia iniciativa. Dixon se dio cuenta de lo equivocado que había estado al creer que la campaña contra Bertrand había concluido con su victoria: todavía no se había disparado el último tiro, y él se encontraba en campo abierto, y desarmado. Había sucedido aquello contra lo que se había precavido desde el principio: se había dejado llevar, el gozo de la batalla le había privado de su discreción y prudencia. Estaba

indefenso; indefenso, sobre todo, para impedir que aquel inútil con barbas estuviese allí con su mano en el brazo de Christine, seguro, dueño de lo suyo, victorioso. Ella permanecía al lado de su novio en actitud incómoda, torpe, incluso desmañada, pero Dixon hubiera apostado que no había manera más hermosa de permanecer en un sitio.

—Mirándola por última vez, ¿no, James?

Ante esta súbita aparición de Margaret por su lado ciego, Dixon se sintió como un hombre que forcejea con un policía y ve a otro acercándose a caballo. Aquello lo aturdió.

—¿Cómo? —dijo.

—Más vale que la mires bien, ¿no crees? No tendrás otra oportunidad.

—No, no creo que yo...

—A no ser que hayas previsto hacer una escapadita a Londres de vez en cuando, para mantener el contacto.

Dixon la miró fijamente a la cara, genuinamente sorprendido; sorprendido también, a estas alturas, de que Margaret pudiera hacer algo que le sorprendiera.

—¿Qué quieres decir? —preguntó con fastidio.

—No hay que andarse con fingimientos, ¿no crees? No hace falta mucha imaginación para ver lo que piensas. —La punta de su nariz se movía ligeramente mientras hablaba, como era habitual en ella. Estaba parada con los pies separados y los brazos cruzados sobre el pecho, como Dixon la había visto muchas veces, cuando charlaba de esto o aquello en esta misma sala o en alguna de las aulas pequeñas de arriba. No parecía en absoluto nerviosa o tensa, ni incómoda, ni molesta.

Dixon soltó un suspiro de cansancio antes de zambullirse en el repertorio de excusas y protestas que le proporcionaban las convenciones vigentes en este caso concreto. Mientras hablaba, reflexionaba sobre la facilidad, la destreza de prestidigitador con que le habían privado de su única ventaja moral en sus recientes tratos con Margaret: su decisión, libre de toda influencia, de no mostrar ningún interés activo por Christine. Dolía un poco que le reprocharan a uno que anhelase lo que había abandonado por propia voluntad. Tenía el ánimo tan bajo que sintió ganas de echarse al suelo y jadear como un perro: sin empleo, sin Christine, y ahora desplumado en la partida que Margaret se traía entre manos.

Sin llegar a ninguna conclusión, la conversación que mantenían fue interrumpida por el avance del grupo del decano hacia la puerta. Gore-Urquhart estaba aparentemente enfrascado en su charla con Bertrand y Christine. Welch llamó: «¿Listo, Dixon?». Con la señora Welch a su lado, parecía más que nunca un boxeador viejo un tanto dado al hurto ocasional, acompañado por una esposa que antes hubiese sido moza de cocina.

—Le veré en el salón, profesor —contestó Dixon; y, tras cruzar una palabra con Margaret, salió corriendo y entró en el vestuario de profesores. Le dominaba ahora el pánico escénico; tenía las manos frías y sudorosas, sentía las piernas como tubos flácidos de goma llenos de arena fina, le costaba controlar su respiración. Mientras

usaba el retrete, empezó a poner su cara de Evelyn Waugh, y luego renunció a ella a favor de una más salvaje que cualquiera de las que normalmente ponía. Trabándose la lengua con los dientes, expandió sus mejillas hasta convertirlas en dos pequeños medios globos; bajó el labio inferior todo lo que pudo hasta componer un puchero digno de un idiota; adelantó la barbilla como si fuera el receptáculo de una pala. Mientras tanto, alternativamente dilataba los ojos o bizqueaba con ellos. Al volverse, se encontró frente a frente con Gore-Urquhart, dejó que la mueca se le viniera abajo y dijo:

—Ah, hola.

—Hola, Dixon —dijo Gore-Urquhart, adelantándolo.

Dixon se dirigió al espejo que había encima del lavabo y examinó su ojo. Parecía varios tonos más brillante de lo que recordaba. Dadas las circunstancias, cualquier tentativa de elegancia indumentaria o capilar parecía fuera de lugar. Tomó de un estante la carpeta robada de las fuerzas aéreas que contenía el guión de su conferencia, y ya estaba a punto de salir cuando Gore-Urquhart lo llamó:

—Aguarde un minuto, Dixon, por favor.

Dixon se detuvo y se volvió. Gore-Urquhart se acercó y se detuvo a observarlo con detenimiento, como si planease hacerle una caricatura al carboncillo, o puede que a la aguada, que iniciaría en cuanto acabase la conferencia. Tras un instante dijo:

—¿Quizá se siente usted un poco nervioso, hijito?

—Muy nervioso.

Gore-Urquhart asintió y sacó una petaca delgada, pero sustanciosa, de su poco airosa vestimenta.

—Eche un trago.

—Gracias. —Sin siquiera preocuparse por la tos, Dixon se echó al colete lo que evidentemente era puro *Times* escocés; más evidentemente que cualquier otra cosa que hubiese bebido jamás. Rompió a toser desmesuradamente.

—Es del bueno, como ve. Eche otro trago.

—Gracias. —Dixon hizo exactamente lo mismo que antes, y luego, mientras recuperaba el aliento y se limpiaba la boca en la manga, devolvió la petaca—. Le estoy muy agradecido por esto.

—Le sentará muy bien. Salido de mi barril de jerez. Bueno, más vale que nos pongamos en marcha si no queremos hacerles esperar.

Los últimos remolones salían todavía de la sala de profesores y subían las escaleras. En el descansillo de arriba aguardaba un grupo reducido: los Goldsmith, Bertrand, Christine, Welch, Beesley y los demás adjuntos del departamento de Historia.

—Mejor nos ponemos en la parte delantera, señor —dijo Bertrand.

Entraron en el salón de actos, que estaba desconcertantemente lleno. La primera fila del gallinero contenía una compacta hilera de estudiantes. Había una ruidosa mezcla de conversaciones.



—A por ellos, Jim —dijo Carol.

—Que te vaya bien, muchacho —dijo Cecil.

—Muchísima suerte, Jim —dijo Beesley. Todos se desplazaron a sus asientos.

—Al asunto, hijito —dijo Gore-Urquhart en voz baja—. No hay de qué preocuparse; al infierno con todo esto. —Apretó el brazo de Dixon y se retiró.

Consciente del trasiego en busca de asiento que dejaba a sus espaldas, Dixon subió a la tarima, siguiendo a Welch. El decano y el más gordo de los dos concejales ya estaban allí. Dixon se dio cuenta de lo borracho que se sentía.

## VEINTIDÓS

Welch emitió el alarido preliminar, emparentado con el aullido de su hijo, con el que acostumbraba a pedir silencio al comienzo de una conferencia; Dixon había oído imitaciones entre los estudiantes. Se hizo gradualmente el silencio.

—Estamos aquí esta noche —informó al público— para oír una conferencia.

Mientras Welch hablaba, con su cuerpo balanceándose adelante y atrás, y con la mitad superior de éste mejor iluminada por la lámpara de lectura que había sobre el atril, Dixon, para no tener que escuchar lo que decía, echó una ojeada furtiva al salón. Verdaderamente estaba muy lleno; unas cuantas filas al fondo estaban escasamente pobladas, pero las más cercanas a la parte delantera se hallaban atestadas, sobre todo de miembros del claustro y sus familias, y de personajes locales con diversos grados de eminencia. El gallinero, por lo que Dixon pudo ver, también estaba atestado; había gente de pie, apoyada en la pared del fondo. Dixon dejó caer la mirada sobre los asientos más cercanos y captó al más delgado de los dos concejales, al compositor local y al clérigo a la moda; el médico con título de nobleza, al parecer, había venido sólo por el jerez. Antes de que pudiera seguir su escrutinio, la vaga sensación recurrente de malestar se le identificó como una sensación de debilidad; una ola de calor se le extendió desde los riñones y pareció asentársele en el cuero cabelludo. A punto de soltar un gemido involuntario, intentó convencerse de que se sentía bien; eran sólo los nervios, se dijo. Y la bebida, claro.

Cuando Welch dijo: «... el señor Dixon» y se sentó, Dixon se puso en pie. Las rodillas empezaron a temblarle violentamente, como en una imitación del miedo escénico. Se inició una fuerte oleada de aplausos, procedente, al parecer, del gallinero. Dixon pudo oír zapatazos de pies reciamente calzados. Con alguna dificultad, ocupó su puesto tras el atril, recorrió con el ojo la primera frase y alzó la cabeza. La ovación se apagó un tanto, lo justo para que se oyeran alguna risotadas; luego volvió a tomar fuerza, superando pronto el nivel de antes, especialmente en lo concerniente a los zapatazos. La parte del público que ocupaba el gallinero había reparado por primera vez en el ojo a la funerala de Dixon.

Varias cabezas se volvieron en las primeras filas, y el decano, Dixon pudo ver, dirigió una mirada de irritación hacia el origen del disturbio. En su propia inquietud general, Dixon, que luego no pudo entender cómo llegó a hacerlo, emitió un excelente remedo del alarido preliminar de Welch. El alboroto, más allá del punto en el que todavía podía considerársele legítimo aplauso, creció en intensidad. El decano se puso en pie lentamente. El alboroto se extinguió, aunque no por completo. Tras una pausa, el decano hizo una seña a Dixon con la cabeza y volvió a sentarse.

La sangre le subió a Dixon a las orejas, como si estuviera a punto de estornudar. ¿Cómo podía estar allí parado delante de todos ellos e intentar hablar? ¿Qué otros sonidos animales saldrían de su boca si lo hacía? Alisó el borde de su guión y empezó.

Cuando llevaba pronunciadas una media docena de frases, Dixon comprendió que algo seguía sin ir bien. Los murmullos del gallinero aumentaron en intensidad. Entonces comprendió qué era lo que iba mal: había seguido empleando las frases hechas de Welch. En su esfuerzo por hacer que su texto sonara espontáneo, había insertado un «por supuesto» aquí, un «ya ven» allá, un «como ustedes lo llamarían» acullá; ninguna otra cosa hubiese recordado tanto a Welch. Además, en un intento parcialmente inconsciente de hacer que aquello sonara bien (es decir, aceptable a Welch), sacó a colación algunas de las muletillas favoritas de éste: «Integración de la conciencia social», «identificación del trabajo con la artesanía», y demás. Y ahora, conforme su mente en funcionamiento se iba percatando de estas cosas, empezó a trastabillar en algunas frases, a dudar y a repetir palabras, incluso a perder el hilo en una ocasión, a lo que siguió una pausa de diez segundos. El creciente murmullo en el gallinero indicaba que estos efectos no pasaban desapercibidos. Sudando y sonrojándose, se empeñó en avanzar un poco más, sin dejar de oír la entonación de Welch aferrándose a su propia voz, momentáneamente incapaz de despojarse de ella. Un repentino aluvión alcohólico en su cerebro le anunció la llegada a él de las avanzadillas del *whisky* de Gore-Urquhart... ¿o quizá del último jerez? Y qué calor hacía. Dejó de hablar, relajó la boca para encontrar un tono lo más alejado posible del de Welch y comenzó de nuevo. Todo parecía ir bien por el momento.

Mientras hablaba, empezó a recorrer con la mirada las primeras filas. Vio a Gore-Urquhart sentado junto a Bertrand, que tenía a su madre al otro lado. Christine estaba sentada al otro extremo de su tío, al lado de Carol, y luego Cecil y luego Beesley. Margaret estaba en la otra punta, junto a la señora Welch, pero la luz se le reflejaba en las gafas, por lo que Dixon no pudo ver si lo miraba o no. Notó que Christine musitaba algo a Carol y parecía un tanto inquieta. Para que esto no lo distrajera, miró aun más allá, intentando localizar a Bill Atkinson. Sí, ahí estaba, junto al pasillo central, hacia la mitad. Con la botella de *whisky* por delante, hora y media antes, Atkinson había insistido, no sólo en asistir a la conferencia, sino en proclamar su intención de fingir desmayarse si Dixon, al constatar que las cosas se le iban de las manos por cualquier motivo, se rascaba ambas orejas a la vez. «Será un buen desmayo», había dicho Atkinson con su voz arrogante. «Distraerá la atención, no se preocupe». Al recordar esto, Dixon tuvo que contener un amago de risa. En ese mismo instante, una perturbación más cercana a la tarima atrajo su interés: Christine y Carol se abrían paso por delante de Cecil y Beesley con la clara intención de abandonar la sala; Bertrand, inclinándose, hizo un aparte con ellas; Gore-Urquhart, medio levantado, parecía preocupado. Aturullado, Dixon volvió a dejar de hablar; y cuando las dos mujeres hubieron ganado el pasillo y avanzaban hacia la puerta,

continuó, sin esperar lo debido, en un murmullo confuso y pausado que sugería la más completa borrachera. Apoyándose sucesivamente en uno y otro pie, medio tropezó con la base del atril y se tambaleó peligrosamente hacia delante. Un zumbido de voces se alzó de nuevo en el gallinero. Dixon tuvo una fugaz impresión de que el concejal más delgado y su mujer intercambiaban una mirada de desaprobación. Dejó de hablar.

Cuando se recuperó, advirtió que una vez más se había perdido en medio de una frase. Mordiéndose el labio, tomó la resolución de no volver a descarrilar. Aclaró su garganta, encontró el hilo y prosiguió en un tono entrecortado, enfatizando todas las consonantes y sin bajar la voz al final de cada frase. Sea como sea, pensó, no se van a perder ni una palabra. Mientras continuaba, tuvo conciencia por segunda vez de que algo iba muy mal. Fue unos instantes antes de percatarse de que ahora estaba imitando al decano.

Levantó la vista. Parecía haber mucho movimiento en el gallinero. Un objeto pesado se estrelló contra el suelo allá arriba. Maconochie, que había permanecido en pie junto a las puertas, salió, presumiblemente para subir y restaurar el orden. Empezaban ahora a surgir voces en plena sala; el clérigo a la moda dijo algo en un resonante murmullo; Dixon vio a Beesley retorciéndose en su asiento.

—¿Qué le pasa, Dixon? —siseó Welch.

—Lo siento, señor... los nervios... me repondré enseguida.

Hacía bochorno esa noche; Dixon se sentía intolerablemente acalorado. Con mano temblorosa se sirvió un vaso de agua del jarro que tenía delante, y bebió febrilmente. Del gallinero gritaron un comentario, alto pero ininteligible. Dixon se sintió a punto de echarse a llorar. ¿Y si fingía un desmayo? Sería bastante fácil. No; todo el mundo daría por sentado que había sucumbido al alcohol. Hizo un último esfuerzo por rehacerse y, tras una pausa que había durado casi medio minuto, empezó de nuevo, pero no con su voz normal. Parecía haber olvidado cómo hablar normalmente. Esta vez eligió un acento exageradamente norteño, por parecerle el menos susceptible de resultar ofensivo o parecerse a la voz de nadie. Tras la primera salva de carcajadas procedente del gallinero, las cosas se calmaron, quizá por influencia de Maconochie, y durante unos minutos todo fue como la seda. Estaba ya a mitad de la charla.

Mientras leía, las cosas empezaron a torcerse lentamente por tercera vez, pero no, como antes, por lo que decía o por cómo lo decía. Lo de ahora tenía que ver con lo que pasaba dentro de su cabeza. Una sensación, no tanto de ebriedad, como de inmensa depresión y cansancio, estaba tomando forma casi tangible allí dentro. Mientras pronunciaba una frase, la tristeza que le causaba acordarse de Christine parecía estar intentando agarrarle la lengua de raíz y reducirlo a un silencio elegiaco; y mientras pronunciaba otra, gemidos de horrorizada irritación forcejeaban por abrirse paso en su laringe, para hacer público lo que sentía por su situación con Margaret; y mientras pronunciaba una más, la ira y el temor amenazaban con

retorcerle la boca, la lengua y los labios hasta hacerles adoptar la posición correcta para una denuncia histérica de Bertrand, la señora Welch, Welch, el decano, el secretario, el consejo de facultad, la facultad. Empezó a perder toda conciencia del público que tenía delante; el único miembro del mismo que le importaba había salido y no era probable que volviera. Bueno, si ésta iba a ser su última aparición pública aquí, se ocuparía de que la gente no la olvidara enseguida. Haría algo, por pequeño que fuera, por el bien de algunos de los presentes, por pocos que éstos fueran. No más imitaciones, que le asustaban demasiado; pero podía sugerir, por su entonación, lo que pensaba de su tema y del valor de las afirmaciones que estaba haciendo.

Gradualmente, pero no tanto como les pareció a algunas partes de su cerebro, empezó a infundir en su tono una amargura sarcástica e hiriente. Nadie que estuviera en sus cabales, intentaba dar a entender, podría tomarse en serio una sola frase de este bodrio tedioso, conjetural, falso y baladí. En poquísimo tiempo empezó a conseguir que su voz sonara como la de un esbirro nazi más fanático de lo habitual, al frente de una quema de libros y leyendo a la multitud fragmentos de un panfleto escrito por un comunista culto, judío y pacifista. Un rumor creciente, medio divertido, medio indignado, surgió a su alrededor, pero él cerró sus oídos y siguió leyendo. Casi inconscientemente empezó a adoptar un incalificable acento extranjero y a leer cada vez más rápido, mientras la cabeza le daba vueltas. Como en sueños oyó moverse a Welch, luego susurrar, luego hablar a su lado. Empezó a puntuar su discurso con ahogados resoplidos de hilaridad. Siguió leyendo, escupiendo las sílabas como maldiciones, dejando sin corregir los errores de pronunciación, las omisiones, los sonidos trastocados, pasando las páginas de su texto como un lector de partituras siguiendo un movimiento *presto*, y alzando la voz cada vez más. Por fin se detuvo ante su último párrafo y miró a su público.

A sus pies, los notables locales le dirigían gélidas miradas de asombro y protesta. Del lado del personal, los más antiguos miraban con expresión parecida, y los nuevos ni se atrevían a mirar. La única persona del patio de butacas que emitía verdaderos sonidos era Gore-Urquhart, y los sonidos que emitía eran risotadas como sonos de gaita. Gritos, silbidos y aplausos llegaban del gallinero. Dixon levantó la mano para pedir silencio, pero el ruido continuó. Fue demasiado; se sintió desfallecer de nuevo y se tapó las orejas con las manos. A través del ruido se pudo oír un sonido más fuerte, algo entre un gemido y un bramido. En medio de la sala Bill Atkinson, incapaz de distinguir si se rascaba o se tapaba las orejas, se derrumbó cuan largo era en el pasillo. El decano se puso en pie, abriendo y cerrando la boca, pero sin lograr acallar el ruido. Se inclinó y empezó a intercambiar apremiantes susurros con el concejal que tenía a su lado. Quienes rodeaban a Atkinson empezaron a intentar levantarlo, aunque en vano. Welch empezó a llamar a Dixon por su nombre. Un río de estudiantes entró y se dirigió al desmayado Atkinson. Eran unos veinte o treinta. Gritándose instrucciones y consejos unos a otros, lo alzaron en peso y lo sacaron por las puertas. Dixon se puso delante del atril y el estruendo se extinguió.

—Ya basta, Dixon —dijo el decano en voz alta, haciéndole señas a Welch, pero demasiado tarde.

—¿Cuál es, finalmente, la aplicación práctica de todo esto? —dijo Dixon con su voz normal. Se sentía en poder de alguna clase de vértigo, se oía hablar sin tener ningún control consciente sobre sus palabras—. Oigan y se lo diré. La verdad sobre la vieja y alegre Inglaterra es que fue el periodo menos alegre de nuestra historia. Sólo los aficionados a la cerámica artesanal, a la agricultura orgánica, a la flauta de pico, al esperanto...

Hizo una pausa y se tambaleó. El calor, la bebida, los nervios y, finalmente, la culpa unieron sus fuerzas contra él. La cabeza parecía estar hinchándosele y haciéndosele más ligera al mismo tiempo; sentía el cuerpo como si se lo estuvieran triturando hasta reducirlo a sus granulos constitutivos, los oídos le zumbaban a ambos lados, y las partes superior e inferior de su campo de visión estaban siendo invadidas por una oscuridad humosa y grasienta. Arrastraron sillas a ambos lados de él; una mano lo tomó por el hombro y lo hizo tambalearse. Con el brazo de Welch rodeándole por los hombros, cayó de rodillas, oyendo la voz del decano, que decía, por encima del tumulto:

—... acabar su conferencia por una indisposición repentina. Estoy seguro de que todos ustedes...

Esta vez sí que la he hecho, logró pensar. Y sin siquiera haberles dicho... Tomó aire en los pulmones; si pudiera volver a expulsarlo se sentiría bien. Pero no pudo, y todo se desvaneció en un gran estruendo de voces inarticuladas.

## VEINTITRÉS

—Eso fue todo —dijo Beesley a la mañana siguiente—. Muy comprensible. Pero lo que pudo contigo fue el *whisky* que te dieron, ¿o no?

—Sí, supongo que me hubiera ido bien sin él. Pero eso no se lo puedo decir a Welch.

—No, claro que no, Jim. Pero puedes alegar los nervios y el calor y demás. Después de todo, te desmayaste.

—De todos modos, nunca me perdonarán que me haya cargado una conferencia pública. Y no fueron los nervios los que me llevaron a imitar a Neddy y al decano, ¿no te parece?

Cruzaron la cancela de la facultad. Tres estudiantes que remoloneaban por allí se quedaron callados y se dieron codazos entre sí al pasar Dixon. Beesley dijo:

—No sé. Podrías probar, ¿no? No tienes nada que perder.

—No, en eso tienes razón, Alfred. Bah, no importa. Ya estoy harto, de todos modos. Y está lo de Christine. Welch ya debe de haberse enterado.

—No seas tan pesimista. No creo que Welch eche cuenta de lo que le diga ese *Bertraaam*, o como quiera que se llame. Lo que hagas con la novia de su hijo no es asunto suyo, ¿no?

—Está también el punto de vista de Margaret. No hay duda de que a él le parecerá que la he decepcionado. Y está en lo cierto, por supuesto, se mire como se mire.

Beesley se le quedó mirando sin contestar; y esperó a que entrasen en la sala de profesores para decir:

—No dejes que esto te deprima, Jim. ¿Te veo a la hora del café?

—Sí —dijo Dixon distraídamente. El estómago se le revolvió al reconocer la letra de Welch en una nota que había en su casillero. Salió y subió las escaleras leyéndola. Welch se sentía obligado a hacerle saber, extraoficialmente, que, cuando la Junta se reuniese la semana siguiente, él no podría informar favorablemente la continuidad de Dixon en la plantilla. Le aconsejaba a Dixon, también extraoficialmente, que resolviese sus asuntos en el distrito y se marchara lo antes posible. Él le proporcionaría las referencias que pudiera para cualquier nuevo empleo que Dixon solicitase, siempre que no fuera en la ciudad. Sentía que Dixon tuviera que marcharse, porque había disfrutado trabajando con él. Había una postdata en la que decía a Dixon que no se preocupase por «el asunto de la ropa de cama»; en lo que le concernía, estaba dispuesto a «darlo por zanjado». Bueno, era un detalle por su parte. Dixon sintió una ligera punzada de mala conciencia por haber defraudado a Welch en lo de la conferencia, y una no tan ligera por haber malgastado tanto tiempo y energías

en odiar a Welch.

Entró en el despacho que compartía con Cecil Goldsmith y se paró junto a la ventana. El bochorno de los días previos había pasado sin tormentas, y el cielo prometía horas de sol. Se estaban haciendo reformas en el laboratorio de Física; un camión se había parado junto a la pared, estaban descargando ladrillos y cemento y podía oírse un ruido de martilleo. No le sería difícil conseguir un empleo de maestro de escuela: el director de su antiguo colegio le había dicho en navidad que el puesto de titular de Historia en la escuela no sería cubierto hasta septiembre. Le escribiría y le diría que había decidido que no estaba hecho para la enseñanza universitaria. Pero no lo haría hoy, hoy no.

¿Qué iba a hacer hoy? Se alejó de la ventana y tomó una revista gruesa y lujosa que estaba sobre la mesa de Goldsmith, el boletín de alguna sociedad histórica italiana. Había algo en la portada que le había llamado la atención, y buscó la página correspondiente. No sabía nada de italiano, pero el nombre en la cabecera del artículo, L. S. Caton, no ofrecía dificultad, ni, unos minutos después, el sentido general del texto, que trataba de las técnicas de construcción naval en Europa occidental a finales del siglo xv, y su influencia en esto y en aquello: este artículo era, o bien una paráfrasis muy próxima, o bien una traducción del original de Dixon. No encontró caras que poner, y contuvo el aliento para soltar una maldición, que se le convirtió en un cacareo histérico. De modo que así era cómo la gente conseguía cátedras, ¿no? Al menos, esa clase de cátedras. Bueno, ya no importaba. En cuanto a ese viejo retorcido... Eso le recordó algo. Una de las cosas que tenía que hacer ese día era ver a Johns e insultarlo, e incluso agredirlo, por su última traición. Salió y bajó las escaleras.

La reconstrucción del crimen había sido sencilla. Tras consultar a Beesley y Atkinson, Dixon había deducido que Johns debía de haber oído a los otros dos hablando de su té con Christine y había aprovechado la primera ocasión para transmitir la noticia a su amiga y protectora. Tuvo ocasión de hacerlo, así que no cabía duda de que lo hizo; en cualquier caso, Dixon casi había logrado sonsacarle a Bertrand que el chivato era Johns, aunque no supiera cómo aquél se había hecho con esa información. El odio lo encendió brevemente, como un anuncio de neón, mientras aporreaba la puerta del despacho de Johns y entraba.

Allí no había nadie. Dixon se acercó a la mesa, en la que reposaban muchas pólizas de seguros. Se paró a meditar: ¿había hecho algo para merecer las dos traiciones de Johns? ¿Los adornos que le había puesto al compositor de la revista? Una broma inofensiva. ¿La carta de Joe Higgins? Una payasada que no engañaba a nadie. Dixon se dio la razón y, asiendo un puñado de pólizas de seguros, las embutió en su bolsillo y salió.

Instantes después descendía cautamente al cuarto de calderas. No parecía que hubiera nadie por allí. La carbonilla crujía bajo sus pies mientras husmeaba entre las calderas, buscando alguna que estuviera en funcionamiento. Debía de haber una que



calentase el agua de los diversos cuartos de aseo. Ahí estaba, humeando vigorosamente. Tomó una especie de herramienta que había en el suelo, delante de la caldera, y abrió con ella la tapa. Las pólizas ardieron rápidamente, y por completo: no quedaría ningún rastro. Cerró la tapa y subió corriendo las escaleras. Nadie lo vio salir.

¿Qué iba a hacer ahora? Había acudido a la facultad, comprendió, sin nada concreto en mente, principalmente por la inercia de acompañar a Beesley. Ahora que lo iban a poner de patitas en la calle, sin embargo, no quería demorarse hasta la hora del café, cuando además podía tropezarse con Welch o el decano. Realmente no había razones para volver por allí, salvo para recoger sus pertenencias. Bueno, ahí tenía su siguiente quehacer, y podía hacerse de una tacada, ya que nunca había llevado a la facultad otra cosa que no fueran dos o tres manuales y algunas notas para sus clases. Volvió a su despacho y empezó a recoger sus cosas. Trabajar en su ciudad natal, reflexionó, implicaría ver menos a Margaret, pero no tan poco como quisiera, ya que la casa de ella y la de él apenas distaban treinta kilómetros. Como ya sabía por experiencia, aquello era un trayecto razonable, o no lo bastante irrazonable, que hacer para pasar una tarde juntos al menos una vez, en vacaciones. Y tenía tres meses de vacaciones por delante.

A la salida de la facultad se vio abordado por un hombre que no llegó a reconocer del todo, pero en cuyo aspecto había algo familiar. El hombre dijo:

—Buena conferencia la que nos dio usted anoche.

—Michie —dijo Dixon—. Se ha afeitado el bigote.

—Cierto. Eileen O'Shaughnessy dijo que estaba hasta las narices de él, así que me despedí de él esta mañana.

—Buen consejo, Michie. Está mucho mejor.

—Gracias. Espero que se haya recobrado por completo de su desvanecimiento, o lo que fuera.

—Ah, sí, gracias. Ninguna herida incurable.

—Bueno. Todos disfrutamos con su charla.

—Me alegro mucho de saberlo.

—Cayó como una bomba.

—Lo sé.

—Lástima que no lograra terminarla.

—Sí.

—Con todo, nos quedamos con la idea principal.

Michie se calló por un instante, mientras pasaban unos extraños, ilusos que acudían a la semana de puertas abiertas de la facultad. Prosiguió:

—Quería... Espero que no le importe que se lo pregunte, ¿sabe?, pero el caso es que algunos de nosotros nos preguntábamos si no estaría usted un poquito... ya sabe.

—¿Borracho? Sí, supongo que sí, más bien.

—Le habrán echado la bronca por ello, supongo. ¿O no han tenido tiempo para

ocuparse del asunto?

—Sí, sí que han tenido tiempo.

—Una bronca de las grandes, imagino.

—Bueno, sí, comparada con otras. Me han dado la patada.

—¿Cómo? —Michie pareció condolerse, pero sin mostrar sorpresa ni indignación

—. Eso sí que es rapidez. Bueno, lo siento muchísimo. ¿Sólo por la conferencia?

—No. Había habido antes uno o dos problemas en el departamento, como usted probablemente sabe.

Michie permaneció callado un instante, antes de decir:

—Algunos le echaremos de menos, ya lo sabe.

—Eso es muy amable. Yo también echaré de menos a algunos de ustedes.

—Me voy a casa mañana, así que me despido ya. Aprobé sin problemas, supongo. Puede decírmelo, ¿verdad? De lo contrario, no lo sabré hasta la semana que viene.

—Sí, sí, todos los de su grupo han aprobado. Bueno, Drew ha suspendido. ¿Es amigo suyo?

—No, gracias a Dios. Buenos resultados. Bien, adiós. Supongo que, después de todo, el año que viene haré la optativa de Neddy.

—Eso parece. —Dixon se puso sus pertenencias bajo el brazo izquierdo y le estrechó la mano—. En fin, le deseo lo mejor.

—Lo mismo le digo.

Dixon se alejó por la avenida de la Universidad, olvidándose de echar un último vistazo a los edificios de la facultad hasta que fue demasiado tarde. Se sentía casi libre de preocupaciones, lo que, dadas las circunstancias, le pareció muy meritorio en él. Se iría a casa esa tarde; de todos modos, se habría marchado un par de días después. Volvería a la semana siguiente para recoger sus restantes cosas, ver a Margaret y demás. Ver a Margaret. «Uuaaaah», exclamó para sí, de sólo pensarlo. «Uuaauuuuh». Viviendo tan cerca de ella, dejar este lugar no parecería una mudanza en absoluto, sino un mero echarse a un lado. Eso era lo peor de todo, en realidad.

Recordó ahora que ése era el día en que había de ver a Catchpole a la hora del almuerzo. ¿Qué podía querer ese tipo? De nada servía hacer cábalas al respecto; lo importante era cómo matar el tiempo hasta entonces. De vuelta en su pensión, se enjuagó el ojo, que empezaba a marchitarse un tanto, aunque su nuevo color prometía ser exactamente igual de poco favorecedor y bastante menos sano. Después hubo una conversación con la señorita Cutler sobre raciones y lavandería; luego se afeitó y se bañó. Mientras estaba metido en el agua, oyó sonar el teléfono, e instantes después la señorita Cutler aporreaba la puerta.

—¿Está usted ahí, señor Dixon?

—Sí, ¿qué sucede, señorita Cutler?

—Un caballero le llama por teléfono.

—¿Quién es?

—Me temo que no entendí su nombre.

—¿Era Catchpole?

—¿Cómo? No, creo que no. Me pareció más largo.

—Bueno, está bien, señorita Cutler. ¿Quiere pedirle su número y decirle que le llamaré en diez minutos?

—Lo que usted diga, señor Dixon.

Dixon se secó, preguntándose quien podría ser. ¿Bertrand con más amenazas? Eso esperaba. ¿Johns, que había intuido el destino de sus pólizas de seguros? Posiblemente. ¿El decano, convocándolo a una reunión extraordinaria de la Junta de Facultad? No, no, eso no.

Mientras se vestía, pensó en lo agradable que era no tener nada que hacer por obligación. Dejar de ser profesor adjunto tenía sus compensaciones; sobre todo, dejar de dar clases. Se puso un viejo suéter de polo para representar la ruptura de sus conexiones con el mundo académico. Los pantalones que llevaba eran los que se había desgarrado en el asiento del coche de Welch; habían sido hábilmente remendados por la señorita Cutler. Junto al teléfono encontró una nota escrita a lápiz con la letra infantil de ésta. Aunque el nombre había vuelto a sonarle incomprensible, había anotado el número; que, para sorpresa suya, pertenecía a un pueblecito a algunos kilómetros de distancia. Que él supiera, no conocía a nadie allí. Una voz de mujer respondió a su llamada.

—Hola —dijo Dixon, mientras pensaba que podría escribir una tesis sobre el uso del teléfono fuera de los negocios.

La voz de la mujer anunció su número.

—¿Vive un hombre ahí? —preguntó él, sintiéndose un tanto desconcertado.

—¿Un hombre? ¿Quién habla? —El tono era hostil.

—Me llamo Dixon.

—Ah, sí, el señor Dixon, claro. Un momento, por favor.

Hubo una breve pausa, a la que siguió una voz de hombre que, con la boca demasiado cerca del micrófono, dijo:

—Hola. ¿Es usted, Dixon?

—Sí, al habla. ¿Quién es?

—Aquí Gore-Urquhart. Lo han echado, ¿verdad?

—¿Cómo?

—Digo que si lo han echado.

—Sí.

—Bien. Entonces no seré yo quien se lo tenga que decir, revelando una confidencia. Bueno, ¿qué planes tiene, Dixon?

—Estaba pensando en dedicarme al magisterio.

—¿Lo tiene ya decidido?

—No, la verdad es que no.

—Bien. Tengo un empleo para usted. Quinientas al año. Tendrá que empezar

enseguida, el lunes. Implicará vivir en Londres. ¿Acepta?

Dixon constató que no podía, no ya respirar, sino ni siquiera hablar.

—¿De qué empleo se trata?

—Una especie de secretaría privada. Aunque sin mucha correspondencia: una chica me la despacha casi toda. Consistirá sobre todo en recibir a gente, o en decirle a la gente que no puedo recibirla. Entraremos en detalles el lunes por la mañana. Apunte la dirección. —Se la dio, y luego preguntó—: ¿Todo bien?

—Sí, estupendamente, gracias. Me acosté en cuanto...

—No, no le preguntaba por su salud, muchacho. ¿Tiene todos los detalles? ¿Estará aquí el lunes?

—Sí, por supuesto, y muchísimas gracias, señor...

—Muy bien. Nos vemos...

—Un momento, señor Gore-Urquhart. ¿Habré de trabajar con Bertrand Welch?

—¿De dónde saca esa idea?

—De ningún sitio. Tenía idea de que él iba detrás de un empleo que ofrecía usted.

—Ése es el empleo que usted ha conseguido. Supe que el joven Welch no servía en cuanto puse los ojos en él. Como sus cuadros. Lástima que haya logrado enredar a mi sobrina, una gran lástima. De nada sirve decírselo a ella, en fin. Obstinada como una mula. Peor que su madre. Sin embargo, creo que usted lo hará bien, Dixon. Ya sé que no reúne los méritos suficientes, ni para éste ni para ningún otro trabajo, pero hay muchos que los reúnen. Tampoco tiene deméritos, en fin, lo que no es tan frecuente. ¿Más preguntas?

—No, eso es todo, gracias, yo...

—El lunes a las diez. —Colgó.

Dixon se levantó despacio de la mesilla de bambú. ¿Qué ruido podría hacer para expresar su éxtasis de divertido sobrecogimiento? Tomó aire para un gruñido de felicidad, pero una sola campanada apresurada del reloj de sobremesa que presidía la chimenea lo devolvió a los asuntos cotidianos. Eran las doce treinta, la hora en que se suponía que tenía que reunirse con Catchpole para hablar de Margaret. ¿Debía ir? Vivir en Londres restaba importancia al problema de Margaret..., o inmediatez. Su curiosidad triunfó.

Al salir de la casa, se recreó de puro gozo en cómo Gore-Urquhart había despachado el mérito de los cuadros de Bertrand. Sabía que en eso no se había equivocado. Entonces sus andares perdieron brío en cuanto cayó en la cuenta de que a Bertrand, sin empleo y sin talento, todavía le quedaba Christine.

## VEINTICUATRO

Catchpole, ya allí cuando Dixon llegó, resultó ser un joven alto y delgado, de veintipocos años, que tenía el aspecto de un intelectual que intentaba hacerse pasar por un empleado de banca. Pidió una bebida para Dixon, se disculpó por ocupar su tiempo y, después de unos cuantos preliminares más, dijo:

—Creo que lo mejor que puedo hacer es darle a conocer los verdaderos pormenores de este asunto. ¿Está de acuerdo?

—Sí, muy bien. Pero ¿qué garantía tengo de que son verdaderos?

—Ninguna, por supuesto. Salvo que, si conoce a Margaret, no puede dejar de reconocer que son verosímiles. Y, antes de comenzar, por cierto, ¿le importaría ampliar un poco lo que me dijo por teléfono sobre su estado de salud actual?

Eso hizo Dixon, logrando sugerir, mientras hablaba, cómo estaban las cosas entre él y Margaret. Catchpole escuchó en silencio, con los ojos fijos en la mesa, frunciendo ligeramente el ceño y jugando con un par de cerillas usadas. Tenía el pelo largo y descuidado. Al final dijo:

—Muchas gracias. Eso aclara bastante las cosas. Le daré ahora mi visión de los hechos. En primer lugar, en contra de lo que Margaret parece haberle contado, ella y yo nunca hemos sido amantes, ni en el sentido emocional ni en lo que podríamos llamar el sentido técnico. Esto es nuevo para usted, supongo.

—Sí —dijo Dixon. Se sintió curiosamente asustado, como si Catchpole estuviera intentando buscar pelea con él.

—Lo imaginaba. Bueno, después de conocerla en un acto político, me vi, sin saber exactamente cómo, saliendo con ella, llevándola al teatro y a conciertos y a cosas así. No tardé en percatarme de que era una de esas personas (suelen ser mujeres) que se alimentan de la tensión emocional. Empezamos a tener broncas por nada, y lo digo en sentido literal. Me guardé mucho de iniciar ninguna clase de relación sexual con ella, pero pronto empezó a comportarse como si la hubiera. Me acusaba perpetuamente de herirla, de intentar humillarla delante de otras mujeres y cosas por el estilo. ¿Ha tenido usted experiencias de esta clase con ella?

—Sí —dijo Dixon—. Prosiga.

—Veo que usted y yo tenemos más cosas en común de lo que pensábamos. Pero aguarde. Después de una bronca especialmente absurda por un comentario que yo había hecho al presentarla a mi hermana, decidí que ya no aguantaba más. Hubo una escena estremecedora. —Catchpole se alisó el pelo con los dedos y cambió de postura en su asiento—. Me habían dado la tarde libre y salimos de compras, recuerdo, y empezó a gritarme en la calle. Daba miedo. Sentí que no aguantaba ni un

minuto más, así que, finalmente, para tranquilizarla, acepté ir a verla esa noche a eso de las diez. Al llegar la hora, no tuve valor para ir. Un par de días después, cuando me enteré de su... intento de suicidio, comprendí que había sido la misma noche en que se suponía que yo iría a verla. Sufrí toda una conmoción al comprender que podría haber impedido todo aquello si me hubiese molestado en acudir a la cita.

—Aguarde un momento —dijo Dixon con la boca seca—. Ella me pidió que fuera a verla esa misma noche. Luego me contó que usted había acudido a la cita y le había dicho que...

Catchpole se alisó el pelo hacia un lado.

—¿Está seguro? ¿Está seguro de que fue esa noche?

—Absolutamente. Lo recuerdo todo con claridad. De hecho, acabábamos de comprar las píldoras para dormir cuando me pidió que fuera a verla; las que debió de usar por la noche... Así lo recuerdo. ¿Por qué, qué pasa?

—Ella compró píldoras para dormir mientras estaba con usted.

—Sí, eso es.

—¿Cuándo fue eso?

—¿Comprarlas? Pues a eso del mediodía, supongo. ¿Por qué?

Catchpole dijo lentamente:

—El caso es que compró un bote de píldoras mientras estuvo conmigo por la tarde.

Se miraron uno al otro en silencio.

—Imagino que falsificó la receta —dijo Dixon, finalmente.

—Se suponía que los dos habíamos de estar allí y ver a qué la habíamos empujado —dijo Catchpole amargamente—. Sabía que era una neurótica, pero no hasta ese extremo.

—Tuvo suerte de que el tipo de la habitación de abajo subiera a quejarse de la radio.

—Ella no se hubiera atrevido a correr un riesgo como ése. No, esto confirma lo que siempre he pensado. Margaret no tenía intención de cometer suicidio, ni entonces ni en ningún otro momento. Seguramente tomó algunas píldoras antes de la hora en que nos esperaba (no las suficientes para matarla, claro) y esperaba que entrásemos corriendo y nos retorciéramos las manos y nos ocupásemos de ella y nos hiciéramos reproches. No creo que pueda haber duda de ello. Nunca corrió el menor peligro de morir.

—Pero no hay pruebas de eso —dijo Dixon—. Sólo son suposiciones tuyas.

—¿No cree que tengo razón? ¿Sabiendo lo que sabe de ella?

—No sé qué pensar, la verdad.

—Pero ¿no lo ve? ¿No le parece lo bastante lógico? Es la única explicación que encaja. Fíjese, intente recordar; ¿dijo algo de cuántas píldoras tomó, de cuál era la dosis fatal, o algo así?

—No, no lo creo. Sólo recuerdo que dijo que tenía agarrado el bote vacío

mientras que...

—El bote vacío. Había dos botes. Eso es. Me doy por satisfecho. Tenía razón.

—Tome otra copa —dijo Dixon. Sintió necesidad de librarse de Catchpole por un instante, pero, mientras permanecía junto a la barra, no pudo pensar, sólo pudo intentar poner sus pensamientos en orden. No se había recuperado todavía de la habitual sorpresa elemental de constatar que un extraño conoce muy bien a alguien que también él conocía muy bien; una intimidad, pensaba, debería excluir todas las demás. Y en cuanto a la teoría de Catchpole... no podía creerla. ¿O sí podía? No parecía el tipo de teoría a la que pueda adjudicársele crédito o descrédito.

En cuanto volvió con las bebidas, Catchpole dijo:

—Todavía no está convencido, supongo. —Se balanceó en su silla con una especie de alegría inestable—. El bote vacío. Pero había dos botes, y sólo usó uno. ¿Cómo lo sé? ¿Cree que ella habría dejado de decirle que había usado dos si hubiese usado dos? No, ahí olvidó mentir. Pensó que no importaba. No podía predecir que yo fuera a abordarlo a usted de este modo. No la culpo por ello: ni los mejores planes pueden preverlo todo. Había comprobado, por supuesto, que no corría ningún peligro con un solo bote. Quizá dos botes no la habrían matado, pero no estaba dispuesta a correr riesgos. —Tomó su vaso y lo soltó medio vacío—. Bueno, le estoy extremadamente agradecido por hacer esto por mí. Ahora estoy completamente libre de ella. Se acabó el preocuparme por cómo está, gracias a Dios. Eso vale mucho. —Miró fijamente a Dixon, mientras el pelo le caía sobre la frente—. También usted se ha librado de ella, espero.

—Usted nunca le mencionó la cuestión del matrimonio, ¿verdad?

—No, no fui tan tonto para eso. Supongo que ella le contó que lo hice.

—Sí. ¿Y tampoco hizo usted una escapadita a Gales con una chica por aquel entonces?

—Desgraciadamente no. Fui a Gales, sí, pero a cargo de mi empresa. Y es una pena que no dispongan de chicas para acompañar a sus representantes. —Apuró su bebida y se puso en pie, en actitud de bajar la voz—. Espero haber eliminado sus sospechas. Me alegro mucho de haberle conocido, y me gustaría agradecerle lo que ha hecho. —Se inclinó sobre Dixon y bajó aún más la voz—. No intente ayudarla más; sería peligroso para usted. Sé lo que digo. Tampoco es que ella realmente necesite ayuda, ya sabe. Muchísima suerte. Y adiós.

Se estrecharon las manos y Catchpole salió a grandes zancadas, con la corbata ondeándole. Dixon acabó su bebida y salió un par de minutos después. Fue paseando hasta la pensión, en medio del gentío de la hora del almuerzo. Todos los hechos parecían encajar, pero Margaret se había asentado con demasiada firmeza en su vida y sus emociones como para ser expulsada de ellas por una mera relación de hechos. Al faltarle otro purgante que no fueran los hechos, podía prever que terminaría por negar todo crédito a éstos.

La señorita Cutler sirvió el almuerzo, a quienes lo pidieron, a la una en punto.

Dixon tenía planeado aprovechar esta circunstancia y tomar el tren a casa justo después de las dos. Al entrar en el comedor se encontró con Bill Atkinson sentado a la mesa, leyendo un nuevo número de la revista de lucha libre a la que estaba suscrito. Levantó la cabeza para mirar a Dixon y, como sucedía a veces, le dirigió un comentario.

—Acabo de hablar con su muñequita por teléfono —dijo.

—Vaya por Dios. ¿Qué quería?

—¿Cómo que «Vaya por Dios»? —Frunció el ceño amenazadoramente—. No me refiero a la que me deprime, la que anda siempre escupiendo el chupete, sino a la otra, la que dice usted que pertenece al fortachón barbudo.

—¿Christine?

—Sí, Christine —dijo Atkinson, logrando que el nombre sonara como un insulto.

—¿Qué quería, Bill? Podría ser algo importante.

Atkinson volvió a la portada de su revista, en la que se entrelazaban dos Laocoontes. Indicó que la conversación seguía activa diciendo: «Aguarde un minuto». Después de leer atentamente algo que había escrito al margen, añadió en un tono hiriente:

—Se me han ido algunas cosas, pero lo principal es que su tren sale a las dos menos diez.

—¿Cómo? ¿Hoy? Oí que no se marchaba hasta dentro de unos días.

—Lo que haya oído usted no es cosa mía. Le digo lo que oí yo. Dijo que tenía noticias para usted que no podía contarme por teléfono, y que, si quería volver a verla, que fuese a despedirla en ese viajecito de las dos menos diez. Que dependía de usted, dijo. Parecía un poco empeñada en la idea de que dependía de usted, pero no me pregunte qué quería decir, porque no soltó prenda. Lo que sí dijo es que «lo entendería» si usted no iba. Tampoco me pida que le traduzca eso.

Añadió que el tren aludido partía, no de la estación principal de la ciudad, sino de una más pequeña, cercana a la casa de Welch. Algunos trenes no procedentes de la ciudad paraban en esa estación de camino a Londres.

—Más vale que me ponga en marcha, entonces —dijo Dixon, haciendo cálculos.

—Más vale. Le diré a la vieja que no va a almorzar. Vaya y no pierda el autobús. —Atkinson hundió la cara en su revista.

Dixon salió corriendo a la calle. Tenía la sensación de haber estado corriendo toda su vida. ¿Por qué no tomaba ella un tren que saliese de la ciudad? Le constaba que había uno magnífico a Londres a las tres y veinte. ¿Y qué noticias eran ésas? En todo caso, él sí tenía una que darle; dos, en realidad. ¿Acaso esa inesperada partida significaba que Bertrand y ella habían vuelto a pelearse? Un autobús debía aparecer por la avenida de la Universidad entre la una y diez y la una y quince. Era ya esa hora. El siguiente pasaba a eso de la una y treinta y cinco. Inútil. Corrió más. No, no se habría marchado sólo por una pelea. Apostaría cualquier cosa a que ella no es de las que se vengan de ese modo por esa clase de cosas. Demonios, esa «noticia» suya



seguramente no era más que el que «tío Julius» iba a ofrecerle un empleo. No contaría con que él pudiera haberse enterado tan pronto. ¿Le habría pedido que recorriese toda esa distancia sólo para decirle eso? ¿O era todo aquello una excusa para volver a verlo? Pero ¿por qué iba a querer volver a verlo?

Dio un repentino salto a la calzada, donde, a unos metros de distancia, un coche grande con aspecto de taxi esperaba en una bocacalle para incorporarse al carril más apartado. Dixon atravesó el carril inmediato, chillando: «¡Taxi, taxi!». Justo lo que quería. En un instante pudo alcanzar la acera opuesta, pero en ese mismo momento el taxi se incorporó a la carretera principal y empezó a alejarse a velocidad creciente. «¡Taxi, taxi!». Ya casi lo había alcanzado cuando el rostro de la mujer del decano, con un sombrero parecido a un birrete, apareció en la luna trasera, dirigiéndole una mirada ceñuda desde lo que le había parecido un asiento trasero vacío. Estaba claro que ese taxi no era un taxi, sino el coche del decano. ¿Iba el decano también en él? Dixon viró por una cancela abierta y entró en el jardín delantero de la casa de alguien, donde permaneció un minuto arrodillado tras el seto. ¿Realmente era tan importante reunirse con Christine en la estación? ¿No podría ponerse en contacto con ella más adelante a través de «tío Julius»? ¿Tenía todavía aquel trozo de papel con su número de teléfono?

Un repiqueteo sobre cristal le hizo volverse. Una anciana y un gran loro lo miraban desde una ventana de la planta baja. Hizo una profunda reverencia, luego recordó su autobús y salió corriendo por la acera. Unos doscientos metros más allá subía despacio la cuesta un autobús procedente de la ciudad. Estaba demasiado lejos para que él pudiera leer su distintivo y, en cualquier caso, sus esfuerzos le habían empañado las gafas. Pero debía de ser el suyo y debía alcanzarlo. Sintió, en la medida en que podía sentir en ese momento, que algo se torcería irremisiblemente si no lograba presentarse en la estación, que algo que deseaba le sería denegado. Echó a correr más rápido aún, de modo que la gente empezó a apartarse de su camino y a mirarlo con asombrado fastidio. El autobús, momentáneamente incapaz de enfilarse en la avenida de la Universidad, estaba detenido en medio del tráfico; y, como ahora sí podía ver, era el suyo. Corrió decididamente hacia la esquina de la avenida de la Universidad, pero el autobús empezó a moverse de nuevo y la alcanzó antes que él. Cuando volvió a ver el autobús, estaba detenido unos cincuenta metros más arriba, en la avenida, y alguien acababa de subirse.

Dixon se lanzó a un frenético sprint, a todo pulmón, mientras el cobrador lo observaba, inmóvil, desde la plataforma. Cuando hubo recorrido la mitad de la distancia que lo separaba del autobús, este funcionario hizo sonar la campana, el conductor metió la marcha y las ruedas empezaron a girar. Dixon descubrió que correr se le daba mejor de lo que pensaba, pero cuando el espacio entre hombre y autobús quedó reducido a unos cinco metros, empezó de nuevo a ampliarse rápidamente. Dixon dejó de correr y obsequió al cobrador, que todavía lo observaba sin reflejar ninguna emoción, con el más conocido de los gestos obscenos. Entonces

el cobrador hizo sonar de nuevo la campana y el autobús se detuvo bruscamente. Dixon vaciló un instante y luego se dirigió al autobús con un trote ligero y lo abordó con cierta indecisión. No tenía ganas de mirar a la cara al cobrador, que ahora decía con admiración: «Vaya carrera, está chiflado», y hacía sonar la campana por tercera vez.

Dixon preguntó, jadeante, a qué hora llegaba el autobús a la estación, que era donde terminaba su recorrido. Y, tras recibir una respuesta educada pero evasiva, dedicó unos instantes a devolver las miradas de los pasajeros cercanos y subió trabajosamente al piso superior. Allí avanzó a trompicones hasta el asiento delantero y se derrumbó en él sin resuello siquiera para gemir. Empezó a tragar la sustancia espesa y ardiente que le llenaba la boca y la garganta, jadeó enérgicamente durante un rato y sacó temblorosamente su paquete de cigarrillos cortos y sus cerillas. Después de leer varias veces el chiste al reverso de la caja de cerillas y reírse con él, encendió un cigarrillo; fue lo único que pudo hacer de momento. Miró por la ventanilla; la carretera se desplegaba ante él, y no pudo evitar sentir una especie de euforia, especialmente ante la luminosidad del paisaje bajo el sol. Más allá de las hileras de chalés adosados con tejados verdes se extendía ya el campo abierto, y entre unos árboles pudo ver un resplandor de agua.

Christine había dicho que «lo entendería» si no se presentaba a despedirla. ¿Qué quería decir eso? ¿Quería decir que «entendía» que sus compromisos con Margaret lo habrían decidido a no venir? ¿O incluía el matiz, vagamente inoportuno, de que ella «entendería» que todo lo habido entre ellos le pareciera ahora a él un error romántico, con o sin Margaret? No podía dejar que Christine se le escapara hoy; de lo contrario, era posible que no volviera a verla jamás. Jamás, no: era una expresión desagradable. De pronto su cara se alteró y pareció reducirse a nariz y gafas; el autobús se había situado detrás de un camión que arrastraba lentamente un complicado remolque, que llevaba colgado un cartel que recomendaba precaución e indicaba cuántos metros medía. Otro cartel más pequeño aducía nuevos motivos para la precaución: «Frenos neumáticos». Camión, remolque y autobús empezaron a avanzar, a una velocidad uniforme de veinte kilómetros por hora, por lo que amenazaba ser una larga serie de curvas. Con dificultad Dixon apartó su mirada de la trasera del remolque y, para darse fuerzas, se puso a pensar en lo que Catchpole le había dicho sobre Margaret.

Comprendió enseguida que, desde el momento mismo en que decidió emprender ese viaje, sus ideas se habían aclarado. Por primera vez se sintió verdaderamente convencido de que de nada servía intentar salvar a aquellos que, en el fondo, preferían no ser salvados. Seguir intentándolo no sólo sería ceder al sentimentalismo y a la compasión, sino que estaría mal y, si se insistía hasta el final, sería inhumano. Margaret había tenido muy mala suerte, y ésta probablemente derivaba, como había pensado antes, de la desgracia previa de no poseer atractivo sexual. Que Christine poseyera un carácter más normal (es decir, más impracticable) sin duda era el resultado, al menos en parte, de haber tenido suerte con su cara y su figura. Pero eso

era todo. Atribuir las cosas a la suerte no era lo mismo que declararlas inexistentes o, por algún motivo, no sujetas a consideración. Con todo, Christine seguía siendo más simpática y bonita que Margaret, y todas las deducciones que pudieran extraerse de ello debían extraerse: innumerables son las razones por las que las cosas agradables son más agradables que las desagradables. También debía a la suerte, en fin, haberse liberado del corsé pegajoso de la compasión: si Catchpole hubiera sido otra clase de hombre, él, Dixon, seguiría tan atrapado como antes. Y ahora precisaba otra dosis de suerte. Si le llegaba, todavía podría serle útil a alguien.

Se le presentó entonces el cobrador y negoció con él su billete. Cuando hubo terminado, dijo:

—A la una y cuarenta y tres está previsto que lleguemos a la estación. Lo he mirado.

—¿Cree usted que llegaremos a tiempo?

—Lo siento, no le puedo decir. No si seguimos arrastrándonos detrás de este artilugio de la RAF, no lo creo. ¿Tiene que tomar un tren?

—Bueno, he de ver a alguien que va a tomar el de las dos menos diez.

—Yo, en su lugar, no contaría con ello. —Se demoró, sin duda para examinar el ojo a la funerala de Dixon.

—Gracias —dijo Dixon, a modo de despedida.

Enfilaron una recta larga con una ligera depresión en el medio, por lo que no había un metro de toda su extensión vacía que no resultara visible. Delante, una mano morena y gastada surgió de la cabina del camión y se retorció en una seña. El conductor del autobús ignoró esa invitación y se desvió y fue disminuyendo gradualmente la velocidad hasta detenerse en una parada junto a una hilera de casitas con techos de paja. Los bultos abreviados de dos viejas vestidas de negro aguardaron a que el autobús quedase totalmente inmóvil antes de agarrarse la una a la otra y, sin dejar de mirar de reojo, avanzar hacia la plataforma, ya fuera del campo visual de Dixon. Al poco oyó sus voces chillonas hablándole ininteligiblemente al cobrador, y luego cesó toda actividad. Pasaron al menos cinco segundos; Dixon se removió elaboradamente en su asiento, luego se retorció en busca de algo que pudiera tener que ver con esta interrupción del viaje. No logró detectar nada al respecto. ¿Acaso el conductor se había desplomado en su asiento, víctima de un síncope, o había tenido de pronto una idea para un poema? El intervalo se prolongó un instante más; luego, el cuadro de adormecida calma rústica se vio alterado por la súbita irrupción, procedente de una casita unos metros más atrás, de una tercera mujer vestida de morado. Dirigió una atenta mirada al autobús y lo identificó sin aparente dificultad, luego se acercó con el paso arrastrado y el ademán de un soldado que va a cobrar su paga. Esta imagen resultó considerablemente reforzada por su sombrero, que semejaba una gorra de visera de la guardia real que hubiese sido pisoteada a conciencia y luego teñida de color cereza. Incluso era posible que la vieja arpía (un ruido metálico le llegó a Dixon del fondo de la garganta cuando vio la sonrisa de

satisfacción de ésta por haber cogido el autobús) hubiese realmente encontrado lo que iba a ser su sombrero tirado en la calzada, delante de su horrorosa casita, después de unas maniobras militares, legado de algún recluta jaranero del pelotón de transportes, de cuya cabeza hubiese caído bajo los pasos y ruedas de todo un batallón.

El autobús siguió hociendo prudentemente carretera arriba, y la distancia que lo separaba del camión empezó a disminuir. Dixon constató que todo su ser estaba absorto en la cuestión del avance del camión: ya no lo turbaba el pensamiento de qué le diría Christine si llegaba a tiempo, o de qué haría si no lo lograba. Se limitó a seguir allí, sentado sobre los cojines sucios, electrizado por las sacudidas del autobús, que le causaban una especie de risa sísmica, sudando copiosamente por el calor y la aprensión (gracias a Dios que no había bebido), girando la cara en una nueva dirección tras cada adelantamiento, cada curva, cada inmotivado gesto circunspecto del conductor.

El autobús iba de nuevo resueltamente pegado al remolque, que pronto empezó a reducir todavía más su velocidad. Y antes de que Dixon rompiese a gritar, antes de que tuviese tiempo de adivinar lo que iba a pasar, el camión y el remolque se habían echado a un lado para entrar en un área de descanso y el autobús avanzó sin obstáculos. Era la ocasión, pensó con renovadas esperanzas, para que el conductor empezara a recuperar parte del tiempo que debía de haber perdido. El conductor, sin embargo, era claramente incapaz de asentir a este diagnóstico. Dixon encendió otro cigarrillo corto, y clavó la cerilla en la caja como si ésta fuera el ojo del conductor. No tenía idea, por supuesto, de qué hora era, pero calculaba que ya debían de haber cubierto ocho de los trece kilómetros que había hasta su destino. Justo entonces el autobús rodeó una esquina y aminoró bruscamente, hasta detenerse. Haciendo mucho ruido, un tractor agrícola, atravesado perpendicularmente a la carretera, tiraba trabajosamente de algo que parecía los muelles de la cama de un gigante, manchados de tierra en algunos lugares y adornados con cintajos de hierba. Dixon pensó que iba a tener que bajar del autobús y apuñalar a los conductores de ambos vehículos. ¿Qué vendría ahora? ¿Qué vendría ahora? ¿Qué demonios vendría ahora: un atraco de enmascarados, una colisión, inundaciones, un reventón, una tormenta eléctrica con árboles caídos y meteoritos, un desvío, un ataque rasante de un avión comunista, ovejas, el conductor picado por una avispa? Si le consultaran, elegiría esto último. Forzando sus marchas, el autobús proseguía su lento avance mientras cada pocos metros aguardaban bandadas de ancianos dispuestos a subir temblorosamente a bordo.

Conforme el tráfico se iba espesando al acercarse a la ciudad, el conductor añadió a su hipertrofiada cautela una demencial deferencia hacia los intereses de otros usuarios de la carretera; la visión de cualquier vehículo, en la gama que va del camión de mudanzas a la bicicleta de niño, le hacía reducir la velocidad a seis kilómetros por hora y agitar su mano en lo que Dixon imaginaba como una especie de baile de San Vito a cámara lenta, haciendo gestos y señales para avanzar. A su paso,

los coches de autoescuela practicaban la marcha atrás, los corrillos de desocupados dejaban de cotillear y se ponían en marcha relajadamente cuando el conductor se llevaba con desgana la mano a la gorra; los niños pequeños se tambaleaban para recoger juguetes de debajo de sus ruedas recién detenidas. La cabeza de Dixon miraba airadamente a un lado y a otro, buscando en vano un reloj; los habitantes de este remanso físico, mental y moral, que habían dedicado durante años sus escasos momentos de lucidez al cultivo de los pecados contra la castidad, eran demasiado pobres, y también demasiado mezquinos, para... Dixon, al ver la mole de la estación de ferrocarril a treinta metros de distancia, volvió dolorosamente a la realidad y trastabilló por el pasillo en dirección a las escaleras. Y todavía el autobús no había alcanzado la parada de la estación, cuando él se dejó caer, cruzó la calzada y entró en el vestíbulo. El reloj que dominaba las ventanillas señalaba la una y cuarenta y siete. En ese momento el minuterero avanzó un paso. Dixon se lanzó a la barrera. Un hombre inflexible le salió al paso.

—¿El andén para Londres, por favor?

El hombre le echó una mirada estimativa, como si intentara calcular por adelantado su capacidad de oír un chiste más indecente de lo normal.

—Un poco temprano, ¿no?

—¿Cómo?

—El próximo a Londres es a las ocho y diecisiete.

—¿A las ocho y diecisiete?

—Sin coche restaurante.

—¿Y el de las dos menos diez?

—No hay ninguno a las dos menos diez. ¿No lo habrá confundido con el de las dos menos veinte, por casualidad?

Dixon tragó saliva.

—Supongo que sí —dijo—. Gracias.

—Lo siento, George.

Asintiendo mecánicamente, Dixon volvió sobre sus pasos. Bill Atkinson debía de haberse confundido al anotar el mensaje de Christine. Pero no era propio de Atkinson cometer errores de esa clase. Quizá había sido Christine quien había cometido el error. La verdad es que no importaba. Caminó despacio hacia la entrada y se paró a mirar desde las sombras la plazuela soleada. Le quedaba el empleo. Y no le sería muy difícil ponerse en contacto con Christine. Sólo que intuía que sería demasiado tarde cuando lo lograra. Pero, de todos modos, la había visto y había hablado con ella unas cuantas veces. Y daba las gracias a Dios por eso.

Mientras miraba, preguntándose qué hacer a continuación, alcanzó a ver un coche con el guardabarros abollado, que rodeaba torpemente un furgón de correos. Había algo en ese coche que llamó la atención de Dixon. Éste empezó a reptar hacia él, rugiendo como una excavadora, hasta que el rugido quedó cortado por uno de esos fragores de engranajes que hacen cosquillar la espina dorsal y el coche quedó

detenido sobre sus huellas. Una rubia larguirucha que llevaba un vestido color vino y portaba una gabardina y una maleta grande bajó y empezó a correr hacia donde se encontraba Dixon.

Éste se ocultó tras una columna lo mejor que pudo, bajo los efectos de lo que sin duda debía de ser una lesión de diafragma. ¿Cómo podía haber pasado por alto, conociéndolos como los conocía, los modos de conducir de Welch?

## VEINTICINCO

Otro frenesí de furor mecánico en el exterior le dijo que Welch seguía al volante. Bien: quizá cumplía órdenes de volver sin demora. Dixon no tenía sentimientos o ideas que fuesen más allá de la situación presente. Oyó los pasos de Christine acercándose e intentó pegarse de nuevo a la columna. Los pies de ella dieron unos cuantos pasos sobre las tablas del vestíbulo de entrada: se hizo visible a un par de metros de distancia, volvió la cabeza y lo vio de inmediato. La cara de ella se transformó en una sonrisa que a él le pareció de puro afecto.

—¿Así que recibiste mi mensaje? —dijo. De tan bonita, casi resultaba ridícula.

—Ven aquí, Christine, rápido. —La arrastró a la columna que le servía de refugio—. Sólo un minuto.

Ella miró a su alrededor y luego a él.

—Pero deberíamos estar corriendo en dirección al andén. Mi tren está a punto de llegar.

—Tu tren se ha ido. Tendrás que esperar el siguiente. Como mínimo.

—El reloj dice que me queda un minuto. Todavía puedo...

—No, se ha ido, te lo digo. Salió a las dos menos veinte.

—No puede ser.

—Puede ser y ha sido. Le pregunté al hombre.

—Pero el señor Welch dijo que salía a las dos menos diez.

—Eso dijo, ¿eh? Eso lo explica todo. Se equivocó, ya ves.

—¿Estás seguro? ¿Por qué nos escondemos? ¿Nos escondemos?

Ignorándola, con su mano inadvertidamente sobre el brazo de ella, Dixon se inclinó con precaución para asomarse. Welch estaba ahora atravesado de costado en la salida principal de la plaza.

—Bien, le daremos a ese viejo idiota tiempo para que se largue, y luego iremos a tomar algo. —Comenzaría por un *whisky* óctuple—. Has almorzado, supongo.

—Sí, pero apenas pude comer nada.

—Eso no es propio de ti. Bueno, yo no he comido nada, así que almorzaremos juntos. Conozco un hotel que no está lejos. Solía ir allí con Margaret en los viejos tiempos.

Dejaron la maleta de Christine en la consigna y salieron andando a la calle.

—Menos mal que el viejo Welch no insistió en acompañarte hasta el tren —dijo Dixon.

—Sí... De hecho, fui yo quien insistió.

—No te culpo. —El malestar físico de Dixon iba creciendo ante la inminencia de

las «noticias» de Christine, que ahora se acercaban a su revelación. Quiso apostar contra sí mismo que serían malas, para correr el riesgo de que fueran buenas. La cabeza y una parte inaccesible de la espalda le picaban.

—Quería escapar cuanto antes de todos ellos. No podía soportarlos ni por un instante más. Anoche llegó uno nuevo.

—¿Uno nuevo?

—Sí, un tal Mitchell o algo por el estilo.

—Ah, ya sé. Te refieres a Michel.

—¿Sí? Tomé el primer tren que pude.

—¿Qué ha pasado? Si es que quieres contármelo. —Intentó rebajar su entusiasmo y no esperar otra cosa que inesperados y horrorosos horrores.

Ella lo miró, y de nuevo él notó que los blancos de sus ojos eran de un azul muy leve.

—He terminado con Bertrand. —Era como si se refiriera a un detergente que hubiese resultado insatisfactorio.

—¿Por qué? ¿Para siempre?

—Sí. ¿Quieres que te lo cuente?

—Adelante.

—¿Recuerdas que Carol Smith y yo nos salimos ayer a mitad de tu conferencia?

Dixon comprendió y se sintió sin aliento.

—Ya sé. Te contó algo, ¿verdad? Sé lo que te ha contado.

Dejaron de andar involuntariamente. Dixon le sacó la lengua a una vieja que los miraba. Christine dijo:

—Sabías lo de Bertrand y ella desde el principio, ¿verdad? Sabía que lo sabías. — Pareció como si fuera a echarse a reír.

—Sí. ¿Por qué te lo contó?

—¿Por qué no me lo contaste tú?

—No podía. No hubiese adelantado nada con ello. ¿Qué indujo a Carol a contártelo?

—Lo odiaba por tenerla como plato de segunda. A mí no me importaba lo que él hubiese hecho antes de empezar a salir conmigo, pero ha sido un error por su parte intentar tenernos a las dos a su disposición, a Carol y a mí. Ella me dijo que Bertrand le pidió que se fuera con él la noche en que fuimos todos al teatro. Estaba seguro de que ella aceptaría. Y dijo que al principio me odiaba, pero que luego vio cómo me trataba, cómo se portó el día del jerez y cosas así. Entonces vio que el culpable era él, no yo.

Permanecía parada con los hombros un tanto encogidos, diciendo todo esto rápidamente y avergonzada, dándole la espalda a un escaparate lleno de sostenes, corsés y ligeros. La persiana bajada daba sombra a su cara, mientras ella miraba a Dixon casi taimadamente, como para comprobar si había dicho lo bastante para satisfacer la curiosidad de éste.



—Ha tenido un detalle noble, ¿no? Bertrand no volverá a mirarla después de esto.

—Bah, ella ya no espera eso. Deduzco que...

—¿Sí?

—Por lo que me dijo, medio deduzco que hay ya otra persona detrás. No sé quién es.

Dixon estaba bastante seguro de saberlo; el último hilo quedaba desenredado. Tomó a Christine del brazo y salió junto a ella.

—Ya basta —dijo.

—Queda por contar todo lo que él le dijo a ella sobre...

—Luego. —Un gesto descarado de felicidad inundó el rostro de Dixon. Dijo:

—Creo que te agrada oír esto. Ya no voy a tener nada que ver con Margaret. Ha surgido algo (no quieras saber qué, de momento) que significa que ya no tengo que cargar con ella.

—¿Cómo? ¿Quieres decir que estás del todo...?

—Te lo contaré luego, te lo prometo. No pensemos en eso ahora.

—De acuerdo. Pero es de verdad, ¿o no?

—Por supuesto, completamente de verdad.

—Bien, entonces, en ese caso...

—Eso es. Dime: ¿qué vas a hacer esta tarde?

—Supongo que tendré que volver a Londres, ¿no?

—¿Te importa que te acompañe?

—¿A qué viene esto? —Ella le tiró del brazo hasta que él la miró—. ¿Qué está pasando? Hay algo más, ¿verdad? ¿Qué es?

—He de encontrar un sitio para vivir.

—¿Por qué? Pensé que vivías en algún lugar de esta parte del mundo.

—¿No te ha contado tío Julius lo de mi nuevo empleo?

—Por lo que más quieras, cuéntamelo todo como Dios manda, Jim. No me hagas rabiar.

Mientras se explicaba, pronunció estos nombres para sí: Bayswater, Knightsbridge, Notting Hill Gate, Pimlico, Belgrave Square, Wapping, Chelsea... No, Chelsea no.

—Sabía que se guardaba algo en la manga —decía Christine—. Pero no sabía que era eso. Espero que seas capaz de soportarlo. Y sin problemas, ¿verdad? Quiero decir que supongo que no habrá inconveniente para que dejes tu trabajo aquí en la universidad...

—No, no lo creo.

—¿De qué es el empleo, por cierto? El que te ha ofrecido.

—El que Bertrand pensaba que iban a darle a él.

Christine empezó a reír ruidosamente, a la vez que se sonrojaba. Dixon también rió. Pensó que era una pena que todas sus caras estuvieran pensadas para expresar furor u odio. Ahora que había sucedido algo que merecía una cara, no tenía ninguna

para celebrarlo. A modo de prenda, puso su cara de «La vida sexual en la antigua Roma». Entonces captó algo delante de ellos y redujo el paso. Hizo una seña a Christine.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Ves ese coche? —Era el de Welch, aparcado apenas más cerca de un bordillo que del otro, junto a una tetería con cortinas de lino blanco y cacharros de cobre en el alféizar.

—¿Qué está haciendo ahí?

—Estará recogiendo a Bertrand y a los demás, supongo. Bertrand dijo que no iba a almorzar en la misma casa que yo después de lo que yo le había dicho. De prisa, Jim, antes de que salgan.

Justo cuando estaban a la altura del escaparate, la puerta se abrió y un tropel de Welches salió y bloqueó la acera. Uno de ellos era sin duda el afeminado Michel, el que escribía, que por fin salía a escena cuando el telón estaba a punto de caer. Era un muchacho alto y pálido, con el pelo largo y claro embutido en una gorra clara de pana. Al percibir la cercanía de viandantes, el grupo entero, con la lógica excepción del propio Welch, comenzó automáticamente a moverse para despejar el camino. Dixon apretó el brazo de Christine para infundirle ánimos y siguió caminando hasta alcanzarlos.

—Disculpen —dijo con una jugosa voz de mayordomo de comedia.

En la cara de la señora Welch apareció una expresión de vómito inminente; Dixon le dirigió una indulgente inclinación de cabeza (recordaba algo que había leído sobre que el éxito hace a la gente humilde, tolerante y amable). El incidente había casi concluido cuando vio que no sólo estaban presentes Welch y Bertrand, sino que el gorro de pescador de Welch y la boina de Bertrand también estaban allí. La boina, sin embargo, estaba en la cabeza de Welch, y el sombrero de pescador en la de Bertrand. En esta guisa, los dos allí parados, rígidos y con ojos saltones, se parecían a Gide y a Lytton Strachey, moldeados en cera por manos de aprendiz. Dixon tomó aire para llamar la atención sobre ellos, y luego lo soltó todo de nuevo en un aullido de risa. Sus pasos vacilaron, su cuerpo se dobló como si lo hubieran apuñalado. Con Christine colgada de su brazo se detuvo en medio del grupo, doblándose lentamente en dos como un hombre con dolor de costado, sus gafas empañándose del esfuerzo, la boca entreabierta en un rictus de agonía.

—Ustedes son... —dijo—. Es un...

Los Welch se retiraron y empezaron a subirse al coche. Gimiendo, Dixon se dejó llevar por Christine calle arriba. Atrás quedaron los relinchos y traqueteos de la puesta en marcha del coche de Welch, haciéndose cada vez más débiles según ellos avanzaban, hasta quedar definitivamente ahogados por los demás ruidos de la ciudad y las voces de ambos.



KINGSLEY AMIS (Londres, 1922-1995) fue un reconocido novelista, poeta, crítico literario y profesor, autor de una veintena de novelas, relatos breves, tres libros de poesía, guiones de radio y televisión y libros de crítica literaria y social. Fue galardonado con casi todos los premios literarios en lengua inglesa, incluidos el Booker Prize y el Somerset Maugham. Fue el padre del también novelista Martin Amis.

# NOTAS

[1] De la BBC (*N. del T.*) <<

[2] Famoso cómico y empresario teatral británico (1866-1941), en cuya compañía se iniciaron artistas tan renombrados como Chaplin y Stan Laurel. *(N. del T.)* <<

[3] Es decir, los laboristas, que tenían su sede en ese edificio. (*N. del T.*) <<

[4] Peter Racine Fricker (1920-1990), compositor británico influido por Bartók y Schoenberg. (*N. del T.*) <<



[5] Título de un relato de Guy de Maupassant en el que se describe la angustia de una persona al constatar que una extraña presencia se está apoderando de su ser. (*N. del T.*) <<

[6] Hay un libro de Trotsky titulado *The Lesson of Spain* (1936). (N. del T.) <<

[7] Famosa poetisa, crítica y polemista británica (1887-1964), aquí aludida como representante del «gran mundo» periodístico y cultural de anteguerra. (*N. del T.*) <<

[8] Ivor Armstrong Richards (1893-1979). Influyente crítico literario, considerado uno de los padres del New Criticism. (N. del T.) <<

[9] *Horse's neck*, cóctel hecho de brandy y ginger ale. (N. del T.) <<

[10] La canción, cuyo primer verso es «I'll be down to get you in a taxi, honey», se titula *Darktown Strutter's Ball*, y fue compuesta por Shelton Brooks en 1917. Es canción típica de fiestas. (N. del T.) <<

[11] Se conoce en lógica por «falacia del término medio no distribuido» la que resulta de silogismos defectuosos, como el que Carol acaba de exponer sobre la relación entre mujeres y fama artística. (*N. del T.*) <<

[12] La famosa cadena de tiendas textiles C. & A. abrió su primer establecimiento en Gran Bretaña en 1922. *(N. del T.)* <<



[13] Por «vino engordado» (es decir, vino al que se le ha añadido alcohol a granel) traduzco *red bidy*, que puede designar cierto tipo de cerveza irlandesa aromatizada o, más apropiadamente en este contexto, una explosiva y muy dañina bebida barata consistente en vino tinto mezclado con metanol. (*N. del T.*) <<